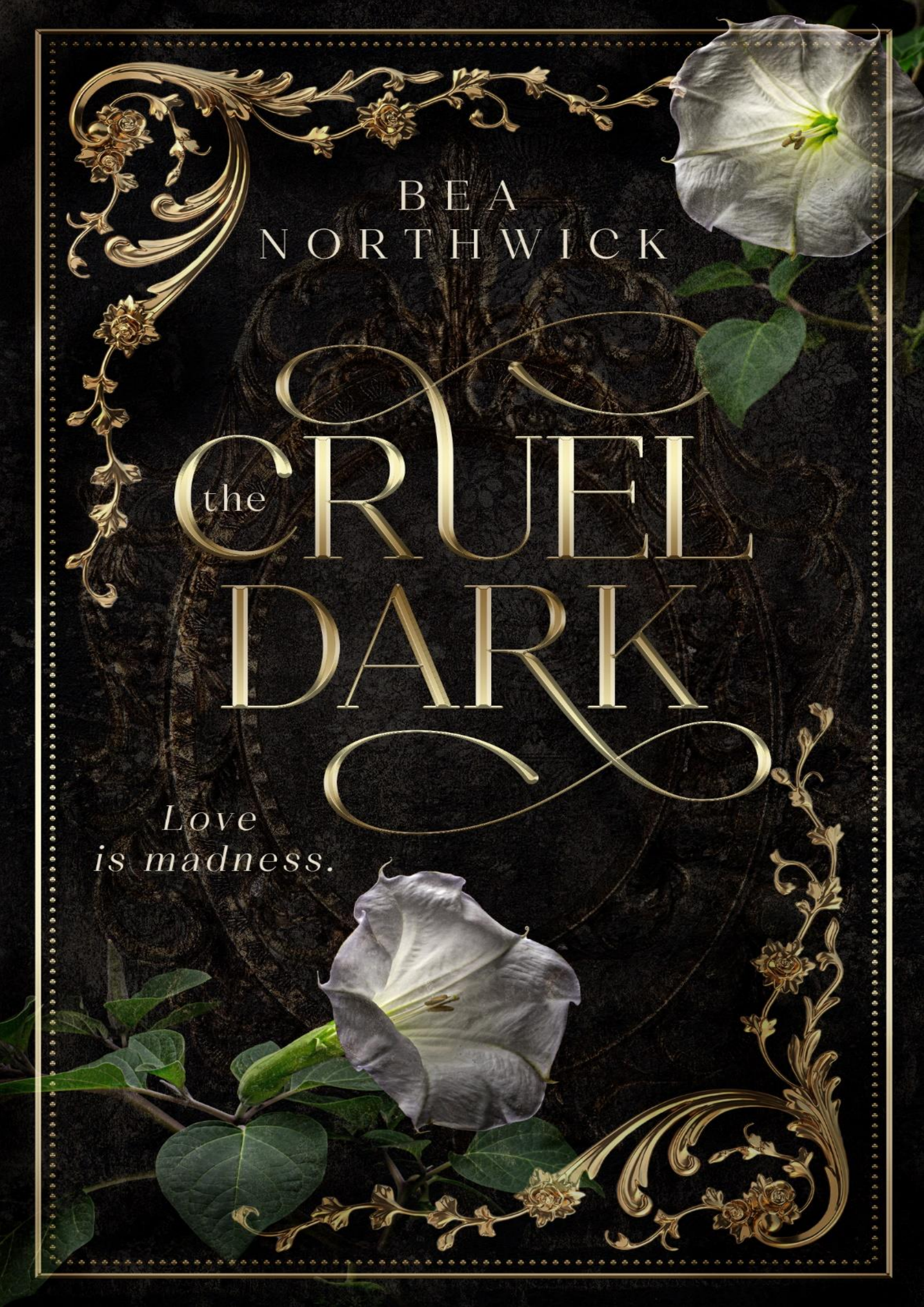




BEA
NORTHWICK

the CRUEL
DARK

*Love
is madness.*

Querido CosmicLover ♥ esta es una traducción de Fans para Fans, la realización de está traducción es sin fines monetarios. **PROHIBIDA SU VENTA.** Apoya al escritor comprando sus libros ya sea en físico o digital.

**TE DAMOS LAS SIGUIENTES
RECOMENDACIONES PARA QUE SIGAMOS CON
NUESTRAS TRADUCCIONES:**

1. No subas capturas del documento a las redes sociales.
2. No comentes que lo leíste en español ni menciones a los grupos traductores en tus reseñas de Goodreads, **Tiktok**, Instagram u otros sitios de la web.
3. Tampoco etiquetes a los autores o pidas a ellos la continuación de algún libro en español, ya que las traducciones no son realizadas por editorial.
4. No pidas la continuación de un libro a otro grupo o foro de traducción, ten paciencia, ya que el libro será traducido por quién te brindo las primeras partes.
5. No modifiques el contenido. Contamos con versión PDF, EPUB y MOBI.

Queremos que cuides este grupo para que nosotros podamos seguir llevándote libros en español.

Sin más por el momento...

**¡DISFRUTA EL LIBRO Y NO OLVIDES
RECOMENDARLO A TUS AMIGOS!**

Bea Northwick
Dark
ÍNDICE

STAFF

SINOPSIS

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

EPÍLOGO

BEA NORTHWICK

The Cruel

Bea Northwick
Dark

STAFF

TRADUCCIÓN:

Scarlett

CORRECCIÓN:

Selene

DISEÑO:

∞

The Cruel

Bea Northwick
Dark
SINOPSIS

Millicent Foxboro está atormentada.

No por fantasmas, sino por la angustia de su pasado y la incertidumbre de su futuro. Después de todo, incluso en el progresista año de 1928, la mayoría de la gente se resistiría a contratar a una mujer que ha pasado dos meses en un psiquiátrico por amnesia traumática. Por eso, cuando le ofrecen un puesto de ayudante de un solitario profesor de mitología con un salario impío, su desesperación por la estabilidad se impone a su naturaleza precavida.

Para consternación de Millie, el viudo profesor Callum Hughes y su finca, Willowfield, son más de lo que esperaba. La una vez magnífica casa, conocida por sus extensos jardines y sus deslumbrantes fiestas, se está desmoronando tras la muerte de la frágil esposa del profesor. Además, el personal se ha reducido a las tres únicas personas que no se han asustado por los rumores de fantasmas, dejando los pasillos vacíos y languideciendo en amargos recuerdos.

El propio profesor es un hombre sombrío e intenso con expectativas poco claras, estados de ánimo impredecibles y ojos hambrientos que encienden las propias pasiones dormidas de Millie. Cuanto más se siente atraída por el profesor Hughes y su extraño mundo de flores y folclore, más se acerca la casa, amenazando con revelar sus secretos. Pero el profesor guarda sus propios secretos y el más peligroso de todos es el que ella debe descubrir.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

Por encontrarnos a nosotros mismos.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

CAPÍTULO 1

Nunca había cuestionado tanto la presencia de mi ingenio como en el momento en que, de pie en el gélido aire de la mañana, vi llegar el coche de alquiler. Se decía que el vehículo, elegante y ostentoso, era capaz de ir a ochenta kilómetros por hora, y yo fingía que era la perspectiva de esa velocidad lo que hacía que mi estómago diera volteretas.

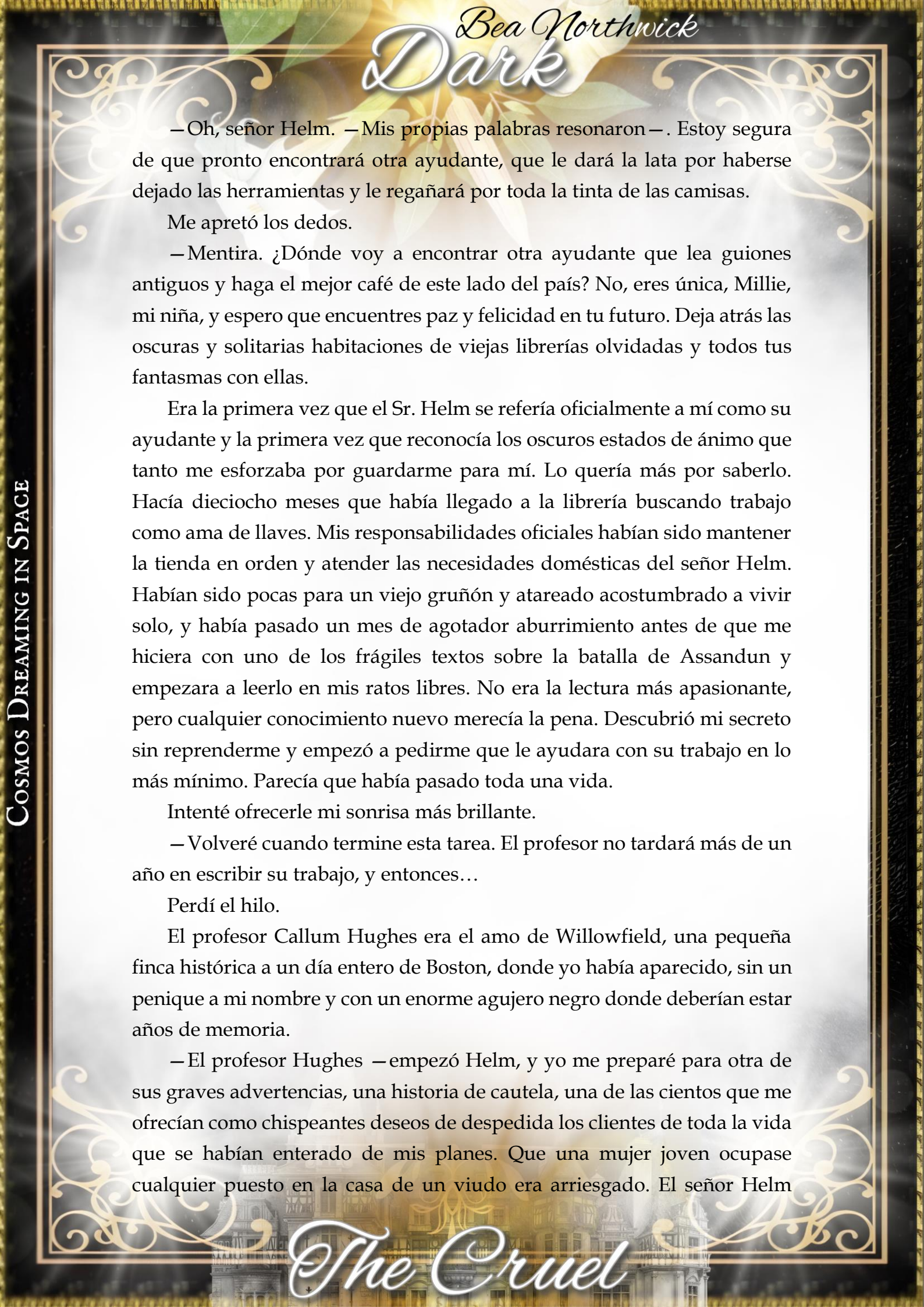
El coche se detuvo suavemente y un conductor alto y rubicundo se bajó del asiento delantero, se presentó brevemente como Joseph Dempsey y fue a recoger mis maletas. Fue un trabajo corto; yo solo llevaba una. No era una mujer de recursos. Mientras el caballero cargaba mi valija en el maletero, pasé mis dedos desnudos por el suave azul marino del casco de la rueda. Esta era, sin duda, la peor decisión que había tomado nunca, pero había pocas opciones, y esta era, con mucho, la menos mala de ellas.

Miré por encima del hombro hacia la puerta de la pequeña librería que había llegado a conocer como mi hogar, donde había aparecido el encorvado propietario, el señor Helm, con los ojos azules inusualmente enrojecidos. Nunca lo había visto al borde de las lágrimas, y el corazón se me oprimió dolorosamente. Corrí hacia él y saqué un pañuelo de algodón del bolsillo. No estaba en su carácter abrazar, así que envolvió mis dos manos en las suyas. Eran manos grandes, cubiertas de las manchas de tinta de su oficio de restaurador de libros antiguos, un negocio que me había estado enseñando durante el último año a pesar de su firme creencia de que la restauración no era cosa de mujeres.

El señor Helm había sido un hombre alto en su juventud, pero la guerra y muchos años encorvado sobre la mesa de un obrero habían mermado su estatura. No necesité levantar la barbilla para mirar su rostro, que se esforzaba por adoptar una expresión menos afligida. Me alegré de que lo intentara, porque suspendería todo si una sola lágrima rodara por su mejilla.

—Querida —dijo, con la voz entrecortada—. Te echaremos mucho de menos.

The Cruel



Bea Northwick Dark

—Oh, señor Helm. —Mis propias palabras resonaron—. Estoy segura de que pronto encontrará otra ayudante, que le dará la lata por haberse dejado las herramientas y le regañará por toda la tinta de las camisas.

Me apretó los dedos.

—Mentira. ¿Dónde voy a encontrar otra ayudante que lea guiones antiguos y haga el mejor café de este lado del país? No, eres única, Millie, mi niña, y espero que encuentres paz y felicidad en tu futuro. Deja atrás las oscuras y solitarias habitaciones de viejas librerías olvidadas y todos tus fantasmas con ellas.

Era la primera vez que el Sr. Helm se refería oficialmente a mí como su ayudante y la primera vez que reconocía los oscuros estados de ánimo que tanto me esforzaba por guardarme para mí. Lo quería más por saberlo. Hacía dieciocho meses que había llegado a la librería buscando trabajo como ama de llaves. Mis responsabilidades oficiales habían sido mantener la tienda en orden y atender las necesidades domésticas del señor Helm. Habían sido pocas para un viejo gruñón y atareado acostumbrado a vivir solo, y había pasado un mes de agotador aburrimiento antes de que me hiciera con uno de los frágiles textos sobre la batalla de Assandun y empezara a leerlo en mis ratos libres. No era la lectura más apasionante, pero cualquier conocimiento nuevo merecía la pena. Descubrió mi secreto sin reprenderme y empezó a pedirme que le ayudara con su trabajo en lo más mínimo. Parecía que había pasado toda una vida.

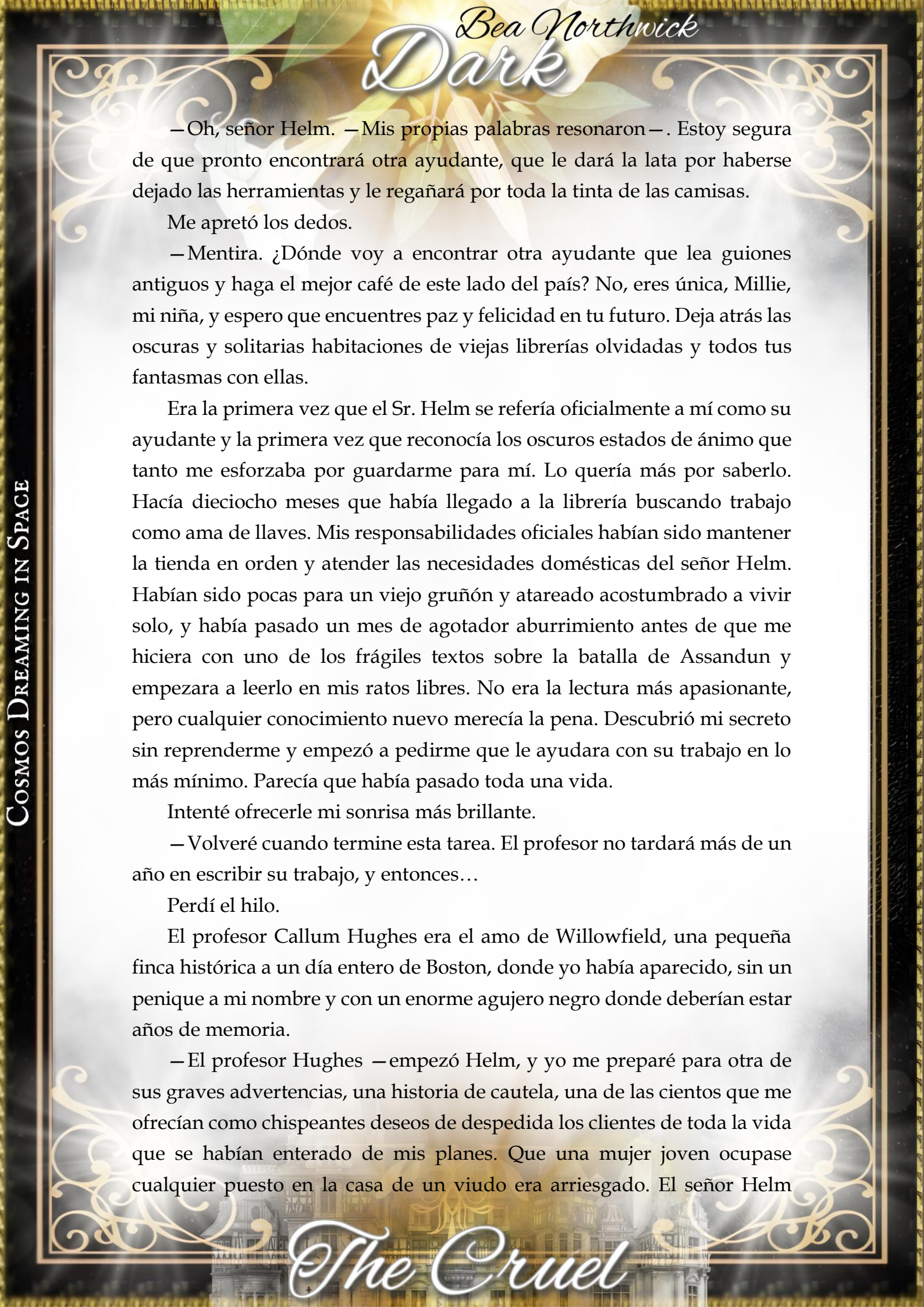
Intenté ofrecerle mi sonrisa más brillante.

—Volveré cuando termine esta tarea. El profesor no tardará más de un año en escribir su trabajo, y entonces...

Perdí el hilo.

El profesor Callum Hughes era el amo de Willowfield, una pequeña finca histórica a un día entero de Boston, donde yo había aparecido, sin un penique a mi nombre y con un enorme agujero negro donde deberían estar años de memoria.

—El profesor Hughes —empezó Helm, y yo me preparé para otra de sus graves advertencias, una historia de cautela, una de las cientos que me ofrecían como chispeantes deseos de despedida los clientes de toda la vida que se habían enterado de mis planes. Que una mujer joven ocupase cualquier puesto en la casa de un viudo era arriesgado. El señor Helm



The Cruel

Bea Northwick Dark

pareció cambiar de opinión sobre lo que iba a decir, alertándome de mi expresión. Relajé conscientemente los tensos músculos de mi frente.

»Da lo mejor de ti —ofreció en su lugar—. Si tienes que irte por cualquier motivo, siempre serás bienvenida aquí.

—Lo sé —respondí, y esta vez las lágrimas mojaron mis mejillas. El señor Helm me recogió el pañuelo y me secó los ojos, luego me tomó la cara entre las manos y me dio un sonoro beso en la frente.

—Que Dios te acompañe, Millie —dijo.

Inhalé, asentí con la cabeza para demostrarle que mantenía la compostura y me dirigí al coche antes de ponerme a llorar como una niña perdida. Mientras subía, combatí mi pena con la certeza de que estaba ascendiendo en el mundo, más cerca del día en que pudiera vivir una existencia más segura y menos atormentada.

El señor Dempsey se dejó caer pesadamente en el asiento del conductor con el gruñido de un hombre cuya espalda ya no estaba tan bien como antes. Saludé una vez más al señor Helm a través de la ventanilla antes de que el vehículo diera un bandazo y comenzara a avanzar lentamente por la calle atestada de viandantes y compradores. El viejo contable observaba el coche como quien ve un coche fúnebre que se lleva a un muerto.

—Por el amor de Dios, Millicent —me amonesté. Estaba dejando volar de nuevo mi fantasía morbosa. El conductor me echó una mirada extraña por el retrovisor.

Me ajusté mi raída falda bengalina de lana, la más bonita que tenía aunque era de segunda mano. Los cuadros azules y marrones la hacían desaliñada, sobre todo si la combinaba con una blusa blanca y un jersey marrón, como era el caso. Toqué el fieltro de mi sombrero cloche, sabiendo que no me sentaba tan bien como a las otras jóvenes que veía por las calles de Boston, con el pelo corto y la cara pintada con kohl y colorete. Era 1928, un año de modas cada vez más atrevidas, pero yo seguía cómoda y pasando desapercibida envuelta en un discreto beige, aunque me había puesto un poco de colorete en las mejillas para parecer viva. Con solo veintiséis años, me parecía que me acercaba a los sesenta, pero no tenía energía para preocuparme por ello. Volví a mirar a la multitud de jóvenes que se arremolinaban cerca de los grandes almacenes Jordan Marsh, en Washington Street, mientras pasábamos. Todos eran pequeñas estrellas

The Cruel

Bea Northwick Dark

que iluminaban los paseos con sus sonrisas y sus ojos llenos de picardía y libertad. Yo era el polvo que barrían bajo sus pies.

— ¿Cuánto falta para que lleguemos? — pregunté.

— Son unas buenas 120 millas, y el estado de las carreteras del oeste son otra cosa. Vamos a ver la mayor parte de un viaje de seis horas, y eso es con un poco de conducción rápida, si no le importa, señorita.

La piel se me puso húmeda.

— Eh, no. No, no me importa. Es mejor llegar más rápido, creo.

Me guiñó un ojo descaradamente.

— Le prometo que no será más de treinta.

Me acomodé en el asiento, pensando en nuestro destino. Antes de que el silencio se hiciera demasiado espeso para romperlo fácilmente, pregunté:

— ¿Sabes mucho de Willowfield?

— Solo que está desierto estos días. Solo quedan un par de empleados en todo el lugar. — Me devolvió la mirada, esperando mi reacción. La noticia me sorprendió. Tenía la impresión de que la finca era grande, una casa construida a principios de siglo por una familia que hizo fortuna, como muchas otras, en el floreciente comercio marítimo. Supuse que estaría repleta de la típica actividad que se espera de una propiedad así. Mi conocimiento del profesor era aún más limitado, y de lo único que estaba segura era de que se encontraba en un año sabático, estudiando el folclore celta y la psicología del mito. Buscaba desesperadamente un ayudante que supiera suficiente lengua antigua para ayudarle a organizar sus apuntes y a quien no le importara vivir en medio de la nada. La imagen de un académico serpenteante y perdido en sus pensamientos era tan típica que casi resultaba una caricatura, pero cuanto más desordenado fuera, mejor para mí. Cuanto más tiempo estuviera allí, más dinero podría acumular para escapar de mi realidad actual: sin ahorros, sin familia viva y con una hospitalización psiquiátrica que echaba para atrás a la mayoría de los empleadores decentes, agarrándose el pecho.

«La loca Millie».

Había planeado utilizar el tamaño de la plantilla de Willowfield a mi favor, ocultándome en el caos y estando presente solo cuando fuera necesario. Cuanto menos cara a cara tuviera con mi jefe, menos difícil me

The Cruel

resultaría evitar conversaciones personales condenatorias. Llevaba demasiado tiempo callada. Una de las cejas del conductor estaba ligeramente levantada.

—Me sorprende —dije con cuidado—, que el profesor Hughes se tomara la molestia de contratar un ayudante y un lujoso servicio de chófer si estaba pasando apuros económicos.

El placer en los ojos del conductor era evidente. Estaba aturdido por sus conocimientos.

—Oh, el profesor sigue siendo rico, señorita. Aparte del dinero de la familia, el hombre es dueño de una perfumería. Tiene dos fábricas e invernaderos por todo el país.

No dijo nada más a propósito, esperando a que le preguntara.

—Entonces, ¿por qué tan poco personal? —Obedecí, suspirando para mis adentros.

—Bueno, creo que es por los fantasmas.

A mi pesar, me reí. El sonido fue repentino, incrédulo, llenando incómodamente el pequeño espacio. Mi esperanza de obtener información decente se desmoronó. No me interesaban los rumores ni las historias de fantasmas, pero el chófer siguió adelante.

—No es cosa de risa, señorita. Imagino que habría fantasmas en cualquier lugar donde alguien muriera tan trágicamente.

Ahí estaba. La información que había estado esperando.

—Sí, había oído que la señora Hughes había fallecido.

—Un triste estado de cosas. Tuvo un ataque. El profesor Hughes llamó a un médico de la ciudad para calmar sus nervios, ya sabe, medicinalmente. El profesor dice que salió corriendo de casa en mitad de la noche, gritando, y se tiró a un río.

El chófer estaba haciendo un relato fascinante, y se me cuajó la tripa.

—Qué terrible. Pobre mujer.

—Oh, no puedo imaginar que al profesor le importara mucho.

De todo lo que había dicho hasta ahora, esto era lo que más me indignaba.

—¡Qué cosas tan horribles dice!

—Oh no, señorita. Probablemente fue un alivio para él. Todos en el pueblo sabían que la señora Hughes estaba loca como una cabra.

Bea Northwick Dark

«Loca».

«Millie la loca».

El susto se apoderó de mi curiosidad morbosa y el interior del coche empezó a cerrarse, las ventanillas a oscurecerse, el techo a descender hasta que me quedé encogida y enroscada, el aire espeso por el calor, el hedor del tubo de escape atragantándome.

— ¿Señorita Foxboro?

La llamada preocupada del Sr. Dempsey me despertó del ataque que se avecinaba, y mi visión se aclaró, aunque el corazón seguía agitándose en mi pecho. Contuve la respiración ante el hedor de los vapores imaginarios, con la mano tapándome la nariz y la boca. Había encorvado los hombros hacia delante, como si estuviera en un espacio reducido. Apresuradamente, me enderecé.

— Ya basta de historias por ahora — respondí débilmente.

— No quería molestarla, señorita. — Sonaba sincero —. Es mejor que sepa a lo que va en caso de que decida cambiar de opinión. Hay un largo camino desde la finca hasta cualquier pueblo.

— Gracias por su preocupación, pero no hago caso de los rumores. Solo son mareos del coche. No he desayunado. — Estaba mintiendo. Los nervios me habían llevado a tomar un desayuno copioso, del que empezaba a arrepentirme.

— Avíseme si necesito parar en cualquier momento, señorita.

— Sí, gracias. Lo haré.

Me quedé en silencio, inspeccionando el paisaje. Salimos de la ciudad y nos adentramos en una zona rural, con campos húmedos y lóbregos a ambos lados de la carretera. A pesar de que el sol de la mañana se colaba entre las nubes, éstas seguían siendo una amarga imagen de la vida estancada y no me levantaban el ánimo.

Empecé a preguntarme por milésima vez por qué estaba haciendo esto, dejando mi tediosa pero segura existencia como sombra en una librería por lo que era una misión decididamente sospechosa lejos de todo y de nadie conocido. Pero sabía por qué.

Hace un mes, un hombrecillo redondo con el bigote más absurdo que jamás había visto entró en la tienda del señor Helm con aspecto de morsa amable. Había empezado a llover, un chaparrón dramático que caía con la

The Cruel

Bea Northwick Dark

pulcritud y el vigor de un grifo de jardín. Había estado en un taburete, cubierto de polvo, ordenando una colección de libros de anatomía de principios del siglo XIX recién refundidos. Nadie había entrado por la puerta en toda la mañana y no esperaba que nadie viniera en lo que quedaba de día. La gente no solía venir, ni siquiera cuando hacía buen tiempo.

Lo saludé. Me echó una mirada superficial, me saludó alegremente y se puso a hojear, probablemente con ganas de perder el tiempo mientras esperaba a que cambiara el tiempo. Al cabo de unos instantes, me preguntó si teníamos algún cuento de hadas. Lo quería como regalo para uno de sus clientes de toda la vida. Era el médico de una familia establecida que había quedado reducida a su único hijo, viudo reciente, y el médico esperaba que el regalo le ayudara a alegrarse un poco.

Lamentablemente tuve que decepcionarlo, porque el único tipo de libro que cubría las estanterías de Helm's Bookshoppe era académico: historia y ciencia, matemáticas y astronomía, libros de décadas a siglos de antigüedad, e incluso un pequeño ejemplar sobre la evolución escrito por el Sr. Darwin. Poca gente sabía que estaba allí.

Su disposición era tan agradable que no tuve valor para dejarlo así. Un tanto culpable, le remití a un competidor de la parte más alejada de la ciudad que yo misma frecuentaba en busca de cuentos de hadas. La lluvia no había cesado y charlamos para pasar el rato. Sentía curiosidad por mi interés en los cuentos de hadas, y pasamos casi media hora hablando de los cuentos populares que su madre irlandesa le había contado de niño, muchos de los cuales yo había oído antes y otros no. Cuando la lluvia se convirtió en llovizna, ya éramos casi buenos amigos, y él se despidió con una sonrisa y una inclinación del sombrero. Hubiera sido el final, pero al día siguiente el doctor volvió a la tienda para ofrecerme una propuesta de empleo que no pude rechazar, sobre todo porque la paga era extravagante.

El coche tropezó con una piedra poco amistosa, sacándome de mis recuerdos. Reconocí el camino por el que íbamos.

Pronto quedaría a la vista la inmensidad del Hospital Nuestra Señora de Gracia. Antes de la Guerra Mundial, había sido una universidad bien dotada, siempre con matrícula completa, pero con la conscripción, sus pasillos, antes vistosos, se vaciaron y se convirtieron en una extensión

The Cruel

Bea Northwick
Dark

campestre de un hospital creado específicamente para tratar a pacientes con lesiones físicas y psicológicas de la batalla.

Ahora trataba a pacientes de todo tipo, incluidos civiles. Yo misma me había despertado en una de sus alas blancas y sin humor hacía solo dos años.

Volví la cara para no verlo, y en su lugar clavé la mirada en el sombrío paisaje, decidida a no pensar en otra cosa que en lo que podría esperarme a mí y a mi nuevo futuro en Willowfield.

The Cruel

Bea Northwick
Dark
CAPÍTULO 2

La duración del viaje en coche resultó todo un reto, sobre todo cuando dejamos las carreteras rectas y seguras de la ciudad y nos adentramos en los caminos rurales que serpenteaban en largas curvas a través de las desnudas colinas. Pasaron las horas y un dolor de cabeza marchaba al compás de mis ojos cansados. Ya estaba harta de contemplar las vistas, que en esta época del año no variaban de un kilómetro a otro. Mi intento de leer el libro que había traído fue un fracaso y probablemente la causa tanto de mi dolor de cabeza como de mi desasosiego interior.

A pesar de lo gregario que había sido antes el conductor, no estaba muy por la labor de entablar conversación, y todo quedó en silencio. Estaba cansada y se me habían acabado las especulaciones sobre Willowfield, así que cedí a una pequeña dosis de autocompasión. No había querido salir de la tienda. De hecho, mi plan había sido quedarme con el señor Helm hasta su último día en la Tierra. Pero el hijo mayor del anciano caballero había empezado a convencerlo de que se jubilara y se estableciera con sus hijos en Ipswich. Lo único que podía esperar era una indemnización por despido de un mes de sueldo y luego me enviaría de camino a ninguna parte y a nada. Aunque llevaba casi dos años en la ciudad, no tenía amigos, pocos conocidos y ninguna razón para rechazar una suma de dinero que me permitiera regresar a Nueva York, donde había vivido toda mi vida antes de la muerte de mis padres.

Pensar en ellos me produjo un fuerte escalofrío y decidí plantearme otras cosas. Imaginé la cara de confianza del médico, su entusiasmo por haber encontrado una empleada dispuesta a ayudar a su amigo en apuros, y mi estupidez por haber dicho que sí tan rápidamente sin tener en cuenta todos los posibles escollos del acuerdo. Había estado desesperada. Aún lo estaba.

La carretera se volvió menos pedregosa y el coche zumbó suavemente, el calor del moderno núcleo del calefactor que tenían todos los coches nuevos me mantuvo cómoda a pesar de las ráfagas de nieve que se

The Cruel

Bea Northwick
Dark

arremolinaban fuera. No era raro que cayera una ventisca en esta época del año, aunque la primavera estaba a un suspiro.

— ¿Cuánto tiempo más? — pregunté.

— Bueno, si seguimos adelante con esta nieve, otras tres horas, señorita. Pero si las cosas se ponen difíciles, tendremos que parar por la noche.

Eso era lo último que quería hacer. Dirigí una mirada de fastidio al cielo nevado, maldiciendo su falta de compasión por mis nervios. Un rápido movimiento entre los árboles desnudos que bordeaban la carretera atrajo mi atención. Algo se escabulló entre los enjutos troncos invernales en la misma dirección que el coche. Debía de ser un ciervo, y me emocionó ver uno después de vivir tanto tiempo en la ciudad. Volví a buscarlo. Lo vi. Otro destello, algo blanco como el gas, moviéndose rápido y seguro entre la maleza. Seguía nuestra velocidad y me costaba descifrar su forma. Con las sombras y los densos cambios del paisaje, la criatura tenía un aspecto muy extraño. Podría haberla confundido con un humano.

Inquieta, me volví hacia el conductor para comentar la extraña forma que atravesaba el bosque, cuando una mujer se cruzó en la carretera justo delante de nosotros, vestida de blanco, con el pelo translúcido ondeando al viento y ocultando sus rasgos. Levantó un brazo para protegerse del impacto, con un ramo de flores pálidas en el puño. Chocamos contra ella con un golpe seco y su cuerpo desapareció bajo el capó.

Me desperté con un chirrido. Seguíamos moviéndonos, y no había ráfagas de nieve, ni nubes de tormenta en el cielo, ni ninguna mujer de blanco. Todo estaba en silencio.

El conductor me dirigió una mirada de disculpa.

— Lo siento, señorita. Las carreteras tan lejos de la principal no están bien mantenidas, no pude evitar ese bache. Si le da en el lugar adecuado, le sacuden los dientes de la cabeza. ¿Disfrutó su siesta? Lleva dos horas durmiendo como un muerto.

Solté un suspiro incómodo, enfadada con aquel hombre por haberme metido en la cabeza semejante disparate macabro al principio del viaje. Sus historias de fantasmas sin tacto ya me estaban provocando pesadillas.

— Sí — respondí vagamente. El terreno había cambiado, los densos bosques se inclinaban hacia colinas, huertos inactivos y bajas vallas de piedra —. ¿Dónde estamos?

The Cruel

Bea Northwick Dark

—Llegando a Willowfield, señorita —respondió—. Se puede ver justo delante.

Los árboles se habían abierto a una franja de colinas onduladas, despejadas de maleza y bosques para dejar sitio a los huertos de la finca, los prados abiertos y los famosos y extensos jardines. Incluso desde la distancia podía apreciar su magnitud. Robles, sauces y cipreses se habían colocado meticulosamente para atraer la mirada hacia lo que en primavera podría haber sido una imagen de cuento de hadas, pero que ahora estaba fracturado, desnudo y espantosamente triste. Un invernadero de cristal se alzaba melancólico desde el oeste, con su techo de cristal reflejando la penumbra del atardecer, y en el centro de todo se erguía una mansión de estilo château, imponente contra el frío cielo gris. Era sobrecogedor, monstruoso, y mi grito fue a la vez de placer y de consternación. Un ejército de agujas y torrecillas coronaba los tejados a cuatro aguas, apuntando hacia el cielo, y un salpicado de chimeneas de piedra se agolpaba aún más en la línea del tejado, aunque solo una de ellas emitía un cálido humo. Las buhardillas curvas intentaban suavizar la severidad de los frontones de líneas afiladas y la mampostería marrón, pero solo conseguían dar a la finca un aire de vida agotada, convirtiendo las numerosas ventanas en ojos encapuchados, oscuros y poco acogedores.

El conductor silbó bajo.

—Extravagancia era el nombre del juego cuando construyeron este lugar. Antes estaba muy bien. Era prácticamente mágico —dijo—. Abrían los jardines al público cada primavera y organizaban cenas excelentes, invitaban a todo el pueblo. Mi señora y yo solíamos traer a los pequeñines en verano para su festival del Día de la Independencia. Mírelo ahora. Un gran lugar como ese con solo un puñado de personas en él. No está bien. Hughes estaría mejor vendiendo el lugar a la universidad.

—¿Se ofrecieron?

—Oh claro, varias veces. No sé por qué no lo deja, con todos los malos recuerdos. Si fuera yo, me habría ido a primera hora. Demasiada pena. Demasiados fantasmas.

—No otra vez con los fantasmas, señor Dempsey.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

—No fantasmas literales, señorita. Aunque, como mencioné, no apostaría en contra de que haya algunos de esos vagando por los pasillos. Cosas extrañas florecen donde vive el dolor.

Nos detuvimos en el camino de grava y la casa se alzaba enorme, mirándome como una vieja viuda recelosa de lo nuevo. No era una casa acogedora, con sus ventanas oscuras y sus enredaderas asfixiantes trepando por las paredes y sobre la entrada principal, como si trataran de sellar lo que hubiera dentro. La fuente en el centro del camino de entrada era un enorme asunto de piedra tallada, con una mujer con los brazos levantados en señal de bienvenida, una manzana descansando en los dedos de una mano como si fuera una ofrenda a los invitados. Pájaros de piedra, como los que no existen en ningún lugar fuera de los sueños, se acicalaban y posaban sobre sus hombros, y se escondían bajo su pelo despeinado siempre atrapado por un viento fantasmal. Alrededor de sus piernas, apoyadas en un conjunto de olas crecientes, había jarras que deberían haber estado vertiendo agua por sus picos. Pero no había agua. En cambio, la fuente estaba seca, salvo la pila, que contenía varios centímetros de lodo estancado y plagado de algas, un paraíso para los mosquitos al llegar el verano.

El coche se detuvo lentamente, y por un momento tanto el conductor como yo permanecimos sentados en el calor del habitáculo, mirando por las ventanillas.

—Señorita... —El Sr. Dempsey rompió el silencio con un giro nervioso de sus manos sobre el volante—. Mi conciencia no me permite dejarla aquí sola; no veo ni un alma, y estamos a kilómetros de cualquier lugar parecido a la civilización.

—Qué tontería —reprendí un poco dura, ya que yo misma me lo estaba pensando dos veces, incluso tres—. Seguro que hay alguien.

—No hay ni una luz en todo el lugar.

—Aún no ha anochecido.

Era el argumento más débil que jamás se haya pronunciado, pero era el único que tenía. Tenía razón. Todas las ventanas estaban a oscuras, todos los ojos vacíos en un rostro prohibitivo.

Antes de que dijera una palabra más y tal vez incluso me convenciera para que diera media vuelta y huyera en dirección contraria, abrí la puerta

The Cruel

y salí, con los zapatos crujendo sobre el granito empedrado. El atardecer olía a hielo y el frío del aire me dejó sin aliento. Volví a meter la mano para tomar mis cosas mientras el chófer seguía mirando la gigantesca estructura a través del parabrisas.

—Vamos, señor Dempsey, todo irá bien, y hace frío.

Me miró de nuevo y luego, de mala gana, se enderezó del coche y se dirigió al maletero para sacar mi maleta mientras yo me ponía el abrigo. Decidí no ponerme el sombrero, que era viejo y más funcional que estiloso. La primera impresión no podía ser más importante, y yo quería parecer lo menos posible una niña de la calle.

El chófer trajo mis cosas y subimos juntos los escalones de piedra hasta la entrada principal, un lugar elegante a pesar de las enredaderas de Boston que trepaban por la fachada. Estaban intactas, prueba de la ausencia de invitados. Las puertas dobles eran de roble pesado, talladas con raíces sinuosas y ramas trepadoras que llegaban hasta el travesaño, donde un cristal incrustado de azul y verde formaba un caprichoso dosel. El estilo Nouveau desentonaba con los duros elementos de principios de siglo de la finca, pero resultaba atractivo y lograba encantarme.

—Es el árbol de la vida —murmuré, tentada de acariciar el mango ornamentado que parecía sacado de un libro de cuentos.

—¿Árbol de qué? —El señor Dempsey gruñó, mirando la entrada con desconfianza.

—Árbol de la vida. Es celta. Seguro que le suena.

—Soy protestante, señorita. —El brillo de sus ojos evitó que me molestara la ocurrencia.

—Representa la conexión con la naturaleza, la fuerza.

—Hum —respondió—. Ahí tiene algo de ironía.

Hice caso omiso de su comentario insensible y señalé un botón de latón incrustado que aún parecía nuevo, chillón junto a la gloria descolorida de su entorno.

—Hay un timbre eléctrico. Parece que, después de todo, han terminado algunas reformas.

Pulsé el botón, esperando el típico zumbido de timbres que se había hecho tan común en la última década. En lugar de eso, se oyó un repique de campanillas, grave y caprichoso, que resonó más allá del grueso panel

Bea Northwick Dark

de madera de la puerta. El sonido me hizo vibrar el corazón, tan fantasioso que disipó parte de mi inquietud.

— Los ricos y sus artilugios — bromeó el Sr. Dempsey, fascinado por el timbre pero aún inquieto.

Pasaron varios momentos mientras permanecíamos uno junto al otro en el frío. Imaginé que ambos nos sentíamos como niños a los pies de una autoridad desconocida, inseguros de si nos esperaban elogios o castigos.

— Señorita, realmente no creo que haya nadie aquí.

— ¡Hoooola!

Un hombre bigotudo apareció alrededor de un matorral de arbustos de hoja perenne en la esquina de la casa, y sentí un gran alivio.

— ¡Doctor Hannigan! — exclamé alegremente mientras trotaba hacia nosotros.

— ¡Millie, mi niña! ¡No te esperaban hasta el anoecer! Estas máquinas, qué proeza de la ingeniería, ¿eh? — Aminoró la marcha al llegar al coche para admirar su elegante carrocería y su brillante pintura —. Cincuenta millas por hora. Debería ser ficción, ¡pero aquí están desde Boston antes de que se haya puesto el sol!

— Ha sido una aventura — dije amablemente, sonriendo al conductor para mostrarle mi agradecimiento. No me hizo caso. Estaba inquieto, incómodo.

El médico se reunió con nosotros en la escalera y nos hizo señas hacia la puerta.

— Me disponía a marcharme, mi coche está ahí detrás, un modelo mucho más antiguo, claro, pero he oído sus voces. Seguro que están todos a kilómetros de la puerta principal, tardarán una eternidad. Ven, ven, todo está abierto. Siempre lo está.

Se movió para quitarle la maleta al conductor, que parecía querer decir algo, pero al final me entregó mis cosas.

— ¿Está segura de que quiere quedarse, señorita?

— Mucho, señor Dempsey. Gracias por todo y asegúrese de conducir con cuidado.

Me inclinó la gorra plana y bajó a toda prisa los escalones, ansioso por volver al calor del coche y alejarse lo más posible de la finca. Con una

The Cruel

última mirada cautelosa a la casa, sacó el hermoso Roadster del camino de entrada y lo condujo por el bosque hacia al pueblo.

—Muy amable por preocuparse tanto por usted —elogió el doctor, observando el coche un momento, con las mejillas tan sonrosadas como las de San Nick—. Pero no hay de qué preocuparse. Le confiaría mi vida al profesor. Y a la señora Dillard también, aunque a veces es muy difícil leerla.

Me reí y le seguí hasta la puerta.

—Pasó parte del viaje tratando de convencerme de que este lugar estaba embrujado.

El Dr. Hannigan paró en seco y casi me choco con él.

—¿Embrujado? Qué tontería.

Parecía tan genuinamente disgustado que me arrepentí de haber dicho nada.

—Eso es exactamente lo que le dije. Solo intentaba tomarme el pelo, no pasa nada.

Al ver que no me desanimaba con historias espeluznantes, el médico se aplacó.

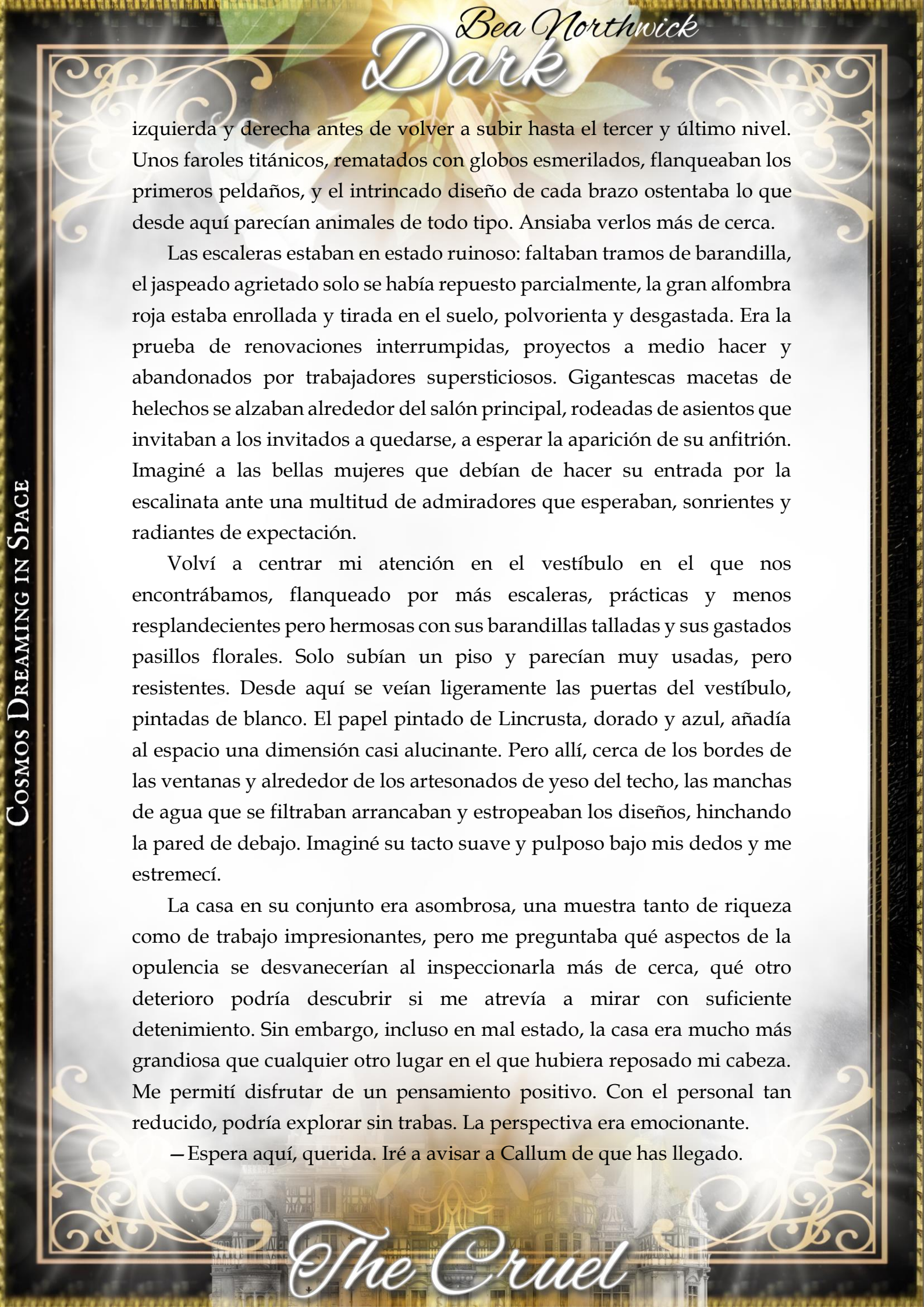
—Toda esa podredumbre es lo que casi ha acabado con este lugar, los desagradables rumores y las espantosas mentiras sobre los espíritus. Uno a uno todos los sirvientes renunciaron, y a medida que el lugar se vaciaba hasta el más robusto de ellos se asustó. Un lugar como éste no está lleno más que de recuerdos. Me alegra saber que eres de mente sensata.

La puerta era pesada y estaba obstaculizada por las enredaderas. El médico tuvo que hacer un gran esfuerzo para abrirla.

—Maldita sea esta puerta. Ya nadie la usa. Las bisagras no sirven para nada, y toda esta maleza crece sobre ella como el maldito jardín secreto. Los pocos que llegan a la finca solo usan la entrada trasera; debería haberte llevado por ahí.

Con otro tirón, la puerta cedió por fin, quejándose a cada centímetro que se movía. Un poco agotado, el médico levantó el brazo en un gesto digno, invitándome a entrar.

Entré en el vestíbulo sin aliento. Unos altísimos pilares de mármol atraían la mirada hacia el imponente arco que sostenía, separando la entrada del vestíbulo principal. Desde la puerta, el centro de atención era una magnífica escalera que subía hasta el segundo piso y se ramificaba a



Bea Northwick Dark

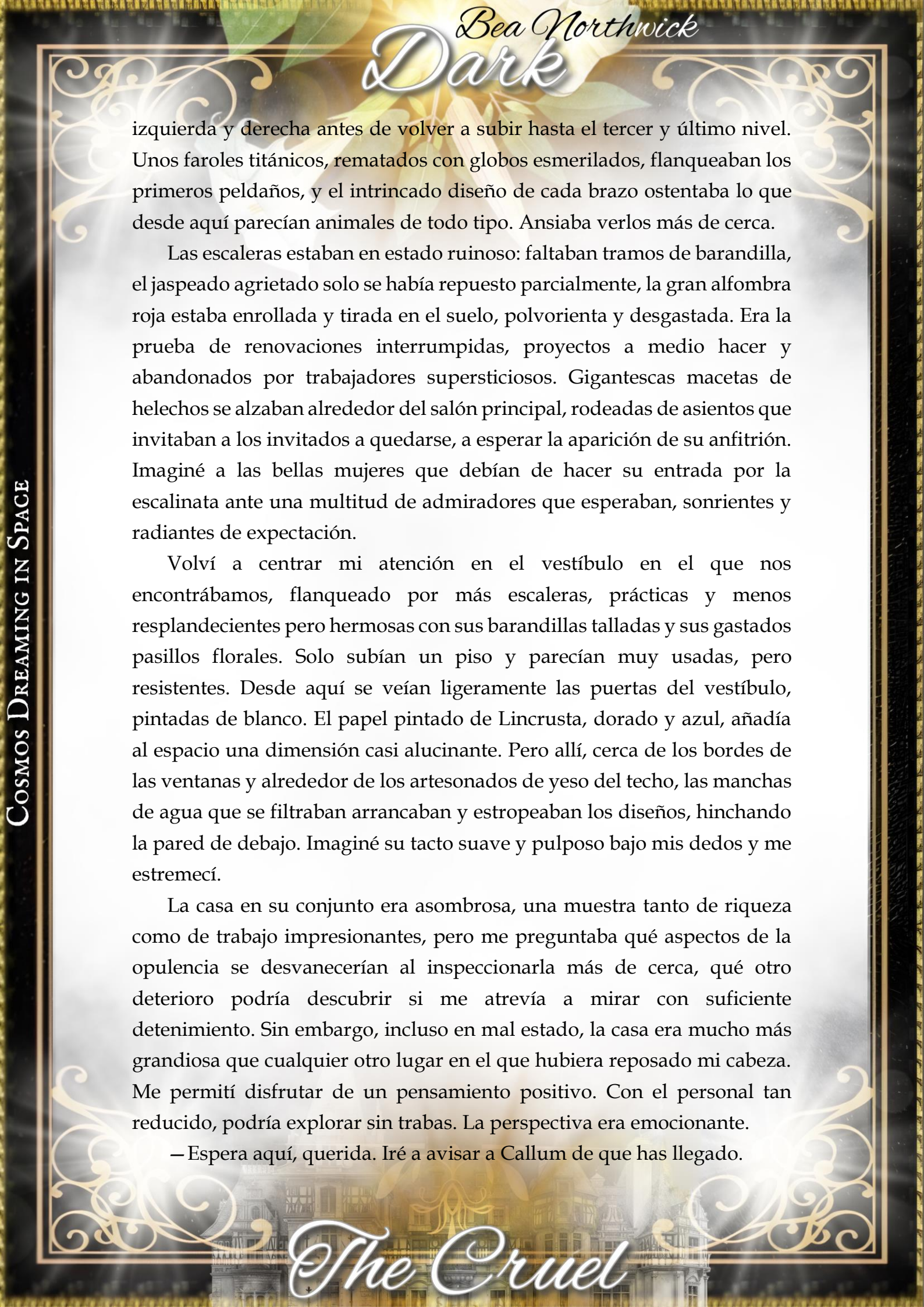
izquierda y derecha antes de volver a subir hasta el tercer y último nivel. Unos faroles titánicos, rematados con globos esmerilados, flanqueaban los primeros peldaños, y el intrincado diseño de cada brazo ostentaba lo que desde aquí parecían animales de todo tipo. Ansiaba verlos más de cerca.

Las escaleras estaban en estado ruinoso: faltaban tramos de barandilla, el jaspeado agrietado solo se había repuesto parcialmente, la gran alfombra roja estaba enrollada y tirada en el suelo, polvorienta y desgastada. Era la prueba de renovaciones interrumpidas, proyectos a medio hacer y abandonados por trabajadores supersticiosos. Gigantescas macetas de helechos se alzaban alrededor del salón principal, rodeadas de asientos que invitaban a los invitados a quedarse, a esperar la aparición de su anfitrión. Imaginé a las bellas mujeres que debían de hacer su entrada por la escalinata ante una multitud de admiradores que esperaban, sonrientes y radiantes de expectación.

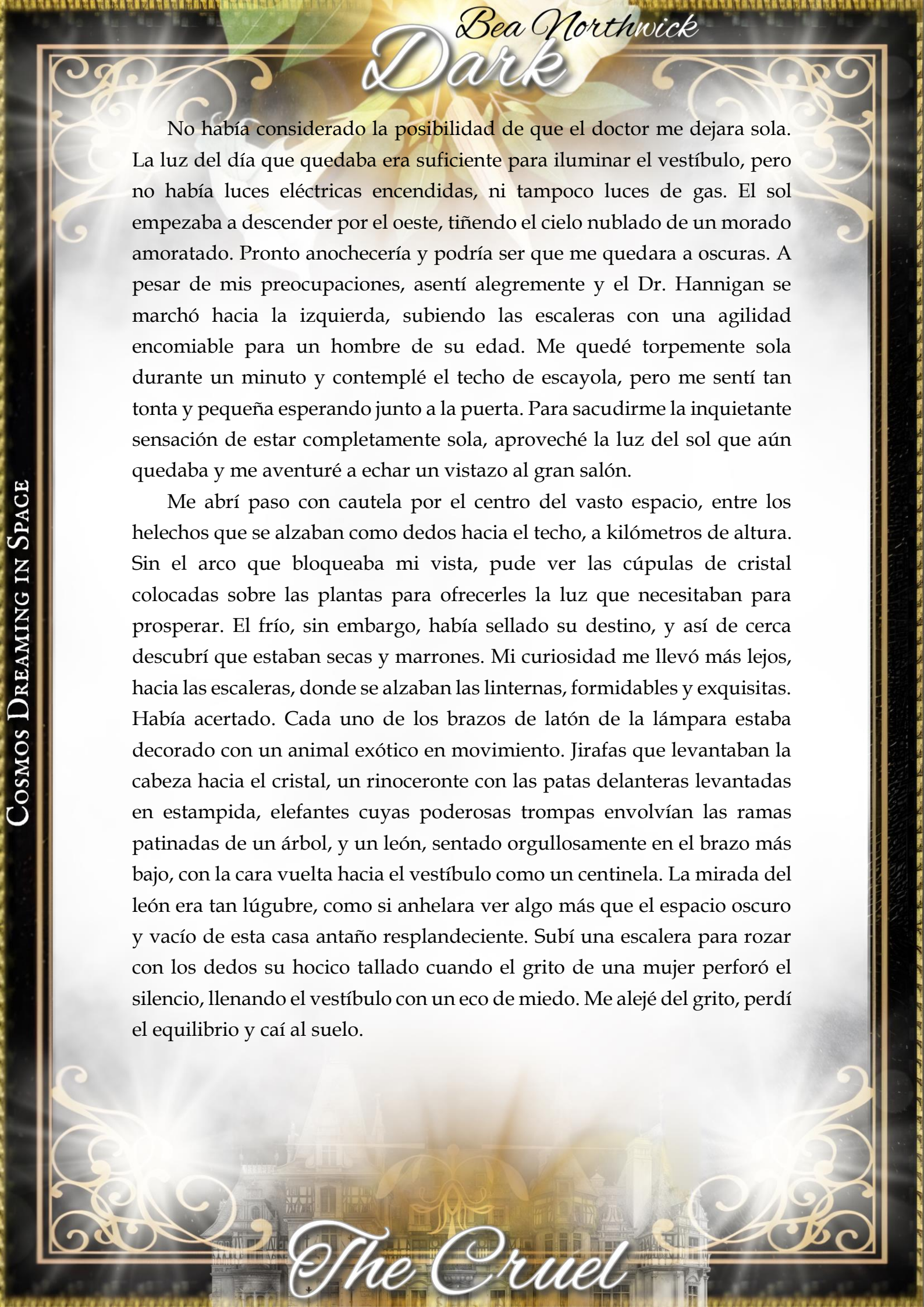
Volví a centrar mi atención en el vestíbulo en el que nos encontrábamos, flanqueado por más escaleras, prácticas y menos resplandecientes pero hermosas con sus barandillas talladas y sus gastados pasillos florales. Solo subían un piso y parecían muy usadas, pero resistentes. Desde aquí se veían ligeramente las puertas del vestíbulo, pintadas de blanco. El papel pintado de Lincrusta, dorado y azul, añadía al espacio una dimensión casi alucinante. Pero allí, cerca de los bordes de las ventanas y alrededor de los artesonados de yeso del techo, las manchas de agua que se filtraban arrancaban y estropeaban los diseños, hinchando la pared de debajo. Imaginé su tacto suave y pulposo bajo mis dedos y me estremecí.

La casa en su conjunto era asombrosa, una muestra tanto de riqueza como de trabajo impresionantes, pero me preguntaba qué aspectos de la opulencia se desvanecerían al inspeccionarla más de cerca, qué otro deterioro podría descubrir si me atrevía a mirar con suficiente detenimiento. Sin embargo, incluso en mal estado, la casa era mucho más grandiosa que cualquier otro lugar en el que hubiera reposado mi cabeza. Me permití disfrutar de un pensamiento positivo. Con el personal tan reducido, podría explorar sin trabas. La perspectiva era emocionante.

— Espera aquí, querida. Iré a avisar a Callum de que has llegado.



The Cruel



Bea Northwick *Dark*

No había considerado la posibilidad de que el doctor me dejara sola. La luz del día que quedaba era suficiente para iluminar el vestíbulo, pero no había luces eléctricas encendidas, ni tampoco luces de gas. El sol empezaba a descender por el oeste, tiñendo el cielo nublado de un morado amoratado. Pronto anoecería y podría ser que me quedara a oscuras. A pesar de mis preocupaciones, asentí alegremente y el Dr. Hannigan se marchó hacia la izquierda, subiendo las escaleras con una agilidad encomiable para un hombre de su edad. Me quedé torpemente sola durante un minuto y contemplé el techo de escayola, pero me sentí tan tonta y pequeña esperando junto a la puerta. Para sacudirme la inquietante sensación de estar completamente sola, aproveché la luz del sol que aún quedaba y me aventuré a echar un vistazo al gran salón.

Me abrí paso con cautela por el centro del vasto espacio, entre los helechos que se alzaban como dedos hacia el techo, a kilómetros de altura. Sin el arco que bloqueaba mi vista, pude ver las cúpulas de cristal colocadas sobre las plantas para ofrecerles la luz que necesitaban para prosperar. El frío, sin embargo, había sellado su destino, y así de cerca descubrí que estaban secas y marrones. Mi curiosidad me llevó más lejos, hacia las escaleras, donde se alzaban las linternas, formidables y exquisitas. Había acertado. Cada uno de los brazos de latón de la lámpara estaba decorado con un animal exótico en movimiento. Jirafas que levantaban la cabeza hacia el cristal, un rinoceronte con las patas delanteras levantadas en estampida, elefantes cuyas poderosas trompas envolvían las ramas patinadas de un árbol, y un león, sentado orgullosamente en el brazo más bajo, con la cara vuelta hacia el vestíbulo como un centinela. La mirada del león era tan lúgubre, como si anhelara ver algo más que el espacio oscuro y vacío de esta casa antaño resplandeciente. Subí una escalera para rozar con los dedos su hocico tallado cuando el grito de una mujer perforó el silencio, llenando el vestíbulo con un eco de miedo. Me alejé del grito, perdí el equilibrio y caí al suelo.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

CAPÍTULO 3

Caí al suelo de rodillas, con una punzada en la muñeca derecha por la torpeza con que me había agarrado. Con el grito resonando aún entre mis oídos, levanté la vista, sin duda como un animal asustado, para encontrarme con una criada aún más asustada, con las dos manos apretadas sobre la boca. Su respiración salía a borbotones de su delicada nariz y temblaba como si hubiera visto un cadáver levantarse de su tumba. El color de sus mejillas de marfil se había esfumado y estaba tan blanca como las sábanas que se desparramaban desordenadamente del cesto de la ropa sucia que había dejado caer al suelo.

Estaba molesta. Me había dado un susto de muerte, pero, al parecer, yo le había hecho lo mismo a ella. Mientras me esforzaba por recomponerme, una mujer mayor, de unos cincuenta años, y un hombre de pelo dorado cruzaron corriendo el pasillo desde direcciones opuestas.

—¡Por todos los cielos! —Las facciones de la anciana se habían suavizado con los años y, aunque seguía teniendo el pelo castaño, se lo había peinado en una coleta ondulada y anticuada que le daba el aspecto de una chica Gibson envejecida. Llevaba un modesto vestido gris, sencillo y sin complicaciones, y un delantal blanco almidonado, sin una sola mancha. Supuse que pertenecía a la casa.

En cuanto al hombre, si yo hubiera sido una colegiala, lo habría calificado de Adonis, rubio y bronceado, empapado de sol a pesar del tiempo brutal. Estaba claro que se pasaba el día fuera, independientemente de la temperatura. Comprobó el bienestar de la criada con una mirada y luego dirigió sus brillantes ojos azul aciano hacia mí, curioso. Era de estatura media y ancho, musculoso por el trabajo. Tenía manchas de suciedad en la piel de los brazos, donde se había arremangado, y el barro que cubría sus botas de trabajo había dejado un rastro largo y sucio tras él. Se trataba del jardinero que había mencionado el Dr. Hannigan, y la mujer era sin duda la Sra. Dillard, el ama de llaves principal; todo el personal de Willowfield estaba reunido en el vestíbulo principal.

The Cruel

Bea Northwick Dark

La señora Dillard me prestó por fin atención, y su preocupación se transformó en algo ligeramente amargo, como si hubiera mordido una corteza de limón. El decoro alejó la desagradable torsión de sus labios y una neutralidad cerosa reformó su rostro. No era una mujer que quisiera invitados en casa, y menos invitados como yo.

—Usted es la señorita —hizo una pausa, buscando el nombre—, Foxboro.

En ese momento, tanto yo como los demás nos dimos cuenta de que seguía tirada en el suelo. Me apresuré a levantarme al mismo tiempo que el jardinero corría a socorrerme. Olía a escarcha y a tierra húmeda, y a algo más, algo dulce. Su tacto era suave, sus dedos callosos. Su nariz, probablemente rota una o dos veces, se inclinaba ligeramente hacia la derecha, añadiendo un poco de demonio a su rostro angelical.

—Lo siento, señorita —se disculpó, aunque no sabía muy bien por qué.

—¿Qué es todo esto? —llegó la voz acosada del doctor. Aunque había terminado el trabajo de anunciar mi llegada, el profesor Hughes no estaba con él—. ¿Qué ha pasado?

La señora Dillard abrió la boca para decir algo antes de que la apartaran. Resopló, molesta por la insolencia. La criada no se había movido, pero seguía mirando fijamente, con un horror paralizado en los ojos.

—Millie, ¿estás mareada? ¿Estás herida? —El Dr. Hannigan se puso manos a la obra, espantó al jardinero, que seguía con la mano en mi codo, me tomó la barbilla y me inclinó la cabeza de un lado a otro en busca de heridas.

Le tomé la mano con suavidad y la aparté de mi cara. La atención me inquietaba y me hacía sentir como si estuviera de nuevo en Nuestra Señora de Gracia, donde me pinchaban y me hacían todo tipo de preguntas que no era capaz de responder. Lo último que quería o necesitaba era que esas personas, mis nuevos compañeros, decidieran que era un caso perdido.

«Millie la loca», la voz de mi madre resonaba en mis oídos.

Había estado bien, aunque el susto me había puesto a cien, pero ahora se me hizo un nudo en la garganta, los músculos de los hombros se me enroscaron y se me acumuló un dolor en la base del cráneo. En un momento, el mundo se derrumbaría sobre mí. Respiré con calma.

The Cruel

— Estaba en el último escalón cuando perdí pie. — Hice hincapié en mi posición para tranquilizarlo —: No me he hecho daño. Sinceramente, estoy bien. ¿Y ella?

Desvié intencionadamente la atención de todos y tres miradas se dirigieron a la doncella, cuyos ojos grises eran demasiado grandes para su rostro, lo que le daba un aspecto etéreo que probablemente le proporcionó mucha atención masculina.

— Estoy bien — medio susurró —. No esperaba ver a nadie aquí en el vestíbulo. La casa ha estado vacía durante mucho tiempo. Pensé...

La Sra. Dillard mandó callar a la chica, no sin amabilidad, y le dio unas palmaditas en la espalda.

— No pasa nada, Felicity. Un té fuerte te sentará bien. Rodney, ven a llevar a Felicity a la cocina. Iré enseguida.

Pasó a la joven al jardinero, que le puso una mano en la espalda fraternalmente y se la llevó arrastrando los pies. Me lanzó una última mirada por encima del hombro, sin pestañear, y desaparecieron por un pórtico.

— Ya he avisado a Callum de la llegada de la joven — informó el doctor Hannigan a la señora Dillard, que aún no se había presentado a mí. Tomé la iniciativa.

— Pido disculpas por mi caótica llegada. Usted debe ser...

— La señora Dillard — terminó por mí, desinteresada en cumplidos —. Administro la casa para el profesor. Bienvenida a Willowfield.

Para mis oídos, no sonaba como una bienvenida en absoluto.

Me ardían las mejillas, la frustración me hacía nudos en los hombros. Aún no había visto a mi jefe y las cosas ya iban mal. No podía haber causado una peor primera impresión, y aquella mujer, supervisora de todo lo que ocurría entre aquellas paredes, no veía con buenos ojos la presencia de un intruso.

— Estoy encantada de estar aquí — dije, decidida a hacer amigos.

— Seguro que el profesor la está esperando. — La señora Dillard buscó la confirmación silenciosa del médico, que asintió y me ofreció un tranquilizador apretón de hombros.

— Cuando Felicity se recupere, te llevará las maletas — hizo una pausa y se corrigió —, la maleta, a tu habitación.

Bea Northwick Dark

El doctor Hannigan se apartó de mi lado y se acercó al ama de llaves, que seguía observando mi ropa con un ligero desdén. Mi convicción amistosa vaciló.

— Bueno, ya es hora de que me vaya. Dejo todo en sus capaces manos, señora Dillard.

— Doctor — respondió ella con desdén.

La expresión del doctor se volvió sombría y los dos se miraron fijamente, con una animosidad desconocida entre ellos. Luego, el aire se aclaró y el Dr. Hannigan me dedicó una sonrisa, levantando las comisuras de su bigote.

— Disfrute de Willowfield, señorita Foxboro. Tiene su encanto.

La Sra. Dillard resopló.

El médico salió, pero no por la puerta principal, sino por donde habían ido el jardinero y la criada, hacia una entrada trasera en algún lugar de los pasillos del servicio. La señora Dillard se dio la vuelta bruscamente y se alejó, esperando que yo la siguiera. Recelosa, abandoné mi maleta y me dirigí tras ella.

— Tomaremos el camino largo para que te orientes. Por favor, presta atención mientras avanzamos. La casa puede ser un laberinto. No conviene que te pierdas cada vez que intentes encontrar la biblioteca. Te hemos puesto en una habitación lo más cerca posible de donde trabajarás con el profesor Hughes para eliminar vagabundeos innecesarios.

Mi plan de exploración ya no era tan sólido, pero ella aún no lo había prohibido expresamente. Creía que aún había margen para interpretar qué significaba exactamente vagar, a menos que me mantuviera encerrada en mi habitación.

Cada centímetro que recorriamos era más y más para mis ojos. Elaboradas cornisas florales y exquisitas enredaderas doradas estaban esparcidas en el techo de escayola, donde candelabros de latón con retorcidos brazos serpenteantes alzaban velas a medio quemar.

— ¿No hay luz eléctrica? — pregunté con tímida curiosidad.

— Willowfield se construyó originalmente demasiado lejos de la civilización para participar en la maravilla moderna de la electricidad. El profesor Hughes se esforzó por hacer el cambio cuando fue posible, pero el proyecto está incompleto. Solo algunas partes de la casa están cableadas.

The Cruel



Bea Northwick Dark

Hice un zumbido comprensivo y continué el juego de intentar ver todos los elementos elaborados del vestíbulo a medida que pasábamos: estatuas de mujeres languideciendo en el regazo de sus amantes, envueltas en lujosas telas, coronadas de flores. Retratos, tallas y travesaños de vidrieras que representaban a las hadas más dulces y caprichosas que ahora eran populares.

Ya que había respondido a mi pregunta anterior con tanta facilidad, me aventuré con otra.

— Esta casa, ¿la construyó el padre del profesor?

— Abuelo. En mi opinión, es una monstruosidad de la Edad Dorada, pero llena de historia y, hasta hace poco, de orgullo. — La Sra. Dillard se sorprendió a sí misma mencionando el trauma reciente de la casa y apretó los labios en una fina línea.

— ¿Era un hombre caprichoso? — pregunté, fijándome en otro grupo de flores talladas repletas de criaturas míticas en miniatura. Unicornios, monstruos marinos y mujeres etéreas que salían de sus pieles de foca.

— No. Procedía de un linaje muy piadoso que rechazaba el capricho, aunque no la riqueza, en todas las modas. Su esposa era una heredera italiana, igualmente dedicada. Ambos despreciaban lo que llamaban la excentricidad de la gente sencilla.

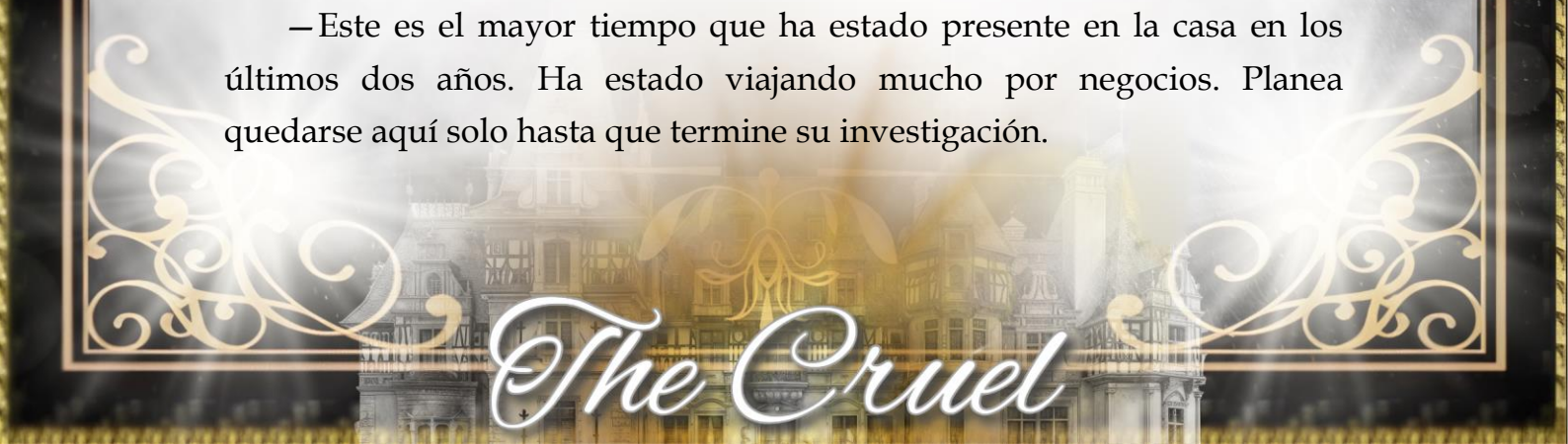
— Ah — dije, insultada desde el más allá.

— Las flores, las hadas... todo era de la madre del profesor Hughes. Hicieron renovaciones cosméticas considerables en la finca cuando su empresa se expandió. Ella estaba a cargo de eso.

No di mi opinión al respecto, pues no sabía por su tono lo que pensaba de la madre del profesor, pero me quedé encantada. Ansiaba quedarme y estudiar cada talla y cada relieve, cada trozo de papel pintado y de alfombra que contenía magia como besos secretos.

— ¿El profesor pasa mucho tiempo aquí? — *Solo*, fue la palabra que omití.

— Este es el mayor tiempo que ha estado presente en la casa en los últimos dos años. Ha estado viajando mucho por negocios. Planea quedarse aquí solo hasta que termine su investigación.



The Cruel

Bea Northwick Dark

Esto explicaba el contrato a corto plazo de mi empleo, la suma de dinero establecida innegablemente para tentar a un empleado potencial a aceptar el puesto a pesar del entorno en el que trabajaría.

— Es impresionante, llevar un negocio y seguir enseñando — dije.

— Como seguro que te ha comentado el doctor Hannigan, el profesor se está tomando un año sabático — respondió ella, añadiendo con un rastro de simpatía que revelaba su afecto —: Aunque, algún día no muy lejano, se verá obligado a elegir entre una cosa u otra.

Llegamos a las puertas de la biblioteca, dos enormes losas de roble que solo eran únicas por su falta de ornamentación. No había caras talladas, flores, animales dorados ni flores de lis. Su único adorno eran las manillas, de bronce y relucientes a la luz final del día.

La Sra. Dillard dio tres fuertes golpes para anunciar nuestra llegada y abrió la puerta con relativa facilidad, con las bisagras bien engrasadas. El aroma a madera de cedro y pulimento invadió mis sentidos de golpe y apareció ante mí un país de las maravillas. El parqué en espiga y las alfombras adamecadas se disputaban la atención de los ojos con estanterías de caoba adornadas con pan de oro y mármol verde. Aunque la habitación no llegaba a los dos pisos de altura, se necesitaban escaleras de mano para alcanzar los estantes más altos, repletos de libros y curiosidades: frascos de musgo y líquenes, candelabros de hueso, relojes de bronce con querubines y faunos, relojes esqueleto bajo el cristal que revelaban su delicado funcionamiento interno. El brocado rubí era la tela elegida para las sillas de salón victorianas de respaldo alto dispuestas alrededor de la chimenea que se abría a mi altura. La repisa de la chimenea, a juego con la madera oscura de las librerías, estaba tallada para representar una conspiración de cuervos que alzaban el vuelo y se extendían por la habitación, creando un efecto de realismo que me cautivó. Encima de la chimenea había un óleo de la misma mujer de la fuente, con el pelo como al amanecer, sus magníficos pájaros posados en sus brazos levantados mientras las olas chocaban a sus pies. A diferencia de los pasillos, aquí había electricidad. Lámparas de vidrieras flanqueaban las sillas, cálidamente iluminadas. Una araña de cristal del tamaño del automóvil del señor Dempsey colgaba por encima de la cabeza, con bombillas en lugar de velas, aunque por ahora sin encender.

The Cruel

Bea Northwick Dark

—Profesor —incluso la voz de la Sra. Dillard era más cálida en este espacio—, la señorita Foxboro ha llegado.

—Hazla pasar —fue la respuesta ausente en un barítono aterciopelado que me hizo enarcar ligeramente las cejas.

En mi asombro por la biblioteca, no había visto al hombre que rebuscaba en una pila de papeles, barajándolos uno tras otro, de espaldas a nosotros. Estaba inclinado sobre el escritorio, lo que hacía evidente su imponente estatura. Llevaba una camisa de cuello blanco almidonado y un chaleco de tweed del color del pedernal, cuyo corte resaltaba la anchura de sus hombros. Sus pantalones seguían perfectamente plegado a pesar de la hora, como si no se hubiera sentado en ellos en todo el día, y una chaqueta de negocios a juego yacía desechada en una silla cercana, demasiado abrigada para la habitación. Solo por la confección, deduje que el traje había sido ridículamente caro. Alisé el dobladillo de mi modesto jersey, muy remendado, y me adentré en los cálidos brazos de la biblioteca, aliviada por conocer por fin al profesor.

—Profesor Hughes, estoy encantada de conocerlo —dije, canalizando cada gota de mi profesionalidad.

—Señorita Foxboro —entonó, haciendo rumiar mi nombre, sin volverse, sino tirando al suelo el papel que tenía en la mano para unirse a varios otros que no le habían resultado útiles. Lo percibí como un peligro de incendio.

Cuando volvió a hablar, su voz era un tono meloso que me produjo un cosquilleo.

—*Mé Líadain, rocarus-sa Cuirithir: is fíirithir adfiadar.*

Un leño de la chimenea cedió, elevando las llamas y arrojando una momentánea luz brillante antes de apagarse de nuevo, alargando las sombras.

—¿Señor? —vacilé.

—Tradúcelo.

Me apresuré a recuperar la cordura.

—Ehm, soy *Líadain* quien amaba a *Curithir*: Es verdad, como dicen.

—Identifica el origen.

Mi cerebro pataleaba y chisporroteaba, repasando toda la poesía gaélica que había almacenado en las zanjales de mi memoria.

The Cruel

Bea Northwick Dark

—La poetisa del siglo VII Líadain. Escribe sobre su amor.

—¿Fluente?

—En absoluto, señor. Estudié en la escuela, y fue simplemente una búsqueda de interés. No pensé que alguna vez lo necesitaría.

—Hm. —Parecía disgustado y volvió a guardar silencio, todavía de espaldas. Empezaba a sentirme un poco ofendida. Cuando el silencio se alargó tanto que resultaba incómodo, la señora Dillard se aclaró la garganta.

El profesor dio un pequeño respingo y suspiró, mirando por las imponentes ventanas hacia la creciente noche.

—¿Qué es el miedo gorta?

Intenté mantenerme alerta.

—Un fantasma hambriento que aparece especialmente en tiempos de hambruna. Es...

—¿Y el Abhartach? —interrumpió, sin esperar a que me explayara.

—Una especie de... —tropecé—, criatura vampiro.

—¿Más o menos?

—Hay diferentes tradiciones. No siempre bebe sangre.

—Eso bastará. Basta con que sepas un poco de irlandés antiguo. Estoy seguro de que te explicaron cuál sería tu función aquí.

—Su asistente, señor.

—Sí. Es un demonio rastrear todos estos manuscritos, y mis notas están amontonadas. —Señaló a su alrededor con una exhalación ronca—. No tengo tiempo ni cabeza para organizar.

Seguía sin girarse para mirarme.

Intenté captar la mirada de la señora Dillard, interrogante. Ella me ignoró, con expresión pétrea. Aquella no era forma de ser recibida en ningún sitio. Miré tan fijamente a la nuca del profesor que debía de haber un agujero ardiendo allí. Seguramente sentiría mi mirada.

—Soy más que capaz de ayudarle, profesor —dije con elegancia, con pequeñas espinas de irritación engrosándose en mi garganta—. ¿Cuándo se me necesitará?

Otro largo silencio, solo el crepitar del fuego rompía la ruda quietud.

—Profesor —dijo en voz baja la Sra. Dillard, un pequeño y discreto pinchazo.

The Cruel

Bea Northwick *Dark*

—Mañana —dijo, con voz cansada—. Mañana. Aún tengo mucho trabajo que hacer. Te saludaré adecuadamente por la mañana, cuando mi mente esté fresca señora Dillard, por favor acompañe a la señorita Foxboro a su habitación.

Me estaban despidiendo sin que me hubiera puesto los ojos encima. La indignación era un hierro candente en mi esternón.

—Profesor Hughes —empecé, totalmente preparada para informarle de mi disgusto. Su cabeza se giró ligeramente, revelando su tez aceitunada, el plano de su pómulo alto y orgulloso. Me estaba escuchando. Entré en razón. Perder este trabajo por mi insubordinación antes de que empezara mi primer día sería caer muy bajo.

—Buenas noches —terminé sin demasiada convicción.

—Buenas noches —fue la escueta respuesta.

La señora Dillard me guio hasta la puerta por la que habíamos entrado no hacía ni cinco minutos. Abandonamos la luz y el calor de la habitación con su frío dueño, y mientras el ama de llaves cerraba la puerta tras nosotras, sentí que estaba mal preparada para Willowfield.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

CAPÍTULO 4

Los pasillos se habían vuelto casi demasiado oscuros para caminar. Apenas tuvimos tiempo de que la Sra. Dillard pasara por la cocina a buscar una lámpara de gas. No me dejó entrar, insistiendo en que esperara en el lado de la casa del umbral. Como yo también era empleada, era una tontería no permitirme entrar en las zonas de servicio. Como crecí en un hogar que nunca había querido tener hijos, había vivido bajo los pies de los criados. La animación de la planta baja había sido mi hogar mucho más que las estiradas habitaciones formales de mis padres.

En un momento dado, mi madre recordó que yo existía y me prohibió volver a relacionarme con la ayuda. Sin embargo, lo que no sabía no podía enfadarla, y seguí pasando la mayor parte de mi tiempo libre siendo una absoluta molestia para el personal antes de que me enviaran a la escuela para chicas Mount St.

A diferencia de las experiencias escolares de las niñas de los grandes clásicos penosos, yo no tuve matronas malvadas ni compañeras acosadoras. En cambio, tuve una interminable monotonía de clases de etiqueta, complementadas con algunas asignaturas fascinantes como historia e idiomas, todo ello con una saludable dosis de aburrimiento crónico. Hubo momentos en los que me habría arriesgado a la ira de mi madre con tal de ser libre en el cálido vientre de aquella casa donde la señora Reeves, la cocinera, me había querido como si fuera suya. El recuerdo era tan real que podía oler el aroma a levadura del pan subiendo y el ligero sabor a mar del pescado recién traído de la bahía. No me había entristecido irme de casa, pero aun así experimenté una agri dulce oleada de nostalgia. La señora Dillard regresó con una lámpara de gas encendida en la mano.

—Hay una de estas en tu camarote. Nos falta personal para encender todas las lámparas de gas que quedan. Además, aquí no hay nadie que las necesite. El profesor Hughes se queda en sus habitaciones o en la biblioteca, Rodney vive en la casita del jardinero, y Felicity y yo nos ocupamos de nuestros deberes a la luz del día que Dios nos ha dado.

The Cruel

Bea Northwick Dark

Caminamos por el largo pasillo trasero, siguiendo los caminos de la servidumbre, todas paredes sensatas y suelos de madera que no ostentaban nada de la opulencia de otras partes de la casa.

—Este es el camino más rápido para llegar a la biblioteca desde tu habitación. Te recomiendo que sigas esta ruta. No tengo tiempo de familiarizarte con toda la finca, y te perderás.

Aunque probablemente fuera verdad, su tono sugería una falta de fe en mi competencia. Esta mujer era irritante, pero no directamente cruel. Había tratado a la criada con mucha delicadeza, y las líneas de tiempo de su rostro indicaban más una risa que un ceño fruncido. Resolví una vez más ignorar mi aversión inicial hacia ella y hacerla cambiar de opinión.

Salimos a un rellano que se bifurcaba en dos pasillos muy alfombrados, y tomamos el de la izquierda para volver a los pasillos más decorados que pertenecían a la familia y los invitados. Ya me había dado la vuelta y apenas habíamos doblado un puñado de esquinas.

Pasamos por innumerables habitaciones a ambos lados del vestíbulo, con las puertas bien cerradas, y de vez en cuando un espacio en blanco en la pared donde se había retirado una lámpara de gas para preparar la introducción de la electricidad, la línea tapada pero no cubierta. Qué vivo podría haber sido este lugar si alguna vez hubiera llegado la luz.

La señora Dillard aminoró la marcha cuando llegamos a unas puertas dobles, blancas como las demás y con relucientes biselados de pan de oro. Puso la mano en el pomo bien pulido y se detuvo un momento, con los labios apretados en una línea sombría. Adiviné injustamente que ésa era la expresión que la caracterizaba.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—Me he olvidado de decirte las normas de la casa —respondió secamente, abriendo la puerta—. Bueno, voy a repasarlas rápidamente para que puedas seguir con tu descanso.

Me hizo pasar.

La habitación era enorme, el techo tan alto que la lámpara de araña era un mero fantasma sombrío. El único espacio acogedor era la chimenea, con su repisa blanca y un relieve de mármol que representaba a una mujer virginal, con el pelo aureolado alrededor de la cabeza, durmiendo desnuda bajo un árbol frutal rodeado de reina de los prados. Se había encendido un

The Cruel

Bea Northwick
Dark

fuego que rugía alegremente ante un sofá de brocado azul; una tetera y un pequeño plato de pan y fruta esperaban en una mesa auxiliar cercana, invitando a sentarse. La luz del fuego proyectaba un resplandor acogedor solo lo suficiente para iluminar las cortinas de gasa que colgaban alrededor de la cama palaciega, cuyo edredón hacía juego con el asiento, y cuyo cabecero era de madera pintada con incrustaciones de terciopelo delfinio. Había tantos cojines, crujientes y blancos como la nieve, que era fácil imaginar a alguien ahogándose en ellos mientras dormía. Aunque el resto del espacio estaba sumido en la penumbra, deduje que reflejaba la misma paleta de colores. Solo podía ver las sombras de otros muebles, y busqué rápidamente uno en concreto, pero no pude encontrarlo asomando por las paredes.

—¿No hay armario? —pregunté.

La Sra. Dillard dejó su lámpara y se dispuso a encender la que estaba junto a mi cama.

—El anciano señor Hughes se consideraba moderno, y hay un compartimento cerca de la cómoda empotrado en la pared. Puedes colgar allí tus vestidos. —Señaló vagamente en dirección a una cómoda de nueve cajones, y divisé el contorno de una puerta. Solté un suspiro de alivio, lo suficientemente pequeño como para pasar desapercibido. No soportaba los armarios. Me recordaban siempre a ataúdes gigantes.

—Todo ha sido puesto en orden para ti —continuó—. Hay un baño justo ahí. —Señaló hacia el lado opuesto del armario—. Debería haber agua caliente disponible. Todo lo que puedas necesitar está dispuesto, y todo lo que veas es tuyo para que lo uses como quieras. Muy bien, las reglas de la casa: no utilices la escalera principal. Te habrás dado cuenta de que ha sido desvalijada y está inacabada. No es segura y no queremos caídas.

Me miró como si necesitara ayuda para recordar mi vergonzosa caída.

—La mayor parte de Willowfield está cerrada a cal y canto por el invierno y por falta general de uso y de personal que la atienda. Si una puerta está cerrada, está fuera de los límites. Varias partes de la casa, especialmente el tercer piso, son inseguras para poner un pie en ellas debido a su estado de renovación abandonada.

Recordé el comentario del conductor de que, a pesar de la tragedia, seguía habiendo importantes fondos domésticos.

The Cruel

Bea Northwick Dark

—¿Por qué se cancelaron las reparaciones? Me hicieron creer que no había sufrimiento financiero.

—Desde luego, las finanzas no son el problema. Es la gente. La insensatez supersticiosa de las cuadrillas se apoderó de todos y fueron abandonando uno a uno. Incluso cuando se calmó la aprensión y los trabajadores se mostraron dispuestos a volver, el profesor no quería a nadie en la casa. Canceló las fiestas públicas, despidió al poco personal que había tenido la sensatez de quedarse, manteniendo solo a los que nos negábamos rotundamente a marcharnos, y luego cerró la casa. La convirtió en una tumba.

Hablaba con tanta franqueza que sus palabras estaban impregnadas de pesar.

—Lo siento mucho. Debe haber sido muy difícil.

—Bien. —Su rígida formalidad volvió a su sitio. Mi simpatía parecía ser algo que la Sra. Dillard no quería—. La vida sigue. Si necesitas algo por la noche, Felicity y yo estamos abajo, en la sala de profesores, aunque es mejor que esperes hasta la mañana, a menos que sea una emergencia de vida o muerte. No te molestes con los timbres de los sirvientes. Están desconectados. El desayuno está fijado puntualmente a las ocho y media en el comedor, nunca más tarde.

Antes de que se excusara, le hice la pregunta que me escaldaba por dentro.

—Señora Dillard, ¿el profesor es siempre tan —busqué la palabra menos grosera—, huraño?

La mujer me miró, tratando de determinar cuánto debía divulgar a la asistente temporal.

—Como puedes imaginar, el profesor no ha sido el mismo desde que perdió a su mujer. Solía ser el tipo gregario. Bullicioso. Muy querido. Ahora es más bien solemne, propenso a perderse en sus pensamientos. No piensa en los demás. Apenas existimos para él. En su mente, somos fantasmas en esta casa.

Fantasmas.

La Sra. Dillard suspiró, dispuesta a terminar la conversación.

—Aún está de duelo, señorita Foxboro. Le pido que trate sus peculiaridades con cierta comprensión.

The Cruel

Bea Northwick *Dark*

—Por supuesto —respondí, algo escarmentada.

Me miró con más severidad que antes, como si fuera a decir algo más. En lugar de eso, asintió bruscamente y se marchó.

—Buenas noches —le dije a su espalda que se retiraba. Cerró la puerta. Casi esperaba oír el giro de una llave en la cerradura, encerrándome en esta melancólica casa, haciéndome prisionera.

Cuando la Sra. Dillard se marchó, me dirigí al sofá y me dejé caer en él, frotándome los ojos con los dedos. Había sido un día duro, lo admitía, pero no el más duro. Con un interés exhausto, estudié la bandeja del té con sus panecillos y su fruta y unas cuantas galletas amarillas redondas espolvoreadas con azúcar en polvo. La tetera era de peltre y la taza una cosa delicada, absurdamente fina. Por suerte, el té de la tetera aún estaba caliente y su aroma era agradable y floral. Tomé un sorbo y probé el sabor veraniego del jazmín, la manzanilla dulce como la miel y una nota agria que no podía distinguir. Siendo Willowfield el paraíso de las flores que era, había muchas posibilidades. El té me calentó y me sentí más a gusto con mi cuerpo.

El bollo blando y la fruta llenaron el hueco de mi estómago, y las galletas estaban secas, pero una vez sumergidas en el té, eran una delicia. Me quité el azúcar de los dedos y consideré qué hacer a continuación. No estaba cansada, pues aún era temprano, apenas las nueve.

Con solo el pequeño globo de luz de la lámpara de gas para guiarme más allá de la luz del fuego, anduve a tientas y me afané en deshacer el equipaje. Comprobé los cajones de la cómoda, ya que solo necesitaba uno para las medias y la ropa interior, y luego corrí la pesada puerta del armario para encontrarme con un amplio espacio en el que cabía el guardarropa de un rey. Mis escasas prendas —un vestido de día, tres faldas, un jersey y cuatro blusas— parecían ridículas y tristes colgadas en el perchero. Con la ropa en su sitio, saqué un camisón y exploré el cuarto de baño. Por suerte, sobre el tocador había un candelabro más grande con velas blancas nuevas listas para usar. Encendí las ocho y observé mi nuevo entorno. Al igual que en el dormitorio, la luz no tocaba el techo, y sombras espesas como el smog llenaban el espacio sobre mi cabeza, haciendo que pareciera que estaba mirando un cielo nocturno sin estrellas. El desconcierto me recorrió la nuca como un ciempiés, con sus numerosas

The Cruel

patas haciéndome cosquillas en cada nervio. Iluminé la estancia con la luz de las velas, lo suficiente para asegurarme de que la habitación era tan opulenta como mi dormitorio: suelos de mármol, paneles de madera blanca y elegantes apliques de gas. Probé el pomo de la lámpara más cercana para comprobar el gas, con la esperanza de que las tuberías siguieran conectadas, pero no se oyó ningún silbido delator.

No había luz eléctrica ni de gas. Tuve la sensación de haber retrocedido en el tiempo. Me sacudí un poco para deshacerme de la idea y probé los grifos de la bañera. No solo funcionaban, sino que el agua caliente era casi instantánea, un verdadero lujo. Mientras la bañera se llenaba, admiré el tocador de castaño pulido, el espejo facetado y una serie de botellas de cristal que brillaban a la luz de las velas. Me habían dado libre uso de estos objetos, pero decidí ser lo más sencilla posible. A pesar de lo que había dicho la señora Dillard, estas cosas no eran mías. Junto a la bañera, en una delicada bandeja de porcelana, había una pequeña pastilla de jabón de rosas nueva. Sería suficiente. La tomé para quitarle la delicada cubierta de papel y descubrí que el nombre «Hughes» estaba impreso en el anverso, rodeado de ramilletes de flores rosas y el rostro angelical de una niña de cabellos dorados. Este jabón procedía de la empresa del profesor. Me lo llevé a la nariz y fue como tener en la mano una rosa fresca de verano.

La temperatura caliente del baño y el suave aroma del jabón relajaron parte de la tensión de mis huesos. Me sumergí hasta el cuello, solo mi cabeza y las blancas cofias de mis rodillas por encima de la superficie. Si no hubiera venido a Willowfield, estaría en mi camita de la buhardilla de la tienda. La habían equipado con luz eléctrica a principios de siglo, y mi lámpara de mesa estaría encendida, con su pantalla azul descolorida y sus borlas desaliñadas iluminadas. Estaría leyendo cualquier cosa que hubiera conseguido. Comparé el escenario en mi cabeza con el actual, pero no pude determinar cuál era mejor.

Se oyó un ruido en la parte más turbia de la habitación, donde el papel pintado rosa rococó se desvanecía en un gris ahumado antes de convertirse en una oscuridad cerosa e impenetrable. ¿Por qué la oscuridad era tan profunda aquí? Como pintura de marta sobre un lienzo sucio. Mi cabeza comenzó a vaciarse mientras miraba fijamente la oscuridad, un vacío que

se extendía detrás de mis ojos, como si mi alma se estuviera filtrando fuera de mí y dentro del agua, dejando solo un vacío.

El ruido volvió a oírse, un largo raspado como el de una puerta pesada sobre bisagras desequilibradas moviéndose por el suelo. Imaginé una entrada que había pasado por alto en la esquina, alguien abriéndola, deslizándose para observarme desde las sombras.

Me incorporé, con el corazón palpitante, derramando un poco de agua por el suelo y haciendo que mis ojos tradujeran la penumbra. Mis movimientos bruscos me marearon y el entorno me dio vueltas. El agua estaba demasiado caliente y la nueva descarga de adrenalina me produjo vértigo. Me agarré al lateral de la bañera, luchando contra la sensación de estar boca abajo y, al mismo tiempo, intentando mantener la vista fija por si alguien avanzaba. No tenía forma de defenderme de un intruso. Estaba desnuda, lo único a mi alcance era una pastilla de jabón resbaladiza y una toalla blanca de algodón.

Y el candelabro.

El miedo anuló mi pudor, salí del agua y agarré el pesado candelabro de latón, empujándolo hacia delante. Varias de las llamas se apagaron en el caótico movimiento. Si se descubría a alguien en las sombras, siempre podía utilizarlo como arma. No tenía reparos en apalear a una persona hasta matarla si mi vida corría peligro. La luz tocó lo suficiente para demostrar que no había puerta, sino simplemente un banco ornamentado y un delicado armario blanco donde había más toallas dobladas.

Temblaba e intentaba recuperar el aliento, seguía mareada, pero no había más amenaza para mí que mi propia imaginación. Mi ridícula reacción me exasperó. Salí con cuidado de la bañera, aún humeante, y me envolví en la suave toalla, respirando hondo para disipar mis vapores. Me acerqué con cautela al tocador, donde había dejado mi camisón. Me apoyé en el taburete para despejarme y esperar a que se me pasara el mareo. Me zumbaban los oídos. Quizá había pescado algo. Rechacé la idea como si tuviera el poder de rechazar la enfermedad y me examiné en el espejo. Estaba más pálida que de costumbre, el típico tono rosado de mis labios ceniza y púrpura. Mi pelo, del color de un viejo alambre de cobre, descansaba sobre la parte superior de mis hombros, largo y pasado de moda. Me toqué las puntas húmedas y rizadas con los dedos. Había estado

Bea Northwick Dark

tentada de cortármelo y lucir el corte recto que estaba de moda últimamente, pero me sentía demasiado tímida.

Me preguntaba si alguna vez no lo había sido.

Me quedé en el cuarto de baño para inspeccionar los frascos que cubrían el tocador, bien empolvados y brillantes a la luz parpadeante, muchos de ellos con el nombre «Hughes» grabado: perfumes caros, lociones y elixires suavizantes de la piel destinados a mantener alejadas las líneas de la edad. También había media docena de tubos dorados de pintalabios y una brocha de polvos con mango de plata junto a un recipiente de hojalata con imágenes de flores doradas de lavanda grabadas en la tapa de rosca.

No era una marca de Hughes, sino el mismo tipo de polvo de lavanda que había utilizado mi madre.

El mareo volvió al pensar en mi madre, que tenía normas precisas sobre lo que me estaba permitido tocar en su vanidad, que había sido nada.

Pero la recordaba de vez en cuando, dejándome sentar en silencio cerca de ella mientras se maquillaba para una fiesta. Era el único recuerdo maternal que tenía de una mujer que no había tenido el temperamento necesario para criarme. Me decía lo que usaba, de dónde venía y cuánto costaba. El aroma de los polvos permanecía en mi piel incluso después de que mi madre se marchara a sus eventos sociales. Lo respiraba y soñaba que me quería. Había sido mi aroma favorito hasta la mañana en que me entró demasiada curiosidad y abrí el bote sin permiso, dejándolo caer y empolvando el tocador y la costosa alfombra con un fino polvo blanco.

Se me erizó el vello de los brazos y aparté los dedos. Pero mi madre se había ido. Muy lejos.

Abrí la tapa.

El olor familiar de capullos de lavanda triturados y talco surgió primero, seguido de algo agrio, viejo. Las notas más penetrantes y rancias se aferraron obstinadamente y me llevé la mano a la nariz. Había algo gris que sobresalía de la parte superior prensada de los polvos, por lo demás intacta, y lo agarré, esperando descubrir una pequeña brocha de polvos, pero al tirar, la superficie blanca del maquillaje se abombó, descolorida, y el cuerpo de un ratón muerto hacía tiempo, momificado en talco, se levantó de su tumba calcárea.

The Cruel

Bea Northwick *Dark*

Gruñendo, arrojé el pequeño cadáver lejos de mí. Chocó contra la pared con un suave ruido sordo, cayó al suelo y dejó un residuo blanco a su paso. Asqueada y asustada, tomé frenéticamente el candelabro, sin prestar suficiente atención a la dirección en que lo agarraba. Mi mano golpeó uno de los brazos ornamentados, provocando una sacudida de dolor en mi ya dolorida muñeca y tirando el objeto al suelo. El resto de las velas se apagaron, dejándome en la más absoluta oscuridad. En el silencio absoluto de la oscuridad que se apoderó de mí, oí una risa, temblorosa, suave y femenina, desde el otro lado de la puerta del baño. Contuve la respiración, escuchando. Movimiento, un suave crujido de pasos sobre las alfombras.

Alguien estaba en mi habitación.

Mi miedo palpitante y el dolor fresco de mi mano se metamorfosearon en ira. Con furiosa intención, salí corriendo del cuarto de baño y directamente contra una pared de calor sofocante. El fuego rugía furioso en la rejilla, demasiado grande y brillante. El aire estaba viciado y pesado. Se me erizó la piel y, mientras buscaba frenéticamente al merodeador, me apresuré hacia la ventana para intentar abrirla y aliviar la peor parte del calor, pero los dedos me fallaron. Me entró el pánico. Necesitaba calmarme, respirar varias veces y dejar que mi mente descansara, pero también podría haberle pedido a mi cuerpo que volara.

Las bisagras de la puerta de mi habitación crujieron y me giré a tiempo para ver cómo se cerraba. El acre golpe de la nueva indignación me ayudó a despejar la mente. Alguien había estado en mi habitación, invadiendo mi intimidad. Podía acobardarme aquí, dándole motivos para pensar que era demasiado mansa para protestar, o podía enfrentarme a ello ahora y asegurarme de que no volviera a ocurrir. Corrí hacia la puerta, la abrí de par en par y salí al frío pasillo.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

CAPÍTULO 5

Salí, sin tener ni idea de qué hacer si alguien me estaba esperando, pero solo se oyó un suave rumor de pasos en retirada. En el frío del pasillo, temblé, más por los restos de mi pánico que por el frío. Aunque se tratara de una broma para confundirme como nuevo miembro del personal, no toleraría ser el blanco de las bromas de nadie. Decidida, corrí en su persecución por el pasillo sin luz, con el corazón latiéndome en los oídos. Ya había dado varias vueltas antes de pensar en lo absurdo que era esto. Ya ni siquiera oía los pasos. Despacio, me permití razonar mis experiencias. Había sido un día largo. El ratón me había dado un susto. No me encontraba bien. Debería volver, dormir y por la mañana todo sería más sensato. Pero al girar sobre mis talones, un murmullo se elevó desde una habitación más allá. No había luz en el marco de la puerta. Alguien hablaba solo en la oscuridad.

En unos cuantos saltos rabiosos, había irrumpido, encontrando una habitación ovalada de tamaño considerable, llena hasta los topes de muebles y surtidos de piezas de forma rectangular, todo cubierto de paños de polvo. Nada se movía ni hacía ruido. En la pared opuesta había otra puerta abierta a la lechosa iluminación de la luna. Me apresuré a pasar junto a figuras abultadas y cubiertas de mantas, segura de que alguien o algo no tardaría en saltar y asaltarme, pero llegué sana y salva y salí a una nueva ala. La aprensión que iba aumentando con cada giro y revuelta de esta persecución me estaba poniendo nerviosa, y se me anudaba el vientre, dándome náuseas. Esta propiedad era un laberinto. Yo era el ratón. Mis pensamientos se llenaron del cadáver de la criatura momificada que había descubierto en el talco, y retrocedí ante mi propia mente.

«Millicent».

Mi nombre fue pronunciado como un suspiro de enamorado y me sobresalté, incapaz de determinar la dirección de la que procedía. En un arrebató de aprensión salvaje, levanté la vista, esperando encontrar una figura aferrada al techo como una araña, con el cuello retorciéndose para

The Cruel

Bea Northwick *Dark*

atraparme con un resplandor de brasas antes de dejarse caer sobre mí desde arriba.

Solo estaban las cornisas deterioradas.

Mi miedo y mi rabia se estaban convirtiendo en ansiedad aguda. Había dejado que la indignación y la paranoia se apoderaran de mi sentido común. No tenía pruebas de que hubiera malas intenciones. Los ruidos eran los de unos cimientos viejos haciendo sus ruidos habituales, la leña derrumbándose y moviéndose en la rejilla. El pobre ratón se había metido sin querer en el polvo de la fábrica y había quedado sellado dentro. Y la puerta del dormitorio, bueno, no estaba segura de que no se hubiera cerrado ya. Había entrado en pánico.

Los susurros.

Eso podía explicarlo como una mezcla de mi mente cansada, circunstancias extrañas y la noche. Había llegado aquí esperando algo extraño e inusual, y mi fantasía colmó esas expectativas. Algo parecido me había ocurrido antes, cuando mis inquietantes pensamientos se dejaron llevar, agitándome y confundiéndome.

Había sido una mañana helada en Boston y un tranvía perdió el control en un trozo de hielo oculto, volcando y evitando a duras penas a una joven madre y al bebé que empujaba en su carruaje de volantes. La mujer había empujado el carro para apartarlo del camino, y éste volcó, derramando al bebé sobre la calle, donde gemía alarmado. La madre y el bebé sobrevivieron al incidente sufriendo solo de terror, pero el casi desastre jugó en mi mente durante días, distrayéndome y suspendiéndome en un estado de pavor perpetuo, como si la muerte no se hubiera dado por satisfecha y viniera en busca de su premio robado. El sonido fantasmal de los gritos del niño me despertaba a menudo, robándome el sueño, una miseria que acababa desapareciendo.

Mi vida se había vuelto a desarreglar y yo solo sufría lo mismo.

Esta lógica ralentizó los latidos de mi corazón y relajó los tensos músculos de mi cuello. Había encontrado una explicación para todo y mi cabeza se estaba despejando. A un paso mucho más cauteloso, avancé por el nuevo pasillo que había encontrado, bordeado de ventanas de cristal de plomo, con la media luna ofreciendo su luz acuosa en haces filtrados y fracturados. Las sombras se agolpaban en la pared, donde el papel pintado

The Cruel

Bea Northwick
Dark

colgaba en tiras. El suelo estaba lleno de escombros, una escalera de pintura abandonada y varios trapos tirados al azar en un lado, una prueba más de las renovaciones abandonadas. En mi obstinada determinación, corrí a toda velocidad por la casa sin fijarme por dónde iba. Darme la vuelta para volver sobre mis pasos habría sido una opción si los hubiera recordado. En cambio, si seguía adelante y me ceñía a los pasillos exteriores, seguramente me encontraría en algún lugar conocido. Siguiendo hasta el final del pasillo, doblé la esquina y me topé de frente con la barrera de un cuerpo sólido.

Abrí la boca, dispuesta a gritar, pero ahogué el ruido contra la palma de la mano cuando posé los ojos en el hombre que había estado en su propio paseo de medianoche.

Un hombre encantador.

La única vela que parpadeaba en su mano proyectaba una cruda sombra en los huecos entre los altos huesos de sus mejillas y la estructura cuadrada de su mandíbula, una barba de un día enmarcando una boca ancha y severa, que no parecía capaz de sonreír. El alto puente de su nariz le daba un aire de guerrero clásico tallado en piedra, mientras que el pelo negro que colgaba en rizado desorden alrededor de sus sienes sugería un carácter de poca reserva. Sus ojos ambarinos brillaban a la luz de las velas, atrapándome en un éxtasis de asombro y algo mucho más agradable.

—Señorita Foxboro —dijo, desaprobador, el timbre de su voz irritado. Lo reconocí y la mortificación me inundó.

—Profesor Hughes. —La vergüenza hizo que mi voz se debilitara.

—¿Está en su naturaleza romper las reglas en cuanto se las dan?

Estaba demasiado cerca de él, tanto que me vi obligada a inclinar la cabeza para verle la cara. Esperaba a un hombre mayor, alguien que se deslizara tranquilamente hacia la madurez. Pero el profesor Hughes apenas pasaba de la treintena. Di un paso atrás, apresurada pero sensata, y me arrepentí de la decisión cuando su mirada se desvió para fijarse en lo que llevaba puesto, que no era más que un camisón de noche.

—¿Cómo dice? —pregunté, llevando una mano a presionar contra la desnudez de mis clavículas.

—¿No le dijo la señora Dillard que se quedara en su habitación por la noche?

The Cruel

Bea Northwick Dark

— Ella no dijo específicamente que no podía salir.

Era un tramo largo, pero no podía decirle a mi jefe que había estado persiguiendo una pesadilla viviente por su casa.

— ¿Es así? — murmuró —. Y decidió explorar a pesar del conocimiento de las condiciones inseguras en partes de esta espantosa casa. Qué valiente.

Su tono dejó claro que, de hecho, no era valiente.

Sin otra excusa, simplemente mentí.

— No podía dormir.

Ante mi confesión, apartó su mirada de la mía, escudriñando el oscuro paisaje más allá de la ventana como si esperara encontrar algo allí además de la oscuridad de la noche.

— A menudo yo tampoco puedo — respondió.

Su expresión era tensa, cansada. El profesor no solo era un desconocido, sino también el propietario, pero aquella melancolía me inspiraba empatía. Estuve a punto de extender la mano para darle un toque reconfortante en el brazo, como había hecho a menudo con el Sr. Helm cuando la falta de sus hijos mayores se hacía pesada. Me detuve, pero no antes de que mi mano se moviera, llamando su atención e invitando a sus ojos a mirar hacia donde yo seguía aferrada al cuello de mi camisón.

— ¿Eso es todo lo que has traído? Parece insuficiente para las noches de invierno. — Una ceja se levantó ligeramente.

Intenté recuperar algo de dignidad.

— No pensé que necesitaría más que esto. Nadie me advirtió que la casa estaba en mal estado — dije, bruscamente —. Además, mi habitación está hirviendo.

Para mi fortuna, ignoró mi tono y emitió un leve zumbido de comprensión.

— Si abre la ventana un cuarto, equilibrará el fuego. En cuanto a su vestuario, haré que la señora Dillard le adquiera una bata.

Su consejo carecía de condescendencia y mis hombros tensos se relajaron. Este intercambio era posiblemente salvable.

— Gracias — dije sinceramente.

Mi gratitud tuvo un efecto negativo en el profesor, su semblante volvió a ser severo, sus ojos tormentosos.

The Cruel

Bea Northwick Dark

— Eso no es una invitación a vagar. Hay peligros escondidos donde no llega la luz de la luna.

Su cambio de actitud me irritó y, para mi vergüenza, dejé que mi mal genio saliera por mi boca.

— Por el amor de Dios, profesor. Es tan malo como el conductor. ¿Intenta asustarme con historias de fantasmas?

— ¿Historias de fantasmas? — repitió, perplejo —. No hay calefacción central, y muchos proyectos de renovación fueron abandonados cuando mi mujer...

Se tambaleó aquí y luego se aclaró la garganta.

— Dejaron zonas inseguras para caminar. O te matan o te caes.

Sin pensarlo, me burlé, despertando un poco la ira del profesor.

— ¿Y me atrevo a mencionar que está sola en la oscuridad con un hombre que no conoce?

Un golpe bajo.

— O tal vez está solo en la oscuridad con una mujer que no conoce — repliqué, dolorosamente consciente de lo disparatada que acababa de sonar.

— Qué desconcertante — reflexionó —. Me pregunto quién tiene razón.

Sabía que estaba haciendo equilibrios en un peligroso precipicio y que si me movía un solo centímetro de forma incorrecta, caería en picado al paro. Aun así, era necesario poner mis propios límites, no fuera a ser que todos asumieran que era fácil de intimidar. Sopesé el coste y el beneficio de trazar una línea y decidí que trabajar para un hombre que creía que yo era débil de voluntad y fácil de molestar sería insoportable.

— Señor, me han advertido sobre su mal humor, y aunque usted es mi patrón y es mi último deseo vejarlo, le agradecería un poco más de decoro.

— ¿Decoro? — Otra mirada punzante a mi desliz.

La insinuación y su desinterés por mi intento de recuperar algo de equilibrio en este intercambio me desequilibraron de nuevo. Me preparé para hablar, y esta vez, mis palabras me ganarían sin duda un lugar en la gélida noche, con la bolsa a mis pies, pero el profesor me cortó en seco, ofreciendo su propio pronunciamiento.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

—Por favor, vuelva a su habitación, siga recto por este pasillo y gire a la derecha en el siguiente pasillo. No vuelva a salir hasta mañana. Nos conoceremos mejor a la luz del día.

La despedida fue brusca y, por un momento, nos quedamos mirándonos el uno al otro.

Por millonésima vez, consideré mis opciones y las encontré escasas.

Fui la primera en apartarme, bajando los ojos, aunque me costó un gran esfuerzo. Me moví para rodearlo, dispuesta a acabar con nuestro desgraciado encuentro, pero cuando estábamos uno al lado del otro, con los brazos casi tocándose, habló.

—¿Y, señorita Foxboro?

Me detuve en seco, obligada de nuevo por nuestra proximidad a inclinar la cabeza hacia atrás. Tan cerca, podía sentir su calor y oler el persistente aroma a cedro de biblioteca en su ropa. Se acercó a mí, levantó la vela y me la ofreció. Aunque quería rechazarla, era demasiado tonta para hacerlo. La tomé con la mano.

—Si vuelvo a descubrirla deambulando —dijo, y su voz adquirió el tono grave de una advertencia—, puedo pensar que pretende tentarme.

Se me cortó la respiración y la indignación se me hinchó en el pecho acompañada de una emoción perversa e inoportuna. Sin darme tiempo a recuperar la compostura y defenderme, se alejó, sus pasos silenciosos como los de un espectro. El insulto y el desconcierto me adormecían, me pegaban al sitio. Vi cómo desaparecía tras una esquina lejana, dejándome abandonada en la opresiva quietud de la casa.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

CAPÍTULO 6

Me desperté en una mañana sombría y pálida, con la cabeza hueca. Mi sueño había sido irregular, lleno de rostros brumosos y largos pasillos oscuros a los que nunca llegaba, perseguida por una voz familiar y espantosa.

«Millie la loca».

«Loca como una liebre de marzo».

«Nos matará a todos mientras dormimos».

También había habido una mujer; una mujer con un vestido de día blanco que lloraba en la puerta de cada habitación por la que pasaba, con sus delicadas manos apretadas contra la cara, enredaderas de flores en el pelo, sus flores como campanillas de hadas contra su coronilla.

Aunque la noche seguía preocupándome, las cosas eran menos terribles de día. El escaso sol de primera hora transformó la otrora ominosa cueva de una habitación en un cuadro de elegancia floral. Las suaves alfombras verdes con lilas en ciernes, el empapelado de madera de brezo y las cortinas de rosa oscuro me recordaban mucho más a princesas y castillos encantados que a fantasmas y villanos. El fuego se había apagado y salí del cálido capullo de las mantas, lamentando no llevar bata. Pensar en la bata me produjo una rápida oleada de vergüenza. Lo llevé como una piedra en el estómago mientras me vestía con lo más abrigado que tenía: la falda de lana azul y marrón con la que había llegado y una camisa de punto sin mangas debajo de mi jersey más bonito, con el cuello alto decorado con un lazo de terciopelo justo por debajo del nacimiento del pelo. Esperaba que el profesor no se diera cuenta de que llevaba la misma falda dos días seguidos, pero era poco probable. Nunca me había visto hasta que me sorprendió bailando el vals por su casa en camisón. Volví a sonrojarme, con ganas de abofetearme las mejillas.

Cuando entré en el cuarto de baño, busqué minuciosamente el diminuto cadáver del ratón. Lo encontré medio tumbado bajo el armario de cristal donde se guardaban las sábanas y las toallas. Sin la oscuridad de la noche para hacer volar mi imaginación, sentí lástima por la criatura que

The Cruel

Bea Northwick
Dark

había encontrado su terrible final asfixiada en polvo. Con cautela, le puse un pañuelo de papel sobre la cara y planeé alertar a la Sra. Dillard a la primera oportunidad. Pondría especial cuidado en no parecer molesta; al fin y al cabo, era un ratón, no un monstruo.

La idea de los monstruos no me levantó el ánimo y, mientras me sentaba en el tocador y me recogía el pelo en el espejo, mis hombros empezaron a curvarse hacia dentro y la costumbre se apoderó de mi postura. Estaba empequeñeciéndome todo lo posible, algo que había hecho a menudo durante mi infancia. Cuando miré mi reflejo, la mujer encorvada y asustada que vi no me gustó. Enderecé los hombros. Iba a desayunar con la barbilla alta y sin disculparme. El comportamiento del profesor había sido atroz, no el mío. Me tomaría en serio, rechazaría la irreverencia y manejaría con pulcritud cualquier prueba que me pusieran delante.

Mi nueva autoestima me satisfizo, y me peiné como de costumbre, con unas suaves ondas en los dedos que me tocaban la cresta de la mejilla, y un sensato recogido de los rizos restantes en un moño retorcido en la base del cuello. Cuando nadie vino a buscarme para desayunar, supuse que significaba que la señora Dillard me consideraba lo bastante capaz como para encontrar el camino. Tenía razón; a la luz del día era relativamente fácil volver a encontrar la cocina, que estaba junto al comedor. Las puertas dobles de caoba estaban abiertas y me invitaban a entrar, con el aroma del pan caliente y el café recién hecho haciéndome cosquillas en la nariz. A varios pasos de la entrada, mi confianza flaqueó. Volví a acariciarme el pelo con temor y expectación mientras me quedaba allí, preguntándome si el profesor mencionaría lo ocurrido la noche anterior o si ambos guardaríamos silencio e intentaríamos olvidar lo sucedido.

Preparada para la batalla, entré en el comedor.

No había nadie.

En la formidable mesa de comedor, con capacidad para doce comensales, había varios platos cubiertos y un solo cubierto. No había indicios de que nadie más fuera a acompañarme, así que dejé escapar mi ansioso aliento y agradecí mi suerte. Había llegado demasiado tarde para comer con el profesor.

Encontré huevos, copos de avena, terrinas de nuez moscada y canela, una montaña de tostadas, un trozo de mantequilla fresca y un cuenco de

The Cruel



Bea Northwick Dark

conservas de arándanos. Agradecida por la ausencia de miradas, me zampé la comida, hambrienta, y me llené dolorosamente. El café de la cafetera era fuerte y amargo. Tenía nata, pero me lo tomé solo, preparándome para el día.

El comedor era tan opulento como el resto de la casa, dos arañas de cristal colgaban pesadamente sobre la mesa de madera de cerezo, brillando a la agradable luz del sol que se colaba por las ventanas, proyectando un tono dorado sobre la repisa verde jaspeada y los aparadores de latón. Una estatua de dos mujeres, trenzando sus cabellos con flores, observaba desde su lugar en el rincón junto a la puerta, sin impresionarse conmigo.

La puerta de la cocina crujió y me giré encantada para saludar a quienquiera que hubiera entrado, solo para descubrir que seguía sola. Me levanté, tomé varios platos en la mano y los llevé hasta la puerta, que empujé con cautela para asomarme al interior.

— ¡Hola ahí dentro! ¿Necesitan ayuda? — llamé.

Mis palabras resonaron en el espacio cavernoso como plegarias sin respuesta. No había nadie. Todo estaba ordenado, no había rastro de un desayuno preparado. Llevé los platos al fregadero, perdida. La cera de abejas brillaba en las encimeras de madera recién selladas, y el fregadero y la cocina de cobre estaban brillantes como monedas nuevas. Había una gran nevera con la bandeja de goteo seca. Pasé la siguiente media hora limpiando el desayuno, lavando los platos pero dejándolos sobre la encimera, insegura de su lugar. Pensaba aprender. No podía seguir pidiéndoles a la Sra. Dillard y a Felicity que me atendieran cuando había tanto trabajo por hacer. En cualquier caso, yo también era personal y totalmente capaz de valerme por mí misma.

Suponiendo que me necesitarían para trabajar, me fui a la biblioteca, pero cuando llegué, la habitación estaba a oscuras, las cortinas echadas y el fuego apagado. La atmósfera poco acogedora fue una gran decepción, pero pequeñas mariposas revolotearon en mi estómago al darme cuenta de que ahora era la oportunidad perfecta para explorar. Podía ver dónde pisaba y quién estaba cerca, evitando fácilmente ser sorprendida por hombres lobos y sobrenaturales.

Me sonrojé, pero no perdí la determinación. Si alguien hubiera estado interesado en evitar que husmeara, no habrían desaparecido todos.



The Cruel

Bea Northwick Dark

Primero me acerqué a la habitación contigua a la biblioteca. Estaba cerrada. Pensé que era probable que la mayoría de las puertas lo estuvieran. Sin embargo, la siguiente que probé se abrió, con las bisagras chirriando como un pájaro asustado. A juzgar por el piano gigante, medio envuelto en una sábana, había sido un salón de música. Todo lo demás estaba igualmente vestido con sudarios grises y polvorientos como tantos muertos. Las siguientes habitaciones no estaban cerradas, pero carecían de interés: estaban vacías o llenas de objetos ocultos bajo las fantasmales cubiertas.

Por fin, descubrí una habitación diminuta, la luz brillante de sus ventanas orientadas al este mostraba maderas aireadas y más estampados florales similares a los de mi alojamiento. No había sábanas con polvo y todo estaba limpio, listo para ser utilizado. Un delicado escritorio ocupaba un lugar privilegiado, y cualquiera que se sentara allí podía contemplar un laberinto ajardinado, sus altas paredes marrones y espinosas con rosales latentes. Era el despacho de una dama. Todo era frágil y se manchaba con facilidad. La severa elegancia de este lugar no invitaba a los invitados, sino que los repelía.

«No te quedes aquí», amonestaba, «no descanses».

¿Había pertenecido a la Sra. Hughes?

Sentía curiosidad por la antigua señora de la casa, que con su muerte había llevado a la ruina una finca antaño floreciente. Al pensar en ella, mi mente se dirigió hacia su viudo, y me permití un suspiro frustrado, sacudiéndome la extraña sensación que me inspiraba la habitación. Abandoné el despacho y giré hacia otro pasadizo, idéntico al que me había encontrado con el profesor. Las ventanas palladianas se alineaban a un lado y me asomé, buscando un rasgo distintivo en el paisaje que pudiera recordar si volvía a perderme. Allí, entre los árboles desnudos y los arbustos desnudos, había un edificio de piedra con una chimenea que echaba un humo alegre: la casa del jardinero.

La prensé como una flor en las páginas de mi memoria.

El resto de mi exploración reveló más de lo que había visto ayer durante la corta caminata con la Sra. Dillard. La madre del profesor Hughes había inculcado en los mismos huesos de Willowfield una personalidad mágica, una presencia de otro mundo que habría inspirado

The Cruel



Bea Northwick Dark

el sentido del corazón y la imaginación de cualquiera si no hubiera estado plagado de polvo y signos de abandono. La humedad había hinchado los óleos y enmohecido los corredores, exudando un olor húmedo y mohoso que me recordaba a una ciénaga helada. Donde no había imágenes de hadas, había motivos florales: papel pintado con aliento de bebé, molduras de tulipanes, alfombras de rosetón. Eran un homenaje al negocio que había mantenido a flote a la familia Hughes.

Salí del vestíbulo con ventanas y deambulé por un sinfín de pasillos interiores que daban vueltas sobre sí mismos. Había menos luz en esta parte de la casa, sin más luz natural que la que se filtraba por las vidrieras y por debajo de las numerosas puertas. Tras probar varias manillas, todas cerradas, me encontré al pie de una estrecha escalera de servicio que conducía al tercer piso.

Me quedé mirando los estrechos escalones, sopesando si valía la pena desviarme del camino, adentrarme en una parte de la casa que había sido expresamente prohibida. Sin embargo, había algo en aquella escalera, algo que me atraía. La puerta de arriba estaba bien cerrada y seguramente debía de estar cerrada con llave. No estaba de más comprobarlo. Puse un pie en el primer escalón para subir.

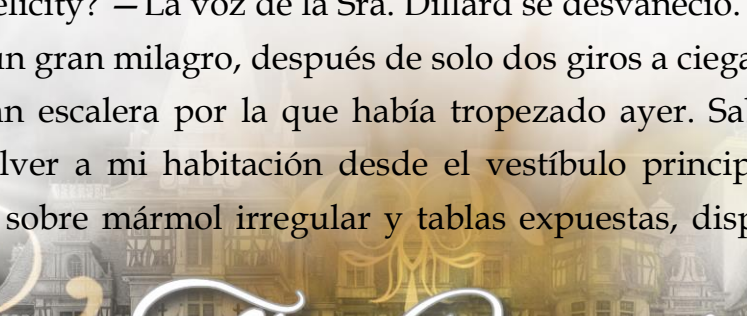
— ¡Felicity! — La Sra. Dillard bramó, sin ser vista pero viniendo en mi dirección—. Felicity, ¿dónde diablos estás? El fuego en la cámara del profesor no ha sido encendido!

Me quedé inmóvil y contuve la respiración, deseando desaparecer. Busqué la razón para contrarrestar el pánico que crecía en mi pecho. Solo era el ama de llaves. Le diría que la estaba buscando. Ella me dirigiría fuera de este laberinto con la condescendencia de alguien que sabía que esto ocurriría, y nadie me golpearía ni me encerraría en un armario porque yo era adulta y mi madre estaba muerta.

Di media vuelta, cobarde ante los recuerdos de la infancia, y eché a correr.

— ¿Felicity? — La voz de la Sra. Dillard se desvaneció.

Por un gran milagro, después de solo dos giros a ciegas, llegué al final de la gran escalera por la que había tropezado ayer. Sabía exactamente cómo volver a mi habitación desde el vestíbulo principal, así que bajé saltando sobre mármol irregular y tablas expuestas, dispuesta a caer en



The Cruel



Bea Northwick Dark

picado hacia la muerte antes que enfrentarme a aquella mujer amargada. Llegué a la planta baja, con la vida aún aferrada a mí, atravesando el territorio familiar con una ansiedad extasiada, y finalmente entré en mi habitación y cerré la puerta, procurando hacer el menor ruido posible.

Conseguir volver fue tal alivio para mis nervios que empecé a reírme a carcajadas, apoyando la frente contra el marco de la puerta, dejando que la risa me aliviara. Me había comportado tontamente como una niña atrapada en una travesura. Respiré hondo por la nariz, perdí el control y volví a reírme. Debería alegrarme de haber vagabundead. Lo más importante que había aprendido era que la casa estaba oscura en muchos lugares, vacía y triste, pero no había nada extraño, solo habitaciones solitarias sin nadie que las quisiera. Una sensación de nostalgia me hizo recuperar la sobriedad.

—¿Señorita? —chilló una voz mansa.

Chillé y me lancé de espaldas contra la pared.

Felicity gritó a su vez, con los ojos azules muy abiertos y perturbados.

Estaba encendiendo el fuego cuando entré corriendo, enloquecida y riéndome para mis adentros.

Nos quedamos mirándonos fijamente durante un buen rato antes de que yo no pudiera contenerme y empezara a reírme de nuevo.

La mujer a la que casi había matado del susto dos veces desde que llegué seguía con la mirada perdida, quizá esperando a que arremetiera contra ella.

—Te pido disculpas, Felicity —dije, finalmente recuperando el aliento—. Estaba huyendo de la señora Dillard.

Pasó otro rato de silencio y me preocupó que la chica se echara a llorar. En lugar de eso, inclinó la cabeza y se unió a mi risa.

Cuando por fin pudo hablar, lo hizo con voz suave y soñadora, con lágrimas de alegría aún brillando en sus ojos.

—Yo también lo he hecho algunas veces —me confió, encantadoramente cohibida. Sentí simpatía por ella. Se aclaró la garganta con delicadeza, serenándose, e indicó la cama donde me habían tendido varios trajes.

—Me ordenaron que te trajera esto.

The Cruel



Bea Northwick Dark

Curiosa, me acerqué a la cama para examinar las prendas. Los dos primeros eran vestidos de cintura caída de crepé de lana, idénticos en estilo, con faldas plisadas y fajines bajos, cada uno de un color diferente: uno de un lila suave, el otro del verde intenso del musgo de verano. Los escotes eran altos, los fajines de raso, y ambos eran monstruosamente caros. Había tres faldas lisas de lana de distintos colores —canela, azul y rojo chardonnay— acompañadas de largos cárdigan de colores neutros y blusas con lazo. Pasé los dedos por las sedosas longitudes de los lazos, sacudiendo la cabeza maravillada por su perfección.

La última prenda era una bata, larga, de terciopelo crema, con las mangas, el cuello y el dobladillo convertidos en un conglomerado de flores en tonos joya.

— ¿El profesor te las dio? — pregunté.

Cuando notó mi vacilación, su rostro se volvió receloso.

— Solo estoy sorprendida — aclaré —. Me han avisado con muy poca antelación, ya que solo llevo aquí un día. ¿Hay alguna tienda en el pueblo?

Un sastre o unos grandes almacenes de confección cercanos me darían un lugar al que ir si hubiera más días en los que me dejaran a mi aire y el tiempo se estirara, vacío e inflexible.

— Sabíamos que iba a venir, señorita — dijo —. El profesor ordenó por adelantado, por si acaso. El aire del invierno es diferente aquí, y la casa está muy fría.

— ¿Cómo sabía mis medidas?

Felicity se sonrojó tanto que parecía una amapola.

— El doctor Hannigan adivinó.

Pasé el dedo por el dobladillo de una de las faldas.

— Qué cosa más rara para alguien — reflexioné, y como respuesta, la criada soltó un bufido ahogado.

— Lo siento — exhaló ella, sorprendida por su propia risa —. Aquí nadie dice cosas así en voz alta.

En voz alta. La inquietud me asaltó.

— Si quieres — dijo Felicity suavemente, cambiando de tema —, puedo ayudarte a prepararte para conocer al profesor Hughes esta tarde, cuando regrese.



The Cruel

Bea Northwick Dark

—Oh, ¿se ha ido? —Eso explicaba lo de esta mañana. Consideré la oferta de Felicity. Me gustaba esta chica, y la necesidad de un poco de compañía sin complicaciones era atractiva—. Y, sí, tal vez puedas ayudarme a peinarme de una manera que no sea «desaliñada». Maquillarme no es mi fuerte.

Felicity aceptó encantada y me sugirió que eligiera uno de los nuevos conjuntos. Me opuse. Estaba, sinceramente, un poco irritada. El profesor Hughes esperaba que mi ropa no fuera satisfactoria. Sin embargo, no tenía ningún motivo para negarme, así que elegí la falda marrón y la rebeca azul marino y me vestí detrás del biombo de madera de teca, permitiéndome admirar la calidad de los tejidos. El conjunto me quedaba un poco ceñido en la cintura, aunque apenas, pero la holgura de la rebeca lo disimulaba. Las suposiciones del doctor habían sido milagrosamente acertadas.

Felicity hizo su alboroto, ondulando el pelo alrededor de mi cara con una pomada perfumada de violeta y sujetando el resto en una trenza inferior, dando la ilusión de una moda más corta. Cuando terminó, miramos los resultados en el espejo. Me quedé asombrada por la forma en que el simple cambio alteró mi cara.

—Oh, señorita —dijo Felicity—, usted parece...

Se detuvo como si el aire la hubiera abandonado.

—¿Qué ocurre? —pregunté

Llamaron a la puerta con impaciencia y una acosada Sra. Dillard se apresuró a entrar, sin esperar a ser invitada.

—Felicity, ahí estás. Te he buscado por todas partes. Las chimeneas, ocúpate de ellas inmediatamente, luego Rodney necesita tu ayuda en el garaje. Ha puesto un enrejado a través de una de las ventanas. —Puso los ojos en blanco para indicar que no era la primera vez que rompía una ventana.

Felicity agachó la cabeza y se alejó a toda prisa, mientras la Sra. Dillard la observaba hasta perderla de vista. Cuando por fin me miró, estudió mi conjunto y mi pelo, con las comisuras de los labios hacia abajo, envejeciéndola.

—Qué guapa está, señorita Foxboro —me dijo. Su extraño tono me erizó la piel—. El profesor estará listo para recibirla después del almuerzo. No la acompañaré, pues a menudo desea cenar en privado.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

—De acuerdo —apenas alcancé a decir mientras ella se alejaba,
dejándome sola de nuevo.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

CAPÍTULO 7

Me vestí con mi vieja falda y una blusa blanca de franela. La señora Dillard había visto lo inapropiado de aceptar regalos de un empleador, por muy prácticos que fueran, y yo también debería haberlo hecho. Sin embargo, opté por dejarme el pelo como estaba, ya que Felicity había sido tan amable de peinármelo.

Como era de esperar, solo había un cubierto en el comedor. Comí los sándwiches fríos en silencio, una presencia insignificante en la amplia mesa, y no me entretuve. Cuando llegué, la puerta de la biblioteca estaba ligeramente entreabierta y la cálida luz se reflejaba en las alfombras. Con la esperanza de saber a qué me enfrentaba, me asomé con cautela por la rendija.

El profesor Hughes se alzaba sobre su escritorio, rodeado de montones de papeles, libros y revistas. Llevaba la cara bien afeitada y el pelo oscuro peinado con el estilo liso y suave tan popular ahora. No parecía tan peligroso como en los pasillos iluminados por la luna, pero su belleza seguía irritándome. Los hombres así tenían todo lo que querían, se comportaban como les daba la gana sin repercusiones ni reprimendas. La naturaleza lo había convertido en ley.

Una punzada de culpabilidad siguió a mis pensamientos poco amables. Aquel hombre había perdido a su mujer y yo estaba aquí, merodeando y juzgándolo por ser guapo.

—¿No es impropio de una dama acechar en los portales? —dijo el profesor Hughes, sin levantar la vista. Me había sorprendido.

Puse los ojos en blanco, esboqué una cálida sonrisa y entré.

—Buenas tardes —dije, negándome a reconocer que me había escabullido.

Hizo un ruido áspero como respuesta y me miró.

—¿No le quedó bien la ropa que le entregaron? —preguntó.

—Traje mi propia ropa, profesor Hughes.

Volvió al libro que había estado examinando.

—Hay un desgarró en tu falda.

The Cruel

Bea Northwick Dark

Miré hacia abajo y vi que tenía razón. Un rasgón me había hecho jirones en el dobladillo, y la tela colgaba torcida. Lo maldije por su traición.

— Considere la ropa un beneficio — continuó, cerrando el libro con un enérgico movimiento de la mano.

Como sospechaba, creía que se saldría con la suya.

— Preferiría un sueldo más alto, señor — dije, y mi brusquedad le arrancó una risa corta y sincera.

— ¿No le parece bien el salario?

— Es satisfactorio — mentí. Era excesivo.

— Bueno, pruebe su sal en esta jungla de investigación, y tal vez se pueda negociar. Hannigan me dijo que tiene amplios conocimientos del folclore celta. — Revolvió papeles, buscando algo perdido en el caos, y yo gemí interiormente.

— Conocimientos suficientes — le corregí —. Le he dicho muchas veces al doctor Hannigan que mi interés es personal, no académico.

— Simplemente disfrutas con los cuentos de hadas.

Parecía un juicio.

— Bueno, yo no...

— A mi madre también le encantaban — comentó el profesor Hughes, deteniendo mi defensa —. Por eso me molesté con todo el lío del doctorado. Estaba obsesionada con sus fantasías, y cada partícula de ella creía que los Sidhe habían bendecido a nuestra familia. Yo quería estudiar esa creencia, todas las cosas peculiares que los humanos inventan para explicar tanto los misterios horribles como los extáticos de la vida.

Por su forma de hablar, podría haber empezado una conferencia al frente de una clase. En contra de mis deseos, lo encontré entrañable.

— Suena fascinante — aventuré, demasiado tímida para compartir que leía por puro placer: por el romanticismo de los guerreros, la diablura de las hadas y la emoción que podían inspirar los monstruos de los mitos. Disfrutaba de la emoción de enfrentarme a una bestia en el lado seguro de la página, donde derrotarla solo significaba cerrar la tapa —. ¿Qué espera obtener de esta investigación?

Se lo pensó un momento.

The Cruel

Bea Northwick Dark

—Perspicacia a la mente humana. A nuestro amor por la superstición —dijo—. O quizá solo espero recordarme a mí mismo que todo es mentira y que no hay nada más que la carne.

La sonrisa se había desvanecido, su semblante cambiaba, convirtiéndose en un campo de sombras.

—¿Cree en los monstruos, señorita Foxboro? —preguntó distraídamente.

Debe estar tomándome el pelo.

—Sí —respondí, burlándome a mi vez—. La clase humana.

—Bien hecho —murmuró, y luego señaló con un nuevo sentido de la energía el desastre que nos rodeaba—. Su interés personal en todo esto me beneficia más que la mente académica de un estudiante estirado y constreñido a memorizar de memoria. Primero necesitaré su ayuda para organizar estas notas. He acabado con ellas y me temo que he dejado que se acumularan.

Me dio algunas indicaciones más y nos pusimos a trabajar.

A pesar de los largos ratos de silencio, me contentaba con la música de los papeles crujendo y el fuego crepitando. El contenido de las páginas que examinaba me interesaba, y me detenía más de lo necesario en una o dos notas, absorbiendo la información.

Conocía el Bodach gracias a la señora Reeves, que se divertía intentando asustarme con pequeños cuentos de su infancia. Era una especie de hombre del saco, una criatura más o menos malvada y malintencionada según la historia, más inquietante que mortal. Leyendo leyendas famosas, había oído hablar de Caoránach, el dragón que engendraba demonios, desterrado por San Patricio. Pero no sabía que Clíodhna, la reina de las banshees, también había sido venerada como diosa del amor, y nunca había oído hablar del Dobhar-Chú, el perro nutria que se comía a todo el que se acercaba a sus aguas.

Todas ellas eran criaturas malévolas que amenazaban o predecían el fin de la humanidad.

—Profesor —me aventuré a decir, interrumpiendo un largo rato de silencio—, aquí hay una entrada para Gancanagh, pero no hay descripción. ¿Qué es?

The Cruel

Bea Northwick Dark

—Un hada que seduce a las mujeres —contestó, desviando la mirada de su trabajo y concluyendo—: hasta la muerte.

—Ah —respondí, anotando la información que faltaba, intentando parecer tranquila. Disipando la incomodidad, continué—: Conozco a Leanan Sidhe, que hace lo mismo con los hombres; no sabía que tuviera un homologo masculino.

—Bueno —el profesor dividió su atención entre sus notas y yo—, Leanan al menos da algo de valor a sus amantes a cambio de sus cortas vidas, sobre todo inspiración y éxito. El Gancanagh es solo un bastardo.

Su cándido comentario me tomó desprevenida y me eché a reír. Él también esbozó una pequeña sonrisa y la tensión entre nosotros se disipó. Trabajamos hasta que la luz natural empezó a desaparecer. Para mi disgusto, apenas habíamos hecho mella en el caos, incluso después de varias horas de concentración. Suspiré en silencio y me senté en la silla, con los ojos secos y la cabeza llena. Al soltar un suspiro cansado, me encontré con que el profesor me observaba, la fresca oscuridad de la sala convertía su expresión en una similar a la que había llevado aquella noche en el pasillo. ¿Cuánto tiempo llevaba observándome? Cuando nuestras miradas se cruzaron, no apartó la vista.

—Creo que hemos hecho algunos progresos —dije, no queriendo que el silencio se alargara demasiado.

—Sí —contestó, apartando la mirada y llevándose una mano a la sien—. Gracias, señorita Foxboro. Continuaremos mañana después del desayuno.

Me despedí cortésmente y me fui con una sensación de logro. A pesar del accidentado comienzo, todo iba bastante bien después de todo.



Durante la semana siguiente, comí sola por la mañana y luego me reuní con el profesor Hughes en la biblioteca para trabajar hasta el anochecer. Tomábamos juntos un almuerzo ligero por las tardes y bebíamos tanto café entre los dos que era probable que mantuviéramos la industria sin ayuda de nadie. La rigidez formal empezó a debilitarse y, aunque lo sorprendí vigilándome de vez en cuando, me dejó ocuparme de mis

The Cruel

responsabilidades. No era mucho más que una secretaria glorificada, y mis conocimientos de mitos y lenguas celtas solo me fueron útiles en contadas ocasiones.

A pesar de las peculiaridades, disfrutaba con mi propósito y estaba deseando salir de mi habitación con un trabajo atractivo que hacer, sobre todo porque las noches en esta casa seguían siendo extrañas y desafiantes. Me despertaba a menudo a medianoche, oyendo ruidos extraños, voces que se callaban cuando abría los ojos. Esperaba que los sueños inquietantes y la intranquilidad tenaz se calmaran, pero este cambio en mi vida me tenía confusa.

Mientras filtraba las variaciones de cada criatura folclórica, encontré más notas sobre Clíodhna, reina de las banshees, y un repentino temblor de reconocimiento electrizó mi cerebro.

—Profesor, la diosa Clíodhna, ¿es a quien pretende representar la fuente de la fachada de la casa y este retrato?

—Sí —afirmó, tomándose un momento para frotarse el cuello, agarrotado por la lectura—. En una variación de su folclore se enamoró de un humano, lo invitó a vivir en la isla inmortal de Tír Tairngire, y luego lo ahogó en el mar cuando él quiso volver al reino mortal.

—¿Significaba algo importante para su madre?

Enarcó una ceja y luego los ojos.

—¿Hablando con la señora Dillard?

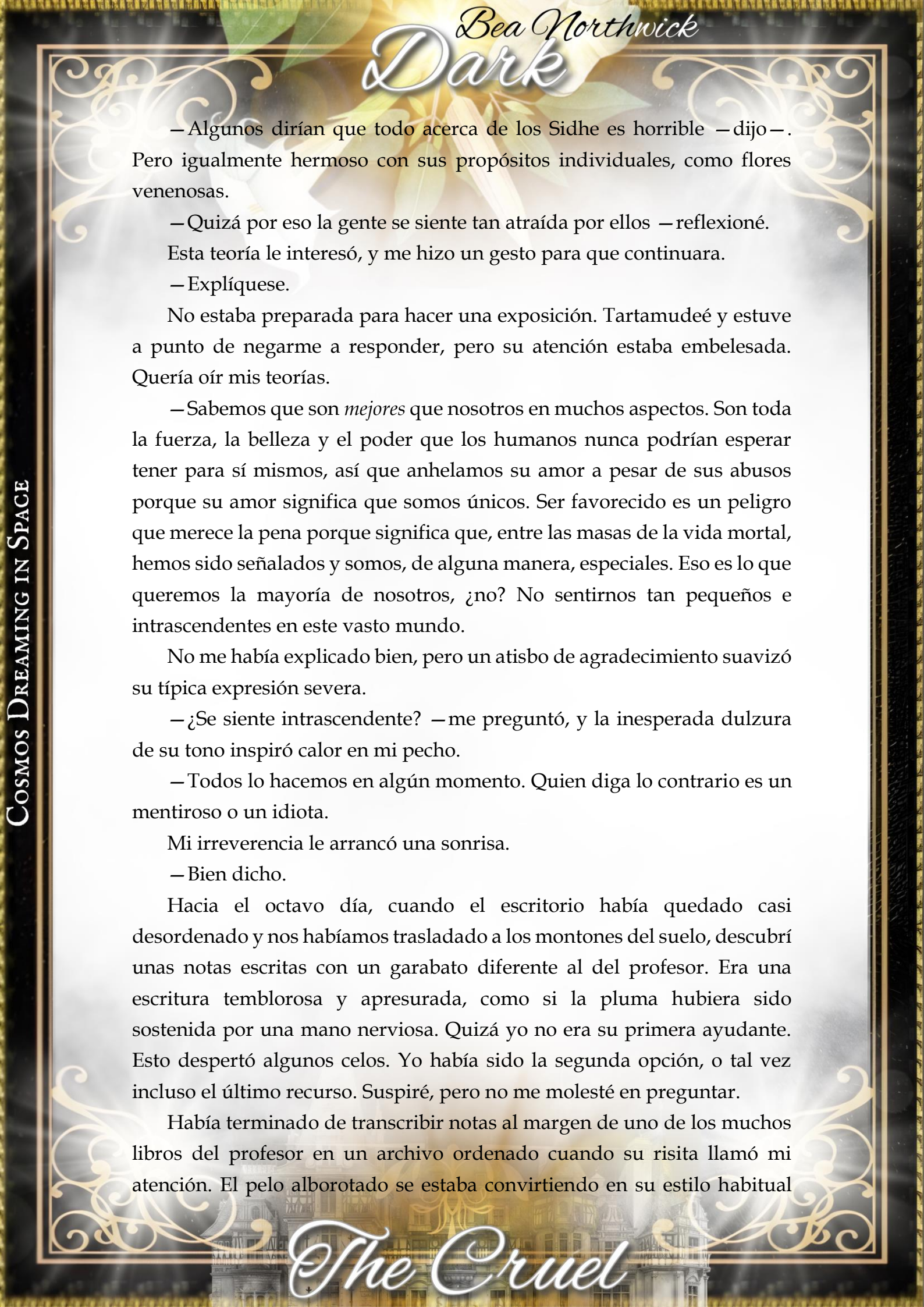
No sé por qué se me calentaron las mejillas; seguro que las renovaciones de su madre no eran un secreto.

—Me dio una breve lección de historia sobre Willowfield.

Asintió con la cabeza.

—Eso está bien por su parte. Para responder a la pregunta, sí. Mi madre respetaba los peligros de los Feéricos tanto como admiraba su encanto. Clíodhna es una criatura de belleza y pasión cuyo amor tiene el poder de ser una bendición o una maldición. Las imágenes de ella son una ofrenda y también una advertencia. Para un mortal, aceptar el favor de un hada es jugarse la vida, y siempre hay consecuencias. Los favores siempre deben devolverse. Su amor a menudo significa la muerte.

—Eso es horrible.



Bea Northwick Dark

—Algunos dirían que todo acerca de los Sidhe es horrible —dijo—. Pero igualmente hermoso con sus propósitos individuales, como flores venenosas.

—Quizá por eso la gente se siente tan atraída por ellos —reflexioné.

Esta teoría le interesó, y me hizo un gesto para que continuara.

—Explíquese.

No estaba preparada para hacer una exposición. Tartamudeé y estuve a punto de negarme a responder, pero su atención estaba embelesada. Quería oír mis teorías.

—Sabemos que son *mejores* que nosotros en muchos aspectos. Son toda la fuerza, la belleza y el poder que los humanos nunca podrían esperar tener para sí mismos, así que anhelamos su amor a pesar de sus abusos porque su amor significa que somos únicos. Ser favorecido es un peligro que merece la pena porque significa que, entre las masas de la vida mortal, hemos sido señalados y somos, de alguna manera, especiales. Eso es lo que queremos la mayoría de nosotros, ¿no? No sentirnos tan pequeños e intrascendentes en este vasto mundo.

No me había explicado bien, pero un atisbo de agradecimiento suavizó su típica expresión severa.

—¿Se siente intrascendente? —me preguntó, y la inesperada dulzura de su tono inspiró calor en mi pecho.

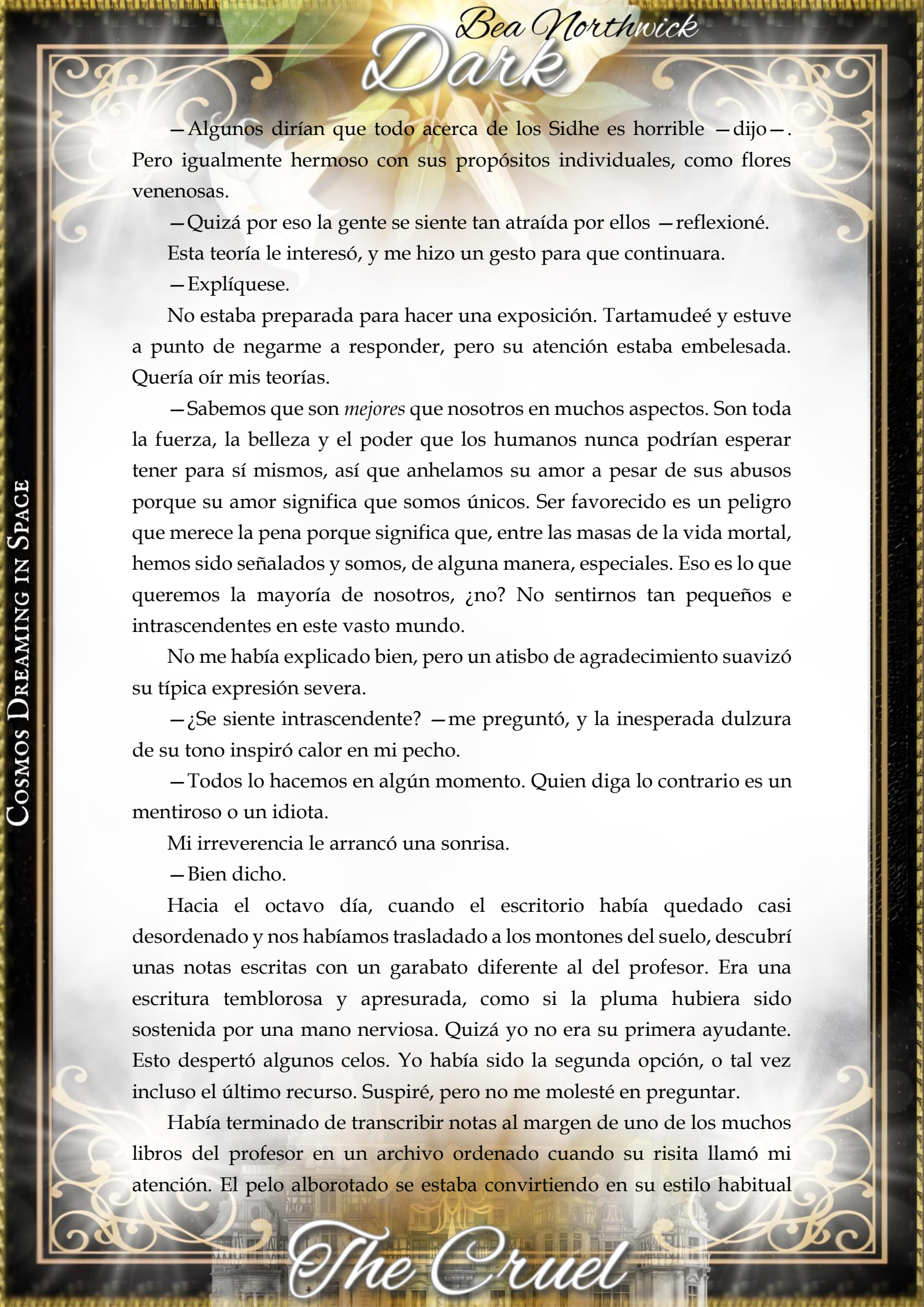
—Todos lo hacemos en algún momento. Quien diga lo contrario es un mentiroso o un idiota.

Mi irreverencia le arrancó una sonrisa.

—Bien dicho.

Hacia el octavo día, cuando el escritorio había quedado casi desordenado y nos habíamos trasladado a los montones del suelo, descubrí unas notas escritas con un garabato diferente al del profesor. Era una escritura temblorosa y apresurada, como si la pluma hubiera sido sostenida por una mano nerviosa. Quizá yo no era su primera ayudante. Esto despertó algunos celos. Yo había sido la segunda opción, o tal vez incluso el último recurso. Suspiré, pero no me molesté en preguntar.

Había terminado de transcribir notas al margen de uno de los muchos libros del profesor en un archivo ordenado cuando su visita llamó mi atención. El pelo alborotado se estaba convirtiendo en su estilo habitual



The Cruel

Bea Northwick Dark

últimamente, ya que a menudo se pasaba las manos por él mientras pensaba, y estaba sentado despreocupadamente con su jersey de lana, con todo el aspecto de un hombre preocupado por los libros. Se había relajado en los últimos días, lo que consideré una victoria. Mis esperanzas de camaradería aumentaron cuando volvió a reírse y me hizo un gesto para que me acercara, abriendo un cuaderno maltrecho, de los que solía llevar a clase en St. Mary. Ese ejemplar había soportado mucho y apenas se sostenía por el lomo. Una escritura ilegible llenaba casi todas las dos páginas visibles, pero en la esquina inferior había un dibujo caricaturesco de algún desalmado con varios ojos y una papada espantosa pero humorística. Era algo gracioso, una creación infantil.

— ¿Quién dibujó esto?

— Yo lo hice — dijo, sonriendo de forma nostálgica y juvenil —. Hace muchos años, cuando yo también era estudiante.

— ¿Qué demonios es esto?

— La matrona del dormitorio.

Mi risa fue tan brusca que casi fue un cacareo, y me llevé los dedos a los labios.

— ¡Profesor, qué horror! — amonesté sin entusiasmo —. Espero que nunca supiera lo que ustedes pensaban de ella. Estoy segura de que hacía lo que podía.

— Era una mujer justa, en realidad, pero los chicos son mezquinos si los regaña una mujer que no es su madre, sobre todo cuando su madre se echa mucho de menos.

El estómago me dio un vuelco, la amargura me subió a la garganta. Yo también había ido a un internado, pero a mi madre nunca la había echado de menos. Cerró el libro y se levantó, su mano rozó la mía como un susurro. Fue un accidente, pero me hizo estremecer la piel de los nudillos y los apreté contra la falda cuando pasó.

Recogió su taza de café frío de la mesa del sofá.

— ¿Dónde fue a la escuela? — preguntó, sorbiendo.

Me encogí de hombros para mostrar que la respuesta no sería interesante.

— Mount St. Mary en Nueva York. No me importaba, pero era aburrido. Nadie se metía en problemas y las matronas eran decentes. Las

The Cruel

Bea Northwick Dark

únicas clases que me gustaban eran las de lenguas antiguas, pero eran solo dos veces por semana.

— ¿Fue su interés por las cosas antiguas lo que le llevó a trabajar en la tienda del señor Helm?

Me quedé helado.

Como una tonta, no había pensado qué diría si alguien me preguntaba cómo había llegado a Massachusetts en una librería de viejo, porque no esperaba una conversación amistosa.

— Yo... no — respondí antes de que mi vacilación se hiciera demasiado evidente —. Mis padres murieron, y de repente me quedé sola, así que dejé Nueva York y viajé a Boston sin planes. Dio la casualidad de que el señor Helm estaba contratando.

Omití una parte muy crucial: al volver a casa tras la graduación universitaria, a la que ninguno de mis padres asistió, había encontrado la casa vacía de personal, y tanto mi madre como mi padre muertos a tiros en su habitación. La investigación reveló una verdad evidente: asesinato-suicidio. La muerte había sido el regalo de graduación que me hizo mi padre. Poco después del funeral, abandoné la casa con unas pocas pertenencias y me desperté en un hospital de Massachusetts con un enorme agujero en la memoria.

Amnesia traumática.

«Millie la loca», la odiosa voz de mi madre sonó en mis oídos.

La mirada del profesor me atravesaba, quizá percibiendo la omisión.

— Qué suerte para mí que tus circunstancias poco extraordinarias te hayan traído aquí para ayudarme en mi hora de necesidad.

El tono burlón me dejó perpleja, haciendo que mis oídos se calentaran. Recogí el cuaderno que había abandonado en la silla, dando a mis manos algo que hacer.

— ¿Dónde debo archivar esto? — pregunté, ansiosa por moverme.

— ¿Hm? — Todavía me estaba considerando, sus pensamientos lejanos.

— Su libro de historietas — bromeé.

Se centró.

— Oh sí, en el estante con los anuarios de allí. No vale nada, pero soy un tonto para la nostalgia.

Una caracterización improbable.

The Cruel

Bea Northwick *Dark*

Se hizo el silencio mientras me dirigía a las estanterías. Su pesadez me inquietó y, en un intento de continuar con la tenue pero placentera facilidad de la que habíamos estado disfrutando, me aventuré a hacerle seguir hablando.

—Dijo que su madre inspiró su interés por el folclore, pero ¿qué le hizo centrar su estudio en lo malévolo? —le pregunté.

No respondió y pensé que no me había oído. Puse el libro en su sitio y me volví para ver que se había quedado quieto, con la taza a un suspiro de sus labios. Al cabo de un momento, se aclaró la garganta, bebió el resto del café frío y respondió:

—Mi mujer.

El humor se agrió rápidamente, mi estómago con él. Me había equivocado de pregunta.

No tuve oportunidad de disculparme ni de salvar el momento, ya que el profesor dejó la taza y se excusó cortésmente para recoger unos archivos que había dejado en sus aposentos. Cuando se hubo ido, solté una maldición y me apreté los ojos con las palmas de las manos hasta que vi las estrellas. Estaba claro que no era apta para manejar los estados de ánimo de un viudo aislado.

Sin el profesor como compañía, la biblioteca se hizo inmensa y el resto del trabajo insuperable. Sin saber cuándo volvería, continué con mi tarea, recogiendo una pila de papeles encuadernados que alguien había atado con previsión. Eran unos cinco y pesaban mucho. Sobrevaloré mi habilidad y perdí de vista los dos primeros al llevarlos al escritorio, y cayeron, estallando en una lluvia de papel, deslizándose en todas direcciones, incluso bajo los pesados muebles. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

Había depositado los montones que quedaban en una silla cercana y empecé a buscar las notas perdidas debajo del sofá cuando vi otro dibujo. Lo acerqué, esperando una de las caricaturas infantiles del profesor. La bestia representada no era un boceto infantil hecho en broma, sino una representación monstruosa, aún más repugnante por la seriedad del artista. La figura tenía forma de hombre, estaba encapuchada de negro y sus ojos no eran más que dos puntos brillantes en el oscuro vacío de sombras que ocultaba su rostro. El cuerpo levitaba, con las manos blancas

The Cruel

Bea Northwick Dark

levantadas en un gesto de invitación. Debajo del dibujo se leía una descripción:

Gancanagh

Seduca a mujeres humanas, alimentándose de su amor hasta que se consumen y perecen. Un beso sellará el destino de la víctima.

Reconocí la letra, la misma que la de las notas que había supuesto escritas por el antiguo ayudante del profesor. Era solo la segunda vez que encontraba una mención a Gancanagh en todos los ensayos y anotaciones que había examinado. Comprobé otros papeles y, aunque no había más dibujos, todo lo que había en la pila pertenecía a esa mano. Quienquiera que hubiera sido el anterior ayudante, al menos era organizado, si no macabro. Volví a la tarea de reunir los papeles dispersos, recogiendo varios trozos a la vez, cuando un pequeño diario de bolsillo, encuadernado en tela verde, se deslizó a la vista, tras haber sido metido cuidadosamente en la pila. No se parecía a los otros que había encontrado en los montones de investigación, y lo abrí con curiosidad hasta donde una cinta blanca deshilachada marcaba la última página usada. Me recibió la misma letra.

La primera línea decía:

Cada día sus ojos se oscurecen.

Está afligido. No puedo darle la familia que tan desesperadamente quiere.

Fruncí el ceño, una alarma sonó en mi conciencia. Esto no era investigación. Debería cerrarlo, dejarlo a un lado. Pero no lo hice.

A veces me pregunto si se arrepiente de nuestro matrimonio; sucedió tan rápido. Pero cuando empiezo a pensar que me odia, me envuelve en su pasión, abriendo mi cuerpo a él estemos donde estemos. Esta mañana me ha corrompido en la alcoba del pasillo, con la estatua de la diosa Brígida vigilándonos mientras me daba placer con la lengua. Creo que me habría tirado al suelo si no hubiéramos oído las voces del personal que se dirigía hacia nosotros. He temido varias veces que nos descubrieran, pero ni

The Cruel

Bea Northwick Dark

siquiera esas ansiedades me frenan. Sus deseos son demasiado embriagadores y no puedo negárselos.

Se me calentó la cara.

Sé que cree que puede romper la maldición que sufro si me ama con la suficiente saña, pero perderme en él solo parece atraer aún más mis problemas. Mi Callum. Él será mi muerte.

Un ruido en la puerta me hizo sobresaltarme y levanté los ojos para encontrarme con el profesor Hughes. Tenía un aspecto letal, un ceño fruncido estropeaba sus apuestos rasgos, volviéndolos desviados. Cuando me levanté, él se acercó y me alcanzó en unas pocas zancadas. Mis instintos me imploraron que retrocediera, pero él ya estaba sobre mí, arrancándome el libro de las manos y arrojándolo a la chimenea, donde golpeó con tal fuerza que las brasas salieron despedidas como la sangre de una herida contusa, quemando la alfombra.

—Profesor —dije, asombrada, pero me estremecí al ver el fuego en sus ojos, tan implacable como el que convertía el libro en cenizas.

—Esos no eran papeles para que revisara —ladró.

—Sin embargo, estaban en un montón de notas que me pidió que organizara —repliqué.

—¿Es incapaz de descifrar entre las anotaciones personales en un diario y las notas académicas sobre hombres del saco mitológicos?

—Profesor Hughes —alcé la voz, con la sensación de vergüenza e indignación sobreestimulando mis nervios—, ¿no se me culpará por leer notas privadas cuando esas mismas notas estaban mezcladas con objetos por cuyo examen se me paga! No tenía intención de entrometerme en su vida personal, y le pido que no me regañe por algo que no hice con mala intención.

Parte de la ira abandonó su rostro, pero permaneció ensombrecido, con tristeza en los ojos, mientras se alejaba. Dejó escapar un suspiro de incredulidad y se dirigió a la chimenea, donde la alfombra había empezado a humear peligrosamente. Apagó las brasas con la punta del zapato, luego se puso de pie y apoyó ambas manos en la repisa, observando cómo ardía

The Cruel

Bea Northwick
Dark

el libro. Fui testigo de su arrepentimiento, no por su comportamiento en hacia mí, sino por su precipitada decisión de destruir el diario de su mujer, posiblemente uno de sus últimos recuerdos de ella.

—Se defendió —dijo, todavía de espaldas a mí—. Me sorprende.

Fue algo muy extraño. No sabía qué pensar de ello, y las chispas de mi vejación no se apagaron tan fácilmente como las de la alfombra.

—¿Esperaba que fuera una colegiala llorona a la que pudieras intimidar?

Parecía tan aturdido por la acusación que me estremecí. Me había dejado llevar.

»Pido disculpas. Ambos estamos disgustados. Quiero ser un activo para usted, profesor Hughes, y que tengamos una relación de trabajo respetuosa. Prometo ser más cuidadosa en el futuro, sabiendo que se incorporan documentos personales. Espero que podamos acordar que esta sea nuestra última discusión.

Extendí la rama de olivo a pesar de mi orgullo y con mucha sinceridad, al tiempo que valoraba el hecho de que este intercambio podría acabar con mi empleo.

Se volvió hacia mí, pareciéndose de nuevo al hombre que había conocido mi primera noche en Willowfield. El calor de mi pecho descendió hasta el bajo vientre y se intensificó cuando me miró a la boca.

—Lo dudo mucho, señorita Foxboro.

Recién irritado por su rechazo a mi oferta de paz, desarmé mi temperamento.

—Si insiste en ser un tirano absoluto, entonces tiene razón.

—Hemos terminado por hoy —dijo secamente—. La señora Dillard le aconsejará.

Todavía hirviendo de furia indignada, hice caso omiso de mi sentido común y partí con una última andanada.

—Por supuesto, señor —dije con suma dulzura, demasiada, como miel envenenada—. Estoy a su entera disposición.

Escapé de la biblioteca alterada, con un torrente de pensamientos que me abrumaba. Sin ningún interés en volver a mi habitación, me dirigí furiosa a la puerta principal, la desbloqueé y la abrí de un tirón con todas mis fuerzas. La puerta era tan pesada que mi furia no la movió mucho, solo

The Cruel

Bea Northwick
Dark

lo suficiente para deslizarme al aire fresco, el frescor de principios de primavera me heló la piel acalorada. Ansiaba dirigirme hacia la puerta, una parte importante de mí me rogaba que huyera y dejara atrás para siempre Willowfield y a su sombrío amo, pero a cada paso que daba, mis pensamientos se nivelaban. Si me marchaba, sería peor de lo que había empezado. Mis acalorados pasos se ralentizaron y crucé los brazos sobre el pecho, sintiendo por fin el frío sin mi abrigo.

Llegaría hasta el final. Después de todo, la reacción del profesor había estado ligeramente justificada. Una mujer a la que apenas conocía había encontrado un diario personal de su difunta esposa en el que se describían los detalles más íntimos de su amor. Estaba en el umbral de la vergüenza, pero maldita sea yo y mi curiosidad; había querido seguir leyendo. La atracción de aquel lugar, de aquel hombre, era poderosa, y luché por retroceder ante ella.

La forma en que había mirado mi boca.

Me detuve en seco e inhalé el aire frío, con la esperanza de despejarme. Cuando por fin levanté la vista hacia la casa, encontré al profesor de pie junto a las ventanas de la biblioteca, observándome. Mi corazón latió varias veces, fuerte e inquieto, antes de que desapareciera de mi vista.

«Será mi muerte», había dicho su mujer.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

CAPÍTULO 8

Dormí de un tirón, molesta por todos los sonidos que había atribuido a una casa vieja. Añoraba mi pequeña habitación en la librería del señor Helm, donde los ruidos de la concurrida calle ofrecían una seguridad reconfortante y ahogaban los crujidos y gemidos del edificio hasta que me dormía.

Me desperté antes del amanecer sentada en mi cama, reseca, con el estómago inquieto y la cabeza hueca. No había corrido las cortinas, pues la oscuridad absoluta me resultaba demasiado opresiva, y observé cómo la luz de la mañana iluminaba la habitación. Aunque estaba segura de que me encontraría perfectamente después del desayuno, decidí decirle a Felicity, cuando llegara para hacer el fuego por la mañana, que no me encontraba bien y que me tomaría un día para descansar. No estaba preparada para enfrentarme al profesor.

Cuando llamaron a mi puerta, abrí, preparada para parecer convincente y miserable, y me encontré cara a cara con la Sra. Dillard.

— ¿Está enferma, señorita Foxboro?

Podría haber sido capaz de exagerar mi estado ante Felicity, pero la señora Dillard se daría cuenta, estaba segura. Con mi plan frustrado, sacudí la cabeza.

— Estoy un poco cansada, eso es todo. Los ruidos no me dejan dormir.

— ¿Ruidos? — preguntó la Sra. Dillard, entrecerrando los ojos.

Fue una tontería haberlo mencionado.

— Solo el asentamiento de la casa. No estoy acostumbrada.

La Sra. Dillard chasqueó la lengua.

— Los sonidos del campo acaban convirtiéndose en ruido de fondo — me aseguró, no del todo desdeñosa—. Vengo a decirle que el profesor acaba de partir y estará fuera unos días.

— ¿Oh? — Aunque me había alegrado bastante de hacerme la enferma, la idea de que el profesor Hughes estuviera lejos de la casa me disgustaba. Ya estaba bastante vacía—. ¿Dónde ha ido?

The Cruel

Bea Northwick Dark

—A pesar de sus pasiones como académico, el profesor sigue dirigiendo la empresa familiar. Ha habido un problema en uno de los almacenes de envasado de Boston, así que se ha ido.

La mención de Boston me hizo añorar la tienda. Decidí pedirle al profesor que me dejara viajar con él la próxima vez que fuera para poder visitar al señor Helm.

—En cualquier caso, te ha dejado instrucciones para que hagas lo que quieras hasta que vuelva y no te preocupes por el trabajo.

El significado de este tiempo libre estaba más claro que el agua: el profesor no quería que estuviera sola en la biblioteca por si me encontraba con más material de lectura delicado. Bueno, estaba en su derecho.

—Seguiremos sirviendo las comidas a la misma hora en el comedor, pero por lo demás puedes hacer lo que quieras. Dentro de lo razonable. — Tras añadir esto último, la Sra. Dillard me miró de forma acusadora y comprendí.

—¿Cómo lo sabe? — pregunté.

—Esos pasillos y esa escalera no se han limpiado en años, señorita Foxboro. Sus huellas en el polvo eran tan claras como tinta negra en una camisa blanca. Supongo que todos somos muy afortunados porque usted sería una criminal terrible.

Sonó curiosamente como una broma, y sonreí.

Aunque no me devolvió la sonrisa, la mujer ladeó la cabeza pensativa y dijo:

—Hoy no hace un tiempo brutal. Podrías echar un vistazo fuera. No ha florecido nada, pero los jardines siguen siendo dignos de ver.

—Gracias, señora Dillard. Suena encantador — dije sinceramente.

—Bueno, te mantendrá con los pies en el suelo. El desayuno estará listo en una hora.

Se fue sin decir nada más.

Me preparé, renunciando esta vez a mi propia ropa para vestirme con las prendas mucho más abrigadas que me había entregado el profesor. Tenía razón al decir que mi vestuario no era suficiente, pero como la mula testaruda que me gustaba ser, seguí vistiendo solo lo que había traído. Hay que reconocer que, en parte, era para fastidiarlo por sus críticas.

The Cruel

Bea Northwick Dark

Pero el profesor no me vería hoy, y la señora Dillard no podía juzgar si el propósito era por practicidad, así que me permití disfrutar de la falda de lana azul marino y el cárdigan de dobladillo bajo, eligiendo mi propia blusa beige sedosa para completarlo. Me calé el sombrero de copa marrón para protegerme las orejas del frío y me encogí de hombros para ponerme el viejo abrigo. Me alegré de que el profesor no me hubiera ofrecido uno nuevo; me daría demasiado miedo salir a la calle y mancharlo.

Después de un desayuno apresurado, volví a la entrada de la casa. Ayer, cuando salí furiosa, no había llegado muy lejos antes de que el frío me obligara a volver al interior. Hoy no hacía calor, pero el frío en el aire se reducía por el sol radiante que brillaba sin obstáculos desde un cielo despejado. Pensaba recorrer el perímetro de la casa para verla desde todos los ángulos, decidida a descubrirla, sobre todo después de haberme perdido sin remedio. Segura de que no me tropezaría en ningún sitio donde no debiera estar, comencé a pasear confiada. Los jardines se extendían por todo el oeste y el norte de la casa. Estaba ansiosa por visitarlos, pero de momento me mantuve en la periferia, observando las ventanas y las torrecillas de este lado de la finca, intentando trazar un mapa.

Allí, las ventanas de la biblioteca cerca de la entrada, y a lo largo de esta misma pared exterior el comedor, las ventanas más pequeñas de la cocina, y la puerta bajo ellas en el nivel inferior que debía ser el sótano, probablemente conectado a la despensa de la cocina. Esto permitiría entrar y salir fácilmente de la parte trasera, donde un pequeño jardín de hierbas yacía inactivo durante el invierno. Más allá de la cocina había ventanas de habitaciones en las que no había estado y puertas bien cerradas para evitar miradas curiosas. Por fin aparecía el seto de rosas, flanqueado por un muro de jardín enterrado de viñas, gris por el musgo muerto. Lo había visto desde aquel despacho femenino y localicé la ventana con facilidad. Al acercarme a la esquina trasera izquierda de la casa, se hizo visible la casita del jardinero, construida con piedra tosca y un sencillo tejado de madera. Tenía un aspecto pintoresco. Como todo en Willowfield, su aspecto había sido cuidado hasta el extremo de la fantasía.

Si podía ver la cabaña desde aquí, el pasillo por el que había navegado debía de estar en la parte trasera de la casa. Cuando doblé la esquina, me

The Cruel



Bea Northwick Dark

encontré con una visión peculiar. Una torre. Era un añadido a la casa, a diferencia del resto de la arquitectura gótica francesa. Había sido añadida por capricho o a posteriori, y exigía atención. Construida a partir del tercer piso, invisible desde todos los puntos de vista excepto desde los jardines del norte, estaba hecha con la misma piedra del campo que la casa de campo, pero se había colocado de forma más lisa y uniforme, tal vez para denotar que allí residía una persona de clase más alta. Su pálido tejado cónico ostentaba una chimenea que se inclinaba extrañamente hacia un lado, como si fuera antigua. Podría haber sido romántica en otro tiempo, pero con las enredaderas colgando muertas como cabellos lacios y la suciedad del abandono empañando las ventanas, inspiraba una ominosa sensación de inquietud. A pesar de su aspecto exterior, la vista desde aquella habitación habría sido extraordinaria.

Continué mi camino y recorrí el resto de la finca, encontrando una considerable casa de carruajes, convertida para guardar vehículos modernos, y los huertos de manzanos, que se extendían hasta donde alcanzaba la vista hacia el este. No conocía ninguna de las habitaciones de este lado y sacudí la cabeza, sintiendo un rencoroso respeto por la Sra. Dillard y el trabajo necesario para gestionar un lugar así.

Terminada mi tarea, me dirigí de nuevo a los jardines con indisimulado entusiasmo y comencé por el lugar que más me había fascinado: el laberinto de rosas. Recorrí los vericuetos, los caminos de grava llenos de pétalos y hojas secas de la temporada anterior. Solo me desvié dos veces antes de encontrar el centro, con dos bancos de piedra enfrentados desde puntos opuestos. En el centro del círculo había un anillo de setas de morilla que debían de haber crecido en un círculo preciso. La niña que había en mí ansiaba entrar, solo para disfrutar de una pequeña emoción, pero escuché el zumbido de la cautela en mi pecho que me aconsejaba seguir adelante.

A diferencia de un laberinto típico, el laberinto de rosas tenía una salida alternativa, que conducía al barrio de la antigua topiaria, lleno de bestias y formas humanas aproximadas. El arbusto central era más grande que el resto, y de su cabeza vagamente parecida a la de un hombre se habían asegurado dos grandes ramas de roble como espléndidos cuernos. Todos los arbustos estaban recortados para imitar un frenesí de actividad.



The Cruel

Bea Northwick
Dark

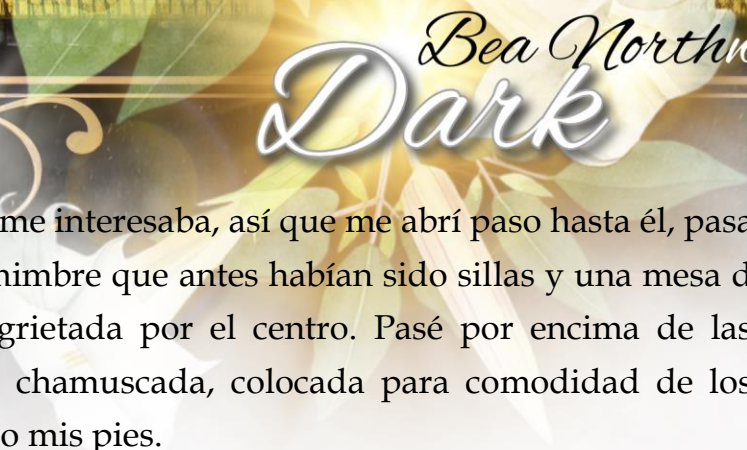
Grandes perros, caballos encabritados, lobos chasqueantes, todos mirando en una dirección hacia un ciervo, el único arbusto que se había mantenido con cariño. No había ramas crecidas ni agujeros de podredumbre, solo espesos árboles de hoja perenne y bordes perfectamente cuidados. Alargué la mano para acariciar su hocico al pasar, y las hojas crujieron contra mi tacto.

Me aventuré por los senderos cubiertos de maleza que antaño pudieron guiar a muchos visitantes en su recorrido por los decadentes colores y aromas de la primavera. Había pérgolas, túneles de cerezos en flor e innumerables arcos de zarzas y racimos de retamas que esperaban pacientemente a florecer. Un majestuoso sauce llorón suspiraba bajo sobre un estanque turbio donde un kelpie de piedra se encabritaba medio fuera del agua, buscando un jinete.

Salí del estanque de los kelpie, caminé por un sendero entre dos arbustos de gardenias y me encontré en el invernadero de Willowfield que había visto en el coche al subir por el sinuoso camino. La distancia y el reflejo del cielo habían ocultado sus desperfectos entonces, pero ahora era visible su espeluznante estado. Donde los paneles de cristal no estaban agrietados o habían desaparecido por completo de sus marcos, había suciedad, excrementos de pájaros y hollín aceitoso: los restos de un incendio. Las llamas habían arruinado el invernadero en un momento desconocido y nunca se habían reparado los daños. Me acerqué, intentando echar un vistazo al interior, pero las siluetas de las plantas muertas hacía tiempo me lo impedían. Tras una breve búsqueda, encontré la puerta, oxidada y colgando entreabierta. Me dije que no hacía daño mirar y entré con cautela, desconfiando de los cristales sueltos.

El interior era una tristeza de follaje carbonizado, antaño una variedad de verdor de clima cálido que habría hecho que este pequeño cuadrado de tierra se sintiera como una arcadia tropical. Vi restos de plataneros, helechos gato y aves del paraíso. Un limonero consumido ocupaba su lugar de honor en la zona menos dañada, mostrando los restos de sus frutos que aún colgaban obstinadamente de sus ramas. Cerca de él había un gran banco de trabajo de cedro, lleno de cicatrices de hollín y repleto de tijeras, alambres y un surtido de jarrones rotos, con fragmentos de los que no sobrevivieron esparcidos por el suelo de tierra. El banco de trabajo era lo

The Cruel



Bea Northwick Dark

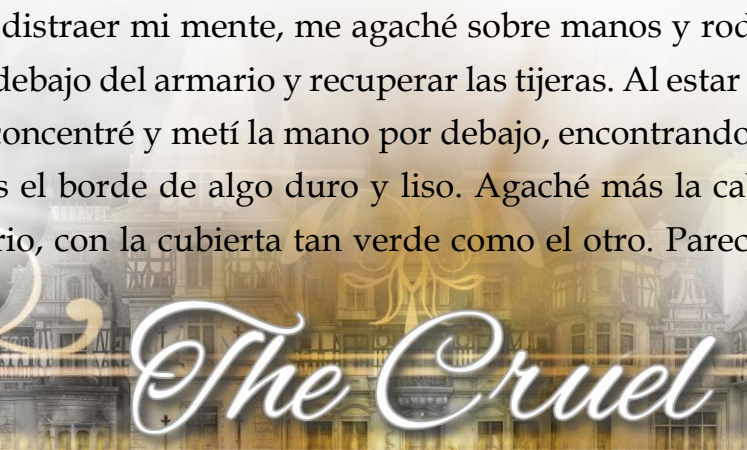
que más me interesaba, así que me abrí paso hasta él, pasando junto a una pira de mimbre que antes habían sido sillas y una mesa de té con tapa de cristal, agrietada por el centro. Pasé por encima de las ruinas de una alfombra chamuscada, colocada para comodidad de los visitantes, que crujía bajo mis pies.

El banco de trabajo estaba en mucho mejor estado de lo que parecía, y no cedió ni se balanceó cuando comprobé su robustez. Debía de ser una mesa de floristería, donde se hacían los ramos y arreglos para la casa. La señora Dillard había mencionado algo acerca de que Willowfield estaba lleno de flores incluso en los meses de invierno. Eso significaba que este invernadero probablemente había pertenecido a la señora Hughes.

Una pequeña tristeza se instaló a mi alrededor mientras examinaba respetuosamente toda la parafernalia olvidada de un pasatiempo que una vez disfrutó una persona que ya no estaba aquí: guantes de jardinería, tijeras, tallos de hortensias y lavanda secas, cuyo olor, aunque apagado, aún recorría el espacio como un recuerdo.

La señora Reeves me había hablado de los olores fantasmales, las tarjetas de visita de los muertos que regresan por un momento para volver a visitar los lugares donde se sentían más cómodos. La idea de la lavanda y los fantasmas me produjo una reacción nauseabunda y, a pesar del calor del sol a través del cristal, se me puso la carne de gallina y me mareé. Estiré la mano para detener el descenso y me agarré a la parte superior del banco de trabajo, apoyándome pesadamente, inestable. El sacudimiento de la mesa hizo caer al suelo un par de tijeras y una lluvia de pétalos viejos. Respiré hondo varias veces, obligando al miasma a retroceder. La lavanda nunca había sido uno de mis aromas favoritos, pero nunca había reaccionado tan intensamente a ella. Era la extrañeza de la casa, la intensidad de mis interacciones con el profesor y mi futuro desconocido. Me aseguré a mí misma que ahora solo era más sensible a los pánicos debido al estrés y a la falta de sueño.

Para distraer mi mente, me agaché sobre manos y rodillas para meter la mano debajo del armario y recuperar las tijeras. Al estar cerca de la tierra fría, me concentré y metí la mano por debajo, encontrando con la punta de los dedos el borde de algo duro y liso. Agaché más la cabeza para verlo. Otro diario, con la cubierta tan verde como el otro. Parecía que la señora



The Cruel

Bea Northwick
Dark

Hughes había tenido la costumbre de esconder sus diarios privados, e imaginé que tenía sentido hacerlo en los lugares donde pasaba más tiempo. Mi conciencia luchó contra mi interés por saber más sobre la misteriosa esposa de Willowfield, pero al final perdió y agarré el libro y lo saqué de su escondite. Sentí una ligera repulsión hacia mí misma por mi grotesca curiosidad, pero aun así, abrí la cubierta para investigar la letra del interior. Era la misma letra áspera y nerviosa.

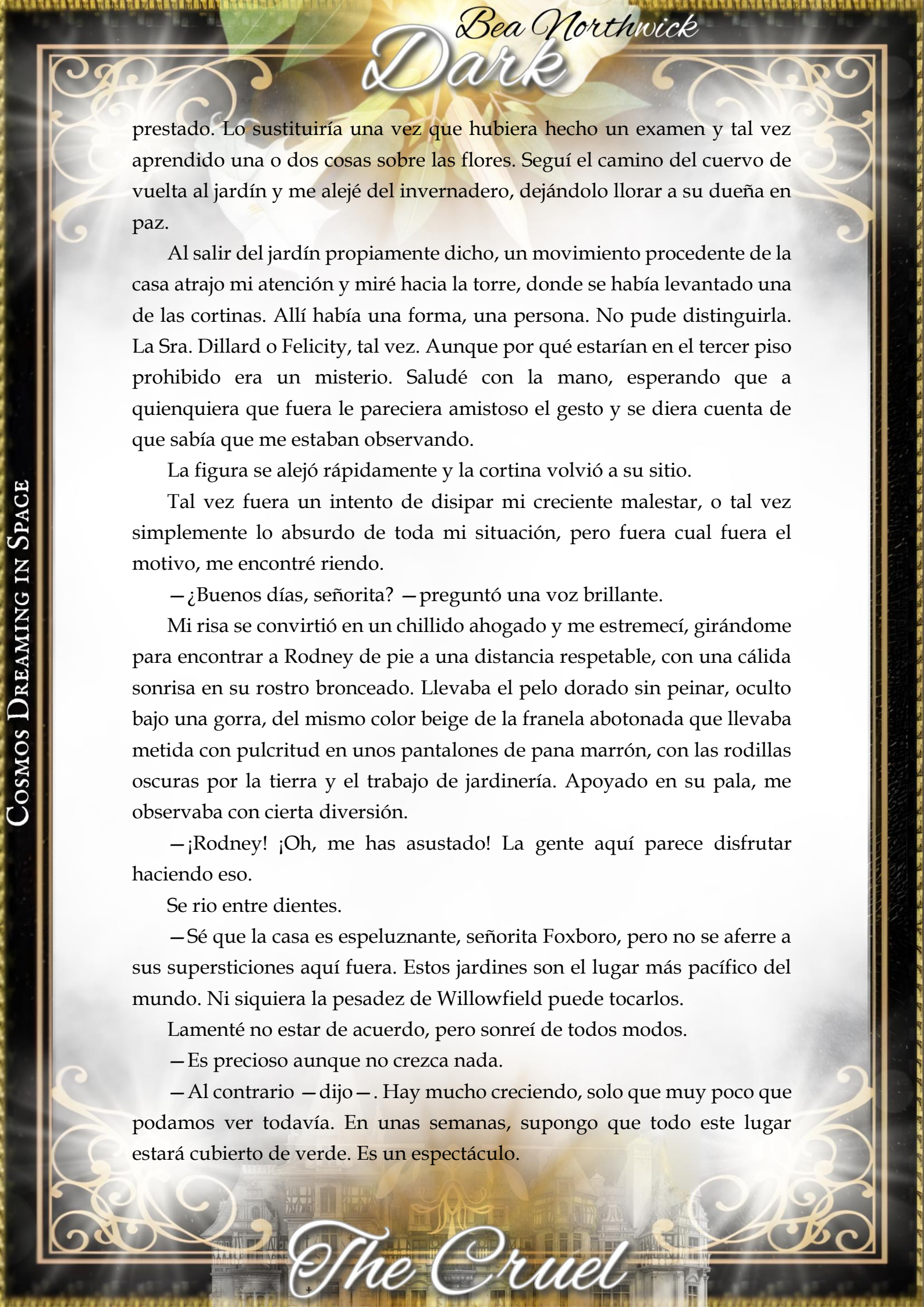
Hojeé las primeras páginas, intentando no fijarme demasiado, pero al cabo de un momento me di cuenta de que no se trataba de un diario secreto y apasionado, sino de un cuaderno de botánica. La señora Hughes había dibujado varios tipos de plantas —sus tallos, pétalos y semillas—, etiquetando cada una con diferentes notas sobre usos, aromas, destilaciones y arreglos. Seguí hojeando, deseosa de estudiar lo que hacía tan fascinante esta finca y, ciertamente, a su antigua dueña. Cuando me acerqué a la mitad del libro, la actitud de los bocetos botánicos cambió. Desaparecieron las delicadas representaciones del aliento de bebé y las lilas, y en su lugar aparecieron duros arañazos negros que dibujaban enredaderas y flores retorcidas con escasas notas debajo, algunas tan apresuradas que resultaban ilegibles.

Por fin, pasé una página y no encontré más dibujos de flores, solo una palabra.

CALLUM

Se oyó un susurro por encima de mi hombro izquierdo, un movimiento a través de los recuerdos resacos de una vida antaño vibrante, y aspiré y me di la vuelta, esperando encontrar a la señora Dillard. Ya sentía un sofoco que me subía por la nuca. Pero no había nadie. El susurro volvió a alborotar las hojas marrones de un plátano que había a unos pasos, y un cuervo irrumpió batiendo las alas salvajemente. Pasó a toda velocidad junto a mí, tan cerca que sentí el aleteo de sus plumas, y se zambulló en un bosquecillo de helechos. A su rápida salida le siguió un breve chirrido de bisagras. Sin pensar demasiado en lo que iba a hacer a continuación, me metí rápidamente el diario de botánica en el bolsillo. Después de todo, estaba lleno de notas académicas. Desde luego, era seguro tomarlo

The Cruel



Bea Northwick Dark

prestado. Lo sustituiría una vez que hubiera hecho un examen y tal vez aprendido una o dos cosas sobre las flores. Seguí el camino del cuervo de vuelta al jardín y me alejé del invernadero, dejándolo llorar a su dueña en paz.

Al salir del jardín propiamente dicho, un movimiento procedente de la casa atrajo mi atención y miré hacia la torre, donde se había levantado una de las cortinas. Allí había una forma, una persona. No pude distinguirla. La Sra. Dillard o Felicity, tal vez. Aunque por qué estarían en el tercer piso prohibido era un misterio. Saludé con la mano, esperando que a quienquiera que fuera le pareciera amistoso el gesto y se diera cuenta de que sabía que me estaban observando.

La figura se alejó rápidamente y la cortina volvió a su sitio.

Tal vez fuera un intento de disipar mi creciente malestar, o tal vez simplemente lo absurdo de toda mi situación, pero fuera cual fuera el motivo, me encontré riendo.

— ¿Buenos días, señorita? — preguntó una voz brillante.

Mi risa se convirtió en un chillido ahogado y me estremecí, girándome para encontrar a Rodney de pie a una distancia respetable, con una cálida sonrisa en su rostro bronceado. Llevaba el pelo dorado sin peinar, oculto bajo una gorra, del mismo color beige de la franela abotonada que llevaba metida con pulcritud en unos pantalones de pana marrón, con las rodillas oscuras por la tierra y el trabajo de jardinería. Apoyado en su pala, me observaba con cierta diversión.

— ¡Rodney! ¡Oh, me has asustado! La gente aquí parece disfrutar haciendo eso.

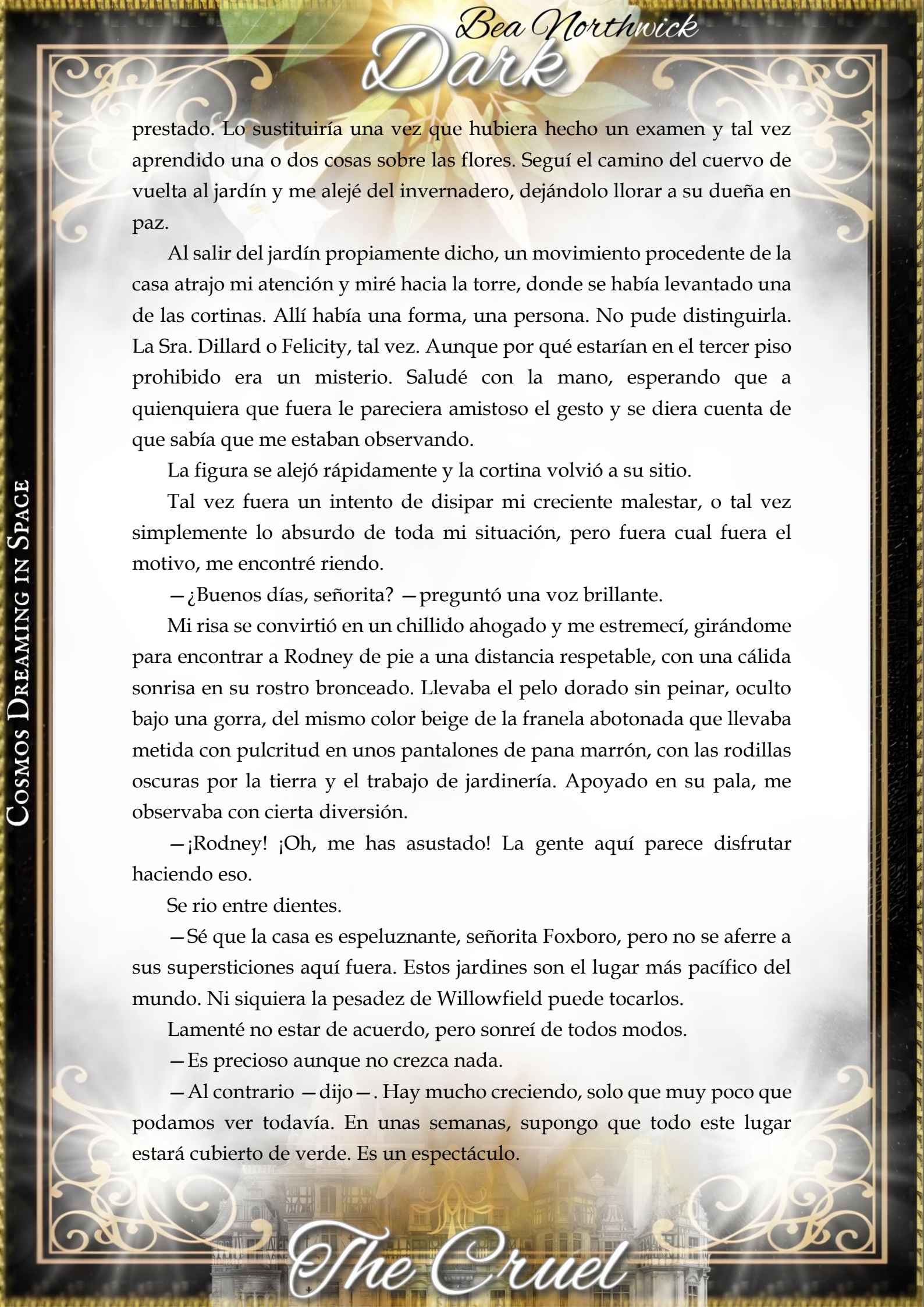
Se rio entre dientes.

— Sé que la casa es espeluznante, señorita Foxboro, pero no se aferre a sus supersticiones aquí fuera. Estos jardines son el lugar más pacífico del mundo. Ni siquiera la pesadez de Willowfield puede tocarlos.

Lamenté no estar de acuerdo, pero sonreí de todos modos.

— Es precioso aunque no crezca nada.

— Al contrario — dijo —. Hay mucho creciendo, solo que muy poco que podamos ver todavía. En unas semanas, supongo que todo este lugar estará cubierto de verde. Es un espectáculo.



The Cruel

Bea Northwick Dark

—Seguro que sí —respondí, sonriendo ahora con sinceridad. Mis primeras impresiones de Rodney en el salón formal no habían sido demasiado malas. Era muy guapo, excelente, todas las chicas que he conocido irían tras él. Él se sentía cómodo, tranquilo, sin ninguna intensidad. No me sentí fuera de lugar allí con él en este espacio vacío. Al contrario, me sentí feliz de tener una compañía que no me perturbaba.

Rodney volvió a mirar hacia la casa y suspiró, desolado.

—Es una pena que Willowfield se vaya a pudrir. Siempre ha sido un lugar realmente mágico. Predigo que el profesor se lavará las manos en un futuro próximo. Ya casi nunca está aquí, y con solo tres personas para evitar que la vieja mansión se caiga hasta sus cimientos... bueno, no hay muchas esperanzas para ella.

—Suenas encariñado con Willowfield. ¿Has trabajado aquí mucho tiempo?

—Unos años, justo antes de que la señora Hughes... bueno... antes de que todos se fueran. Pero mucho antes de eso, cuando era niño, mis padres trabajaban aquí. Vivían en la misma casa. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la casita de piedra—. Mi padre murió poco después que la madre de Callum. Nos mudamos al pueblo, pero echábamos de menos el lugar. Así que Felicity y yo volvimos y ocupamos los antiguos puestos de nuestros padres.

—¿Felicity es tu hermana?

—Desde el día en que nació. —Me guiñó un ojo.

—Es muy dulce —dije, desconcertada por su abierta jovialidad.

Permanecimos en agradable silencio, disfrutando del viento y observando los alrededores, probablemente imaginando cómo sería este mundo dentro de unas semanas.

—Felicity es sensible —dijo Rodney, repentinamente serio—. Ha tenido pesadillas desde toda la tragedia con la mujer del profesor. Cree que algo va mal en la casa.

Se me erizó la piel.

Rodney se burló como solo pueden hacerlo los hermanos.

—Le dije que eso son tonterías —dijo—, pero ella cree que Willowfield está embrujado desde que era niña. Si empieza a hablar de algo extraño,

The Cruel

Bea Northwick
Dark

hágame lo saber. En fin, ya le he entretenido bastante. Gracias por pasar un rato conmigo, señorita. Fue agradable.

Me dedicó una sonrisa que no pude evitar devolverle. Pensé que realmente estaba flirteando y, a pesar del escalofrío que acababa de darme, me gustó bastante.

— Lo fue — respondí —. Que tengas un buen día, Rodney.

Asintió y se alejó con la pala al hombro, silbando para sí, despreocupado.

Me volví hacia la casa, no dispuesta a entrar, pero con la sensación de que probablemente debería hacerlo, al menos para ver si la señora Dillard necesitaba ayuda con el almuerzo. Estaba a punto de ponerme en camino cuando Rodney gritó:

— Oh, señorita Foxboro.

— ¿Sí?

— Estoy seguro de que alguien ya lo ha mencionado, pero por si acaso, siéntase libre de explorar, es seguro como un vivero en todas partes por aquí, excepto el extremo norte, más allá del jardín italiano, hay un barranco cerca de allí, la tierra se desmorona alrededor de la boca. No quisiera que se cayera.

El barranco. El lugar donde la Sra. Hughes había muerto.

Apenas me atrevía a asentir.

Con un toque de una mano enguantada en el ala de su gorra plana, Rodney se volvió detrás de un seto y desapareció.

Me quedé allí mucho tiempo después de que se fuera, el sol ya no me calentaba.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

CAPÍTULO 9

El resto del día transcurrió sin incidentes, y pasé la mayor parte en los jardines, aunque el hambre y la temprana puesta de sol acabaron por llevarme al interior. La cena volvió a ser tranquila y no la disfruté, demasiado consciente de que había una persona menos en la casa. La inquietud me revolvió el estómago y me puse a picotear el plato, comí poco y decidí irme a dormir temprano.

Cuando llegué a mi habitación, el fuego rugía agradablemente, y deseosa de que el cansancio me llevara a un sueño profundo y sin sueños, me preparé para acostarme. Cuando empecé a desabrocharme la blusa, alguien llamó a la puerta.

Se había convertido en un ritual nocturno organizado por el profesor Hughes para que Felicity me trajera té antes de acostarme, pero el agotamiento y el oscuro caleidoscopio de mis pensamientos me habían hecho olvidar que la esperaba. Había intentado rechazarla varias veces, diciéndole que no debía preocuparse por mí, pero mis intentos fueron desechados una y otra vez. Ella insistía en que era de mala educación permitir que un huésped, del personal o no, se fuera a la cama con la barriga fría. Abrí la puerta con cierto hastío, encontrándome con una camarera inusualmente alegre.

—No comiste, así que te traje un poco de pan de molde. La señora Dillard lo hizo y es agradable y fresco. También hice tu té un poco más fuerte esta noche. Con más miel.

—Qué amable —dije, agradecida.

Puso la bandeja del té en la mesa junto al fuego y se sirvió una taza. Charlamos con facilidad y, después de todo, me alegré de su compañía.

—Estás de buen humor —dije conversando—. La señora Dillard también estaba menos gruñona hoy.

—Oh —dijo Felicity, encogiéndose de hombros tímidamente—. El profesor no está, eso siempre quita un poco de presión.

Su franqueza me calentó aún más.

—Es intenso.

The Cruel

Bea Northwick Dark

—Sí... —Felicity se puso en alerta ante mi observación, y sospeché que había ido demasiado lejos. Intenté rejuvenecer la facilidad anterior.

—Conocí a tu hermano hoy.

—¿Rodney? —preguntó como si tuviera más de un hermano trabajando en Willowfield—. Oh, no. ¿La molestó, señorita? Es un coqueto sin remordimientos.

—Lo es —acepté con una sonrisa—. No me importó. Parece que le encanta este sitio.

—Así es —suspiró—. E incluso después de todo, yo también. Es mi hogar.

No era la primera vez que lamentaba no haber visto Willowfield en sus días de gloria. ¿Por qué siempre me encontraba con las cenizas de algo que una vez fue extraordinario en mis manos?

Felicity se despidió, dejándome en soledad. La vista del bizcocho hizo que mi estómago sintiera su falta de cena, y comí varios bocados uno tras otro, la espolvoreada de azúcar blanco de la parte superior haciéndome un desastre en los dedos. Me limpié el polvo de las yemas de los dedos y luego tomé un sorbo de té, cuyas altas notas dulces me hacían cosquillas en la lengua. Realmente era más potente de lo habitual. Después de una taza, me puse mi ropa de noche. Al guardar la ropa de día, el diario que había descubierto en el invernadero cayó al suelo.

Lo miré fijamente, escandalizada de nuevo conmigo misma por haberlo tomado, pero solo eran apuntes de botánica. Lo recogí, dejé la ropa a los pies de la cama y me senté a beber otra taza de té y a leer las páginas. Abrí el diario y empecé por donde había leído la última vez.

CALLUM

Las siguientes entradas eran más de lo mismo: flores y malas hierbas dibujadas a toda prisa con sus atributos, muchos de ellos tóxicos, escritos debajo. Subrayadas varias veces estaban las palabras «amargo» y «pequeña dosis letal». La fascinación de la señora Hughes por los venenos me inquietaba, pero mientras me sentaba a admirar el fuego, comprendí su propósito. Como botánica en ciernes y nueva emperatriz de un imperio de

The Cruel



Bea Northwick Dark

perfumería, probablemente le interesaba estar familiarizada con la flora de su propiedad que suponía un riesgo. Yo habría querido saber lo mismo.

Una vez, de niña, me dirigí al huerto para robar unos tomates cherry que crecían rojos y tentadores. Mientras arrancaba un bocado de mi botín, vi que en los cimientos de la casa crecían hermosas bayas moradas y también me di el capricho de comerlas. Estuve peligrosamente enferma toda la semana siguiente, y solo mi padre venía a verme en mis peores ataques de calambres. El médico me diagnosticó envenenamiento por hierba carmín y nunca volví a robar en el jardín.

Sacudí la cabeza ante aquel recuerdo, que me resultaba entrañable a pesar de mi malestar. Había sido una de las pocas veces en que mi padre me había prodigado abiertamente su afecto, ya que normalmente hacerlo provocaba la ira de mi madre, que era egoísta con sus atenciones. Aparté el último recuerdo de él, tumbado boca abajo en su cama, con mi boletín de graduación en la mano y el cadáver de mi madre en el suelo.

Tomé un trago fortificante y el té aún estaba demasiado caliente. Me quemaba. Me concentré en el dolor mientras me escaldaba en la garganta, y mi respiración volvió a la normalidad, mi ritmo cardíaco disminuyó. La siguiente entrada llegó sin imágenes, solo un bloque de palabras.

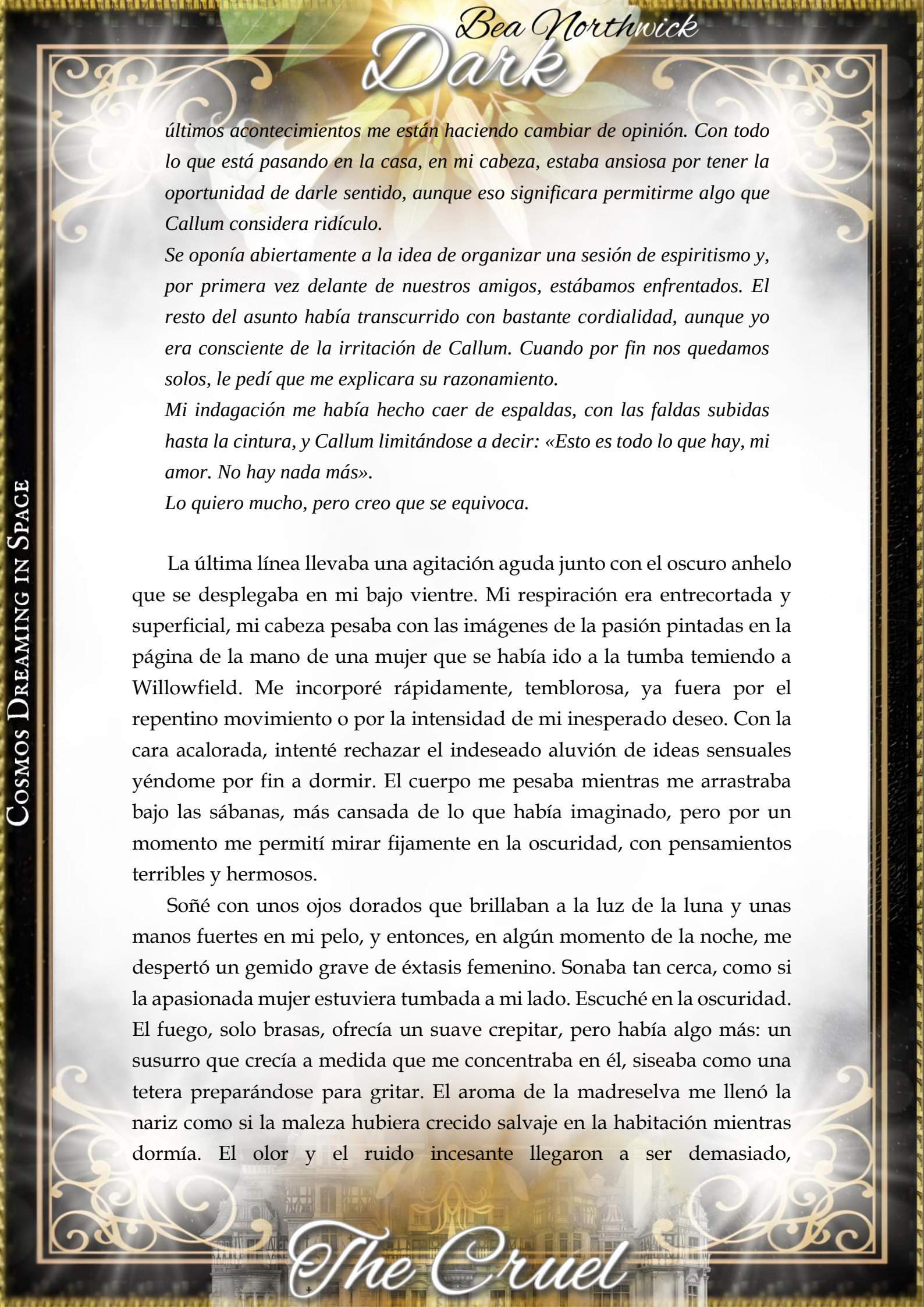
Esta noche, después de que nuestro último invitado a cenar se hubiera ido a casa, Callum me tomó en la mesa del comedor.

Eran palabras que nadie más que su autora debía ver. Me detuve y respiré hondo. Debería cerrar el diario. No estaba destinado a mí, pero las palabras eran embriagadoras y mi interés carnal instantáneo y poderoso.

Tengo una mancha en el vestido por el vino que hemos tirado. No tengo ni idea de lo que piensa el personal, pero no nos han interrumpido ni una sola vez, así que espero que sepan que nunca deben llamar a puertas cerradas. Habíamos discutido. La mujer de uno de sus amigos más queridos, que siempre es tan dulce conmigo, sacó el tema de las sesiones espiritistas durante la comida, y me quedé fascinada. El espiritismo está experimentando un renacimiento, y siempre me ha interesado su espectáculo, aunque no soy creyente. O, al menos, no lo había sido. Los



The Cruel



Bea Northwick Dark

últimos acontecimientos me están haciendo cambiar de opinión. Con todo lo que está pasando en la casa, en mi cabeza, estaba ansiosa por tener la oportunidad de darle sentido, aunque eso significara permitirme algo que Callum considera ridículo.

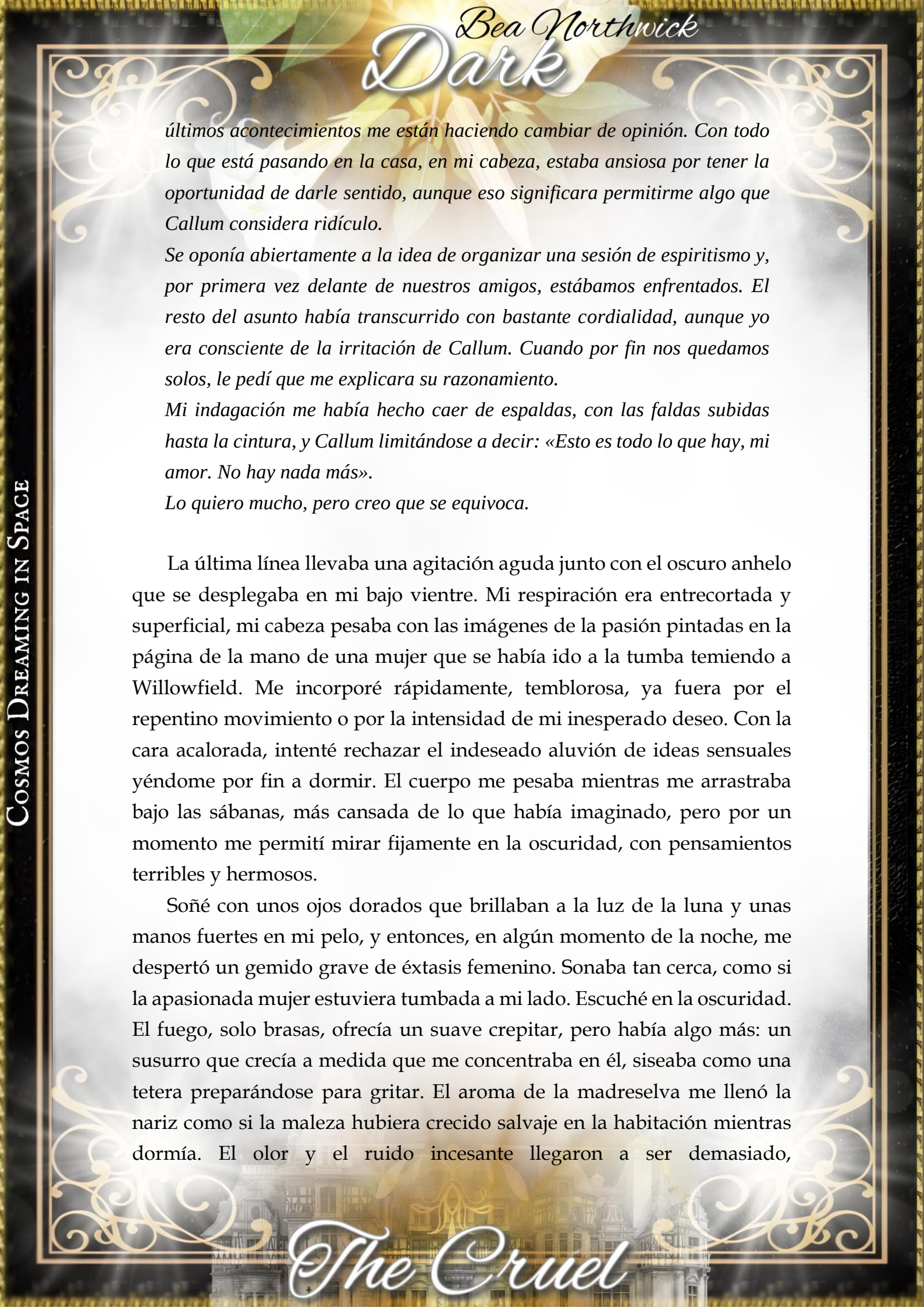
Se oponía abiertamente a la idea de organizar una sesión de espiritismo y, por primera vez delante de nuestros amigos, estábamos enfrentados. El resto del asunto había transcurrido con bastante cordialidad, aunque yo era consciente de la irritación de Callum. Cuando por fin nos quedamos solos, le pedí que me explicara su razonamiento.

Mi indagación me había hecho caer de espaldas, con las faldas subidas hasta la cintura, y Callum limitándose a decir: «Esto es todo lo que hay, mi amor. No hay nada más».

Lo quiero mucho, pero creo que se equivoca.

La última línea llevaba una agitación aguda junto con el oscuro anhelo que se desplegaba en mi bajo vientre. Mi respiración era entrecortada y superficial, mi cabeza pesaba con las imágenes de la pasión pintadas en la página de la mano de una mujer que se había ido a la tumba temiendo a Willowfield. Me incorporé rápidamente, temblorosa, ya fuera por el repentino movimiento o por la intensidad de mi inesperado deseo. Con la cara acalorada, intenté rechazar el indeseado aluvión de ideas sensuales yéndome por fin a dormir. El cuerpo me pesaba mientras me arrastraba bajo las sábanas, más cansada de lo que había imaginado, pero por un momento me permití mirar fijamente en la oscuridad, con pensamientos terribles y hermosos.

Soñé con unos ojos dorados que brillaban a la luz de la luna y unas manos fuertes en mi pelo, y entonces, en algún momento de la noche, me despertó un gemido grave de éxtasis femenino. Sonaba tan cerca, como si la apasionada mujer estuviera tumbada a mi lado. Escuché en la oscuridad. El fuego, solo brasas, ofrecía un suave crepitar, pero había algo más: un susurro que crecía a medida que me concentraba en él, siseaba como una tetera preparándose para gritar. El aroma de la madreselva me llenó la nariz como si la maleza hubiera crecido salvaje en la habitación mientras dormía. El olor y el ruido incesante llegaron a ser demasiado,



The Cruel

abrumándome, y me cubrí la cara, llorando contra mis manos para romperlo.

Se hizo el silencio y el aroma del verano disminuyó. Levanté la cabeza.

La puerta de mi habitación estaba abierta. Cerca del suelo, sobre manos y rodillas, un cuerpo humano, la cara asomando, oscurecida por marañas de pelo pálido.

Un grito de espanto asaltó mis cuerdas vocales y la cosa retrocedió, como una araña, golpeando la puerta en su apresuramiento. Esto no tenía explicación. Era una persona. De carne y hueso, que me atormentaba por razones incomprensibles. Imprudentemente, me lancé fuera de la cama para seguirla sin dudar de mí misma. Intenté imaginarme a la mansa Felicity o a la correcta señora Dillard arrastrándose hasta mi habitación, pero la imagen era demasiado absurda. No había nadie más a menos que...

La puerta principal. El doctor mencionó que siempre estaba abierta.

Alguien entró en esta casa.

Era vagamente consciente de que mi valor era anormalmente elevado, pero mi urgencia sofocó mi duda y perseguí a la intrusa. Dobló una esquina, el dobladillo blanco de una falda visible a la luz de la luna.

— ¡Para! ¡Ya te he visto! ¡Llamaré a la policía!

Por primera vez, me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde encontrar un teléfono. Ni siquiera sabía si Willowfield tenía uno que funcionara. Nunca lo había visto. La perdí de vista, con tantas puertas por las que desaparecer que pensé que la persecución había terminado. Sin embargo, allí, en el extremo del pasillo apenas visible, una figura agazapada, tratando de ocultarse en la oscuridad más allá de la última ventana.

— ¿Qué haces aquí? — exigí, haciendo que se escabullera sobre manos y pies como un animal por otro pasillo con una velocidad que me pareció inquietante, como si moverse así fuera algo natural. No tenía forma de saber si este invasor era peligroso, y sin duda tenía motivos para creer que podría serlo. Ninguna persona en su sano juicio andaría a cuatro patas. Aun así, seguí adelante, embriagada por mi propia adrenalina. El suelo me parecía insustancial, como si estuviera hecho de arcilla sin fraguar, y mi conciencia se desplazaba desde el interior de mi cuerpo hasta encima de él. Mi creciente pánico empezó a exigirme pruebas de que no estaba

persiguiendo otra pesadilla, y me frené, mareada y con el cuerpo pesado. ¿Seguía dormida? Un rápido jadeo de éxtasis me hizo girar la cabeza, y encontré a la mujer varias puertas detrás de mí, con las manos como garras en el suelo y con un escalofrío, se escabulló en una habitación, sus movimientos una sinfonía de hojas crujientes, secas y muertas.

Me apresuré hacia la puerta por la que había desaparecido, aún parcialmente abierta, sin saber ya por qué continuaba siguiéndola, solo sintiéndome profundamente obligada a hacerlo. Pero al cruzar el umbral, la brutal determinación se desvaneció, como un hechizo roto, y me detuve a tropiezos.

Había alguien en esta habitación.

El profesor Hughes estaba contemplando el agresivo resplandor de la chimenea y levantó la vista sobresaltado cuando entré. Sin tener en cuenta la hora, estaba completamente vestido, aunque despeinado, con el pelo tocándole la parte superior de las mejillas, la camisa desarreglada y desabrochada hasta la mitad, dejando al descubierto las duras líneas de las clavículas y la camiseta que llevaba debajo. Un vaso medio vacío de líquido ámbar reposaba sobre la repisa de la chimenea, donde él se apoyaba, haciendo girar un paquetito blanco entre los dedos como un mago a punto de cautivar al público con un juego de manos. Su sorpresa inicial se convirtió en algo más prohibitivo cuando me vio, respirando con dificultad y probablemente con cara de loco.

—Profesor. —Una nueva oleada de horror que no tenía nada que ver con lo que me había traído hasta aquí me devolvió bruscamente a mi cuerpo, como un borracho empapado en agua helada—. Debía estar fuera.

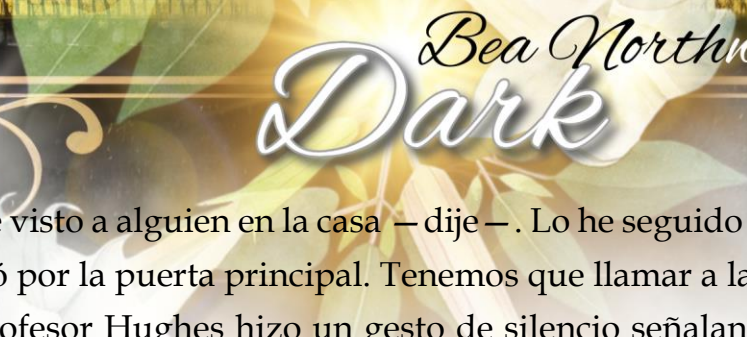
—Claramente, he vuelto.

—Por favor, hay alguien...

No podía decir más. Había visto a una mujer arrastrarse hasta la habitación, pero no había nadie más, a menos que estuviera escondida debajo de la cama. Miré en esa dirección y me arrepentí en cuanto lo hice.

—¿Alguien? —preguntó en tono sombrío, observando adónde se había ido mi atención.

Me enderecé, intentando estar segura de lo que había experimentado, recién desconcertada al darme cuenta de que no estaba en una habitación cualquiera con el profesor Hughes. Era un dormitorio, y era el suyo.



Bea Northwick Dark

—He visto a alguien en la casa —dije—. Lo he seguido hasta aquí. Creo que entró por la puerta principal. Tenemos que llamar a la policía.

El profesor Hughes hizo un gesto de silencio señalando la sala vacía. Solo estábamos nosotros dos. No tenía forma de probarlo, ninguna prueba que ofrecer aparte de mi palabra, de la que empezaba a dudar.

—Todo esto —dije temblorosamente, expresando por fin mis experiencias en Willowfield—, es muy poco común.

—Oh, esta circunstancia en particular es de lo más infrecuente, señorita Foxboro —respondió con sentido, midiéndome con ojo crítico. No me creía—. La puerta principal está cerrada. La señora Dillard se asegura de ello todas las noches, y nadie ha entrado en esta habitación, a menos, por supuesto, que se cuente usted.

Mientras hablaba, caminaba hacia mí con un paso perezoso y evocador, con el vaso a medio terminar en la mano. Parecía darme tiempo para retirarme, pero la inclinación de su cabeza, la mirada satírica de sus ojos, sugerían que si corría me perseguiría.

—No sabía que esta era su habitación. —No tenía nada más que decir. Intentar discutirlo habría empeorado las cosas. Necesitaba irme y procesar lo que había pasado antes de intentar enfrentarme a mi mortificación y a todas las nuevas preguntas que se planteaban.

—Mmm, pero estoy seguro de que se da cuenta de que estamos aquí, juntos en la oscuridad de la noche —respondió, todavía avanzando—. Siento que esto ya ha pasado antes.

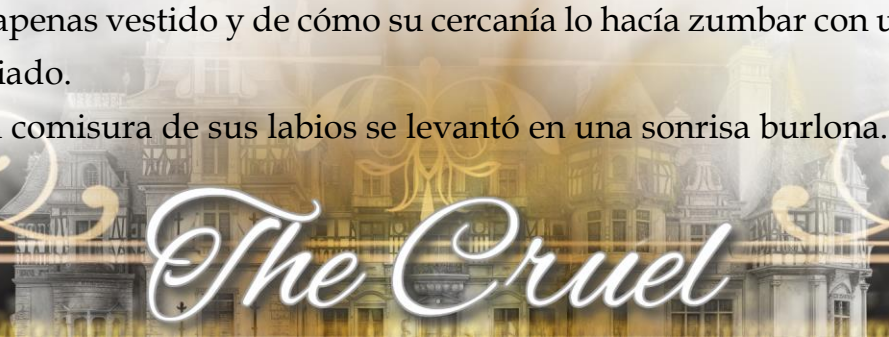
—Profesor... —Intenté sonar sensata, castigadora, pero apenas era posible con su cuerpo alto y ancho avanzando como lo hacía, merodeando.

—Una vez más, no lleva más que un raído camisón.

Las palabras en sí no fueron lo que hizo que el calor me recorriera por dentro. Fue el timbre de su voz, grave y peligroso, lleno de advertencias y promesas que una mujer decente debería desdeñar.

Sus ojos miel se clavaron en mí con tal intensidad que me sentí desnuda, y crucé un brazo sobre el pecho. El horror de los momentos anteriores se había apagado, sustituido por la urgente conciencia de mi cuerpo apenas vestido y de cómo su cercanía lo hacía zumbiar con un deseo desquiciado.

Una comisura de sus labios se levantó en una sonrisa burlona.



The Cruel

Bea Northwick Dark

— ¿Le faltan las palabras? Ayer parecía perfectamente capaz de hablar. Un discurso bastante agitado, si no recuerdo mal.

Todavía demasiado caliente y desequilibrada, utilicé la única arma que me quedaba: la indignación.

— Está exagerando — dije con firmeza.

Dio otro de los pequeños pasos y, aunque mi instinto desquiciado fue inclinarme hacia él, me obligué a dar un digno paso atrás hacia la salida, solo para equivocarme de dirección y chocar con la cadera contra la esquina de una mesa auxiliar, lo bastante fuerte como para voltear el jarrón que había allí. Inhalé sobresaltada, y el profesor se movió con confianza para tomar el jarrón mientras caía, enderezándolo de nuevo y acercándose más que nunca. Habíamos estado así de cerca en la biblioteca muchas veces, escaneando y anotando manuscritos, pero eso había sido un trabajo hecho a la pura luz del día, y ahora, como él había notado, estábamos solos en la oscuridad.

A pesar de cómo respondió mi cuerpo, me mantuve desafiante y no intenté rehuir de nuevo.

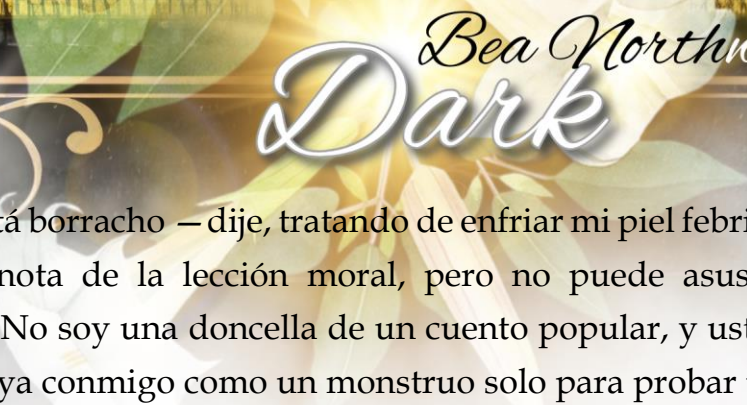
— ¿Qué debo hacer para evitar que olvides mis advertencias? — murmuró, su mirada haciendo un deliberado recorrido desde mi boca hasta el brazo que aún sostenía como escudo contra mi pecho —. ¿Tirarte sobre mis rodillas?

La imagen de estar sobre su regazo me inspiró un pequeño temblor, y sonrió, lento y traicionero. Aparté la mirada imprudentemente, tratando de recobrar la cordura. Tan cerca, podía oler el rico aroma del *whisky* en él, notas de roble y turba, ahumadas y peligrosas. Estaba a la altura de la piel lisa de sus clavículas, y el pulso que se movía en el hueco de su garganta atrajo mi atención. Si alargaba la mano, podía ponerla sobre su pecho y sentir los latidos de su corazón.

— O — se inclinó un poco —, tal vez debería inclinarte sobre esta mesa.

Mi alma me abandonó, pero de algún modo mantuve el sentido común suficiente para disimular mi jadeo como una burla. Aquellas insinuaciones no eran más que un intento, impulsado por el licor, de amonestarme por imprudente. Siempre tan instructor, me estaba contando una fábula sobre lo que les ocurre a las chicas descuidadas.

The Cruel



Bea Northwick Dark

— Está borracho — dije, tratando de enfriar mi piel febril con condena — . Tomo nota de la lección moral, pero no puede asustarme, profesor Hughes. No soy una doncella de un cuento popular, y usted no se saldría con la suya conmigo como un monstruo solo para probar un punto.

— ¿Verdad que sí? — murmuró.

Levantó el vaso y presionó su fría base contra la suave piel de debajo de mi oreja derecha, enviando una sacudida de sensaciones a mi bajo vientre. La condensación cayó en forma de lágrima e hizo un escalofriante recorrido hacia abajo, deslizándose por encima de mi hombro y hasta la parte delantera de mi camisón. Siguió su recorrido con los ojos entornados.

No pensé primero en mis siguientes palabras. Surgieron de mí con su propia mente.

— Pues hazlo — le dije.

En mi favor, sonaban más como un reto exasperado que como una petición desesperada.

Arqueó las cejas y yo estaba segura de que lo había sorprendido, de que le había ganado en su propio juego con aquella invitación. En lugar de eso, se echó a reír, con un sonido tan rico como la medianoche de un amante, que acabó con mi engreída confianza.

— Con mucho gusto — dijo, marcándose un farol, e inclinó la cabeza como si fuera a besarme, pero pasó de mi boca, inclinándose más para colocar su lengua en la pendiente de mi hombro, arrastrándola por el camino por el que había caído la gota de agua hasta llegar a mi oreja. Me convertí en una pira de lujuria, todas las imágenes carnales que había conjurado en mi cabeza inspiradas por los diarios de su mujer sonando en un bucle erótico. Apenas me quedaba aliento.

— No conoces los peligros de este juego que estás jugando, Millie.

— Dime cuáles son — susurré, mi voluntad de resistirme a él diezmada por el sonido de mi nombre en su boca, una canción que deseaba volver a oír. Si estábamos jugando a un juego, deseaba que él fuera el vencedor si eso significaba que acortaría la última pequeña distancia.

Se enderezó, su calidez retrocedió mientras se alejaba bruscamente de mí, como si lo hubiera abofeteado. Mientras se retiraba hacia la chimenea, apuró el resto del *whisky*.



The Cruel



Bea Northwick *Dark*

—Vuelva a su habitación, señorita Foxboro, y resístase a vagar por esta casa de noche. No seré responsable de lo que ocurra la próxima vez que se sienta inclinada a vagabundear. —Agarró una jarra de cristal y se sirvió la copa recién vacía hasta llenarla, y no volvió a mirarme.

El repentino cambio en la dirección de nuestro intercambio me puso patas arriba, y lo desprecié. Él no había creído en mi miedo y luego se había burlado de mis deseos solo para rechazarlos. Giré sobre mis talones y escapé, tratando de mantener mis pasos parejos, y no demasiado ansiosa por huir.

Estaba confusa, embrollada y aturdida por la miríada de sensaciones que me habían invadido en la última hora. Cuando llegué lo bastante lejos como para que él no me oyera, dejé que mis pies volaran tan rápido como quisieran, con el suelo sólido bajo mis pies. Ya no tenía la sensación de flotar por encima de mí misma. El viaje de vuelta fue kilométrico, pero finalmente lo logré, cerrando la puerta de golpe para crear una barrera entre mí y mi horrible humillación.

Me sacudían sentimientos que no era capaz de nombrar, mezclados en un nudo que parecía ira, pero sabía que no debía restarles importancia. Lo que realmente sentía era soledad. Tal vez el profesor estaba mintiendo, provocándome con lujuria para distraerme de la verdad. Esta posibilidad era inquietante, pero el pensamiento que más me atormentaba, el que me alejó de la cama hasta la primera luz del día, era que había perseguido a un fantasma por los pasillos de Willowfield.



The Cruel

Bea Northwick
Dark

CAPÍTULO 10

Llegó la mañana. No hubo necesidad de fingir estar enferma; simplemente me negué a bajar. La luz del sol que intentaba abrirse paso en la habitación apenas era suficiente, pero hizo el trabajo de relajar mis imaginaciones más aterradoras, y caí en un sueño profundo y sin sueños.

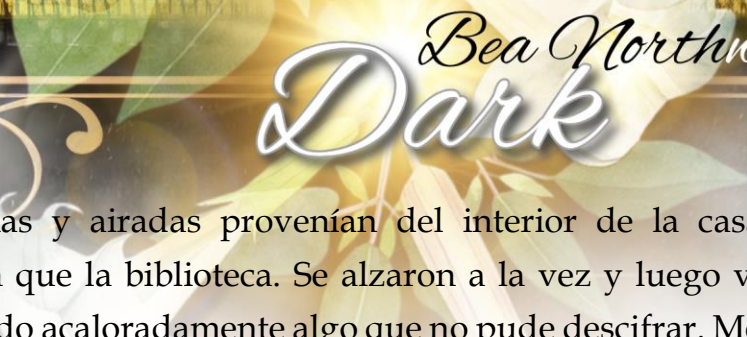
Si alguien había venido a buscarme, me habían permitido permanecer en la cama sin que me molestaran. Me desperté cuando el reloj marcaba las doce, todavía desconcertada, pero mucho menos trágica. Había pasado la mayor parte de las primeras horas de la mañana convenciéndome a mí misma de que había sido sonámbula, un hábito que había abandonado tras llegar a St. No era una conclusión reconfortante, ya que mis escapadas sonámbulas habían puesto en peligro mi vida en alguna ocasión, pero era mucho más apetecible que la alternativa.

Me aseguraría de que mi puerta estuviera cerrada por la noche, no siempre era una medida preventiva, pero cualquier barrera era mejor que ninguna y, a toda costa, debía guardarme la aflicción para mí. Había considerado fervientemente mi opción de volver a la tienda del señor Helm. Me había dicho que allí sería bienvenida, pero que no podría explicar por qué había vuelto. Estaba llegando al final de mi segunda semana en la finca, con decenas más por delante, pero mi mejor opción seguía siendo quedarme y trabajar con la mayor diligencia posible, terminar el encargo antes de tiempo y salir de Willowfield con el sueldo de una nueva vida en la mano.

Cuando por fin salí de mi habitación, me aventuré hacia la cocina, sin hambre pero sin ningún interés en comprobar si el profesor me necesitaba en la biblioteca. A pesar de la luz del sol, caminar por el pasillo me erizaba el vello de la nuca. Cada sombra se movía de forma extraña, cada esquina encerraba un peligro que no podía nombrar ni corroborar. Me apresuré.

El pasillo se estiró en respuesta a mi ansiedad, y los segundos se alargaron, convirtiéndose en una agonía de tiempo. Por fin salí, y el alivio de la salida me permitió reírme de mí misma por haberme asustado tan fácilmente. Para distraerme aún más de mi angustia, unas voces

The Cruel



Bea Northwick Dark

masculinas y airadas provenían del interior de la casa, en la misma dirección que la biblioteca. Se alzaron a la vez y luego volvieron a caer, debatiendo acaloradamente algo que no pude descifrar. Me esforcé por oír, pero el agresivo ir y venir cesó bruscamente, como si alguien hubiera apagado una radio. Una puerta al final del pasillo se abrió y se cerró y, con descarada curiosidad, aminoré la marcha hacia el comedor, interesada en ver quién había participado en la disputa.

El Dr. Hannigan salió del pasillo contiguo, con un maletín médico en la mano. Me esforcé por no mostrar sorpresa. Nunca le había oído decir una palabra dura. No parecía de los que se alteran. Su rostro estaba más serio de lo que jamás había visto, pero cuando me vio, sonrió y sus ojos se iluminaron.

— ¡Millie! Ya me iba, pero qué alegría verte.

— Buenos días, doctor —hice mi mejor esfuerzo por devolverle la expresión alegre, ya que le tenía verdadero cariño y me alegraba de no estar sola—. ¿Qué lo trae hoy a Willowfield? —pregunté, evitando mencionar la disputa escuchada.

Tomó aire y miró hacia atrás como si la respuesta estuviera detrás de él. Se ajustó el bolso y volvió a sonreír, esta vez con más rigidez.

— Callum y yo somos viejos amigos; lo visito a menudo para ponerme al día y comprobar que no se está agobiando con el trabajo. Tiene la mala costumbre de exagerar las cosas para no pensar en... ah... bueno... ¿ibas a comer?

La negativa de todos a hablar de la muerte de la esposa del profesor era desconcertante, como si tuvieran miedo de pronunciar el nombre de la muerta, de hablar de ella entre las paredes de la casa. Comprendía la reticencia del profesor, y tal vez había ordenado a su personal que evitaran mencionarla, pero ¿el médico? Estaba dispuesta a preguntar, pero el decoro me lo impedía. No era asunto mío. Nunca lo sería. Había estado aquí poco tiempo y esta casa no era mía. La gente no era mía. Algún día, pronto, abandonaría este mausoleo sepulcral y a sus tristes habitantes, y no necesitaba saberlo.

— Sí —respondí al fin, esperando que mi pausa no hubiera sido demasiado evidente—. ¿Me acompaña? Suelo comer sola y me siento un poco sola por la compañía.



The Cruel



Bea Northwick Dark

Sin dudarle, el Dr. Hannigan dijo:

—Qué idea tan espléndida. La señora Dillard pone más encanto en su cocina que en cualquier otra cosa que haga, y mis comidas de soltero son muy inferiores. Estaría encantado.

Me alegré, y ahora sabía que la Sra. Dillard era la cocinera fantasma, siempre un paso por delante y nunca vista.

La comida fue la más agradable que había tenido en Willowfield, y la compañía me colmó, devolviéndome el apetito. Comí bien. La comida era reconstituyente, y el doctor estaba animado, contándome historias de su época de estudiante de medicina y provocándome ataques de risa tan a menudo que tardamos mucho en comer.

Mientras nos relajábamos, se levantó y se acercó a la mesa auxiliar, sirviéndose una jarra en la que siempre me había fijado, pero que nunca había inspeccionado. Se sirvió un vasito de *whisky* y luego otro, que trajo a la mesa para mí.

—Aquí tienes, querida. Es lo suficientemente tarde.

Tome el pequeño vaso de cristal, el líquido ámbar de su interior desprendía un fuerte olor. Los recuerdos del mismo vaso, de los mismos espíritus, me afligían. Además, no tenía tolerancia. La Ley Seca había comenzado durante, mi época en el colegio femenino, y solo los ricos con lujosas tiendas de licores y vinos tenían acceso. Estaba a punto de declinar cuando el recuerdo de mi madre lamentándose de las «masas borrachas» me animó a llevarme el vaso a los labios, dando un sorbo abundante, mucho más del que debía de una sola vez. Solo conseguí tragar y toser dos veces. El médico intentó no sonreír.

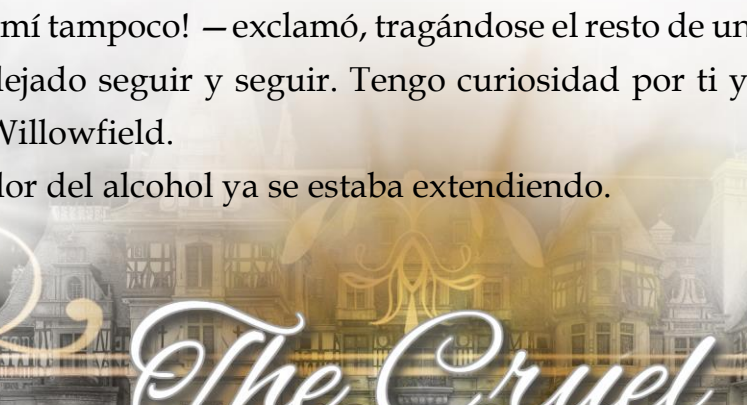
—Tranquila, Millie —dijo con el inconfundible afecto que uno podría ofrecer a una sobrina querida.

—Es fuerte —dije, riendo entre dientes y volviendo a toser—. No me gusta.

El Dr. Hannigan soltó una carcajada y levantó el vaso.

—¡A mí tampoco! —exclamó, tragándose el resto de un trago—. Ahora, me has dejado seguir y seguir. Tengo curiosidad por ti y por cómo te va aquí en Willowfield.

El calor del alcohol ya se estaba extendiendo.



The Cruel

Bea Northwick Dark

—Peculiar —contesté, tratando de ser sincera sin revelar mis problemas, sobre todo no a un médico de familia que, por muy amable que fuera, podría considerar peligroso que su amigo diera cobijo a una mujer que corría por los pasillos de noche tras sus pesadillas —. Por supuesto, lo comprendo. El profesor aún está de duelo y yo soy una extraña en esta casa, así que el personal desconfía de mí. En cualquier caso, el trabajo es interesante.

Al igual que los diarios.

—¿Duermes bien? —preguntó, con una mirada meramente inquisitiva, sin saber.

—¿Tan cansada parezco? —respondí con una sonrisa de autodesprecio.

—Estás pálida, eso es todo —remedió—. Me doy cuenta de estas cosas. Es mi trabajo.

—Bueno, estoy bien. Me cuesta un poco dormir, pero solo porque es una casa muy grande y no estoy acostumbrada a los ruidos.

—¿Ruidos? —El médico se mostró interesado. La Sra. Dillard había reaccionado con el mismo interés, y yo debía andarme con cuidado. Adopté un tono de ligera vergüenza.

—Oh, cosas normales y tontas. Viento y crujidos y silencio. Estoy acostumbrada a los ruidos de la ciudad.

La mentira era tan amarga como el alcohol y el doble de fuerte. Me replanteé mi decisión de dejarlo sin terminar y levanté el vaso para beber otro sorbo.

—Lo entiendo —dijo el Dr. Hannigan—. Cuando me trasladé aquí por primera vez como médico residente desde Nueva York, yo también tuve problemas con el silencio.

Mi interés se despertó.

—¿Es de Nueva York?

—¡Lo soy! Crecí en Yonkers, me mudé hace unos cuarenta y tantos años para hacer la residencia en el hospital militar de las afueras de Boston, Nuestra Señora de Gracia.

La alarma me puso boca abajo. El vaso se me escapó de los dedos y traté de tomarlo con instinto, pero el pesado cristal golpeó mi plato y destrozó el lateral, dejando solo una porcelana afilada a la que agarrarme.

The Cruel

Bea Northwick Dark

El dolor en la mano fue inmediato, y me puse en pie de un salto cuando el rojo furioso de la sangre floreció en mi palma y goteó sobre el mantel.

El Dr. Hannigan estaba a mi lado en un abrir y cerrar de ojos, sujetándome la muñeca y presionando las venas.

—Mantén la cabeza —me ordenó al ver que mis ojos se volvían distantes; la angustia y el dolor creaban una combinación perfecta para desmayarse. Respiré hondo, concentrándome en su rostro hasta que el gris de los bordes de mi visión se retiró—. Bien hecho.

—Lo siento mucho —me las arreglé.

—No pasa nada, mi niña. Le pasa al mejor de nosotros. ¡Felicity! ¡Señorita Dillard! ¡Una de ustedes, por favor! —gritó en la casa.

La Sra. Dillard se materializó como un mago en un escenario.

—¿Qué es todo esto? —preguntó.

Felicity entró corriendo con una escoba en las manos, los ojos muy abiertos y asustada.

—La señorita Foxboro tuvo una riña con el plato de la cena. Perdido, me temo. No parece profundo, pero necesitaré mi bolso. Felicity, ¿podrías traerlo? Está en el vestíbulo.

Cuando fue a tomar la bolsa, la señora Dillard se acercó cacareando, tomando una servilleta blanca de la mesa para apretarla contra mi mano, con su atención firme pero no agresiva.

—No dejes que se desangre, Laurence, por el amor de Dios.

—Me preocupaba provocar tu ira si utilizaba los manteles blancos, Hellen —replicó.

La señora Dillard lo miró fijamente, con un arrebató de ira que le dejó rosadas las mejillas, luego me soltó la mano y volvió furiosa a la cocina.

—Esa mujer —dijo, sacudiendo la cabeza—. Cara de ángel, temperamento del diablo.

Su comentario descarado ahuyentó lo peor del mareo. Que el Dr. Hannigan pensara que la señora Dillard era angelical fue inesperado.

Felicity llegó con la bolsa, que dejó abierta en el suelo a su lado y rebuscó los objetos que necesitaría. Dentro, entre las vendas, los frascos y el ajuar de medicinas, había varios paquetes de papel blanco como el que había visto al profesor Hughes girar en sus dedos. Felicity permaneció

The Cruel

Bea Northwick
Dark

incómoda cerca mientras el médico me vendaba la herida hasta que la señora Dillard la llamó bruscamente a la cocina.

Con todo el alboroto, había tenido unos momentos para recuperar la lucidez. Observé al médico mientras trabajaba y, con la excusa de que necesitaba distraerme, le hice una pregunta dolorosa.

— ¿Desde cuándo es el médico del profesor?

Me miró y se aclaró la garganta.

— Bueno, veamos, terminé mi formación en el hospital en 1886 y me mudé aquí para ser un médico rural sin estrés. — Esta parte la dijo con cierta ironía pícaro —. El padre de Callum era amigo mío de la escuela, y Willowfield se estaba convirtiendo en un espectáculo digno de contemplar, atrayendo a todo tipo de trabajadores y curiosos. Abre los dedos. Ahí lo tienes. Algunos años después, estalló la maldita guerra, y volví a Nuestra Señora de Gracia para ayudar lo mejor que pude con todos los hombres que volvían en tan terrible estado. Un pellizco rápido. Ahora la venda.

Se quedó callado mientras me envolvía la mano, concentrándose en la tensión y la colocación para que no resbalara. Suspendida en la ansiedad, fui consciente de que temblaba, con la piel helada.

— Luego — continuó finalmente —, el gobierno cerró las puertas del hospital en 1920 por falta de financiación federal y reabrió un año después como hospital general privado. Para entonces yo ya estaba aquí, por suerte.

El alivio puro era un analgésico más eficaz que las ministraciones y los medicamentos del médico. Inspiré temblorosamente y sonreí, agradecida por la ayuda del médico y la misericordia de esta información.

El Dr. Hannigan no había estado presente durante mi ingreso.

— Con esto debería bastar. — Terminó de envolver y me dio una palmadita suave en la mano —. Ya está, Millicent. Ya está. No está tan mal, justo en la parte carnosa de la mano. Sangra como el demonio, pero se cura rápido. Enseguida estarás como nueva. Ten cuidado. En mi experiencia, conservar todos los dedos es útil en la vida.

Le di las gracias en exceso, y él se erizó con el orgullo de un viejo médico que se preocupa por su trabajo, luego recogió su bolso y me devolvió el agradecimiento por la compañía. Cuando se disponía a marcharse, con la promesa de volver a visitarme en unas semanas, se detuvo con el ceño fruncido por la preocupación.

The Cruel

Bea Northwick Dark

—Millie, avísame si sigues teniendo problemas para dormir. El insomnio puede ser un mal inesperado después de un tiempo.

—Lo prometo.

Satisfecho, el Dr. Hannigan se quitó el sombrero y se despidió.

Suspiré y me puse a recoger los trozos rotos del plato, sintiéndome estúpida. Mientras limpiaba, apareció la señora Dillard y me espantó con algo de maldad.

—Te cortarás otra vez, chica tonta.

—Señora Dillard —respondí con más fuerza de la que pretendía, haciendo que se detuviera y me mirara ofendida. Suavicé mi tono—. Quería decírselo. Me siento fatal por tener tanto tiempo libre cuando el profesor no está. Me pagan como miembro del personal y debería estar haciendo algo. ¿Me dejaría ayudarlo en la cocina?

Abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Es muy amable por tu parte —dijo al fin.

—Crecí en una cocina.

—Una chica pobre, ¿verdad? —Siguió ocupada, doblando fragmentos en la servilleta ensangrentada, sin inmutarse por la sangre.

Decidido a quedar bien con esta fría mujer, seguí adelante.

—No, todo lo contrario. Pero la cocina era el lugar más seguro de mi casa, y nuestra cocinera era una madre para mí.

Los ojos de la Sra. Dillard se pusieron raros, con el lino manchado de rojo entre las manos.

—No necesito ayuda en la cocina —dijo enérgicamente, dándose la vuelta para marcharse.

Me di por vencida, la palpitación de mi mano me ponía demasiado furiosa para seguir teniendo paciencia. Justo cuando decidí no volver a hablar con esta mujer más de lo necesario, me llamó y me volví para encontrarla de pie con la puerta de la cocina entreabierta, con la cara ligeramente girada para que pudiera oírla pero no ver su expresión.

—Si realmente quieres una forma de ser útil, consúltame en otro momento. Seguro que encuentro algo.

Sin esperar respuesta, se alejó y cerró la puerta.

Fue un gran avance. Mis preocupaciones previas se vieron momentáneamente eclipsadas por el alivio de que mis secretos estuvieran

The Cruel

Bea Northwick
Dark

a salvo y la alegría de que se formaran tímidos lazos de amistad. A pesar de la quemadura del corte en la palma de la mano, me sentía elevada. Tenía más posibilidades de enfrentarme a lo que me deparara esta misión mientras mis secretos estuvieran a salvo y no estuviera sola.

The Cruel

CAPÍTULO 11

Me asomé a la biblioteca y la encontré benditamente vacía. Aunque prácticamente me habían prohibido ir allí sin la presencia del profesor, estaba desesperada por encontrar algo que distrajera mi atención como lo había hecho la presencia del doctor, pero la señora Dillard no tenía tiempo para mí y Felicity había desaparecido. Decidí volver a los jardines y deambular hasta encontrar a Rodney. Le molestaría para charlar y pasar algo de la tarde. Sin embargo, me parecía demasiado extraño buscar descaradamente al jardinero, así que tramé pedirle prestado un libro y tomarlo como excusa.

«Estaba buscando un lugar para leer», diría y evitaría cualquier vergüenza de parecer que estaba persiguiendo su atención. No es que Rodney no fuera un hombre hermoso cuyas atenciones estoy segura que serían agradables.

Imaginar el pelo dorado y los ojos color huevo de petirrojo del jardinero me hizo pensar en una cabeza más oscura, unos ojos más oscuros, que prometían cosas que me daba miedo tener pero que tanto deseaba. El recuerdo de su lengua en mi cuello empezó a hacer añicos mi determinación, y estuve a punto de darme la vuelta y abandonar la biblioteca de inmediato, pero me di una severa sacudida mental.

El hombre se había emborrachado. Probablemente seguía en la cama con un terrible dolor de cabeza y sin recordar nada de la noche anterior. Mejor para todos y especialmente para mí. Aun así, no me tomé mi tiempo en la tarea que había venido a hacer. Me apresuré hacia la estantería donde había colocado varios títulos relativos a los Feéricos tras descubrirlos de sus montones. Un título en particular me había llamado la atención, y lo busqué ahora, pasando los dedos por los lomos, entrecerrando los ojos en la penumbra, ya que no había tenido valor para encender las luces.

Pesadillas celtas: Monstruos y caos en el mito

Ajá.

Volví a considerar mi elección, dudando de mi interés por el único libro lleno de lo peor que había visto escrito en las diversas notas y ensayos

Bea Northwick
Dark

que había hojeado. Adiviné que era un desaire a mis miedos, un obstinado olfateo a la casa y a su gente, y a mi extraña mente. Un desafío. En cualquier caso, si mi plan salía como esperaba, no estaría leyéndolo. Estaría de pie al sol charlando con un rayo de luz hecho humano, y esta noche me iría a la cama sintiéndome más yo misma y menos como la mujer temblorosa y atormentada en cuya piel me había metido de alguna manera.

Abandoné la penumbra de la casa y volví al mundo. Aunque me escocía la mano, estaba de buen humor. La primavera propiamente dicha aún quedaba lejos, pero la crudeza del pleno invierno parecía estar haciéndose de rogar. Seguí mi camino, sabiendo cuál era mi propósito. Mi anterior exploración del terreno aún no me había convertido en una experta del lugar. Aun así, me preocupaba menos perderme entre los árboles de hoja perenne, los cenadores y los muros de piedra que dividían los jardines en sus pequeños recintos, donde antaño una flora cuidadosamente cuidada había transportado a los huéspedes a mundos completamente nuevos.

Pasé junto al estanque del kelpie, deteniéndome a contemplar su hocico cubierto de líquenes y el tallado de músculos tensos en sus hombros. Su flanco, bajo el agua, se había vuelto verde por las algas y, a pesar de ser una criatura de la muerte, me compadecí de ella por el abandono que sufría. Cuanto más tiempo miraba sus ojos anchos y pétreos, más real se volvía, dándome la impresión de que estaba simplemente en suspensión, de que en cualquier suspiro se reanimaría y me arrastraría a mi muerte acuática. Los pulmones me ardían con un dolor fantasma que encendía un pánico que se expandía en mi pecho. Aspiré una larga y refrescante bocanada de aire, recordando a mi cuerpo que estaba en tierra, por encima del agua, a salvo y respirando el oxígeno que me daba la vida. La mirada decidida del kelpie no me ayudaba a descomprimirme, así que me di la vuelta y me apresuré hacia el túnel de cerezos en flor que me llevaría a los jardines italianos. Las ramas desnudas chasqueaban con la brisa, dándome la bienvenida.

Me había encariñado con el estanque de kelpie desde la distancia, pero al mirarlo de cerca, el velo rosado de magia se había desprendido, asustándome. La madre de Callum había construido santuarios a los bellos y mortíferos poderes del otro mundo, y yo había olvidado que se trataba

The Cruel

Bea Northwick
Dark

de presagios. Hice un esfuerzo concertado para pasear en lugar de corretear, para volver a caminar tranquilamente y disfrutar, pero cuando mis pies empezaban a atender a razones, el fuerte chasquido de una rama hizo que mi corazón volviera a su ritmo ansioso. Miré por encima del hombro a través del túnel.

El enorme cuerpo saltó hacia mí desde la izquierda y me agarró por la cintura. Grité y envié el codo hacia atrás, asestando un golpe rozante en las costillas de Rodney. Él se había anticipado a mis sacudidas y retrocedió a tiempo para evitar lo peor.

—Uf, por los pelos. —Sonrió y me agarró del codo para estabilizarme. Me sentí tan aliviada al verle que mi susto se convirtió en un suave vértigo. Me había gastado una broma. Le di un golpe con el libro, devolviéndole la sonrisa.

—Vas a conseguir que te hagan daño acercándote así a la gente.

Se agarró el brazo donde el libro había descargado el golpe e hizo una mueca teatral.

—Ya lo he hecho. Perdona la broma, te vi asustada en el estanque y no pude evitarlo. ¿No trabajas hoy?

—Em —tanteé, luego mentí desde los dedos de los pies—, el profesor no se encuentra bien.

—Ah —respondió, y con esa sola palabra pareció revelar que sabía exactamente a qué me refería. Se apoyó en el tronco de un árbol cercano, disfrutando de un amplio rayo de sol. Su actitud era tan serena que era imposible no relajarse. Sabía que había hecho bien en buscar su compañía. Señaló con la cabeza el libro que tenía en la mano—. ¿Un poco de lectura ligera?

—No hay mucho más que hacer en tardes como ésta. La señora Dillard prácticamente me ha prohibido ayudarle.

—Es una vieja quisquillosa —dijo con cariño—. Tiene su manera de hacer las cosas y pobre de aquel que intente interferir. De todos modos, me alegro de que te hayan enviado fuera. ¿Cuál es el tema de hoy?

Le dije el título y me arrepentí al instante. Su agradable sonrisa se convirtió en una mueca tensa y dura. Le costaba mantenerla.

—Veo que disfrutas con los cuentos de hadas oscuros. La señora Hughes también.

The Cruel

Bea Northwick Dark

—Sí, puedo verlo en la forma en que construyó el jardín. Especialmente el kelpie.

—No, no la madre de Callum. Su mujer.

Un cosquilleo frío empezó a extenderse desde el centro de mi espalda. No sabía qué decir.

—¿Te trata bien? ¿El profesor? —preguntó Rodney de sopetón, su atención intensa, y tras un segundo añadió—: ¿No te hace trabajar demasiado?

Solté una carcajada aliviada, pero ahora el profesor y las humillaciones de anoche volvían a estar frescos en mi mente.

—No, el trabajo está bien. Tedioso pero interesante. No me molesta.

—Puede ponerse un poco celoso cuando tiene la vista puesta en algo. Si alguna vez necesitas escapar, la puerta de mi cabaña está siempre abierta.

Había un brillo en sus ojos que no era difícil de interpretar. Antes de que pudiera avergonzarlo juguetonamente por su frescura, su expresión se volvió sombría y se enderezó de su postura despreocupada. Mirando por encima de mi hombro sin una gota de calidez en el rostro, inclinó el sombrero hacia alguien que se acercaba.

—Rodney —dijo el profesor Hughes a modo de saludo mientras se acercaba a nosotros. Mi pulso se convirtió en un colibrí en mis venas—. Qué sorpresa verte. Creía que hoy estabas de viaje por la ciudad.

—Me voy en unas horas, profesor. Me dijeron que el cargamento de mantillo se retrasaba. No quería perder tiempo esperándolo en la ciudad.

—Prudente —dijo rígidamente el profesor.

—Bueno, será mejor que me prepare para salir. Profesor. Señorita Foxboro.

Me hizo un gesto con la cabeza, con ojos significativos, y se marchó, desapareciendo entre los árboles desnudos por donde había venido.

El profesor Hughes lo observaba sin verlo, con semblante inescrutable. Estaba molesto. Me lo había estado pasando muy bien bromeando. Me frustraba a su vez el inoportuno deleite que me producía esta repentina aparición. Lo miré con frialdad. No parecía resacoso ni falto de sueño. Tenía la cara bien afeitada, el pelo arreglado con solo unos mechones despeinados por el viento, pero incluso esto parecía intencionado. No tenía

The Cruel

ojeras, como yo había visto bajo los míos aquella mañana, y, como de costumbre, no había ni una arruga ni un pliegue en ninguna de sus prendas, desde el cuello almidonado que asomaba por el cuello de su jersey Fair Isle hasta el dobladillo de su pantalón marrón bien ajustado que rozaba la punta de sus relucientes zapatos negros.

—Profesor Hughes, ¿qué le trae por aquí? —pregunté bruscamente.

—¿No puede un hombre vagar por su propio jardín sin segundas intenciones? —preguntó, con un leve giro en las comisuras de los labios.

—Por supuesto —respondí, escarmentada.

—Pero tengo uno, un motivo oculto. —Se miró los pies, tan avergonzado como nunca lo había visto, antes de volver a mirar los míos —
. ¿Me acompaña?

Tenía todos los motivos justificados para negarme, pero no estaba dispuesta a volver a la penumbra de la casa y la compañía del profesor era mejor que ninguna. Ignoré enérgicamente el revoloteo de mi estómago que denotaba otras razones por las que estaba a punto de acceder.

—De acuerdo, no me importa un paseo a paso ligero, luego supongo que querrá volver al trabajo. —Me di la vuelta, con la esperanza de parecer justamente desanimada, pero el primer paso que di fue encima de una rama, que rodó bajo mi peso, haciéndome resbalar hacia delante en lo que habría sido un desparrame si el profesor Hughes no me hubiera agarrado al bajar, salvándome de una lesión mayor. El calor se expandió a través de mí, una combinación fundida de vergüenza y el deseo vergonzoso inspirado por el calor de sus brazos. Esperaba que aquellos indicios no hubieran sido más que la mezcla enloquecida del miedo y la oscuridad de la noche, pero aquí, bajo el sol radiante, lo sentí tan intensamente como antes. Mientras me sujetaba, se fijó en mi mano herida y, sin darse cuenta de cómo me afectaba, la tomó para examinar las vendas. Su tacto fue sorprendentemente suave.

—¿Qué le ha pasado?

—Sus copas de cristal pesan mucho y yo soy torpe —le respondí, aunque no con brusquedad. Su tierno trato había disipado lo peor de mi enfado.



Bea Northwick Dark

Lanzó una pequeña bocanada de aire por los labios, dando a entender que mi explicación le parecía sospechosa, pero tras inspeccionar el vendaje una última vez, finalmente me dejó marchar.

— El doctor Hannigan seguía aquí, por lo que veo. Confío en que trató bien la herida, así que no me preocuparé, pero tal vez omita el *whisky* la próxima vez.

Me sonrojé. ¿Cómo lo había sabido? Esta vez no intentó ocultar su sonrisa.

— Los únicos vasos de cristal que tenemos son para los licores. No me imagino a la señora Dillard poniendo uno para el té.

Me di cuenta de que la imagen que esto pintaba de mí no era halagüeña.

— Me disculpo. No debí hacerlo. El médico se ofreció y supuse que hoy no trabajaría.

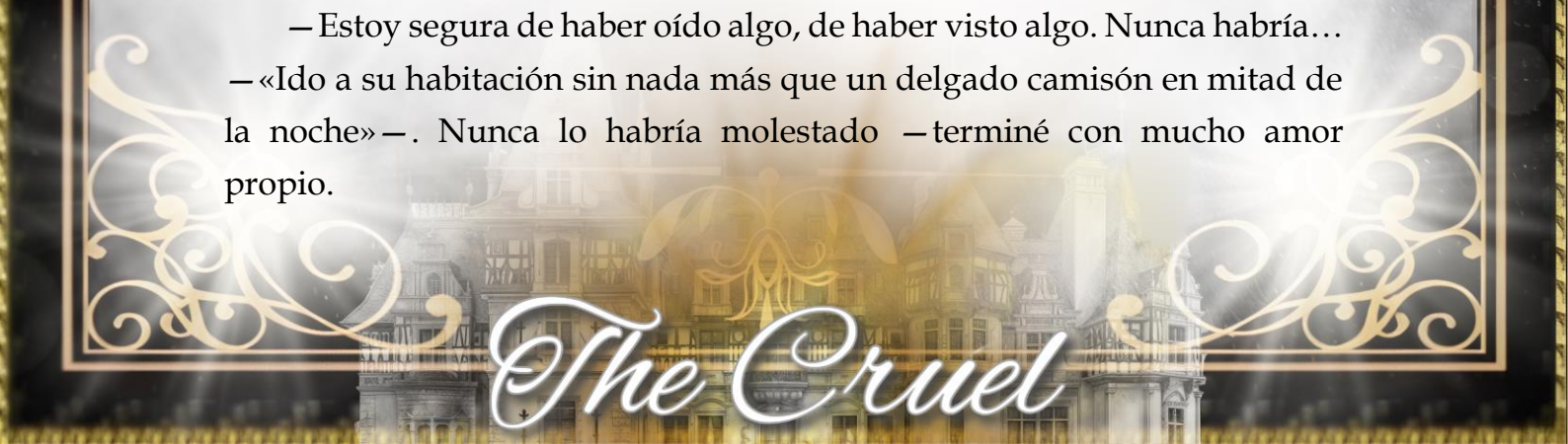
— No es una reprimenda — me aseguró, tomándome desprevenida con su tono arrepentido —. Señorita Foxboro, es vital que le pida disculpas por mi inexcusable comportamiento de anoche. Hay que reconocer que todo es un caos borroso en mi cerebro. No puedo recordar todo lo que le dije, pero estoy seguro de que fue inapropiado y monstruoso.

A diferencia del profesor, yo recordaba cada sílaba que había pronunciado y más. No iba a sacar el tema; estaba demasiado agradecida de que se hubiera olvidado de lo ocurrido. A caballo regalado no iba a mirarle el diente y recordárselo.

— Lo admito, intenté tratar mi insomnio con demasiada agresividad, y no esperaba compañía. En verdad, como dije, fue imperdonable, sin importar las circunstancias. No espero perdón, pero lo pido humildemente de todos modos, ya que me gustaría mantener su asistencia, aunque tendría todo el derecho a marcharse.

Convencido por su sinceridad, me ablandé, pero aproveché la oportunidad para insistir en mi propia honestidad.

— Estoy segura de haber oído algo, de haber visto algo. Nunca habría...
— «Ido a su habitación sin nada más que un delgado camisón en mitad de la noche»—. Nunca lo habría molestado —terminé con mucho amor propio.



The Cruel

Bea Northwick Dark

—Me las arreglé para recordar sus preocupaciones esta mañana, y le aseguro que he peinado la casa yo mismo. Incluso he contado con la ayuda del doctor Hannigan. Hemos comprobado todos los posibles lugares donde podría estar merodeando una persona, y le garantizo que no hay nadie.

Saber que el médico estaba al tanto de mis desvaríos hizo que su comentario sobre mi falta de sueño fuera sensato. También lo hizo aún más mortificante.

—Lo admito, la casa en su estado actual inspira una imaginación de lo más horrible. Veo cosas con el rabillo del ojo. Lo atribuyo a mis estudios de todas las cosas que pasan de noche. Estar familiarizado con lo peor de la imaginación de la gente facilita que mi propia mente lo crea.

Sopesé las ventajas de confesar mi sonambulismo y encontré muchas razones para no hacerlo. Aproveché la oportunidad para desviar la conversación.

—¿No es creyente en absoluto, profesor?

Levanta las cejas.

—No. Esto —miró la casa—, es todo lo que hay.

«Esto es todo lo que hay, mi amor. No hay nada más».

Maldita sea, me sonrojé.

—¿Lo es, señorita Foxboro?

—¿Lo soy?

—¿Una creyente?

—Una vez —admití, pensando con gusto en otra cosa.

Hizo un gesto con la mano hacia un sendero ajardinado, esperando continuar nuestro paseo. No era la compañía que esperaba, pero no me importaba. Había dos partes en mí, una sincera que deseaba desesperadamente tener una relación positiva con mi jefe y otra perversa que ansiaba estar cerca de él para satisfacer mis pensamientos licenciosos.

—¿Hace mucho? —preguntó para continuar la conversación.

—No tanto. En realidad, era más fantasía. Me gustaba creer en otra cosa, el romanticismo de poderes que no podemos ver trabajando a favor y en contra nuestra. Es el potencial de algo más que este duro mundo.

—Para ser tan dulce, no habría esperado que le atrajeran tanto los monstruos.

The Cruel

Bea Northwick Dark

Señaló el libro que aún tenía agarrado. Lo levanté.

— Es mi desafío al miedo que llevo dentro — admití.

— Es muy atrevida — me dijo de un modo tan admirativo que me sentí halagada.

— ¿Le asustan alguna vez sus estudios? — le pregunté.

Quería una sensación de camaradería, creer que no era mi experiencia solitaria.

Consideró la pregunta con seriedad, y luego respondió sombríamente:

— A veces, por la noche, dejo que la fantasía saque lo mejor de mí. Sobre todo en invierno, cuando aquí todo es sombrío y solo existen mis pensamientos y la cruel oscuridad.

Redujimos la velocidad y nos acercamos a un cenador que daba a los jardines de rosas inactivos, donde se veía claramente la torre de cuento de hadas.

— Durante lo peor, siento que nunca volveré a ver la luz, pero... — Extendió la mano, su repentina proximidad me sacudió, y creí que pretendía acariciarme. A pesar de que lo deseaba, me aparté un poco y descubrí que me estaba alcanzando para arrancar una pequeña flor rosa de las enredadas enredaderas que había sobre mi cabeza — . Ya viene.

Encantada, tomé la pequeña flor cuando me la ofreció.

— Debe ser hermoso aquí durante los meses cálidos.

— Bellísimo.

Él me miraba y yo no podía hacer otra cosa que devolverle la mirada. Sonreímos al mismo tiempo, una paz inesperada se instaló entre nosotros.

— En realidad, la estaba buscando. No solo para disculparme, sino para pedirle un favor.

— ¿Oh? — Intenté no desconfiar.

— Siempre ha sido una tradición en Willowfield a la señal de la primera floración, organizamos una cena para despertar la casa en cierto sentido. Dejaron de hacerlo después de... — Vaciló aquí, y luego corrigió el rumbo—. Después de que perdimos tanto personal, y podría ser el momento. Nada extravagante. Ciertamente me ayudaría, y quizás a usted, a salir del espantoso dominio que a veces tiene este lugar.

La idea me pareció encantadora y esperaba que me pidiera que ayudara a la Sra. Dillard a prepararse.

The Cruel

Bea Northwick Dark

—Sería un honor que viniera como invitada —dijo en su lugar—, ya que confieso que varios de mis colegas y amigos están interesados en la becaria que he contratado para que me ayude con mi trabajo.

El placer me recorrió los hombros y solté una pequeña carcajada para disimularlo.

—Apenas una erudita —modifiqué.

—No estoy de acuerdo.

Caminamos juntos un rato más y me señaló varias plantas y cuándo florecerían, asegurándome que Willowfield pronto estaría irreconocible. Parecía tan alegre, tan enamorado del potencial de este triste lugar. Cuando dimos la vuelta completa a la casa, me deseó una buena tarde y me dijo que la señora Dillard se encargaría de mi vestido para la fiesta y que no me preocupara.

Entonces, por fin:

—Tengo asuntos en el pueblo esta tarde, pero la veré por la mañana, y volveremos a trabajar en el lío que he montado.

Sintiéndome amable, le aseguré:

—Seguro que podemos arreglarlo.

—Tengo muchas ganas de intentarlo.

Sonrió y me dejó en la puerta para dirigirse al garaje del jardín este, cerca de los huertos.

Lo vi irse y, junto con los deseos de mi cuerpo, sentí que el corazón se me estrujaba de una forma que me incomodó.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

CAPÍTULO 12

Llegó la noche, y con ella, otro cambio inesperado. Por primera vez desde que llegué, Felicity no apareció. Tampoco la vi a la mañana siguiente. El misterio se desveló cuando una atareada Sra. Dillard me informó, mientras se apresuraba a ocuparse de tareas extra, de que Felicity tenía una espantosa gripe estomacal y estaba en cuarentena en sus habitaciones hasta que se recuperara. Me ofrecí a ayudar a la Sra. Dillard a atenderla, pero me rechazó y me envió a la biblioteca, donde me esperaba el profesor. Inmediatamente preguntó por mi herida, que apenas era un dolor sordo gracias a la atención médica del doctor Hannigan, y entonces comenzó el día, productivo y lleno de tranquilidad. El profesor Hughes era mucho más amable en su comportamiento, pero mantenía una distancia profesional, acercándose solo para examinar las notas que había encontrado o mostrarme dónde indexar un nuevo archivo. No estaba tan tempestuoso como de costumbre y sus sonrisas, aunque controladas, eran frecuentes. No se atrevía a hacerme preguntas personales, y yo le seguía el juego, y solo hablábamos del trabajo que teníamos entre manos. Aunque, como antes, a veces levantaba la vista y me encontraba con que me estaba examinando, con su aspecto severo e inescrutable.

El profesor Hughes se marchó en cuanto terminamos nuestro trabajo y no volví a verlo durante el resto de las tardes. Mis noches eran tranquilas y menos inquietas. Con el empleo, las preocupaciones disminuidas y la extrañeza de la casa que ya no era nueva para mis sentidos, había empezado a asentarme. Caminaba por pasillos familiares para visitar mis estatuas y vistas favoritas. Crujía por la hierba marrón y el mantillo del jardín, charlando con Rodney, que siempre estaba orgulloso de cómo le iban las cosas. A menudo flirteaba conmigo a su manera despreocupada. Una tarde, mientras el profesor estaba en el pueblo por negocios, me entretuvo enseñándome el método de atar las plantas de retama para separar el estanque de kelpie de los topiarios. Cuando la retama florecía, creaba un muro artificial de flores amarillas hasta el otoño. En un momento dado, me miró de un modo que sugería que podría recitar un poema. Su

The Cruel

Bea Northwick Dark

alegre sonrisa había adquirido una suavidad melancólica y por fin me di cuenta de su parecido con Felicity. Cuando extendió su mano callosa, me quedé totalmente inmóvil, pensando que pretendía acariciarme la cara. No me oponía a la idea. Rodney parecía un tipo estable, trabajador y enamorado de los jardines. Su risa era contagiosa y no era melancólico, una elección mucho mejor para mí que los tipos morenos propensos al mal humor. Me rozó la sien con los dedos y me quitó una mariquita que se había estado arrastrando por los rizos.

—Bonita cosita —dijo, levantando su mirada azul hacia la mía y ofreciéndome otro de sus descarados guiños antes de que el insecto con caparazón de fresa levantara el vuelo.

Intentaba llevarme el sol de aquellas tardes dentro de casa y, por lo menos, mis paseos nocturnos por los pasillos habían cesado. Aunque me había despertado una vez hacía dos noches tirada en el suelo del dormitorio, cerca de la puerta, parecía que el cerrojo había hecho su trabajo para disuadirme. El hecho de que siguiera siendo sonámbula no me tranquilizaba, pero que me lo impidiera tan fácilmente era una señal positiva.

Para mantenerme aún más ocupada estaba la fascinante consideración de la cena de gala, que se celebraría dentro de dos semanas. No tenía nada que preparar, pues la señora Dillard ya me había tomado las medidas para el vestido. Había discutido con el profesor Hughes para que me proporcionara aún más ropa hasta que, con un suspiro exasperado, dijo:

—¿Ha traído un vestido de noche, entonces, señorita Foxboro?

Vacilé:

—No sabía que la cena sería un acto formal.

—Todas las cenas en Willowfield lo son, los invitados lo esperan, así que por favor no me veje más con su obstinado orgullo. —Debería haberme sentido insultada, pero él sonreía como si ese orgullo obstinado le pareciera entrañable en lugar de vejatorio, como había dicho.

—Yo no soy la obstinada —murmuré, incapaz de darle la última palabra pero dispuesta a consentir por esta vez. Después de todo, era cierto que no tenía un vestido formal.

Me miró de reojo pero no dijo nada más.

The Cruel

Así que disfruté de la expectación, que hacía tiempo que no tenía por nada.

A mitad de la cita, el profesor tuvo que marcharse de nuevo por negocios en el pueblo, lamentando tener que seguir dirigiendo la perfumería familiar. Le pregunté cómo podía compaginar la empresa con su carrera académica.

— A veces no — respondió con una sonrisa autocrítica y se marchó.

Decidida a ser útil, al día siguiente me presenté en la cocina y encontré a la Sra. Dillard metida hasta el codo en espuma de jabón, fregando las ollas que había utilizado para hacer la comida. Sin Felicity, ya no tenía la habilidad de hacer que pareciera que las comidas aparecían por arte de magia.

Sin mediar palabra, empecé a secar los platos lavados. Al principio me miró con desconfianza, pero luego empezó a darme instrucciones sobre dónde poner las cosas limpias. Una vez hecho esto, me entregó una cesta grande, me indicó la despensa en busca de ingredientes secos y me puso a trabajar en la preparación de la masa para una empanada. Cuando entré en la despensa, me di cuenta de que había acertado con lo del sótano. Había una escalera que descendía por el desnudo muro de piedra.

— ¿Necesita ayuda para preparar la cena? — pregunté cuando volví —. Es agradable estar aquí, me gusta esta cocina.

Era cierto, aunque ésta era mucho más grande y formal que aquella en la que yo había crecido, era la más cómoda y familiar de todos los lugares de Willowfield, y los toques de capricho aquí no eran ostentosos. Había pequeños tréboles pintados en la baldosa detrás de la estufa y una raída alfombra tejida bajo la mesa donde comía el personal, con iluminaciones medievales de unicornios en sus esquinas.

— El profesor va a encargar la comida a una empresa de fuera del pueblo — respondió ella, satisfecha con la decisión —. Tendré la noche libre.

— Suena encantador. Seguro que no hay muchas con una casa tan grande para atender solo ustedes tres.

Otra mirada sospechosa.

— Por favor — dije al fin —, estoy intentando hacer amigos. Comprendo que no quiera, pero ¿podemos al menos ser civilizadas? No soy una dama, ni una invitada, ni nadie importante. Estoy aquí como personal durante



Bea Northwick Dark

seis meses, quizás menos si el profesor Hughes y yo seguimos progresando al ritmo que lo estamos haciendo. No hay razón para ser tan distante. No voy a morderle.

Dije esto último con un petulante puñetazo en la masa.

— Háblame de tu cocinera, entonces — dijo la Sra. Dillard cuando pensé que no respondería —. Dijiste que era como una madre para ti.

Era algo tan personal para empezar, pero el tono de la Sra. Dillard se había suavizado considerablemente. Sabía que estaba llegando al otro lado de la mesa a su manera.

— Bueno, era ruidosa y siempre parecía enfadada, pero nunca lo estaba. No me dejaba ayudar mucho porque a mi madre le daba mucha rabia encontrarme cubierta de harina o grasa, pero me daba tareas para mantenerme ocupada y me traía libros cuando iba a la ciudad. Me enseñaba los nombres de las especias de la despensa y me dejaba organizarlo todo. Durante años viví en sus pies, y nunca me regañó por meter la mano en el tarro de miel o por dejar huellas en la masa del pan.

Miré la masa que amasaba y sentí su aguda pérdida.

— Me daba galletas de almendra cuando estaba triste y me prometía que el mundo fuera de casa era bueno cuando el mundo dentro no lo era.

También había sido la encargada de liberarme del armario por la noche, cuando mi madre se había dormido.

— Es una pena que no hayas aprendido a cocinar — fue lo único que respondió la Sra. Dillard, con una voz extrañamente gruesa.

— Quería hacerlo, pero no tuve la oportunidad. Murió después de que me graduara en la universidad.

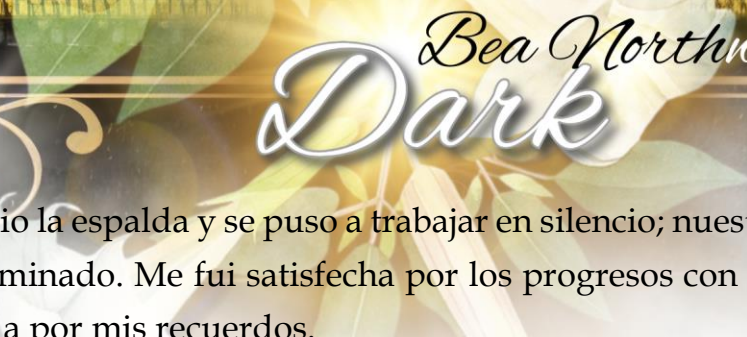
Y yo no había estado allí. Bueno, tal vez había estado. No recordaba los últimos días de la vida de mi querida madre adoptiva. Estaban en la niebla, en algún lugar, con los demás recuerdos y los años que había perdido tras el increíble acto de mi padre.

Empezaba a tener calor; la cocina era sofocante con los fogones encendidos y el duro trabajo de amasar la masa poco dócil hasta convertirla en algo utilizable. Me detuve un momento para controlarme y la Sra. Dillard me apartó suavemente y se hizo cargo del amasado.

— Vete ya. Has ayudado mucho, y en realidad eres más un estorbo que otra cosa. La cena estará lista a las seis.



The Cruel



Bea Northwick Dark

Me dio la espalda y se puso a trabajar en silencio; nuestra conversación había terminado. Me fui satisfecha por los progresos con el ama de llaves y hundida por mis recuerdos.

El tiempo se volvió abismal, con una lluvia helada que hacía imposible salir de Willowfield sin ganas de morir. Vagué por los pasillos tanto como me atreví, sabiendo que la señora Dillard sería capaz de darse cuenta si había ido a algún sitio donde no debía. Me atreví a buscar de nuevo la escalera que había encontrado en mi primera visita. Sentía curiosidad por la torre. Imaginé que era probablemente insegura y mejor que nunca la encontrara, pero pensaba en ella a menudo, a veces una cantidad desproporcionada. Culpaba a los días cortos y las noches largas sin nada que hacer salvo pensar.

Antes de que pudiera meterme en problemas, el profesor Hughes regresó, cansado y agotado, con sombras de preocupación bajo los ojos. Cuando quedamos para trabajar, era brusco pero educado, e imaginé que las cosas le habían ido mal. Quise ofrecerle consuelo, pero tenía pocas formas efectivas de hacerlo sin traspasar atrozmente la barrera de nuestra ya consolidada relación profesional.

—Profesor Hughes —aventuré, sacándolo de sus pensamientos y haciendo que mirara fijamente al fuego con tal inquietud que parecía haber encontrado a sus propios demonios observándolo desde las llamas—. Soy una ignorante en lo que a sus asuntos se refiere, pero me doy cuenta de que está preocupado, y sería malo por mi parte no preguntar por usted. Si hay algo que pueda hacer para ayudar, por favor dígamelo.

Se frotó el labio inferior con un dedo, profundamente preocupado.

—Todo lo que me agobia podría resolverse con una decisión, pero es una decisión que no puedo tomar en conciencia, ya que podría reparar los problemas que tengo o destruirlo todo.

No tenía palabras de sabiduría, ya que nunca había sido capaz de solucionar con éxito ninguno de mis propios problemas sin causar más trastornos. Lamentando no poder ayudar, volví a anotar una serie de notas relativas al Dullahan, un jinete sin cabeza de Crom Cruach. Esta criatura era una de mis favoritas, pero mi cerebro no me permitía concentrarme, así que me quedé mirando las palabras, viendo solo tinta furiosa sobre una página nevada.



The Cruel

—¿Señorita Foxboro? —El tono del profesor Hughes era ronco, cargado de emociones que no quería compartir. El corazón me dio un vuelco y no me atreví a levantar la vista.

—¿Sí? —pregunté, fingiendo distracción con los papeles.

—Si le dieran una oportunidad con el mismo poder para curar todos los males o mutilar irrevocablemente a su antojo, ¿se arriesgaría a aprovecharla?

Consideré mi propia vida y todas las vías de escape que no había tomado por miedo, momentos en los que una oportunidad de felicidad crecía esperanzada pero moría por falta de atención. La desesperación me había llevado finalmente a rechazar la seguridad, y me había traído hasta aquí.

—Alguna vez no lo habría hecho —respondí con sinceridad—, pero me temo que me he convertido en una persona que no desaprovecharía una oportunidad de hacer el bien aunque las posibilidades de hacer el mal fueran iguales. Prefiero saber que opté por darme felicidad y fracasé a vivir siempre adivinando lo que podría haber sido.

—Y aquí está, en Willowfield —murmuró.

—Sí. Aquí estoy —dije.

—¿Lo has encontrado para bien o para mal, Millie?

El uso inesperado de mi nombre me produjo una oleada de electricidad, aturdiendo mis sentidos y provocando el anhelo que, tras mucho esfuerzo, se había vuelto tolerablemente latente.

Respiré lentamente y levanté la vista, pero no hacia él. Me di un momento para recobrar el juicio y recorrí con la mirada las estanterías que se extendían desde el suelo hasta el techo, organizándome poco a poco con mis esfuerzos. Intenté concentrarme en ellos y en el valor puritano de esta obra.

—¿Me he equivocado de pregunta? —musitó el profesor Hughes cuando no respondí de inmediato.

Finalmente lo miré y deseé no haberlo hecho. Estaba inclinado hacia delante en la silla, con los codos apoyados en las rodillas y los dedos juntos. Se había desabrochado la corbata, y eso no me había afectado antes, pero ahora solo veía el hueco de su garganta. Recordé lo cerca que había estado la noche que invadí accidentalmente su habitación, tan cerca que pude oler

Bea Northwick Dark

su piel. El peso de su atención era considerable, dada la intensidad de sus ojos.

—Ha sido difícil. La casa es hermosa, pero inusual y solitaria — respondí, eligiendo mis palabras tan cuidadosamente como pude —. Pero si pudiera volver atrás, creo que elegiría venir de nuevo.

Me miró a la cara como si estuviera seguro de que lo que decía no era cierto. Luego se puso en pie y tomó el fajo de papeles que había estado hojeando antes de que sus pensamientos se apoderaran de él. Se acercó al escritorio donde yo estaba apoyada. Quise ponerme derecha, no adoptar una postura tan relajada cuando se acercara, pero moverme me delataría. Así que me quedé quieta, y él volvió a inclinarse para dejar los papeles sobre la mesa, lo bastante cerca como para que, si me movía un poco más, pudiera apretar mis labios contra su cuello. Cuando se enderezó, atrapó mi mirada en la suya, reteniéndome en ella como si se alimentara del anhelo que encontró allí. Una pizca de mortificación se deslizó más allá de la bruma de mi deseo, y me pregunté hasta qué punto eran claros mis sentimientos para un hombre que ya había amado con tanto fervor y había perdido. No aparté la mirada, cautivada de una forma casi extraña.

—Usted brilla con una luz en esta oscura casa, señorita Foxboro. Le ruego que no deje que nada la apague.

Su mano volvió a rozar la mía, trayéndome a la memoria mi primera noche en Willowfield, que parecía haber sido hace tantos años, aunque solo había pasado un mes.

—Buenas noches, profesor. — Mi voz era apenas audible.

—Buenas noches —respondió.

Para mi alivio y pesar, se marchó.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

CAPÍTULO 13

Volví a mi habitación con todas las esperanzas y recelos que había acumulado en una sola noche, consolándome con la certeza de que, como mínimo, le estaba tomando el tranquillo a Willowfield, y de que pasado mañana llegaría una distracción increíble: la cena. Pensar en el acontecimiento me trajo a la memoria otra cosa: el diario que había sacado de su escondite en el invernadero. Lo había dejado intacto, sin querer darme más motivos para fascinarme con el profesor o con la historia de este lugar. Miré hacia la cómoda, donde lo había escondido entre mis papeles. Era un lugar infantil y obvio para esconder cosas, el primer sitio donde cualquiera de las chicas de St. Mary habría buscado algo. Pero aquí no había ojos adolescentes indiscretos.

Mientras pensaba en sacarlo, un golpe anunció la llegada de Felicity. Tenía un aspecto horrible, apenas se encontraba bien, y el tiempo que había pasado en cama le había dejado huecos en las mejillas. El tono púrpura bajo sus ojos dejaba claro que no había dormido bien en las noches que había estado fuera, y lo sentí inmensamente por ella. Tomé la bandeja con una exclamación de incredulidad y me apresuré a dejarla en el suelo antes de guiarla a la habitación para que descansara.

—Felicity, ¡apenas pareces recuperada! Siéntate.

No se opuso a mí, sino que se sentó en la silla, con la misma elegancia que si estuviera en el despacho de una matrona.

—Estoy mucho mejor, señorita, de verdad. Fue horrible, pero ahora estoy bien, solo agotada. Lo mejor para ello es moverse. He estado en la cama demasiado estos últimos días. —A pesar de su postura correcta, parecía más relajada conmigo que de costumbre, y me senté con ella, sirviéndole té y ofreciéndole la mitad de las galletas que había traído. Se disculpó de ambas cosas, diciendo que su estómago no estaba lo bastante asentado como para comer dulces, y que la señora Dillard la había obligado a beber tanto té durante su enfermedad que juró que nunca volvería a tomarlo.

The Cruel

—Para ser sincera —dijo—, es la mezcla propia del profesor, y no me gusta mucho.

—Es diferente —ofrecí, aunque lo había estado disfrutando.

—La señora Dillard te traerá el vestido mañana —dijo, cambiando de tema.

—Oh, para la cena —dije, tomando un sorbo y esperando los mismos sabores veraniegos de antes. Esta vez el dulzor me mordió la lengua y puse una carita.

Felicity captó la expresión.

—¿Lo he hecho demasiado fuerte? Oh no, le he puesto demasiado azúcar.

—No pasa nada —le aseguré y bebí otro trago para disipar su timidez. Debía de estar distraída por su propio agotamiento. No era culpa suya, la verdad.

—Señorita Foxboro, necesito decirle algo, y espero que no se enfade conmigo.

—¿Has puesto el ratón en mis polvos? —pregunté bromeando mientras mordía el bizcocho, intentando aliviar la tensión que de repente se había apoderado de nosotras.

Puso cara de ofendida e inmediatamente me eché atrás.

—Solo estaba jugando contigo, Felicity. Puedes decírmelo. Si alguien en este lugar puede ser mi amiga, eres tú. No te preocupes por disgustarme. Estoy segura de que sea lo que sea, podemos arreglarlo.

Su nariz se sonrosó y parecía que iba a llorar. Le tomé la mano y apreté sus finos dedos entre los míos para consolarla.

—Oh, por favor no te preocupes, no puede ser tan malo.

—Es solo... por favor mantente fuera de la cocina.

—¿Qué? ¿Por qué? —De todas las cosas que podría haber dicho, esta fue la última que supuse que sería.

—El profesor se enfadó cuando supo que habías estado allí. Normalmente su humor no es tan volátil. Debe ser el estrés. Me asustó un poco, si te soy sincera. Nos ordenó que te echáramos si volvías por allí, ya que no era tu trabajo ayudar con las tareas domésticas.

No me dijo nada, ni siquiera dio señales de saber que yo había estado allí. Su acoso a la señora Dillard y a Felicity por algo que escapaba a su

Bea Northwick Dark

control me irritó. Tomé otro trago del té demasiado dulce y me enfadé interiormente, mis sentimientos anteriores bastante aplacados.

— Estoy segura de que no lo dijo con tanta dureza — me comprometí — . Tienes razón al mencionar su estrés. Esta noche también estaba de mal humor. Pero tú lo conoces mejor que yo, así que prometo mantenerme alejada de la cocina, al menos hasta que haya hablado con él.

Se levantó de golpe, agarrándome las manos con fuerza.

— ¡Oh, no! Por favor, no le digas que he dicho nada, ¡por favor!

— Está bien, está bien — la tranquilicé, y mientras trataba de reconfortar su ansiedad, eché un vistazo al lugar donde la manga se le había subido por encima de la muñeca. Un anillo de moratones recientes marcaba la pálida piel como bayas aplastadas contra lino blanco. Cuando me vio, apartó la mano como si mi contacto la quemara.

— Un accidente — murmuró — . Me sacudí mientras estaba enferma y me golpeé la muñeca con el poste de la cama. Me salen moratones con facilidad. Parece mucho peor de lo que es. — Me dio las gracias por preocuparme y expresó su esperanza de ver el vestido mañana. Para salvar nuestro intercambio, le pregunté si tendría tiempo de ayudarme a peinarme de nuevo. Me recompensó con una sonrisa genuina y un feliz acuerdo, y nos despedimos.

Abandoné el té azucarado e, instantes después, acabé en mi tocador, sacando el diario de su escondite. Había algo casi metafísico en la forma en que me atraía, su contenido me obligaba a no respetar la santidad de los secretos de la señora Hughes y mi propia brújula moral. Me metí en la cama y lo abrí por última vez. Las páginas siguientes volvían a estar repletas de dibujos botánicos de diversas flores y malas hierbas; éstos estaban más centrados y eran más precisos, las inscripciones estaban menos cargadas de prisas. Me asombró la cantidad de plantas que podían utilizarse de forma tan tóxica, aunque a juzgar por las notas, cada una tenía también usos agradables. Algunas eran perfectas para perfumes, otras formaban los pigmentos del maquillaje sin el efecto de su veneno, y otras se cocinaban hasta convertirse en esencias aromáticas que a menudo se añadían a velas y bolsas de lino. La mayoría de estas plantas solo eran peligrosas si se ingerían.

The Cruel

Bea Northwick Dark

El cuerpo me pesaba por la falta de sueño y decidí mirar solo una página más: otra entrada del diario. Me incorporé ligeramente. Había perdido gran parte de la vergüenza que me daba leer las entradas personales, deseando conocer al profesor a través de los ojos de una mujer que lo había amado.

He hecho algo imperdonable, aunque no me arrepiento. Margaret vino de visita mientras Callum estaba de negocios. Me pareció simpática, y aunque es extraña y la compañía que tiene aún más extraña, empecé a sentir afecto por ella. Era agradable creer que por fin había encontrado a alguien a quien confiarle todos los horrores de mis despertares nocturnos, todas las cosas que Callum me dice que son mi imaginación desbocada y la falta de sueño. Ha intentado por todos los medios curar mi insomnio, incluso le ha pedido al doctor Hannigan que me prepare un suero para dormir. Nada funciona. Solo empeoro.

Comprendo sus dudas; su madre creía desesperadamente en algo más allá de este mundo y, al final, su creencia le perjudicó. Pero ella debía saber que había algo en esta casa. Por eso se esforzaba tanto en mostrar reverencia con sus monumentos y decoraciones. Esas mismas cosas que una vez amé, ahora me resultan nefastas.

Margaret insiste en que padezco un fantasma, una criatura a la que atraje con mi interés por las cosas sectarias que mi marido y yo estamos estudiando. Ella frunció el ceño con firmeza ante nuestra investigación y me dijo que es mejor que las entidades malignas permanezcan desconocidas. Cuanto más pensamos en ellas, más nos atraen. Argumenté que era mi reciente obsesión por los espíritus malignos lo que había animado a Callum a estudiarlos. Tenía que defenderlo de alguna manera. A Margaret no le cae bien, aunque su marido es su buen amigo.

Cuando le pedí que me aconsejara qué hacer, me dijo que organizaría una sesión de espiritismo. Si podíamos poner nombre al espíritu que me perseguía, podríamos armarnos mejor para combatirlo. Callum no volvería a casa hasta dentro de unos días, y acepté, aunque se pondría furioso si lo supiera.

Llegó la noche y yo estaba hecha un manojo de nervios. Celebramos la sesión de espiritismo en el invernadero, donde había visto por última vez a

The Cruel



Bea Northwick Dark

la mujer de blanco, y fue todo lo que había esperado. Margaret trajo a varias de sus amigas y nos dispusimos en círculo alrededor de la mesa redonda de cristal. Había velas y hierbas secas, cartas del tarot y campanillas. La noche era densa a nuestro alrededor, y parecía como si nos hubiéramos sumergido en un ataúd de cristal en las profundidades del océano. Margaret invocó al espíritu que me atormentaba para que saliera y se nombrara a sí mismo. Las otras mujeres estaban nerviosas, sus dedos temblaban en los míos. Sin previo aviso, Margaret se agitó, soltó las manos del círculo y echó la cabeza hacia atrás. Tenía los ojos en blanco y una de sus amigas chilló. Margaret pronunció el nombre de Callum con una voz impía, una y otra vez, como si estuviera allí en persona, tomándola en el sillón de mimbre. Me puse temblorosa, mareada de la impresión, y supe lo que se avecinaba sin poder evitarlo. Me desmayé.

Cuando volví en mí, había humo y gritos. Margaret estaba arrodillada a mi lado, con oraciones en los labios y lágrimas en las mejillas. Su llanto me asustó, y para empeorarlo todo, Callum llegó a casa y nos encontró en este estado. Nunca lo había visto tan enfadado. Me sacó del invernadero en llamas, rugiendo para pedir ayuda, y Rodney no tardó en llegar con varios hombres a remolque para apagar el fuego, pero el daño ya estaba hecho. Margaret insistió en que un ente invisible había provocado el incendio, arrojándome la vela e incendiando el mantel. Insistió en que dejara atrás Willowfield y a mi marido. En el momento que siguió, Callum no parecía el hombre que yo amaba, sino un demonio, rugiendo obscenidades, condenando a Margaret a las fosas ardientes. Se acercó a ella como si fuera a partirla en dos, y Margaret se asustó tanto que huyó a los jardines, en dirección opuesta a la casa. Rodney la siguió para evitar que se precipitara al oscuro barranco cercano.

Callum me llevó a la casa, insistiendo en que me había desmayado y, al caer al suelo, había tirado de la tela de lino conmigo, volcando la vela e incendiando las hierbas secas allí esparcidas. Cuando se apagó el fuego, Callum me llevó a la cama. No me sermoneó ni me regañó, solo me abrazó y lloró entre mis cabellos. No podía hablarle de la mujer, la mujer con mi mismo rostro que lloraba agazapada en un rincón de nuestra habitación, a la luz del fuego.

Nunca lo diré.

The Cruel



Bea Northwick Dark

No me creería.

Horrorizada, cerré el diario de golpe y lo arrojé al otro lado de la habitación, con la respiración entrecortada. Como una niña, me metí debajo de las mantas y tiré de ellas hasta mi barbilla, con la esperanza de dormir y sin poder hacerlo. Me dormite hasta que finalmente me quedé dormida cuando el reloj dio las dos. Tras unos segundos de paz, me desperté con un gemido que hizo que dedos de hielo me recorrieran la espalda. El fuego estaba apagado, la habitación estaba helada y mi aliento era visible a la luz de la luna, más brillante que nunca. Una de las ventanas estaba abierta al aire nocturno, y la cortina se agitaba con el viento feroz que entraba a toda velocidad para congelarlo todo. Se oyó otro aullido y, al descorrerse la cortina, vi por fin a la mujer. Era la misma aparición que había perseguido por los pasillos, la que debió de ver la señora Hughes. Hacía tanto ruido, gemía entre las manos con tal agonía que seguramente alguien, aparte de mí, la había oído. Incliné la cabeza hacia el cielo negro, de espaldas a mí, con las manos agarrándose el pelo de las sienes. Conocía muy bien su dolor, ya que había llorado así tras la muerte de mis padres. Se me llenaron los ojos de lágrimas y me levanté despacio, como si ella no fuera una aparición, sino una persona real a la que podría asustar si me movía demasiado deprisa.

Sus gritos se calmaron, convirtiéndose en sollozos que hacían temblar sus hombros, y se agarró a la repisa de la ventana y se subió a ella. Perturbada, corrí hacia ella con los brazos extendidos, pero llegué demasiado tarde y su cuerpo desapareció en la oscuridad. Tropecé con mis propios pies, me estrellé contra el alféizar y estuve a punto de caer al vacío. Me agarré para salvar la vida, levantando los dedos de los pies del suelo, y miré hacia un gran abismo que no debería haber existido, el suelo demasiado lejos para una ventana de solo dos pisos. Grité, mi voz resonó en la caverna de la noche.

Unas manos fuertes me agarraron por la cintura y tiraron de mí hacia el interior, manteniéndome erguida incluso cuando se me doblaron las rodillas. Con cierta brusquedad, me dio la vuelta para que mirara a mi salvador.

El profesor Hughes.



The Cruel



Bea Northwick Dark

Tenía los ojos desorbitados y la respiración agitada. Había estado corriendo.

— ¡Millie! ¿Qué estabas haciendo? Podrías haberte caído! — gritaba, empujándome aún más a la histeria.

— ¡Una mujer! Una mujer estuvo aquí. Estaba llorando, ¿no la oíste? ¡Tenías que haberla oído! ¡Ha saltado! — Señalé violentamente por la ventana, desesperada por que mirara, por encontrarla y ayudarla. Unas suaves y cálidas palmas me acariciaron las mejillas, apartando mi rostro de la ventana.

— Aquí no hay nadie más que tú — me tranquilizó, apartándome el pelo húmedo de la frente con los dedos —. Oí tu llanto desde el otro lado de la casa. Cuando llegué, estabas junto a la ventana. Te subiste al alféizar, Millie.

— No, no, no lo hice. Yo...

Pero a medida que la niebla se iba disipando, me iba dando cuenta de lo que había sucedido y la bruma de mi pesadilla despierta se iba disipando por completo. Mis ojos se enfocaron y volví a mirar al profesor con claridad. Él notó el cambio.

— Ahí estás — dijo, aliviado.

Los sucesos de hacía tan solo unos instantes ya se estaban volviendo borrosos como todos los sueños, y la realidad de lo que había estado a punto de ocurrir me hizo temblar.

— Dios, me has asustado. — El profesor apoyó su frente contra la mía durante un suspiro, luego se apartó para limpiarme las lágrimas medio congeladas de la cara con los pulgares —. No estaba seguro de llegar a tiempo.

— Eso me habría disgustado — respondí, estupefacta por su inesperado afecto.

No pretendía hacer una broma. No tenía por qué ser gracioso, pero la persistente alarma nos hizo reír a los dos, disipando parte de la ansiedad del momento.

— ¿Por qué no me dijiste que sufrías de sonambulismo? Habría hecho Willowfield más seguro para ti. Esto explica tu deambular por los pasillos por la noche. Deberías haber dicho algo.



The Cruel

Bea Northwick Dark

Mi vértigo temporal había desaparecido, sustituido por el temple que solo se produce con un susto terrible o una vergüenza extraordinaria, sucediéndome ambos simultáneamente.

«Millie la loca».

— ¡No he sido sonámbula en años! ¡Y no era asunto tuyo! No mereces saber hasta el último detalle sobre mí. Soy tu asistente, no tu...

No dije la palabra «amante», aunque me quedó en la boca, agri dulce.

— ¿Crees que no me importa si alguien de mi casa vive o muere? — preguntó, su pregunta dura por el dolor —. ¿Crees que no me afectaría descubrir que te han hecho daño cuando podría haberte protegido?

— No soy una damisela en apuros, profesor. No necesito que me protejan. — No necesitaba una razón más para sentirme indefensa.

— No estoy de acuerdo.

Se movió para alejarme de la ventana. El cambio repentino de nuestro peso me sobresaltó y grité, aferrándome a él como si, después de todo, solo hubiera sido un pequeño paso en falso hacia el aire. Sus brazos me rodearon como un refugio, acercándose y protegiéndome de la gélida brisa que aún soplaba. Movié nuestros cuerpos, girándonos a los dos para colocarse entre la noche y yo. Puede que ambos nos diéramos cuenta en ese preciso instante de nuestra situación, mis manos apretadas contra su pecho desnudo, nuestros cuerpos apenas vestidos a escasos centímetros de distancia.

Hice lo peor y lo miré.

Me miró con una expresión que no tuve que adivinar, un deseo abierto tan claro que ni siquiera yo pude confundirlo. Inmediatamente volví a inclinar la cabeza, pero en un movimiento que me pareció vertiginoso, me tomó la barbilla entre el pulgar y el índice y me levantó la cara con fuerza hacia la suya, presionando su boca sobre la mía en un beso hambriento y ferviente.

Más allá del sentido común, abrí la boca para recibir su lengua. Me acarició el trasero, apretándose contra él con avidez, con los dedos tan dolorosamente cerca del lugar caliente y anhelante que me dolía. Sentí su deseo duro contra mi estómago y, en el calor de mi lujuria, mordisqueé sus labios entre mis dientes. Hizo un ruido en el fondo de su garganta, como el gruñido de una bestia en el desierto.

The Cruel

Bea Northwick Dark

—Pones constantemente a prueba mi moderación —retumbó, como si eso fuera a servir de algo, a ponerme de nuevo en el camino en el que saldría de esto sin nada perdido.

—Lo siento, profesor, pero no parece que tenga alguna —respondí, sin aliento.

—Criatura insolente —se rio—. ¿De dónde sacas tu descaro?

No tuve que pensar en la respuesta. Me arrastró de nuevo hacia la ventana, esta vez hasta la cómoda cercana, y me levantó sobre ella, esparciendo los frascos de perfume por el suelo. Estaba entre mis piernas, empujándome el camisón alrededor de las caderas, de modo que las últimas barreras que había que superar eran solo la seda de sus pantalones y mi ropa interior de algodón. El frío de la habitación había sido penetrante, pero ahora su intensidad resultaba erótica y alimentaba mi apetito por el calor del cuerpo de aquel hombre. Su boca volvió a la mía, exigente, su mano en mi pelo, tirando de mi cabeza hacia atrás para exponer mi cuello, sobre el que dejó caer besos. Llegó hasta el tirante suelto de mi hombro y tiró de él hacia abajo, las puntas de sus dedos recorriendo mi piel y dejando la piel de gallina a su paso. Deslizó la parte delantera de mi escote sobre la cresta de mi pecho, exponiéndolo al frío, y mis pezones se endurecieron. La mano que aún tenía en el pelo se retorció y me obligó a arquear la espalda, acercando el pecho para que pudiera arrastrar la lengua por un pezón rígido mientras su mano libre acariciaba y pellizcaba el otro. Un golpe de dolor inducido por la lujuria se me clavó en la entrepierna y jadeé. Nunca antes me habían pellizcado, mordido o tocado tan bruscamente, y fue gratificante.

—Disfrutaste, ¿verdad? —Su voz era áspera por el deseo—. Puede que encuentres esto agradable también.

Sus manos abandonaron sus posiciones anteriores, metiéndose bajo mis rodillas y levantándome las piernas. Mi trasero se deslizó hacia delante y me vi obligada a sujetarme con las manos para mantenerme erguida. Presionó mis piernas hacia fuera para exponerme a sus intenciones, bajó la cabeza y sus labios rozaron el algodón húmedo entre mis muslos separados con un susurro. Luego, la cálida presión de su lengua contra el tejido, burlándose de la pequeña oleada de nervios y enviando una onda

The Cruel



Bea Northwick Dark

expansiva a mi interior. Abrumada, incliné la cabeza y dejé de respirar para prepararme para la siguiente sensación de su boca.

La vi entonces.

La misma criatura que hacía unos instantes se había arrojado a la noche por la ventana. Estaba agazapada a la luz de la chimenea, en las sombras entre mi cama y el sofá. Aunque su rostro estaba oculto por las sombras, sabía que nos observaba.

— Callum — ahogué, recién asustada, apenas capaz de hablar.

Al oír mi voz, se levantó y me impidió ver la aparición durante un segundo, lo suficiente para que desapareciera. El conflicto en su rostro era tan evidente como lo había sido el deseo. Había malinterpretado mi sorpresa como reticencia, y yo no tenía nada que mostrarle. Ninguna prueba. Había alucinado lo mismo que había leído en el diario prohibido.

El diario. Lo había tirado. Yacía abierto en algún lugar del suelo, gritando mi culpa.

— Soy un tonto — murmuró, acomodando suavemente del tirante de mi camión, dando un paso atrás y pasándose una mano por la cara en un intento agresivo de despejar la mente —. Me estoy aprovechando de ti. Has tenido un susto, no piensas con claridad. Yo tampoco, y para que te arrepientas...

Estaba desesperada por que volviera a tocarme, enfadada conmigo misma por dejar que algo tan claramente irreal dañara el momento.

— ¿No crees que soy capaz de conocer mi propio deseo?

La palabra deseo le estremeció y cerró los ojos.

Me moví para eliminar la horrible distancia que había creado, pero por el pasillo se oían pasos y voces agudas. Me bajé de la cómoda y me arreglé la ropa de dormir unos instantes antes de que la señora Dillard entrara corriendo con Felicity detrás, con los ojos muy abiertos. Felicity y la señora Dillard estaban envueltas en cálidas batas de invierno, y el pelo de la señora Dillard, normalmente bien peinado, colgaba suelto sobre su hombro. Así parecía más suave, la preocupación en sus ojos la humanizaba.

— ¿Quién está herido? Felicity dijo que había lamentos. Me despertó de un sueño muerto.



The Cruel



Bea Northwick *Dark*

Se detuvo, asimilándonos, y por un momento pareció que había sacado sus propias conclusiones sobre los sonidos que Felicity había afirmado oír. Callum explicó la calamidad apenas evitada, luego se excusó bruscamente y me dejó con la señora Dillard, que armó un gran alboroto, ordenó a Felicity que trajera té y una copita de *whisky* y me metió de nuevo en la cama. Por fin, se acercó a la ventana y la cerró herméticamente contra la noche.

—No necesitamos más tragedias en esta casa —dijo, cerrándola con un chasquido.



The Cruel

Bea Northwick
Dark

CAPÍTULO 14

No pude conciliar el sueño hasta que el alba se coló por la ventana cerrada, pero cuando por fin llegó, fue sin sueños. Cuando me desperté, era primera hora de la tarde y mi interior empezó a agitarse de inmediato por la preocupación de lo que había ocurrido la noche anterior: mi sonambulismo, mi sensual encuentro con el profesor y el inquietante hecho de que estaba segura de haber visto algo, a alguien, en la habitación, incluso cuando había estado completamente despierta.

A la una menos diez, la señora Dillard abrió mi puerta sin llamar e irrumpió con una bandeja, exclamando que me había perdido el desayuno y la comida y que no permitiría que nadie se convirtiera en un esqueleto bajo su vigilancia. Me sentí incómoda con la atención extra, pero la mujer no me escuchó cuando insistí en que estaba bien.

Se paseaba por la habitación, abriendo más las cortinas y atizando el fuego, con un semblante tan pétreo e inescrutable como siempre. Me levanté de la cama e inmediatamente la señora Dillard me acercó una bata.

—Estuve despierta toda la noche preocupada de que te hubieras contagiado la enfermedad de Felicity. ¿Cómo está tu estómago? Dices que no tienes hambre, lo que tomo como una mala señal. Siéntate, come.

No había esperado a que le contara el estado de mis entrañas, que estaban algo huecas pero bien. La cabeza, sin embargo, me latía con fuerza. Supuse que se debía a pensamientos ingobernables, no a una enfermedad. Hice lo que me dijo y me comí los copos de avena que me había proporcionado, sin una pizca de azúcar ni canela. Luego me exigió que bebiera un vaso de zumo de naranja y una taza de café fuerte, sin nata.

Mientras comía, empezó a ordenar las cosas y, para mi horror, recogió el diario que yo había tirado justo donde había caído, con las páginas abiertas. Ni siquiera lo miró más que para tomarlo con la mano, cerrarlo y colocarlo sobre la cómoda donde Callum casi me había mancillado.

Me sonrojé, inquieta.

The Cruel

— El profesor está en el pueblo toda la tarde haciendo los preparativos de última hora para esta noche, así que no te molestes en ir a ninguna parte. Quédate en la cama.

No podía soportar la idea de sentarme en esta habitación. La cena no era hasta dentro de siete horas.

— ¿Seguro que el profesor Hughes no me ha dejado trabajo mientras estaba fuera?

— ¿Y yo qué sé de eso? — espetó, de repente malhumorada por razones que yo no podía comprender. Pareció darse cuenta de que había sido demasiado brusca y se calmó.

— Necesitas descansar.

Su preocupación me conmovió, o lo que supuse que era preocupación. Era difícil saberlo con la Sra. Dillard.

— En cualquier caso, sería una pena que te perdieras la cena.

La acritud había vuelto a su tono, y de nuevo me sentí confundida. La falta de sueño y el malestar general me pusieron de mal humor, me giré en la silla y me enfrenté directamente a ella.

— Señora Dillard, ¿he hecho algo para molestarla? ¿O es mi mera presencia lo que hace que se enfade conmigo?

La mujer se detuvo en seco y no me miró a mí, sino a un punto distante en la pared del otro lado de la habitación. Su atención a esta zona me inquietó lo suficiente como para seguir su mirada hasta la puerta del baño, firmemente cerrada, aunque recordaba que estaba parcialmente abierta cuando me desperté aquella mañana.

— No debería estar en esta casa, señorita Foxboro — dijo tras un largo silencio, sobresaltándose—. Es una tumba solo apta para fantasmas y malos recuerdos. Las chicas como usted no pertenecen a Willowfield y nunca lo han hecho.

Me quedé sin palabras.

Se acercó a la mesa, retiró la bandeja, dijo que enviaría el vestido y se marchó. Cuando se marchó, corrí hacia la cómoda, tomé el diario y lo volví a meter en el cajón, cerrándolo de un violento portazo, llena de insulto y consternación e incapaz de expresar ninguna de las dos cosas a nadie.

Me quedé en mi habitación, durmiendo otras dos horas antes de darme un baño y, por fin, disfrutar de los bonitos artículos perfumados que me

Bea Northwick Dark

habían preparado cuando llegué. Quería distraerme del desastre en que se habían convertido las cosas, pero también había en mí una grave necesidad de impresionar a la gente que iba a venir, de demostrar que era lo bastante buena para estar aquí en Willowfield, aunque la señora Dillard no pensara lo mismo. ¿De verdad la muerte de la señora Hughes había sido tan terrible que había mancillado todos los recuerdos que se habían creado aquí? Tal vez no había habido buenos recuerdos en absoluto, y cada brillante historia contada era solo desde la perspectiva de aquellos que nunca habían vivido entre estas paredes.

Mientras estaba sentada en la bañera, frotándome el pelo con la crema de rosas, mis pensamientos vagaban hacia los ancianos Hughes. Los padres de Callum. Él solo hablaba de su madre, apenas, y no había fotos colgadas en ningún sitio de sus parecidos. Ahora que lo pensaba, no había fotos de personas reales en ninguna parte. Ni retratos familiares, ni antepasados. Ni un solo cuadro con ojos humanos. Nunca me había dado cuenta, nunca me había aventurado a mirar. ¿Dónde estaban todos?

Escalofriada por la peculiaridad de la comprensión, me hundí en el agua de la bañera, sumergida hasta las orejas, echando un vistazo al techo donde la filigrana de yeso se entrelazaba, flores de pan de oro opacas a la luz acuosa. Se avecinaba una tormenta con mal genio, y yo oía el lejano retumbar de los truenos incluso bajo el agua; estaba más oscuro de lo que debería a esas horas.

Cuando me incorporé, un ruido apresurado llenó la habitación, resonando en las baldosas como una ola contra una costa enfurecida. La lluvia. Torrencial e implacable. Hubo otro ruido, un susurro al otro lado de la puerta, que había dejado ligeramente abierta para que saliera el vapor del baño. Se hizo más fuerte a medida que escuchaba: alguien que se movía, cajones que se abrían y cerraban, el tintineo de botellas sobre la cómoda.

—¿Hola? —llamé.

No hubo respuesta, pero los ruidos cesaron.

—¿Quién está ahí? —pregunté, con la piel de gallina.

—Soy yo, señorita —llegó la suave voz de Felicity—. He traído su vestido. No quería molestarla. ¿Lo dejo sobre la cama?

—Oh, por favor, espera. Voy a salir. ¡Y llámame Millie!

The Cruel

Bea Northwick
Dark

Salí del agua y me envolví en una bata.

Cuando salí del cuarto de baño, Felicity estaba colocando mi camisón, sacado del cajón de la cómoda, sobre la cama junto a una caja, dorada brillante con una ramita de aliento de bebé metida bajo un diáfano lazo negro.

—Llegó hace unos momentos —dijo, cautelosamente emocionada, como una colegiala que espera que su amiga comparta el contenido de una carta de amor. Si la Sra. Dillard había elegido odiarme, Felicity había elegido lo contrario y, a pesar de su naturaleza tímida, creía que de alguna manera nos habíamos hecho amigas. Me entregué al momento y me apresuré a abrir la caja con Felicity rebotando sobre las puntas de los pies.

En el paquete, envuelto en papel de seda color crema, había un vestido de noche de seda, del encantador tono del cuarzo rosa. Lo tomé por los hombros y tiré de él, llena de vaga incredulidad ante la belleza que tenía en mis manos. El vestido era de estilo moderno, sin mangas y brillante, con cintura baja, y la falda, que no llegaba más allá de la rodilla, estaba formada por hileras de festones dorados con pedrería. Pesaba y brillaba a la luz. La caja también contenía un par de zapatillas de satén de tacón bajo del mismo tono sonrosado.

—Oh, Millie, estarás encantadora —respiró Felicity.

Yo no compartía su positividad. Era una impostora. Me sentí como si simplemente lo hubiera interceptado en su camino hacia la verdadera dueña: una mujer elegante que sabía mantener conversaciones y mantener la calma. Una mujer sin agujeros en la memoria, que no veía cosas que no existían.

Dejé caer el vestido de nuevo en la caja, insegura, solo para que Felicity recogiera todo el paquete, con zapatos y todo, y me metiera detrás del cambiador.

Sin ninguna excusa, saqué el vestido de la caja para colgarlo en el pequeño gancho. Cuando me agaché para recoger los zapatos, descubrí que había más cosas, dobladas cuidadosamente bajo otra capa de tejido: un sujetador bandeau de seda con un delicado panel frontal de encaje y una braguita a juego, lo bastante corta para ser invisible bajo el dobladillo del vestido. También había un par de ligeros de encaje, ribeteados en oro, y un juego de medias de seda.

The Cruel

Bea Northwick Dark

No me permití considerar que el profesor los había proporcionado. La Sra. Dillard se había encargado de adquirir el vestido, y era sensato incluir también estos elementos. Eran complementos lógicos del atuendo. La atención al detalle y el sentido del deber de la mujer no le habrían permitido encargar artículos impropios de la familia Hughes, aunque no le gustara especialmente la persona para la que los encargaba.

Me vestí con las lujosas prendas, con cuidado de no rasgar las medias, y me las pasé por las rodillas para abrochármelas con el ligero. La ropa interior era digna de admiración, pero el vestido era un espectáculo en sí mismo, y me miré en el espejo blanco del suelo. Rastree las cuentas del escote y luego me toqué las puntas del pelo sin peinar. Incluso vestida con cosas tan hermosas, no me veía como una mujer de la era moderna. Por encima de mis hombros era como cualquier matrona de cualquier escuela femenina del país. Busqué en mi propio rostro, en busca de una mujer valiente y vivaz que deseara que existiera. Me fijé en el alto puente de mi nariz y en la redondeada inclinación de mis mejillas. Estos rasgos me recordaban a mi madre, que había sido hermosa y cruel. Mi atuendo actual le habría provocado un berrinche. Suspiré ante mi reflejo y luego tuve un impulso diabólico.

Salí sintiéndome a la vez una reina y un fraude. Aunque Felicity no era del tipo exuberante, el asombro en sus ojos fue suficiente para hacerme sonrojar. Elogió los abalorios y el favorecedor corte del vestido, y la adoré por ello.

—¿Me cortarás el pelo? —pregunté, imaginando a mi madre revolcándose en su tumba.

—¿Cortarlo?

—Sí, corto, como lo llevan en la ciudad. —Se me pasó por la cabeza que Felicity llevaba quién sabe cuánto tiempo secuestrada aquí, en medio de la nada—. ¿Sabes de lo que estoy hablando?

—¿Como en el catálogo de *Sears*? —preguntó, tomando un mechón de mi pelo y examinándolo.

—Sí, exactamente —dije, sorprendida de que la Sra. Dillard permitiera una revista de *Sears* en casa.

Se quedó pensativa un momento y una sonrisa se dibujó en su bonita boca. Desapareció durante unos minutos y volvió con unas tijeras.

The Cruel

Bea Northwick Dark

Inmediatamente me llevó al baño y me puso una toalla sobre los hombros. Me advirtió repetidamente de que nunca había cortado el pelo y me preguntó si estaba segura antes de empezar. El proceso estuvo lleno de pequeños jadeos y carcajadas, y contuve la respiración mientras mi pelo caía al azulejo en montones serpenteantes y enroscados.

Cuando Felicity terminó, encontré a alguien nuevo mirándome a través del espejo del tocador. Una mujer a la que no le asustaban las casas viejas, a la que los hombres no molestaban sino que era ella la que molestaba, a la que no le importaba lo que las amas de llaves pensarán de ella y que dormía bien por la noche segura de que su valor era superior al de cualquiera. El borde de la melena recta de colgaba un poco por debajo de mis pómulos. Las puntas aún querían rizarse, y Felicity las domó con un peine y un ungüento de olor exótico en un bote de crema. Mientras trabajaba para alisar las puntas rebeldes, me aventuré a preguntarle algo.

—¿Conoces a alguna de las personas que han sido invitadas esta noche? —pregunté.

—Sí, todos ellos —respondió—. Todos venían con frecuencia hasta que el profesor Hughes cerró la casa y dejó de recibir a los visitantes.

—¿Puedes decirme algo? Estoy muy nerviosa.

Pasamos a la lista, una lista corta de solo seis personas.

—Bueno, sé que el señor y la señora Terrance poseen acciones de la perfumería, y el señor Terrance es miembro del consejo. Pasa mucho tiempo en las fábricas. La señora Terrance ayuda a diseñar algunas de las etiquetas. Ambos son muy amables. El señor Terrance tiende a ser brusco.

Esto no parecía demasiado aterrador.

—Ya conoces al doctor Hannigan. Siempre viene a éstas. Su sobrina también vendrá esta noche, y es muy simpática.

—Y Horace —terminé—. Jack Horace y su esposa.

Felicity tanteó el peine y éste se enganchó, tirando. Nos miramos al espejo.

—¿Qué pasa?

—Estoy sorprendida, eso es todo. El señor Horace es un hombre maravilloso. El profesor Hughes y el señor Terrance son viejos amigos de la escuela. Enseña literatura en un instituto de chicos en algún lugar al este de aquí. Siempre tiene las mejores historias. Su mujer... —Hizo una

The Cruel

Bea Northwick Dark

pausa—. Es rara, y el profesor Hughes no se lleva bien con ella. Causó problemas en la casa hace algunos años.

Una sensación ominosa se desplegó bajo mi esternón.

—¿Qué tipo de problemas?

—Mintió sobre algo importante, y eso devastó a la señora Hughes. Lo siento, señorita, es todo lo que puedo decir. No es mi lugar.

La mirada asustada que había visto a menudo volvió a sus ojos y se encogió sobre sí misma.

—No pasa nada. Gracias por avisarme. Además, te lo ruego, no me llames señorita. Solo Millie.

Una sonrisa tentativa borró la aprensión de su rostro.

—Bueno, ¿qué te parece tu nuevo estilo, Millie? —preguntó.

—Creo que estoy preparada para afrontar lo que me depare esta fiesta —respondí.

No era cierto.

Antes de que se fuera, aunque sabía que podría molestarla, le hice una última pregunta.

—Felicity, si no te importa, ¿cómo se llama la esposa del señor Horace? No lo dice en la lista.

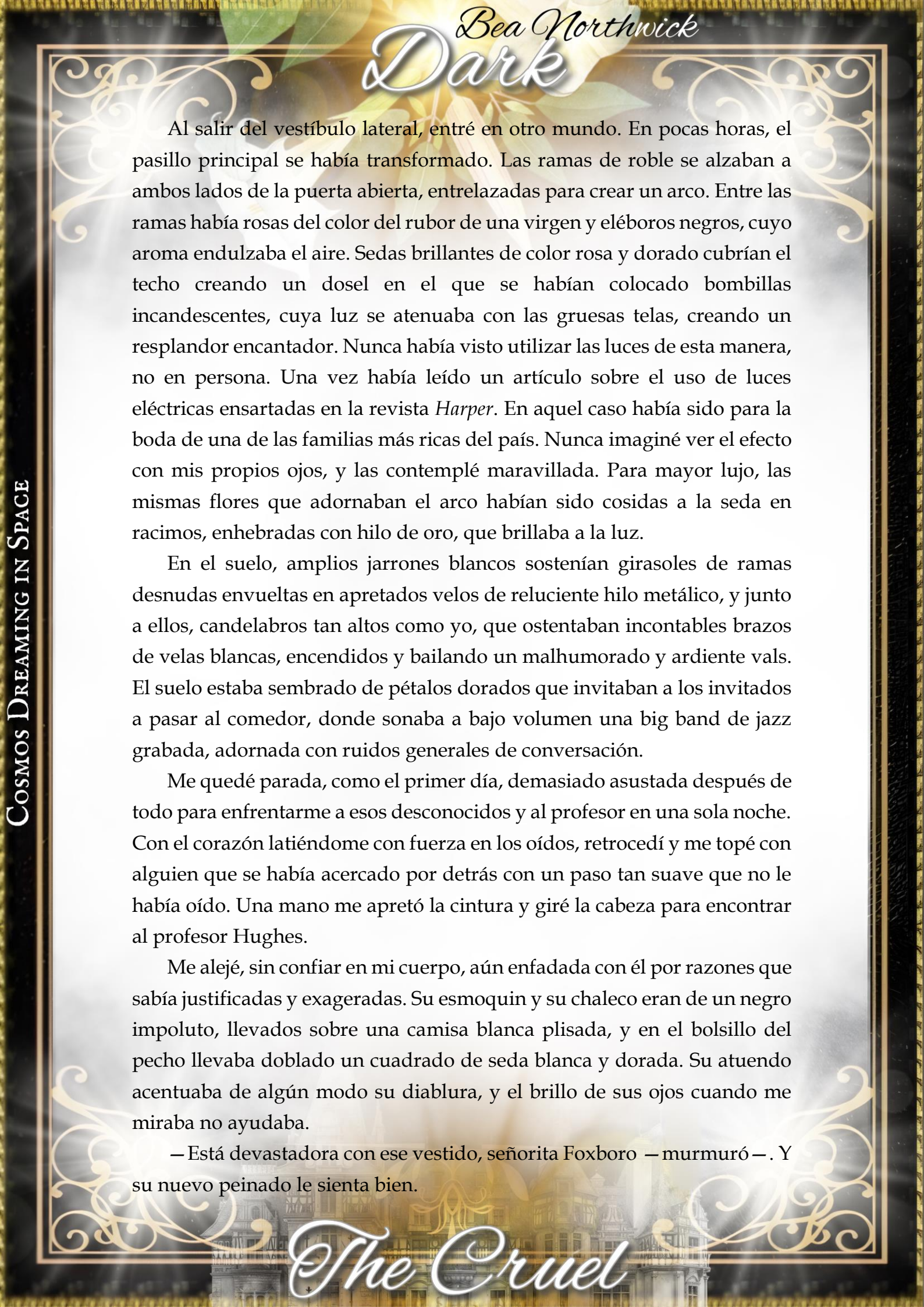
Me miraba fijamente, con ojos de hada grandes y preocupados, como si la mujer fuera a aparecer si pronunciaba su nombre.

—Margaret —dijo—. Su nombre es Margaret.



Los invitados empezaron a llegar a las ocho menos cuarto, las risas y las voces desconocidas causaron alboroto en el vestíbulo. Aunque estaba ansiosa, también ansiaba la oportunidad de divertirme. Por supuesto, también podía meter la pata estrepitosamente. Seguí repitiéndome una y otra vez que no tenía nada que perder. Si el profesor Hughes no me había despedido ya por un sinfín de razones, no iba a hacerlo, y yo conocía mis modales lo suficiente como para no ponerme en ridículo delante de gente acostumbrada a la alta sociedad. Como no quería ser la última en llegar, salí de mi habitación con el pecho apretado y la cabeza zumbando.

The Cruel



Bea Northwick Dark

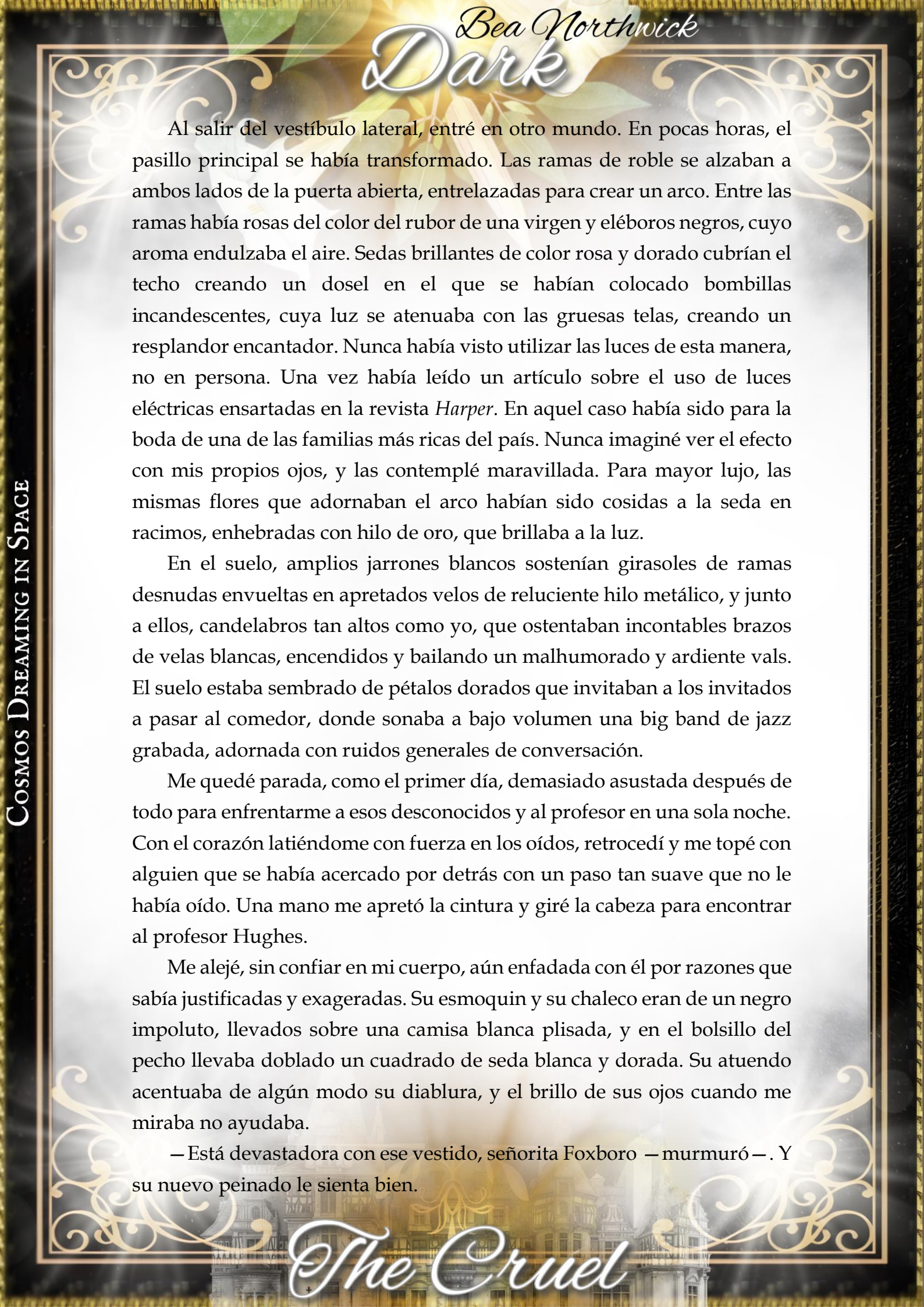
Al salir del vestíbulo lateral, entré en otro mundo. En pocas horas, el pasillo principal se había transformado. Las ramas de roble se alzaban a ambos lados de la puerta abierta, entrelazadas para crear un arco. Entre las ramas había rosas del color del rubor de una virgen y eléboros negros, cuyo aroma endulzaba el aire. Sedas brillantes de color rosa y dorado cubrían el techo creando un dosel en el que se habían colocado bombillas incandescentes, cuya luz se atenuaba con las gruesas telas, creando un resplandor encantador. Nunca había visto utilizar las luces de esta manera, no en persona. Una vez había leído un artículo sobre el uso de luces eléctricas ensartadas en la revista *Harper*. En aquel caso había sido para la boda de una de las familias más ricas del país. Nunca imaginé ver el efecto con mis propios ojos, y las contemplé maravillada. Para mayor lujo, las mismas flores que adornaban el arco habían sido cosidas a la seda en racimos, enhebradas con hilo de oro, que brillaba a la luz.

En el suelo, amplios jarrones blancos sostenían girasoles de ramas desnudas envueltas en apretados velos de reluciente hilo metálico, y junto a ellos, candelabros tan altos como yo, que ostentaban incontables brazos de velas blancas, encendidos y bailando un malhumorado y ardiente vals. El suelo estaba sembrado de pétalos dorados que invitaban a los invitados a pasar al comedor, donde sonaba a bajo volumen una big band de jazz grabada, adornada con ruidos generales de conversación.

Me quedé parada, como el primer día, demasiado asustada después de todo para enfrentarme a esos desconocidos y al profesor en una sola noche. Con el corazón latiéndome con fuerza en los oídos, retrocedí y me topé con alguien que se había acercado por detrás con un paso tan suave que no le había oído. Una mano me apretó la cintura y giré la cabeza para encontrar al profesor Hughes.

Me alejé, sin confiar en mi cuerpo, aún enfadada con él por razones que sabía justificadas y exageradas. Su esmoquin y su chaleco eran de un negro impoluto, llevados sobre una camisa blanca plisada, y en el bolsillo del pecho llevaba doblado un cuadrado de seda blanca y dorada. Su atuendo acentuaba de algún modo su diablura, y el brillo de sus ojos cuando me miraba no ayudaba.

— Está devastadora con ese vestido, señorita Foxboro — murmuró —. Y su nuevo peinado le sienta bien.



The Cruel

Bea Northwick Dark

—Gracias —respondí rígida, demasiado testaruda para dejar entrever que estaba contenta. Quería crear distancia y dejar claro lo molesta que estaba, pero no estaba segura de cómo escapar, ya que no quería entrar antes en el comedor.

—Veo que ha conseguido pasar el resto de la noche de una pieza. — Había un amago de sonrisa, y me molestó.

—Bueno, no me encontré tirada con el cuello roto al otro lado de mi ventana ni deambulando hasta su dormitorio en la oscuridad. —Intenté sonar ligera, como si esas dos cosas fueran sucesos tan tontos e improbables como para ser bromas.

—La primera imagen es espantosa —respondió, tomándose un momento para observar de nuevo mi pelo, recorriendo con la mirada las puntas recién rapadas, hasta mi boca, pintada con un toque de rojo por insistencia de Felicity. Los colores atrevidos me daban confianza. La Millie que yo era no diría nada y dejaría que las insinuaciones flotaran en el aire, ya que la ventaja seguía perteneciendo firmemente al profesor. Pero la Millie que quería ser esta noche no seguiría las reglas.

—¿Y la segunda? —pregunté con insistencia.

Cuando levantó sus ojos hacia los míos, no aparté la mirada. Era un desafío, y ambos lo sabíamos. Otra leve elevación de las comisuras de sus labios, divertido, complacido, ambas cosas. No sabía si le estaba tomando el pelo o le estaba ganando en su propio juego.

—Mis modales me prohíben responder —dijo.

—¿Tiene modales? Una verdadera sorpresa.

Ansiosa por tener la última palabra y poco acostumbrada a pelear de esta manera, me acerqué al comedor, sin importarme ya si era la primera en entrar.

Sin embargo, ahí estaba de nuevo, la mano en mi cintura, los dedos clavándose suavemente en mis costillas inferiores para detenerme en seco. Se inclinó hacia mí, el calor de su pecho contra mi espalda, su voz como una advertencia en mi oído.

—No intentes empezar una guerra conmigo. No ganarás.

A pesar del calor de mis mejillas, que con más luz me habría delatado en un santiamén, volví la cara hacia la suya, levantando la barbilla como si

The Cruel

Bea Northwick
Dark

le ofreciera la boca. Solo había un susurro entre nosotros, y sus ojos entrecerrados sugerían que estaba esperando a que lo cerrara.

—Creo que descubrirás que me has subestimado —dije, separándome y entrando en el comedor con una sonrisa amable y la barriga llena de mariposas.

La risita gutural que se oyó detrás de mí no me inspiró confianza.

Bea Northwick
Dark

CAPÍTULO 15

El comedor no era menos extravagante que el vestíbulo, con velas vivas en cada rincón, cuya luz centelleaba en los cristales que colgaban del techo en largos hilos metálicos como gotas de lluvia. El eléboro había sido sustituido en los arreglos de mesa por iris blancos y complementaba las rosas inglesas ruborizadas que yacían esparcidas entre la vajilla fina y las copas de cristal. Un fonógrafo reproducía la música, vertiéndola desde la trompa de latón que se abría como el pétalo de una flor de trompeta. Todavía no se había sentado nadie, todos los invitados se arremolinaban cerca de las mesas auxiliares con viejas botellas de champán y una gran variedad de aperitivos: canapés, ostras Rockefeller, queso, fruta, aceitunas rellenas y huevos rellenos. A pesar de los nervios, se me hizo la boca agua.

—Te has vuelto a superar, Callum. La decoración es extraordinaria. Solo lamento que la señora Dillard no haya sido la encargada de la comida esta vez. Estoy seguro de que seguirá siendo deliciosa, pero ella es un verdadero milagro en la cocina. —Una mujer de unos cuarenta años, cuya belleza se veía realzada por las finas líneas que rodeaban sus ojos, fue la primera en hablar a nuestra llegada. Estaba vestida de oro, con un vestido de satén que caía al suelo en un esplendor líquido y un escote de pico que se hundía modestamente por delante. La piel morena de sus hombros al descubierto brillaba con un polvo reflectante que había sido espolvoreado allí, y cuando se volvió para dejar su copa vacía sobre la mesa, se hizo visible la esplendorosa línea de su espalda, el vestido cayendo en picado hasta sus caderas, donde un gran lazo, forrado con cristales bordados en, centelleaba a la luz de las velas. Llevaba el pelo peinado con delicadas ondas, y los mismos cristales del lazo brillaban en cada una de las vueltas.

Un hombre gigantesco de tez leonada, barba cuidada y calva se acercó atronadoramente a mí, me tomó las manos y me las apretó con tan sincera buena voluntad y bienvenida que se me aliviaron los nudos del estómago. Iba vestido con un esmoquin negro similar al de Callum, pero su chaleco y su pañuelo de bolsillo reflejaban el dorado del vestido de la mujer.

The Cruel

Bea Northwick Dark

—Burt Terrance —atronó a modo de presentación—. Encantado de conocerla, señorita Foxboro. Me moría por ver qué tipo de mujer podría soportar trabajar con Callum más de una semana sin prenderle fuego.

Su mujer estaba junto a él, guiándole con suavidad, y cuando me soltó las manos, ella me ofreció las suyas.

—Burt olvida que no es del tamaño de un oso de peluche, pero tiene el corazón de uno, no te preocupes. Lottie Terrance, encantada de conocerte.

—Su apretón de manos fue firme, su sonrisa abierta y honesta. Encontré a los Terrance notablemente entrañables—. Qué vestido tan exquisito. El rosa es tu color.

—Realmente lo es. —Otra de las mujeres presentes se acercó, con el pelo cobrizo y brillante. Se lo había rizado con fuerza en la nuca, sujeto por una cinta de lentejuelas negras y un espray de plumas a juego que se abanicaban como la cola de un pavo real. Su vestido de ónice, sencillo hasta la cintura, se convertía en una maraña de pliegues de gasa y se sujetaba a la cadera con un broche de nácar, cuyo nácar rosa iridiscente atraía todas las miradas. Ni más ni menos que un año menor que yo, me resultaba tan dolorosamente familiar que mi mente daba vueltas en la memoria para encontrar su rostro.

—Soy Florence Hannigan —me dijo, ofreciéndome su mano enguantada de satén y besándome la mejilla. Olía a polvos y naranjas. Aunque parecía una persona alegre, cuando se separó de mí tenía los labios apretados y una sonrisa tensa.

—¡Oh! —Eso explicaba la sensación de familiaridad—. ¿Es usted...?

—¡Sobrina mía! —El doctor apareció con un plato de aceitunas y huevos, y le sonreí con todo el sol que había en mí—. De visita desde Chicago.

—Hace un tiempo horrible —forzó Florence, intentando mostrarse desenfadada. No parecía que estuviera muy emocionada de estar aquí—. No tan malo como aquí. No sé cómo lo soporta Callum, ni nadie. Estás hecha de una pasta fuerte.

—¡Tu pelo! —exclamó el Dr. Hannigan—. Qué perfecto, te queda perfecto. Es una buena señal cuando una mujer está abierta al cambio.

Miró al profesor Hughes, que estaba ocupado con una copa de vino, con expresión perpleja.

The Cruel

Bea Northwick Dark

—He oído que las mujeres se cambian el pelo cuando están enfadadas con un amante. —La voz ahumada se asentó sobre la pequeña multitud y las sonrisas vacilaron. Una mujer alta y esbelta entró en el comedor del brazo de ningún acompañante, vestida con un vestido plateado que abrazaba su figura enjuta como una segunda piel, fichas en forma de moneda cosidas en hileras de arriba abajo para formar un flequillo. Llevaba el pelo engominado, aunque más largo que el mío, y un sombrero flapper con abalorios plateados que enmarcaban su rostro en forma de corazón. El color del vestido no favorecía su piel bronceada y desentonaba con los rosas y dorados que nos rodeaban. No necesitaba ninguna presentación, porque de las personas invitadas, solo había una pareja a la que no conocía.

—Margaret —saludó el profesor Hughes con cierta impaciencia, tomando un sorbo de vino para disimular—. ¿Dónde has dejado a Jack?

—El pobre está en un estado espantoso —dijo dramáticamente, quitándose los guantes y arrojándolos al respaldo de una de las sillas del comedor—. Un resfriado, seguro, pero ya sabes cómo son los hombres. Hice que se quedara en casa y vine a presentar mis respetos a Willowfield.

Examinó mi atuendo con un escrutinio explícito.

—Pareces una muñeca, debes ser la chica nueva.

Su tono me molestó.

—Esta es la señorita Millicent Foxboro —dijo el profesor, ofreciéndole una copa de vino, distrayendo sus ojos de mí—. La mujer que ha tomado el puesto como mi asistente.

—Ah, sí —interrumpió el señor Terrance, sin ofrecer a Margaret la oportunidad de hablar—. ¿Cómo va tu investigación sobre todas esas tonterías del otro mundo?

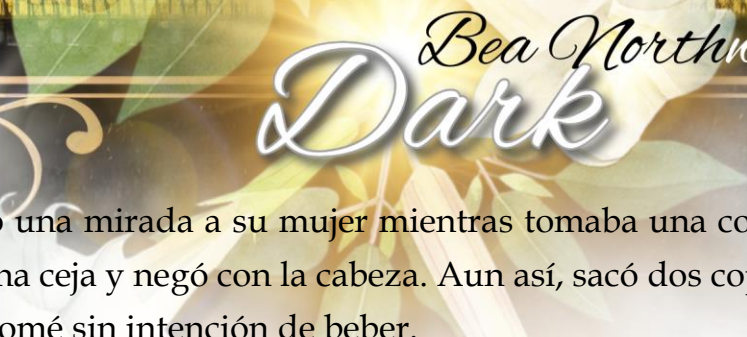
—Todo siguen siendo tonterías —respondió con humor el profesor Hughes—, pero interesantes al fin y al cabo.

—Así que es una erudita, señoritas Foxboro. ¿Lee irlandés antiguo? —preguntó Florence, tomando dos aceitunas del plato de su tío.

—Rudimentariamente —le ofrecí—. También latín y griego, y algo de inglés antiguo. Nada de lo que presumir. Eran estudios obligatorios en el instituto. Sobre todo lo usé para ampliar mi material de lectura.

—Apuesto a que muchos cuentos de hadas. Pareces de las que disfrutaban con los cuentos de hadas —dijo jovialmente el Sr. Terrance,

The Cruel



Bea Northwick Dark

lanzando una mirada a su mujer mientras tomaba una copa de vino. Ella enarcó una ceja y negó con la cabeza. Aun así, sacó dos copas y me ofreció una. Lo tomé sin intención de beber.

—Oh, sí que me gustan. Me gustan las historias con un elemento de emoción, incluso un poco de terror. Los cuentos de hadas suelen tener mucho de ambas cosas. Es fácil disfrutar de cosas así cuando puedes cerrar la tapa en cualquier momento y estar a salvo.

—No siempre —canturreó Margaret.

Los ojos del profesor eran puñales. Ignoré su comentario, comprendiendo que los problemas que había causado a la señora Hughes con la desventurada sesión de espiritismo no habían sido perdonados.

—Es fascinante leer algunas de las historias en su estado original y compararlas con otras similares de distintas regiones. Todos tienen su punto de vista único, pero ha sido una prueba descifrar el... sistema de archivo del profesor Hughes —dije, recuperando el paso.

Se hizo el silencio y me pregunté si había dicho algo malo, pero entonces la risa inundó la habitación, iluminando todos los rincones sombríos.

—Ella está tratando de ahorrarte la vergüenza, Callum. Un alma bondadosa, un alma bondadosa.

—Todos somos conscientes de que el hombre es un desastre. Imagina lo que es para nosotros en la fábrica.

—Deberías haber visto nuestro dormitorio en la universidad. Un completo peligro de incendio.

Los chascarrillos, de buen humor, salvaban el ambiente y fomentaban una atmósfera de amistad. Era evidente por qué el profesor y su esposa habían organizado tantas cenas.

—Sí —dijo Margaret. Había sacado un cigarrillo de su bolso y lo estaba encendiendo, tan contenta como un gato antes de cazar un ratón—. Si tu empleo termina solo cuando este hombre está en clases, es seguro decir que tienes un trabajo bastante permanente.

—Al paso que vamos, acabaremos en quince días —dije con despreocupación, desechando su comentario. No era cierto. Todavía quedaban al menos dos meses de trabajo con lo que quedaba del archivo y



The Cruel

las anotaciones, pero no había necesidad de hacer creer a nadie que tenía planes de quedarme tanto tiempo, especialmente al profesor.

— Ambicioso — dijo el profesor Hughes, mirándome con cierto recelo.

Un hombre vestido con uniforme de hostelero entró desde la cocina y anunció la cena, haciendo que todos tomaran asiento. Era extraño ver a otras personas en los espacios íntimos de Willowfield. El profesor se sentó en la cabecera de la mesa, y yo me senté con el señor Terrance a mi izquierda y Florence a mi derecha. El doctor se sentó frente a su sobrina, y supuse que la señora Terrance se sentaría frente a su marido, dejando a Margaret como mi compañera de mesa. Pero la señora Terrance ocupó la silla apresuradamente, dejando a la mujer vestida de plata sentada en el asiento restante, el más alejado de mí. Miré a mi alrededor, midiendo la reacción de todos ante la expulsión de Margaret por parte de la Sra. Terrance. Unas pocas sonrisas apretadas, una carcajada, luego el Dr. Hannigan estaba contando bulliciosamente una de sus viejas historias que hizo rugir a todos en instantes.

La comida fue de ensueño y la conversación animada. Margaret estaba sospechosamente callada, salvo para hacer algún comentario gracioso entre cigarrillo y cigarrillo. Sorbí vino de mi copa, solo para encontrarme con los ojos del profesor clavados en mí. Bebí otro trago malicioso, mucho más grande de lo que quería, y le guiñé un ojo. Su expresión cambió, volviéndose severa y reprobatoria. Lo había irritado, pero no me importaba. No había insubordinación que no considerara esta noche. Si deseaba poner fin a nuestro acuerdo por ello, entonces le recordaría amablemente su oferta de dejarme marchar, pediría mi sueldo y saldría corriendo como la mujer sensata que era.

A pesar de mi hazaña anterior, no volví a tocar el vino. Me pesaba demasiado en el estómago.

La conversación siguió fluyendo cuando ya había pasado la cena y se habían comido los postres. Hubo muchas preguntas, y las contesté todas con toda la sinceridad que consideré prudente. Eran bastante sencillas. Dónde había estudiado, dónde me había criado, más curiosidad por mi interés en el trabajo del profesor. La conversación avanzó con fluidez hacia la vida de cada uno de ellos. Todos tenían mucha historia entre sí y yo disfrutaba de su cómoda familiaridad.

Bea Northwick Dark

Ignoré deliberadamente al profesor Hughes a menos que fuera necesario para mantener la conversación y evitar cualquier sospecha sobre nuestro conflicto.

Al final, la mesa se inquietó y Florence sugirió jugar al Gato del Ministro, lo que llevó al profesor Hughes a recomendar que nos trasladáramos a la sala de estar. Esto despertó mi interés.

En el vestíbulo, una de las puertas cerradas se había abierto para dar paso a un salón de caballeros, todo cuero marrón y telas verde oscuro, aunque ni siquiera esta habitación había escapado al toque Willowfield y la gran repisa de caoba de la chimenea había sido tallada con el rostro de un hombre hecho de hojas y zarzas, flores metidas en su barba boscosa. También había un fonógrafo, que ya estaba sonando, con la dulce voz de un cantor. Los muebles se habían colocado de forma que propiciaran los juegos en grupo, alrededor de una mesa de centro baja, y en un aparador había café. Cuando entraron los demás, me excusé para volver al comedor con la excusa de que me había dejado algo. Necesitaba un momento para ordenar mis pensamientos. Era tarde y, aunque la compañía era encantadora, cada vez estaba más amargada. Esta vida no era la mía. Mientras que estas brillantes personas siempre serían un punto central en mi propia historia, yo no era más que una invitada en la suya.

Pedí un vaso de agua a uno de los camareros que limpiaban la mesa. Cuando lo tuve en la mano, me lo bebí de tres tragos.

—Así que, Millie —dijo Margaret, habiendo seguido mi huida y aparecido en el comedor, acercándose a mí y tomando un panecillo de chocolate que no había sido retirado. Le dio un mordisco y sonrió, amistosa como una serpiente—. ¿Qué se siente estar en Willowfield?

Supuse que me estaba preguntando qué se sentía al ser una chica como yo en Willowfield, y consideré la posibilidad de explotar mi educación en un barrio rico de Nueva York, pero no me atreví a hacerlo.

—¿Qué quieres decir?

—La casa. ¿No te da escalofríos?

Fruncí el ceño, no me gustaba el rumbo que estaba tomando aquel interrogatorio.

—¿Y qué tal Callum? —continuó, sin dejarme responder a su primera pregunta—. ¿Cómo se llevan?

The Cruel

Bea Northwick Dark

—¿El profesor? —Me negué a usar su nombre, esperando dejar claro que nuestra relación era profesional—. Bastante bien. Es inteligente, un poco subido de tono, pero me las apaño. Disfruto con el trabajo.

—Estoy segura.

Ya era suficiente. Dejé el vaso en la mesa con mano áspera, haciendo sonar los cubiertos restantes.

—¿Perdón? —dije.

—Escucha, paloma. —Dejó el panecillo y me ofreció los ojos tristes de una amiga preparada para dar una dura noticia—. Mantén la cordura. Callum tiene una manera con las mujeres como tú.

—¿Como yo? —Me acaloré.

—Claro. —Sonrió con indulgencia—. Del tipo que acepta extraños encargos de secretaría para reclusos en mansiones prácticamente vacías. En una palabra, loca.

—Suenas bien —respondí de manera uniforme, tan enfadada que las estrellas blancas empezaron a bailar en mi periferia. Cómo conseguí mantener la voz firme será un misterio que los futuros estudiosos tendrán que determinar—. Ahora déjame leerte. Te casaste con un rico, pero no es un matrimonio por amor, así que dedicas tu tiempo y el dinero de tu marido a disfrazarte de adivina y a ponerlo en ridículo en alguna perversa forma de represalia por la desoladora falta de pasión.

Estaba haciendo conjeturas malvadas, sin importarme si eran correctas, solo que eran insultantes, pero el nuevo tono carmesí de sus mejillas reveló que había dado en el blanco.

—Pequeña... —espetó—. No tienes ni idea de a lo que te enfrentas. Callum chupa damas como tú y luego escupe sus cáscaras. Ni siquiera sabes...

—Margaret, aquí estás —retumbó el profesor, entrando en el comedor con una sensación de cordialidad casual—. Tu marido mencionó que tenías tendencia a divagar, especialmente después de beber demasiado.

Se dio cuenta del doble sentido. Sus fosas nasales se encendieron.

—No quería que te perdieras. Si te diriges al salón, hay café, te ayudará a mantener la cordura. Hay una chica sirviéndolo.

The Cruel

Bea Northwick Dark

Con un resoplido y una bocanada de veneno que ahora tenía demasiado miedo de escupir, salió furiosa del comedor, volviéndose una sola vez para mirarme en el umbral antes de marcharse.

—Estaba preocupado por lo que Margaret tenía en mente, pero no debería haberlo estado. Te mantuviste firme. —El hecho de que el profesor Hughes se sorprendiera era un insulto en sí mismo. Todavía estaba hirviendo, y no había nadie más a quien castigar.

—Es una persona terrible.

—Lo es.

—Tú la invitaste.

—Invité a su marido. No debía estar en el pueblo. Parece muy disgustada. ¿Qué te dijo?

—Nada que no me hubiera imaginado.

—Cuéntalo.

—Quizá en otra ocasión —repliqué—. Se preguntarán dónde estamos, y no quiero darles motivos para que usen su imaginación.

Conseguí salir del comedor y me volví hacia la luz del salón, pero había dado menos de dos pasos cuando el profesor Hughes me agarró del brazo, su agarre firme pero no doloroso. Me enfadó que estuviera tan tranquilo cuando todo dentro de mi cabeza era puro caos.

—Siento de veras que Margaret te molestara —dijo—, pero todo lo que salía de su boca era o una exageración o una mentira descarada.

—¿Y debo creerte?

Esto, por fin, lo enfadó.

—Deberías.

—¿Por qué? —pregunté, clavando mis dedos en la pequeña abertura de su frustración—. Tu comportamiento desde el momento en que llegué ha sido sospechoso en el mejor de los casos, amenazándome en los pasillos en mitad de la noche, haciendo sugerencias.

—Millie, estás levantando la voz. —Su tono fue un presagio al que no hice caso.

—¡Que oigan! —grité, levantando la mano para indicar su dirección general, sellando mi destino.

Me tomó la mano con la suya, esta vez con mucha menos delicadeza, y me vi arrastrada bruscamente hacia la puerta más cercana, que abrió y

The Cruel

nos hizo entrar. Los preparativos de la fiesta no habían llegado a esta habitación, y estaba sin luz, salvo por la triste iluminación que llegaba de la noche tormentosa.

—Y aquí me has llevado a una habitación solitaria y oscura, cómo un patrón.

Mi voz se había vuelto instintivamente más baja, más tranquila para estar a la altura de la noche en la habitación. La oscuridad me hizo callar, y en ella no fui tan valiente. Su corpulencia bloqueaba la puerta, impidiéndome salir sin acercarme a él, y eso era imposible. Las sombras le hacían algo al profesor Hughes, algo impío. A la luz era atractivo, cautivador a su manera encantadora y pulida. Pero aquí, donde ni un rayo de sol ni la luz del fuego podían tocarlo, era un ser del inframundo, un cambiaformas traicionero y devastador por la oscuridad.

Cuando hablaba, lo hacía con un acento amenazador.

—Estás hablando de más.

—¿No debería? A lo mejor nadie ha tenido el valor de decirte directamente a la cara que tu comportamiento es detestable y poco caballeroso.

La última palabra fue débil, pero estaba tan nerviosa que no se me ocurrió nada más. El hecho de que su respuesta a mi declaración fuera una risa baja y gutural me enfureció aún más.

—Me horroriza que descubras que no soy un caballero —consiguió.

—Y me horroriza haber caído de alguna manera en tu trampa. —El valor para moverme por fin vino acompañado de una exasperación iracunda. Intenté rodearlo, buscando el pomo.

—Una trampa, dices.

—Me voy al salón a disfrutar de una compañía más agradable. Quédate aquí a oscuras como la bestia que eres —dije, consiguiendo abrir la puerta ligeramente.

Se movió con decisión, aprovechando mi nueva posición entre él y mi huida. Giró, presionando con las manos el pesado roble a ambos lados de mi cabeza, envolviéndome en una jaula de su cuerpo, inclinándose para volver a cerrar la puerta con un agudo chasquido. Me giré, dispuesta a objetar, pero cuando me enfrenté a él mis palabras retrocedieron. Me rodeó, como la bestia que le había acusado de ser.



Bea Northwick Dark

—¿Es eso realmente lo que piensas de mí? ¿Que soy un monstruo esperando la oportunidad de mancillar a cualquier doncella que entre sin querer en mi guarida?

—Un autorretrato acertado —respondí, y maldita sea, sonó sin aliento. Sin más munición, solté—: Aunque no recuerdes la noche que entré en tu habitación, seguro que recuerdas la de anoche, cuando entraste en la mía.

—Bueno —entonó, tan salazmente que mi corazón dio un vuelco—, ¿quiere saber lo que pienso de usted, señorita Millicent Foxboro?

—No —respondí. De verdad que no.

—Es justo... —Se acercó un centímetro más a mí, y yo no tenía adónde ir—. Eres terca y de mal genio. Eres obstinada, brusca y entrometida.

Todas válidas de alguna manera, todas hirientes de oír. Me preparé para defenderme, pero me agarró la barbilla, la levantó y me rozó el labio inferior con el pulgar.

—Pero eres inteligente, desarmantemente romántica. Todo en ti me fastidia y me seduce. Creo que te atormenta tu temperamento y tus secretos y todas las pasiones que te aterrorizan. Además, tu cara lo delata todo, y sé que mientes, Millie, cuando dices que crees cualquier palabra que Margaret haya dicho contra mí. En cuanto a mis sugerencias, eran todas promesas que pienso cumplir plenamente. Soy un caballero, Millie, pero no siempre, y desde luego no tengo intención de serlo ahora.

—Intentas intimidarme —le dije.

—¿Te sientes intimidada?

—No.

—Estás temblando.

—¿Te gusta? —Quería insultarlo, sugerirle de nuevo que era el monstruo cobarde que le había acusado de ser. Pero había demasiado anhelo en mi voz, y salió un susurro.

Su mano se dirigió a la manilla de la puerta, girando la cerradura.

—Sí —respondió, y luego reclamó mi boca con la suya.

Estaba preparada y lo recibí con el mismo fervor, rodeando sus anchos hombros con los brazos; nuestra diferencia de estatura me obligaba a ponerme de puntillas y su brazo me estabilizaba la cintura. Profundizó el beso a medida que nuestros cuerpos se encontraban, y separé los labios para dejarme llevar por su lengua, dispuesta a ser devorada. Ya estaba



The Cruel

duro como el granito, enloqueciéndome. Me desenredé lo suficiente y me apoyé en su brazo para abrirme paso entre nosotros y deslizar la mano por su cuerpo, que me pareció imponente.

Me dio un mordisco en la boca como respuesta.

—No sea demasiado traviesa, señorita Foxboro, o la tendré haciendo ruidos que todos notarán.

—Si mi boca está bien ocupada, eso no será un problema. —Nunca había dicho cosas tan escabrosas en toda mi vida, pero lo decía en serio con cada nervio de mi cuerpo. Sostuve su miembro oculto contra mi palma y me acerqué de nuevo.

Soltó un apretado suspiro de deseo.

—Todo este tiempo me has acusado de ser una bestia, mientras que tú eras un diablillo —dijo, con voz de terciopelo. Con un movimiento suave y enérgico, me dio una palmada en el trasero.

—Profesor —jadeé, la sorpresa y el placer aumentaron aún más mi apetito por él.

—Debería haberlo hecho la noche que irrumpiste en mi habitación. —Llevó la mano a la nalga que me escocía—. Y mucho más.

—Dijiste que no te acordabas...

—Mentí.

Tan rápido que me dejó inestable, me dio la vuelta, apretando su deseo contra mi espalda. Con un paso, nos recolocó frente a un espejo con marco de bronce que colgaba a la izquierda de la puerta. Había sido colocado para reflejar el majestuoso óleo de la pared opuesta, pero ahora se acomodaba al contorno de nuestras figuras. Una mano encontró el dobladillo de mi vestido, subiéndolo por encima del muslo para dejar al descubierto el ligero y, por último, la ropa interior de seda negra.

—He decidido no ponértelo fácil —murmuró en mi oído—. Vas a tener que callarte por tu cuenta si no quieres que todo el mundo sepa lo que estamos tramando.

Su mano desapareció bajo mi vestido, se dirigió a la cintura de la braguita y se deslizó dentro de ella, sus dedos recorrieron los rizos entre mis piernas. Mi respiración se entrecortó cuando su pulgar se deslizó por la parte más sensible de mi cuerpo, poniéndola rígida. El creciente éxtasis hizo que me flaquearan las rodillas y levanté un brazo para agarrarme a su

Bea Northwick
Dark

nuca y mantener el equilibrio. Él deslizó más lejos sus dedos entre mis labios hinchados de lujuria y se sumergió profundamente en mi húmedo calor, obligándome a luchar contra el sonido que subía a mi garganta inspirado por aquella exquisita invasión. Mantuve la mirada fija en nuestros reflejos. Aunque en apenas éramos más que siluetas en el cristal, pude distinguir lo suficiente para disfrutar de la visión de su mano metida entre mis muslos.

Tarareó, satisfecho con mi lujuria. Apretó la palma de la mano contra mi montículo para estimular el creciente placer con presión, luego retiró los dedos y los deslizó de nuevo, mucho más adentro esta vez. Me sacudí contra su mano, pero, en respuesta a mi impaciencia, la retiró, lo que me hizo abrir la boca en señal de protesta, e inhalar bruscamente cuando volvió a encontrar el apretado nódulo de nervios, acariciándolo entre el pulgar y el índice.

— Esto es injusto —logré decir a pesar de mi cerebro embrollado.

— No, es una represalia perfecta por tu descaro de esta noche — me dijo al oído, mientras sus talentosos dedos continuaban su trabajo. Miré hacia abajo para observar el subir y bajar de la tela de mi falda, obstruyendo dolorosamente la vista. Podría haberme pedido cualquier cosa, y yo habría obedecido sin pensar, sierva del deseo que estaba despertando en mí.

— Mira qué guapa estás — murmuró, con la mano libre en mi garganta, inclinando mi cabeza hacia atrás para que descansara sobre su pecho mientras me acariciaba el punto de placer con los dedos.

Su ministración se hizo más lenta, burlona.

— Te advertí que no empezaras una guerra conmigo. — Guio su pulgar en un arco dolorosamente lento—. Debería parar ahora mismo para castigarte por impertinente.

— No lo harías —gemí, tan cerca del clímax que la idea de que me lo quitaran era como la muerte.

Otro roce de sus dedos, un movimiento que me hizo estremecer.

— Callum, no puedes.

La sonrisa en su voz era enloquecedora.

— Sigue mirando, gatita.

Para mi alivio, empezó a masajearme de nuevo, ahora más rápido, menos perezoso, llevándome a un pináculo desde el que estaba hecha para

The Cruel



Bea Northwick Dark

zambullirme. Me arqueé y estiré la mano hacia atrás para acariciarle el pene, imaginando la dicha de que me llenara. Fui recompensada con un gemido grave, el sonido me deshizo. Su mano se movió de mi cuello a mi boca para ahogar el grito y salvarme de la vergüenza después de todo.

Sujetó mi cuerpo tembloroso, con los dedos apretados contra el pulso de mi éxtasis hasta que se ralentizó.

—Hay un sonido de tus labios que me encantaría volver a oír —dijo.

Sonó el pomo de una puerta en la que ni siquiera había reparado. Había otra entrada a esta habitación, situada entre dos armarios altos que la ocultaban entre sombras, y alguien estaba intentando entrar. Nos separamos apresuradamente y Callum volvió a agarrarme del brazo, esta vez para tirar de mí hacia el pasillo.

Conseguimos escapar sin que nadie se diera cuenta, nadie nos esperaba en el pasillo cuando salimos. Cerró la puerta suavemente para no delatarnos.

—La señora Dillard siempre anda por ahí comprobando cualquier ruido inusual —refunfuñó, iracundo.

Nos miramos a los ojos y, al cabo de un rato, ambos nos echamos a reír. Sorprendiéndome, envolvió mi cuerpo en sus brazos, apretando su cara contra mi pelo mientras el placer y la emoción de la circunstancia nos hacían cosquillas.

Ahora se oían más ruidos, voces procedentes del salón, y volvimos a separarnos, intentando controlar nuestros rostros. Callum me empujó para que empezara a andar, manteniéndose detrás a una distancia respetable.

El Dr. Hannigan apareció de la sala de estar.

—¡Ahí estás! —bramó.

—Los del *catering* estaban desbordados —mintió con facilidad el profesor, un natural—. La señorita Foxboro intentaba dirigirlos, pero tuve que intervenir. Ahora está todo en orden.

—La cocina es una criatura en sí misma —estuvo de acuerdo el doctor—. Venga, vamos a empezar con las charadas.

—Primero, déjame disculparme. Tengo que limpiar después de nuestra escapada.

—Muy bien, muy bien, pero rápido. Todos están ansiosos por empezar.



The Cruel

Bea Northwick Dark

El médico regresó al salón entre un alboroto de voces alegres mientras Callum avanzaba por el pasillo, mirando hacia atrás con una sonrisa burlona que me encendió de nuevo, a pesar de mi reciente alivio.

Antes de que pudiera entrar en el salón, Margaret se movió de donde había estado, entre las sombras de una alcoba, fumando otro cigarrillo y recordándome, extrañamente, a la oruga de *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*.

— ¿Te diviertes? — preguntó envuelta en una nube de humo.

— Sí — dije brevemente, tratando de disimular.

— Respuesta tibia para una mujer a la que le acaban de tocar el timbre. Los he visto a ti y a Callum salir a hurtadillas de allí, muy satisfechos de ustedes mismos.

— Tienes que meterte en tus asuntos — gruñí con una sorna tan odiosa que me sorprendí de mí misma.

— Por favor, paloma — dijo, tan seria que los zarcillos de la duda empezaron a ahogar mi ira — . Estoy intentando ayudarte.

— ¿Cómo ayudaste a la mujer de Callum?

— ¿Qué sabes de eso?

— Suficiente para estar segura de que no eres buena.

— Escucha, lo que te hayan contado, no es toda la historia. La quería como a una hermana. Era todo sincero.

— Callum no lo cree.

— Callum es un tonto y un mentiroso — espetó, tirando el cigarrillo a la alfombra y apagándolo con el zapato antes de inclinarse, amenazante, demasiado cerca — . Le dije a su mujer lo que necesitaba oír para salvarle la vida. El mal de esta casa la arruinó. Si no te vas, descubrirás lo mismo por las malas.

Con un chasquido disgustado de su lengua, volvió con los demás, dejándome sola con sus crueles e inquietantes palabras. quería mantener la cabeza alta y cruzar aquellas puertas, jugar a los juegos y pasármelo bien, dejando que el hecho de saber que Callum me quería de verdad fuera un bálsamo para aliviar mi dignidad. En lugar de eso, me alejé de la luz cálida, el jazz bullicioso y las risas brillantes de la fiesta y me precipité en la penumbra de Willowfield.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

CAPÍTULO 16

La mañana llegó con furia, se avecinaba otra tormenta, algo extraño en esta época del año en la que era más probable ver caer copos de nieve de última hora que oír retumbar un trueno. La señora Reeves habría dicho que era una buena señal de que la cálida primavera se abría paso antes de lo esperado.

Supuse que la fiesta había continuado incluso después de que yo hubiera huido como una cobarde para esconderme en mi cama, llorando lágrimas a las que no podía atribuir una emoción. La euforia de la atención del profesor se había agriado con la crueldad de las premoniciones de Margaret, reavivando un persistente temor de que había más en Willowfield y su enigmático amo de lo que yo podía manejar. No era una mujer que se moviera con facilidad en círculos con coquetería; no conocía ni me importaban las reglas, y quienquiera que hubiera intentado ser la noche anterior era una mujer que, con el tiempo, se desmoronaría bajo la presión de su miedo.

«Mira qué guapa estás».

Me cubrí la cara con las manos, aún atreviéndome a creer que había sido sincero, sintiéndome más ligera de corazón por ello. Desconfiaba de volver a ver al profesor Hughes. Reflexioné momentáneamente sobre mi inclinación a seguir utilizando su título, a pesar de cómo sus manos habían... Me aclaré la garganta para desterrar el pensamiento. No necesitaba llevar mis fantasías a la biblioteca esta mañana.

Me vestí, y cuando me miré en el tocador, di un respingo. Mi pelo. Lo había olvidado por completo. Se rizaba en las puntas, pero no de forma impropia, y después de un cepillado y un poco de la misma pomada capilar de la noche anterior para alisarlo, lo dejé en paz y admiré la forma en que caía. Cuando por fin llegué para desayunar, encontré al profesor Hughes sentado a la mesa, con un periódico en la mano, tomando un buen trago de café. Parecía más fresco de lo que nunca le había visto. Cuando me vio, dobló el periódico, se limpió la boca con una servilleta y sonrió tan

The Cruel

Bea Northwick Dark

alegremente que podría haberlo confundido con un hombre completamente distinto.

—Buenos días, ven, come. —Me indicó que me sentara a su lado, sus ojos se arrastraron por mi cuerpo mientras observaba mi vestuario —. Estás preciosa.

El cumplido me complació.

—Gracias, pero tengo ropa propia, y ésta era realmente innecesaria. —Hice una pausa, y luego añadí mis verdaderos sentimientos —. Aunque te agradezco que hayas considerado mi comodidad.

—Permítete cosas bonitas, Millie. Las tengo para dar, así que por favor consiénteme.

Su sinceridad me conmovió, nuestras miradas se cruzaron por un momento y ambos sonreímos. Se sentó conmigo mientras comía, siguió leyendo su periódico y haciendo pequeños comentarios sobre su contenido. Me interesaban los temas, pero no podía concentrarme en ellos. Benditamente no hizo ninguna pregunta sobre dónde había ido anoche y no hizo ninguna mención a la fiesta que siguió, excepto para decir que era tarde cuando todo el mundo se disolvió y que, por suerte, Margaret se había marchado primero.

—Espero que no vuelva —dije, untando mermelada en una tostada ligeramente pasada, pero no me correspondía a mí decir esas cosas, y estuve a punto de retractarme cuando el profesor soltó una risita.

—Me alegro de que veas a través de ella. No te preocupes, ella no es bienvenida aquí de nuevo. Vi lo que le hizo a la alfombra.

Me tocó reír y se levantó el ánimo.

Nos trasladamos a la biblioteca para trabajar, sin que ninguno de los dos dijera ni pío de lo que había pasado en la oscura salita después de cenar. Sin embargo, el profesor estaba tan tranquilo que por fin vislumbré en al verdadero erudito que era, obsesionado con sus apuntes, completamente distraído, agitando trozos de papel para que le preguntara qué demonios había escrito porque no podía leer su propia letra.

Esto sucedió varias veces a lo largo de la mañana hasta que finalmente me ofreció unas líneas que no pude descifrar. Hice una mueca de disculpa, sin saber cómo decirle que lo que veía no tenía sentido.

The Cruel

Bea Northwick Dark

—Me temo que... —No pude contenerme y empecé a soltar una risita—. Es completamente ilegible.

—Cristo —respondió, avergonzado, pasándose la mano por la boca.

—¿Para qué son estas notas? ¿Qué estabas transcribiendo? Si encontramos el libro, al menos podremos empezar a descifrarlo.

Nos dirigimos juntos a la estantería y empezamos a buscar.

—¿Tenías una biblioteca en la casa de tu infancia? Aquí siempre estás a gusto.

La pregunta me estremeció, pero me recuperé.

—No —dije con pesar.

La respuesta fue, por supuesto, sí, pero nunca me habían permitido utilizarla. Me hice cargo para que no pudiera hacerme más preguntas sobre mí.

—¿Creciste en esta casa?

Sacó un libro, ojeó la portada y volvió a guardarlo.

—Sí. Ha sido una constante en mi vida durante mucho tiempo, a partes iguales refugio y carga para mi alma. —Se esforzaba por mantener la ligereza en su tono, pero un hilo de tristeza se coló en él, y lo sentí por él—. Mi abuelo construyó este lugar. Murió poco después de terminarla, dejándosela a mi padre, un hombre joven en aquella época, recién casado con mi madre y, de repente, dueño de una mansión ridícula y de una gran fortuna. No sabía qué hacer con ella y estuvo a punto de arruinarse. Pero entonces mi madre tomó el timón. Las industrias cosméticas empezaron a experimentar un auge con la apertura de todos los nuevos grandes almacenes de las ciudades, y ella insistió en que formaran parte de él. Su familia había sido una larga estirpe de herboristas y la perfumería era de lo más natural.

—Tu madre parecía una fuerza a tener en cuenta —le dije, deseando haber tenido la oportunidad de conocerla.

—Lo era. También era una madre cariñosa. Tengo muchos buenos recuerdos. Por supuesto, tenía su idiosincrasia. Había pasado la mayor parte de su vida en el condado de Cork, y trajo sus supersticiones.

—Sí, mencionaste que todos los motivos de hadas eran obra suya.

—Lo eran —respondió tras una pequeña pausa—. Ella creía que los Feéricos le había dado sus bendiciones. Todo lo bueno que sucedía era un

The Cruel

Bea Northwick Dark

milagro de los Seelie. Ella los adoraba felizmente, y gran parte de Willowfield es una dedicación a ellos.

— Es bastante mágico.

— Podría ser; ella lo hizo así. — Se quedó en silencio, su búsqueda se ralentizó.

— Cuando yo tenía doce años — continuó, algo inseguro, como si aún estuviera decidiendo si debía revelar la siguiente información —, ella contrajo tuberculosis y murió poco después. En su lecho de muerte, me dijo que las hadas estaban cobrando la deuda que tenía con ellos por tantos años de prosperidad. Y por mí.

— ¿Tú?

— Sí.

— ¿Qué quieres decir?

Sonrió, apenado.

— Pensó que yo era un niño hada, regalado a ella después de años de ser estéril.

Solté la mano de los libros y levanté la cabeza para verlo a los ojos, pero no me devolvió la mirada. Parecía dolido.

Alargué la mano para tocarle el brazo. Permaneció allí un momento antes de que él pusiera su mano sobre la mía, sujetándola.

— Fuiste muy paciente al escuchar todo eso. — Me soltó y volvimos a la búsqueda del escurridizo texto —. Estoy seguro de que la señora Dillard te contó toda la historia de este lugar con toda su amargura oculta. A ella no le importaban mucho mis padres.

— A la señora Dillard no parece importarle mucho nadie.

— Estás siendo injusta, Millie — me regañó, aunque no con demasiada dureza, consciente del tipo de persona que era la señora Dillard —. Tiene una coraza dura, pero debajo de todo es una persona cálida.

— Hm — dije, poco convencida.

— El doctor Hannigan está perdidamente enamorado de ella.

Estaba tan sorprendida que mi risa salió como un graznido agudo.

— ¡Estás mintiendo!

— Siempre me acusas de mentiroso, es muy injusto. — Estaba bromeando, pero yo estaba arrepentida.

— ¿De verdad crees que lo está?

The Cruel

Bea Northwick Dark

— Apostaría mi propia vida en ello. También me atrevería a apostar que ella también está enamorada de él, y sus propios sentimientos la enfurecen.

Podría empatizar.

— Está condenado — me lamenté juguetonamente.

— Todos los hombres enamorados lo están.

Sus párpados bajaron cuando, por fin, su mirada se sumergió para encontrar la mía, demasiado cargada de significado. Me apresuré a retirarme.

— No tendremos suerte — dije, dirigiéndome al escritorio y arrugando el papel, sin saber por qué lo hacía, aparte de la simple explicación de que me estaba entrando el pánico —. Tendremos que marcar este como perdido, y tendrás que tener más cuidado con tus notas en el futuro. Si yo no puedo descifrar este arañazo de pollo, nadie puede.

— Sí, señora — dijo, y yo me burlé.

— No soy una matrona.

— No. — Volvía a tener ese tono de voz cuando sacó un libro de la estantería, me hizo un gesto con la mano para indicarme que por fin había encontrado lo que buscábamos y lo acercó al escritorio, dejándolo sobre la mesa.

Lo miré fijamente, solo porque no quería ver su expresión.

— Se ha rendido demasiado fácilmente, señorita Foxboro — me reprendió suavemente.

Mis mejillas se calentaron y empecé a alisar el papel que había arrugado formando una bola.

— Bueno — me las arreglé —, al menos no me lo comí.

Un compás de silencio, seguido de un estruendo de carcajadas, alentaron mi propia sonrisa, parcialmente contenta de que se rompiera la tensión.

Sacudió la cabeza.

— Dudo que hubiera privado al mundo de algún genio si lo hubiera hecho.

— Ciertamente ninguna descifrable por el ojo humano.

— Gran descaro — replicó con teatral ofensa.

The Cruel

Bea Northwick Dark

—Lo llaman honestidad —le corregí, agitando el papel delante de él para que lo tomara.

Sonreímos un poco más, los dos como tontos.

—Esta... —me quitó suavemente el papel de la mano— es la conversación más civilizada que hemos tenido hasta la fecha.

El momento empezó a arder, su comentario injusto, haciéndome sentir revoltosa y desagradable.

—Tal vez si no fueras tan tirano... —Empecé a darme la vuelta, esperando ocultar mi incomodidad cohibida.

—¿Yo? —Ahora su risa era de incredulidad, y antes de que pudiera rehuirlo por completo, deslizó un brazo alrededor de mi cintura—. Más bien creo que eres tú.

Cuando tiró de mí hacia él, me separé, con las manos en su pecho para evitar que nuestros cuerpos se encontraran y me catapultaran hacia otro estado de temeridad, aunque deseaba con todas mis fuerzas ceder.

—Profesor...

—Millie —dijo tiernamente—, soy Callum.

Me besó con un cariño tan suave que casi me eché a llorar, y mis inhibiciones se derritieron, amoldándose a su cuerpo. El dolor que se abría en mí era algo más que mi cuerpo deseándole, era el peligroso anhelo de mi corazón.

—¿Sigues pensando que soy una bestia? —preguntó contra mis labios.

—Lo eres —respondí juguetonamente—. Pero ya no me importa.

—Bien, porque era muy difícil fingir que no lo era.

Sonrió con mucha diablura y volvió a tomar mi boca esta vez con más fiereza. El lento calor fundido del deseo me llenó hasta que volví a ponerme de puntillas, apretándome contra él. Mi impaciencia disolvió su cautela y me agarró el trasero con ambas manos, aplastándome contra él. De repente, empezamos a dar tumbos juntos, buscando algún sitio, cualquier lugar, donde estabilizarnos. Nos giró hacia el escritorio y le tendí una mano para que me ayudara a subirme, pero el libro que acabábamos de buscar cayó al suelo. Golpeó primero el lomo y se abrió en la página central, donde había una hoja de papel doblada a modo de marcapáginas.

The Cruel

No sé qué terrible impulso nos hizo mirar hacia abajo, pero allí, mirándonos fijamente con la nerviosa letra de su mujer, había una sola palabra en negrita, subrayada.

CALLUM

No podía comprender lo que estaba viendo. Callum carraspeó y se separó de mí, se inclinó para tomar el texto, lo cerró con un chasquido y lo llevó de nuevo a la estantería, donde lo metió en el lugar del que no había faltado más que unos instantes.

La ruptura del hechizo fue una tortura, y las extrañas premoniciones que me invadían me irritaban.

—¿Estás jugando conmigo? —pregunté, incapaz de creer la horrible coincidencia.

Se apoyó en la estantería, negándose a mirarme.

—Te aseguro, Millie, que no —dijo, con voz grave.

—¿Sabías que la nota estaba ahí? —La rabia por mi estupidez hizo que mi voz se volviera viperina—. Si tu objetivo es desesperarme tanto que vaya a rogarte, ¡te juro que nunca lo haré!

Mi acusación le tocó la fibra sensible, y se volvió hacia mí, con los ojos oscuros por su propia furia creciente.

—Dime otra vez cómo juras que nunca lo harás —gruñó.

Ignoré la punzada en el bajo vientre y el brillo peligroso de sus ojos. Había avivado su ira. Me alegro. Abracé la mía, cansada de juegos. Tomé otro de los libros del escritorio, con ganas de arrojárselo, y en lugar de eso me volví en dirección contraria hacia las estanterías, lo más lejos posible. Intentaba encontrar la calma para no hacer el ridículo, pero a cada paso me enfurecía más.

—Nunca en mi vida —de un golpe apoyé el libro en la estantería para enfatizar—, he permitido que alguien tenga este tipo de tórrido poder sobre mí, pero tú...

Volví a encararlo, deseando que estuviera lo bastante cerca como para darle una bofetada.

—Me haces sentir como si me quemara —me quejé—, como si me fuera a morir por ello. Todo el tiempo me estás provocando para que baile a tu son y te divierta. Lo odio y no voy a caer más en la trampa.

Su voz se elevó hasta igualar el volumen que había alcanzado la mía.

Bea Northwick
Dark

—He hecho todo lo posible por no ceder a mis peores impulsos y mancillarte hasta casi matarte a pesar de las muchas oportunidades que me has ofrecido, ¿y te enfadas conmigo?

—¡Claro que sí! Estás jugando al titiritero, moviendo todos mis hilos para tu propio deleite. No estoy aquí para tu diversión, y nunca lo he estado. Mi cuerpo y mis deseos no son para que juegues con ellos. Nunca suplicaré a nadie que me desee. Te estoy llamando farol, Callum Hughes, ¡y puedes irte a la mierda!

Había tenido tantas ganas de decirlo, impulsada por una frenética necesidad de expulsar la acumulación, pero en cuanto aflojé la presión, me avergoncé de mí misma. Resoplé y me llevé una mano a la mejilla caliente, preparándome para huir de aquello como había hecho la noche anterior.

—¿Me estás diciendo —me dijo, clavándome en el sitio con la intensidad de su mirada—, que mis dos únicas opciones son no volver a tocarte nunca más o tomarte aquí mismo hasta dejarte sin sentido, en pleno día, con la brillante luz del Buen Dios brillando sobre nosotros?

Me resistí.

—Eso no es en absoluto lo que yo...

—Es una elección fácil.

Se acercó a mí con un oscuro propósito, sus largas zancadas salvaban la distancia tan rápido que parecía sobrenatural. Sus manos estaban en mi blusa, desabrochando los botones superiores con tal rapidez que podría haber pensado que nunca los había abrochado.

Levanté una mano para detenerlo, pero me agarró la muñeca, aprovechando el impulso para clavarla por encima de mí contra las estanterías. Agarró el cuello de mi blusa y arrancó los botones de su tela de un salvaje tirón, y cayeron al suelo como granizo. El chemise de seda que llevaba era el que él me había regalado, y me irritó ver la curva petulante de sus labios cuando lo reconoció. La bárbara acción y toda mi rabia anterior se combinaron, provocando una erupción de lujuria al rojo vivo que acabó con mi vergüenza anterior.

—Esto es lo que querías, ¿verdad Millie? —Su tono era duro, combativo.

—Sí —gruñí a su vez, igualando su brutalidad al agarrarlo de la corbata y tirar de él hacia mí, donde nos dimos un beso furioso y energético.

The Cruel

Bea Northwick Dark

Me soltó la muñeca y deslizó las manos por debajo de mi blusa mientras yo arrastraba las mías por su pelo.

El beso fue contundente, pero estábamos dispuestos a consumirnos el uno al otro sin importar el dolor que de él se derivara. Metió los dedos en la cinturilla de la falda y, de un tirón, me desabrochó el botón de arriba, aflojándola lo suficiente para que se deslizara fácilmente por la ropa interior de seda y cayera al suelo a mis pies. Sin perder tiempo, me agarró por las caderas y me levantó para que pudiera rodearle la cintura con las piernas, con la espalda apoyada en las estanterías. Sin preámbulos, se estrechó contra mi suave calor, la firme cabeza de su miembro recorriendo la tensa colina de mi deseo, haciéndome jadear.

Se movía lentamente, haciéndome el amor con nuestras ropas aún como una delgada barrera que nos separaba.

—Alguien podría entrar —dije roncamente, esta comprensión parcialmente oscurecida por la bruma de la necesidad.

—Tienen orejas, ¿no?

—Callum...

Movió las caderas con brusquedad, enviando ondas de choque a mi interior, y rozando mis labios con los suyos.

—¿Has decidido que al final has mordido más de lo que puedes masticar?

Era un reto y los dos lo sabíamos.

—Apenas —respondí, moviendo las caderas para encontrarme con él en el siguiente movimiento. Lanzó un gemido, bajo y corto, sacudido por la intensidad de la sensación, luego me pasó un brazo por debajo del trasero y me llevó de vuelta al escritorio cercano donde habíamos empezado todo esto en primer lugar. En cuanto me dejó en el suelo, empezó a desabrocharse el cinturón y yo me uní a sus esfuerzos por desvestirme desabrochándole la camisa, que él terminó de desabrochar mientras yo le desabrochaba los pantalones.

La vista del firme plano de su vientre y la oscura estela de pelo que se perdía de vista era embriagadora y, mientras se deshacía de la camisa en el suelo, deslicé la mano hacia la cintura aflojada y encontré su rígida excitación.

The Cruel

Bea Northwick Dark

Mi contacto provocó en él un delicioso sonido gutural cuando liberé su lujuria, rodeando la base con los dedos y tirando lentamente hacia arriba de su enorme longitud. Estaba duro como una roca, y volví a guiar la mano por el aterciopelado eje, disfrutando de la tentadora visión antes de levantar los ojos y encontrarme con los suyos entrecerrados, encendidos con un fuego que crecía cada vez más feroz mientras me observaba manipularlo. Disfrutando de mi poder, bajé la boca hasta la sedosa cabeza, rodeándola con la lengua.

Una mano me retorció el pelo, aunque sin ejercer fuerza, y volví a recorrer la punta con los labios. No me lo llevé a la boca, sino que arrastré la mano tres veces más por su longitud en lánguidas caricias.

Respiró hondo y me agarró con más fuerza en señal de advertencia.

— Ahora no es momento de juegos, Millie — dijo.

— Una provocación por una provocación — le contesté, dispuesta a pagarle por sus perversas caricias de la noche anterior. Separé los labios para meterme solo la punta, atormentándole con una coqueta succión.

— Ya basta — dijo, tirando de mi cabeza hacia atrás hasta que no tuve más remedio que sentarme. Me tomó por la cintura y me hizo girar hasta que quedé inclinada sobre su escritorio. En un movimiento fluido, me bajó la ropa interior de seda, dejándola caer hasta los tobillos, seguido de un dolor agudo y glorioso cuando sus dedos se clavaron con rudeza en la suave carne de mis nalgas, empujándome hacia delante hasta que mis caderas se inclinaron hacia arriba y la cabeza de su necesidad se situó en mi húmeda entrada.

Me agarré al escritorio, intentando presionarlo, pero él me retuvo y deslizó su miembro por mi entrada y mi palpitante clítoris. Me opuse en voz alta.

— Una provocación por una provocación — se hizo eco.

Antes de que pudiera protestar más, se echó hacia atrás y me penetró sin ternura, enterrándose hasta la empuñadura en un rápido movimiento. Exhalé un pequeño gemido. Hacía años que nadie me invadía así. Desacostumbrado a la embestida, mi cuerpo trató de resistirse, provocándome un breve momento de incomodidad que se convirtió en tal éxtasis que casi perdí el sentido. Esta resistencia provocó una vulgar exclamación de Callum, que se aquietó pero permaneció enterrado en mí.

The Cruel

Bea Northwick Dark

— Seguro que no eres virgen — dijo, con la voz ronca por el esfuerzo de contenerse.

— ¿No parezco el tipo? — Carraspeé, frustrada de que se hubiera detenido, molesta de que supusiera que no lo era, aunque mi virginidad hacía tiempo que había desaparecido. Desde luego, ahora no era virtuosa, desnuda de cintura para abajo y tirada sobre un escritorio.

— ¿Quieres que responda?

— Callum, solo... — Las palabras estaban trabadas en mi lengua, palabras que nunca había dicho antes, extrañas en mi boca.

— ¿Solo qué, gatita? — Aunque no había más espacio dentro de mí, apreté más, provocando un breve gemido. Me di cuenta de lo que estaba haciendo. Había jurado que nunca suplicaría, y él se estaba asegurando de que no pudiera mantener mi palabra. La lujuria deshizo mi orgullo.

— Fóllame — ordené, con toda mi desesperación en la última palabra — , por favor.

— La señorita tiene una boca sucia — retumbó, retirándose solo para volver a entrar con fuerza, y la intensidad sacudió el escritorio fuera de su sitio. Pasó un brazo por debajo de mis caderas y me acercó tanto a él que mis pies casi se despegaron del suelo, lo que me impidió corresponderle. Solo podía aferrarme para salvar mi vida mientras me tomaba sin piedad. El mensaje era claro: yo no tenía el control. Pero no quería tenerlo. Sus dedos encontraron y separaron los labios hinchados entre mis muslos para acariciar la carne tensa que hacía tan poco que había explorado, sabiendo ya cómo acariciarme para que mi placer aumentara, trayendo consigo los jadeantes sonidos del éxtasis. Cuando empecé a llegar al punto de inflexión, se retiró.

— Todavía no — murmuró, guiándome para que me pusiera de pie y volviera a mirarlo, deslizándose sobre el escritorio y tirando de mis piernas hacia arriba para rodearle — . Aún no hemos terminado.

Me tomó la nuca y me inclinó la cabeza para que pudiera ver cómo volvía a penetrarme y nuestros cuerpos se fundían de nuevo. La visión de su desaparición en mi apretado calor me fracturó un poco más cada vez, hasta que me sentí como meros fragmentos de mí misma perdidos en un brillante mar de sensaciones. El erotismo del momento me mareó y, presa de la excitación, agarré la muñeca de la mano que seguía enterrada en mi

The Cruel

Bea Northwick
Dark

pelo. Aflojó su agarre para permitirme arquearme, y me pasé los dedos por el vientre vestido de seda y por encima del pecho hasta encontrar el pico duro bajo la blusa, pellizcándolo para apartar la mente del orgasmo que se avecinaba y prolongar la euforia.

—Maldición, Millie —gimió Callum, el sonido un pulso bajo y vibrante. Con la misma indiferencia que había demostrado con mi blusa, tomó el tirante de mi chemise y tiró con tal brutalidad que la delicada parte delantera de encaje se rasgó hasta mi esternón, dejando al descubierto la turgencia de mis pechos y dejando la prenda colgando hecha jirones.

—Vas a seguir haciéndolo —dijo, y yo solo pude obedecer. Con su mano en mi espalda para equilibrarme, rocé la piel sensible con las yemas de los dedos y me acaricié, haciendo rodar los pezones entre mis dedos y provocándolos hasta convertirlos en coronas rígidas mientras él me devoraba con los ojos. Ralentizó su ritmo para empalarme poderosamente una vez, y perdí la voluntad de permanecer callada, gritando, ansiando más.

—Otra vez —supliqué, ronca, con el cuerpo enrojecido.

Asaltó mi entrada una segunda vez con una fuerte embestida, cada movimiento un reclamo. Después de la tercera, reanudó su ritmo más rápido, acariciando con el pulgar la cresta hinchada de mi clítoris, incitando a mi placer a aumentar de nuevo hasta que llegó demasiado alto, y cerré los ojos, ni siquiera los pellizcos fueron suficientes para arrastrarme de nuevo a mi cuerpo.

—Eso es, cariño —me apremió, viendo que estaba a punto de derrumbarme. Me levantó y rodeé sus anchos hombros con mis brazos. Mientras su agarre me magullaba los muslos, mis uñas se clavaron en el sinuoso músculo de su espalda y, como su camisa ya no era un obstáculo, se hundieron en su piel. Gimiendo, aceleró, y yo me aferré más a él, con su cuerpo macizo como conducto de una necesidad desastrosa. Aceleramos enloquecidos hacia la cúspide y, por fin, llegué al clímax, gimiendo su nombre en el pliegue de su cuello, sin ver nada más que estrellas blancas y brillantes. Con una última embestida despiadada, se liberó, con la cabeza echada hacia atrás y una palabrota en los labios.

Nos aferramos el uno al otro, ambos aturdidos, recuperando el aliento y descendiendo de nuestros orgasmos a un ritmo perezoso y saciado. El

The Cruel

Bea Northwick Dark

corazón de Callum latía a mil por hora, su piel estaba caliente, el tenue olor de su colonia era picante y a tierra.

—¿Ya está satisfecha, señorita Foxboro? —murmuró cuando ambos hubimos recobrado la cordura.

—Nunca —dije, y era verdad. Nunca tendría suficiente de Callum Hughes.

Se rio y me besó la sien tan suavemente que cualquier parte de mí que no le perteneciera se rindió. Me aparté para verle mejor la cara, pero descubrí que había sangre bajo mis uñas. Horrorizada, le pasé suavemente las yemas de los dedos por la espalda y me manché la piel de rojo.

—Dios, estás sangrando.

—No me sorprende.

—Lo siento mucho... —empecé.

—No —interrumpió, inflexiblemente severo—. Nunca te disculpes por tus pasiones. Volvería a sangrar con gusto si eso te diera placer.

Sus iris color miel brillaban a la luz del fuego, su pelo negro revuelto y alborotado alrededor de las sienes por el fervor de nuestro amor. Parecía un dios, feroz y celestial, y prometía sangrar por mí con grave sinceridad.

Su expresión se suavizó.

—Ven. —Tiró de los sorprendentemente intactos tirantes de mi chemise por encima de mis hombros, la andrajosa parte delantera de la prenda apenas ofrecía pudor. Se arregló y recogió mi ropa del suelo. Me deslicé del escritorio, tambaleante y ya deliciosamente dolorida. Mientras él se encogía de hombros para ponerse la camisa, sin reparar en las manchas rojas que dejaría, yo intentaba vestirme. La falda me quedaba suelta en las caderas y le faltaba un botón, pero se sostendría. Mi blusa, sin embargo, estaba destrozada. Con un gesto juguetón de la boca, Callum me la quitó, la tiró a la papelera sin pensar en quién podría encontrarla, tomó su traje de chaqueta y me lo puso sobre los hombros. Me pregunté cómo me atrevería a llegar a mi habitación en ese estado. Cuando estuve en orden, me tomó de la mano y me llevó hasta la puerta de la biblioteca, deteniéndose para echar un vistazo cauteloso al pasillo y asegurarse de que no había nadie cerca.

—¿Adónde vamos? —pregunté, todavía achispada.

—Después de todo eso, ciertamente no planeo excusarte por el día.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

Amantes clandestinos, caminamos por pasillos todavía besados por la luz del sol de la tarde, vigilando por si alguien nos interceptaba, y pronto llegamos a una habitación familiar. La suya. Me hizo pasar y cerró la puerta tras nosotros.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

CAPÍTULO 17

Al atardecer nos encontramos tumbados en la cama del profesor, envueltos en las sábanas, con mi cabeza contra su pecho. Me acarició el pelo, recorriendo con sus dedos las cortas puntas con reverencia. Mi cuerpo estaba todo lo saciado que podía estar y dolorido en varias zonas que no confesaría. Las pasiones de Callum eran voraces y yo no había estado dispuesta a negarle nada. En mi cabeza se repetían los ecos de las cosas que me había susurrado: instrucciones obscenas, estímulos sensuales y palabras de amor.

Antes de él, yo no había estado intacta, mi virginidad perdida a los dieciocho años con un estudiante de posgrado que había conocido en una fiesta de Navidad. Apenas lo conocía, pero quería acabar de una vez, eliminar un misterio de la vida que se cernía sobre las cabezas de todas mis amigas. Había sido rápido, incómodo y sin pasión. Por supuesto, mi madre nunca me había hablado de sexo, ni siquiera para avergonzarme, y a menudo me había preguntado si era simplemente porque no era nada especial. Mi primera experiencia corroboró mi teoría.

Callum había destrozado esa concepción.

Mientras yacíamos juntos, la oscuridad se hacía cada vez más larga, me acercó y deslizó sus dedos entre los míos.

—Cuénteme sus secretos, señorita Foxboro —me susurró al oído.

«Mis secretos». Durante unas breves horas de felicidad había olvidado que los tenía, pero aquí estaban para atormentarme de nuevo en mi momento más feliz.

Sacudiendo lentamente la cabeza e intentando luchar contra la nueva culpa que me asolaba, respondí:

—Dime el tuyo.

Estaba callado.

—Me preguntaste sobre volver a abrir la casa —dijo al fin—. He decidido hacerlo. Sin embargo, cuando vuelva el frío, me iré.

—¿Fuera?

The Cruel

Bea Northwick Dark

—Necesito separarme de Willowfield. Los inviernos aquí son demasiado duros. Si el trabajo aún no está hecho, lo traeré, y si me lo permites, me gustaría que vinieras también.

Me moví y me incorporé para verle bien la cara. Mi cerebro atontado no seguía su lógica.

—¿Como tu asistente?

Atónito, me miró fijamente durante dos agónicos latidos, y luego empezó a reír. Era la primera vez que oía un sonido tan irrestricto, resonante, que sacudía su cuerpo, y se volvió hermoso de una forma nueva.

—No, tontita —dijo cuando por fin recuperó el aliento, con los ojos brillantes de alegría. Me atrajo de nuevo hacia él, y yo metí la cabeza bajo su barbilla y escuché los latidos de su corazón en la garganta, refugiada momentáneamente de mis oscuros pensamientos.

—Creo que no es adecuado, con las cosas que te he hecho —dijo, pasando sus dedos por mi costado desnudo—, que sigas refiriéndote a ti misma como mi asistente.

—Es cierto que nada de esto estaba en la descripción del trabajo.

—¿Tienes quejas?

—Ninguna por el momento.

—Difícil de complacer —murmuró—. Me gusta.

Me dejé llevar por la ensoñación.

—¿Adónde iremos?

—Donde sea que tengamos alguna inclinación. En algún lugar lejos de este lugar hasta que esté vivo de nuevo.

Observé en silencio el fuego desde encima del oleaje de nuestras piernas enredadas, disfrutando de la dulce especulación de un futuro con Callum mientras pude.

—Ahora tú, querida. ¿En qué piensas? ¿Qué me ocultas?

Sus intenciones eran pícaras, juguetonas, esperando que yo divulgara algún secreto tonto o esperanza romántica, charla de almohada que nos llevaría a un sueño satisfecho.

«Estúpida».

La voz de mi madre era clara como una campana, y me sobresalté, soltándome de los brazos de Callum para sentarme erguida, apretando las

The Cruel

Bea Northwick *Dark*

mantas contra mi pecho, helada por el conocimiento de lo que llevaba dentro. No podía llevar mis mentiras a una vida con otra persona.

— ¿Millie?

Se levantó lentamente detrás de mí, apoyándose en el codo y acariciándome el hombro desnudo con un tacto tierno que fue como un cuchillo en mi corazón.

— Necesito decirte algo. Cambiará tu opinión sobre todo esto, y tengo miedo de decirlo.

— ¿Has asesinado a alguien?

— Callum —espeté, volviéndome hacia él con el ceño fruncido, incapaz de contener las lágrimas que resbalaban por mis mejillas. Cuando vio mi semblante, se sentó completamente, me tomó la cara entre las manos y me limpió la humedad con los pulgares. Lo saboreé.

— Dímelo.

— Hace dos años, me desperté en Nuestra Señora de Gracia.

— El hospital.

— Sí. —Hice una pausa, la ansiedad me consumía, volviéndome del revés con un lento dolor. Este sería el principio del fin de mi dicha—. En el psiquiátrico.

La preocupación desapareció de las cejas de Callum y sus ojos se convirtieron en dos charcos apagados, sin expresión. No dijo nada y yo seguí adelante, aferrándome a sus manos, que seguían acunando mi cara como si tocarlo fuera a evitar que me ahogara en mi vergüenza.

— No recuerdo cómo llegué allí. Me dijeron que había sufrido un ataque de histeria por un suceso traumático. No tenían más información para mí, y todavía no hay respuestas. Al final me dieron el alta en un programa para mujeres, que es como conseguí el trabajo con el señor Helm. He perdido años de mi vida y no sé qué hice, con quién ni dónde. No sé si he cometido delitos. Pude haber matado a alguien y no lo recuerdo. Podría haber sido madame en un burdel del centro y nunca me enteraría.

Mi diatriba se volvió febril, estuve a punto de gritar, pero en la última y definitiva palabra, simplemente me detuve y esperé, esperando ser rechazada, o al menos ser sepultada por una avalancha de preguntas que no podía responder. Esperé a que me apartara, a que su sensación de

The Cruel

Bea Northwick Dark

traición me aplastara. En lugar de eso, tomó mis manos desesperadas y me besó los nudillos.

— Lo sé — dijo.

— ¿Tú qué?

Analiqué su expresión, buscando una mentira, una broma terrible, pero su rostro solemne demostraba su sinceridad.

— Claro que lo sé.

— ¿Qué quieres decir con que lo sabes? ¿Cómo?

— ¿No crees que me ocuparía de saber todo sobre una extraña que entra en mi casa? El doctor Hannigan trabajaba en ese hospital. Reconoció tu nombre cuando te conoció en Boston en la pequeña librería.

— ¡Me dijo que no había estado allí cuando yo estaba!

Me sentí engañada, insegura de cómo proceder, toda mi experiencia en Willowfield cambiando, sintiéndome extraña, como si los recuerdos no fueran míos.

— Eras un caso especial. Muchos de sus antiguos colegas siguen compartiendo con él información sobre enfermedades confusas, y dio la casualidad de que eras uno de ellos.

— ¿Lo sabías antes de contratarme y aun así aceptaste mi solicitud?

— ¿Quién más tiene tus calificaciones? Fue un maldito milagro que el doctor Hannigan se cruzara contigo. El hecho de que tu historia sea desafortunada no influyó en la decisión.

— ¿Por qué?

— Millie, no podemos excluir a la gente de la vida por sus luchas.

La parte no dicha me impactó. Su mujer. Su mujer había estado enferma, frágil y atormentada. Su genuina compasión había surgido de haber amado una vez a una mujer que había luchado. ¿Por qué no iba a poder amar a otra?

— Estoy muy enfadada contigo, Callum — grazné, con nuevas lágrimas brotando—. ¿Cómo te atreves a ocultármelo? Tenía tanto miedo. Yo...

Con suma delicadeza, acercó mi cuerpo al suyo, haciéndome callar.

— Tenemos toda una vida para que te pida perdón.

Lloré contra su hombro desnudo, dejando que la ansiedad y la tristeza de mis preocupaciones sacudieran mi cuerpo. Me abrazó mientras yo temblaba, derramando mi dolor.

The Cruel

Bea Northwick *Dark*

— En realidad no sabes nada de mí — sollocé.

— Entonces cuéntamelo todo, mi amor.

Así lo hice.



Mis padres, Thomas y Laura, se habían casado en la adolescencia, y mis abuelos por ambas partes esperaban consolidar su patrimonio con la unión. Mi madre había crecido en una casa estricta y de temperamento fuerte, por lo que la gente, incluido mi padre, tendía a procurarla a distancia. La colmaba de todos los lujos que podía permitirse, pero no le ofrecía verdadero afecto por mucho que ella se lo pidiera. Cuando nací, la poca atención que le prestaba mi padre a se trasladó a mí, y creo que eso fue lo que hizo que me odiara.

Me abandonaron a las niñeras hasta que cumplí cinco años y el gasto se consideró innecesario. Después, aparte de la escolarización obligatoria a cargo de un tutor privado sin espíritu, me dejaron a mi aire. Permanecí casi siempre en la cocina con la única persona de la casa que me quería, la cocinera, la señora Reeves.

Lo mejor para mí habría sido que mi madre se hubiera olvidado de mi existencia, pero a veces me buscaba e intentaba ser madre después de todo, pero los encuentros siempre acababan mal. Decía algo equivocado, miraba mal o tenía modales que ella desaprobaba. Me abofeteaba, me pellizcaba y me gritaba por faltas menores, y lo peor de todo eran las veces que venía a mí ya furiosa, ya sin piedad. No podía hacer nada para complacerla, e inevitablemente me encerraba en el armario como castigo. A veces me dejaba allí un día entero hasta que la Sra. Reeves o mi padre sabían que se había dormido y podían liberarme. Aprendí a callarme. Llorar y gritar solo me dejaba ronca, y nadie se atrevía a intentar salvarme y provocar la ira de Laura Foxboro.

Cuando cumplí trece años, mis problemas se multiplicaron cuando sus amigos empezaron a preguntarse por qué no estaba en las cenas y fiestas familiares. De repente, se esperaba mi presencia. Para evitar que la avergonzara, me instruía sin cesar sobre etiqueta, temas de conversación y

The Cruel

Bea Northwick *Dark*

política. Me pegaba con un cepillo si contestaba mal y me pinchaba los dedos con horquillas si no llevaba el pelo rizado por la noche.

Mi salvación, pero también mi mayor mortificación, fue cuando empecé a vagar por la casa de noche, dormida y persiguiendo sueños, abriendo puertas y ventanas, rebuscando en cajones, bajando platos de la cocina y toallas de los armarios. Me despertaba en medio del caos que había creado sin saber cómo había llegado hasta allí. Al principio, mi madre se lo tomaba solo como una oportunidad para reírse de mí y criticar mi mente débil, pero una noche llegué hasta su habitación, rebuscando en su maquillaje. Cuando se despertó para gritarme y yo seguía tirando solo frascos y polvos al suelo, mi padre me dijo que me había dado una bofetada y que, en represalia, yo la había atacado, golpeándola en la cabeza con el mismo pincel que ella usaba a menudo conmigo. La dejó incapacitada durante semanas. No recuerdo nada de eso, aunque me alegro de que ocurriera. Me alegro de haberle hecho daño. Cuando más tarde le pregunté a mi padre por qué no me había detenido, su única respuesta había sido un abrazo. Fue el último que me dio.

Después de esto, mi madre me tenía miedo, por lo que pudiera hacer por la noche, y mi habitación se cerraba con llave desde el exterior cuando se ponía el sol. Decía a sus amigas que yo era una lunática y que debían enviarme a un sanatorio por mi seguridad. Mi padre intervino y en su lugar me envió al internado St. Nunca me recibieron en casa. Pasé las vacaciones de invierno y verano en los dormitorios, y cuando asistí al colegio femenino de Nueva York, me alojé en una casa de vecindad con otras cuatro chicas que trabajaban de noche como telefonistas.

Cuando por fin me gradué, mi madre decidió que había tenido suficiente éxito como para serle útil y me llamó. En su carta me pedía que volviera para poder prepararme para la vida como esposa educada de un hombre que ya había elegido, un señor mayor divorciado al que conocía de la infancia, con mal carácter y bolsillos llenos. Mi padre envió otra carta rogándome que no volviera y adjuntándome dinero suficiente para que me fuera a cualquier parte a empezar mi vida por mi cuenta. Pero yo quería volver, al menos para mirar a mi madre a los ojos y desafiarla despidiéndome, para ver su cara cuando desdeñara sus planes, cuando le demostrara que no podía dejarme intimidar y vencer hasta la sumisión.

The Cruel



Bea Northwick Dark

Había vivido años sin ella, pero ardía en deseos de servirle el rechazo que siempre me había dado. Era lo único que llenaba mis pensamientos.

Cuando llegué, la casa estaba vacía. No había personal por ninguna parte. Más tarde supe por la Sra. Reeves que todos habían sido despedidos, echados a la calle sin perdón ni indemnización. Deambulé por los alrededores, llamándolos por sus nombres, buscando a alguien. Por fin, miré en la habitación de mi madre, su tocador perfectamente arreglado, un vestido planchado y colgado en el cambiador, preparado para una fiesta, y su alfombra blanca empapada de sangre por el montón de su cuerpo sin vida, con la mitad de la cara destrozada por una herida de bala. Mi padre yacía cerca, en la cama, con la pistola aún en la mano. También se había pegado un tiro.

En una nebulosa, lo cubrí con una manta de cachemira de los pies de la cama, ignorando el cuerpo de mi madre, y bajé las escaleras para llamar a la policía. Cuando trasladaron los cadáveres de mis padres, encontraron el catalizador de la tragedia: la carta que declaraba mi regreso, metida en el bolsillo de mi padre. Se había retrasado, y no fue entregada hasta esa mañana, pocas horas antes de mi llegada. En cuanto terminó el funeral, vendí la casa, tomé el poco dinero que quedaba después de pagar las deudas de mis padres y compré un billete de tren a California. Subí a ese tren sin ningún plan, sin más dinero, y me desperté en Massachusetts cuatro años después.



Callum me sostuvo durante toda la confesión de mi vida, y cuando terminé, habiendo dicho en voz alta las partes más esenciales, se hizo completamente de noche, dejándonos solo en las sombras de la luz del fuego.

—He perdido muchos años —susurré—. Tengo un carácter terrible, y me persigue la voz de mi madre, y pesadillas de mujeres llorosas saltando por las ventanas.

No pude evitar una risa sardónica, sacudiendo la cabeza ante mis propios desvaríos, pero él permaneció en silencio. Por fin, hablé del miedo que nunca había revelado a otra alma.



The Cruel

Bea Northwick Dark

—Maté a mis padres, Callum. Están muertos por mi culpa y mi orgullo.

—No —respondió, su tono inflexible—. Tu padre tomó sus propias decisiones.

—Para protegerme de mí misma.

—Para protegerte de tu madre. Pero no te conocía muy bien, Millicent Foxboro. Habrías tenido el valor de irte tal y como habías planeado. Su ignorancia de la fuerza de su propia hija lo llevó a cometer sus últimos errores. Nada de eso es culpa tuya.

—No seas mentiroso —murmuré, desinteresada por la falsa admiración aunque me la dieran para calmar mi dolor.

—Debes dejar de pensar siempre lo peor de mí. —Me levantó la barbilla y sus ojos recorrieron mi cara como si memorizara cada línea, cada hueco y cada hoyuelo—. Y de ti misma. Eres una fuerza de la naturaleza y, a pesar de tus pruebas, has sobrevivido con un espíritu digno de su propio folclore. Hasta ahora has atravesado el infierno sola, pero ya no estás sola, Millie. Nunca más.

Empecé a llorar de nuevo, y él me besó en la frente, atrayéndome de nuevo hacia su cuerpo, susurrando sus dulces y reconfortantes palabras. Cuando se me acabaron las lágrimas, hicimos el amor en el apacible resplandor del fuego moribundo.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

CAPÍTULO 18

A primera hora de la mañana, me desenredé de Callum. Él había insistido en que no importaba que todo el mundo supiera que no había dormido en mi habitación, pero pensé que debíamos disfrutar del secreto un rato más. Por primera vez, corrí por los pasillos de Willowfield con paso ligero, sin miedo a la penumbra. Había un resplandor en el mundo, una nueva magia que hacía que los pasillos, antes siniestros, estuvieran radiantes y llenos de posibilidades.

Los días siguientes, a petición mía, estuvieron ocupados con intentos de alejar a los demás de toda sospecha. No era una tarea demasiado difícil, ya que el profesor había procurado renovar las reformas de Willowfield, lo que lo obligaba a estar a menudo fuera reuniéndose con las empresas que contratarían las obras. Esperaba tener tiempo para organizar la fiesta de primavera, dar la bienvenida a la comunidad de nuevo a la casa y, como dijo, «con suerte, poner fin a todas las tonterías sobre embrujos».

Me involucré en todo lo que pudo, y me encontré trabajando en listas de contabilidad para reparaciones, pedidos de flores y pagos a los trabajadores que llenaban los jardines preparando la tierra para su gran revelación. Seguía teniendo sueños extraños, susurros que me hacían cosquillas en los oídos incluso a la luz del día, roces de dedos en los hombros, en el pelo, pero con suficiente concentración y fuerza, podía alejarlos, recordarme a mí misma que eran fantasmas nacidos de un miedo innecesario. Me sentía dueña de mí misma, capaz y tranquila, y me gustaban los preparativos, que me daban trabajo en cada momento del día y me liberaban de pensar constantemente en Callum y en las cosas que hacíamos cuando nadie nos veía.

Descubrí que había estado en lo cierto con respecto a los cuadernos de botánica de la señora Hughes. Estar familiarizada con las flores que crecían en la finca era un aspecto esencial de la gestión de las cosas, y con solo una gota de culpabilidad restante, saqué el diario de la cómoda y empecé a leer de nuevo desde el principio, estudiándolo con detenimiento y copiando información para mí en un libro aparte por mi cuenta. Di las gracias en

The Cruel

Bea Northwick Dark

silencio a la mujer, que en paz descanse, por haber dejado atrás sus conocimientos y el legado de su amor por Willowfield. Una tarde, hice una pausa en mis transcripciones y me senté de nuevo en la silla, mirando por la ventana hacia los jardines. Callum había insistido en que me hiciera cargo de este pequeño despacho con todo su delicado mobiliario. Me había sentido incómoda durante los dos primeros días, ya que ninguna de las cosas era de mi agrado. Era una intrusa en este espacio, aunque todo lo que necesitaba estaba aquí.

La señora Hughes se había sentado una vez en esta misma silla y había hecho su propio trabajo, posiblemente deteniéndose como yo para observar los jardines. Aunque aún sabía muy poco de ella, sentí pena por la felicidad robada y decidí no dejar que me ocurriera lo mismo. A Callum le gustaba pasar por allí entre recado y recado para sentarse en las delicadas sillas, humorísticamente demasiado delicadas para él, y hablarme de cosas en las que yo no tenía experiencia.

Una mañana me reí de él.

—No tengo conocimientos empresariales, y escuchar toda tu cháchara sobre acciones y seguridad en las fábricas es como oír a alguien hablar otro idioma.

—Tienes una mente como una trampa de acero. Te pondrás al día. En cualquier caso, son cosas que tendrás que aprender, así que será mejor que empieces, pero primero... —Sonrió y se quedó el tiempo suficiente para lanzarme sobre la tumbona, rodear sus hombros con mis muslos y desvalijarme con su boca. Mi deseo por él en todos los sentidos era insaciable, y estaba decidida a convertirme en la amante que Willowfield necesitaba y Callum merecía.

Cuando hube transcrito suficientes notas sobre las plantas en mi propio libro, lo saqué al exterior para trazar un mapa de los lugares de crecimiento de cada flor. Quería saber dónde encontrarlas para, cuando llegara el momento de la floración, volver a visitarlas y descubrir por mí misma sus bellezas y aromas. Fue una deliciosa búsqueda del tesoro. Cuando me despedí del topiario, casi me tropiezo con Rodney, cubierto de tierra pero feliz de pies a cabeza.

— ¡Señorita Foxboro! Encantado de verla. ¿Qué tienes ahí?

The Cruel

Bea Northwick Dark

Le enseñé el librito y le conté lo que estaba haciendo, y él me dio algunas indicaciones sobre dónde encontrar las flores que aún no había documentado. Me sonrió, luego se apoyó en su pala y se rascó la frente por debajo de su sempiterna gorra plana.

—Willowfield tiene suerte. No ha habido una dama tan interesada en este lugar desde que perdimos a la señora Hughes.

Rodney fue el único que habló de la mujer tan abiertamente. El secretismo en torno a ella seguía siendo pesado como una cortina alrededor de un lecho de muerte. Ni siquiera me atrevía a preguntarle a Callum, por si le causaba un dolor excesivo. No quería inspirar líneas de dolor en su rostro.

—Me preocupa hacer demasiadas preguntas por si molesto a alguien, pero a ti parece molestarte menos. ¿Cómo era la señora Hughes?

Se lo pensó un segundo y luego soltó un largo suspiro.

—Era frágil, nerviosa y callada, se agobiaba con facilidad, pero cuando estaba en este jardín, brillaba como Venus, y mantenía todo el lugar lleno hasta los topes en invierno con todas las flores del invernadero. En general, una buena mujer, y mucha gente la quería. Es una pena lo que pasó.

—¿Qué pasó? —pregunté con cierto aire de frustración que no había querido expresar. Rodney pareció comprender y se puso serio.

—Fue algo rápido, para ser sincero. Se volvió paranoica e inquieta, no podía dormir en la casa. Demonios, yo tampoco puedo. Por eso me quedo en la cabaña. Varias mañanas la encontré aquí durmiendo en el suelo, en el laberinto, dentro de ese maldito círculo de hadas. Lloraba todo el tiempo, un alma miserable y una sombra de sí misma. No soy una persona que deba hacer conjeturas, pero el profesor Hughes no la trató con suficiente delicadeza. Seguía pidiéndole más y más de ella cuanto peor estaba. Realmente, no estaba bien de la cabeza.

Se me heló la sangre.

—La casa ha sido un cementerio durante los últimos años. Aunque, con usted aquí, señorita Foxboro, las cosas están mejorando.

—Mi asignación es solo por unos meses más, Rodney —le recordé.

—No estoy tan seguro —dijo, manejando algo de tacto—. Conozco a Callum desde que éramos niños. Está claro que le gustas. Puede que esto

The Cruel

Bea Northwick Dark

sea atrevido, pero lleva tiempo buscando a alguien que llene ese hueco en su vida.

Irritada porque nuestros intentos de mantener el secreto no funcionaban, estaba preparada para decirle a Rodney que era demasiado atrevido cuando añadió:

— Ese hombre tiene un tipo, y sería un tonto si no te echara el ojo.

Era muy atrevido, pero su descaro iba acompañado de una especie de afabilidad inofensiva que me impedía enfadarme demasiado con él.

— Ten cuidado, Millie — dijo, volviéndose hacia la casa, amor y aversión en guerra en sus ojos —, Willowfield y su amo exigen mucho de quien los ama.

Quería decir algo más y yo quería que me lo explicara. En lugar de eso, se quitó la gorra y se marchó al trabajo, lamentando que los nuevos empleados estuvieran destrozando algo.

Varias horas más tarde, la señora Dillard entró en la biblioteca y nos encontró a Callum y a mí muertos de risa, abrazados por otro de los dibujos de su infancia que habíamos encontrado, esta vez del director del colegio.

— ¿Se lo están pasando bien? — preguntó, mirándonos de reojo mientras dejaba la bandeja con el café.

Cuando se fue, suspiré tras ella. Había quedado claro que sospechaba.

— No hemos hecho un excelente trabajo ocultando esto — me lamenté.

— No hay nada que ocultar. — Callum me estampó un beso en la sien y luego volvió a colocar la irreverente foto en su sitio para redescubrirla algún día —. No hay nadie en esta casa que no celebraría nuestra felicidad.

A pesar de las pruebas que demostraban que ya no servía de nada fingir, seguí insistiendo en estar presente en mi habitación cuando Felicity me traía el té de la tarde. Esta noche estaba especialmente impaciente, dando vueltas y esperando siglos a que llegara, ansiosa por volver a los brazos de Callum. El tiempo se alargaba perezosamente, y justo cuando había planeado pasar el rato con un baño, Felicity llegó con el té y un plato de galletas de almendra espolvoreadas con canela y el habitual azúcar en polvo.

— ¿Las hizo la señora Dillard? — pregunté, tomé uno y le di un mordisco, el sabor familiar me inspiró una oleada de amor y pena por la señora Reeves.

The Cruel

Bea Northwick Dark

—Sí, dijo que habías mencionado que eran unas de tus favoritas.

La gratitud descongeló rápidamente mi corazón hacia la mujer y, aunque probablemente le disgustaría, planeé abrazarla la próxima vez que la viera. Felicity percibió la nueva ternura en mi rostro y sonrió.

—Ella es realmente muy agradable —dijo—. Siempre ha sido muy buena conmigo.

Le di las gracias y luego puse mi baño como excusa para no alargar la conversación como hacíamos a menudo. A pesar de ello, dudaba en irse.

—¿Qué pasa? —pregunté, sintiéndome una terrible amiga por haberla apresurado—. Aquí, siéntate. Podemos hablar de ello.

—No —dijo, luego abrió la boca como si fuera a cambiar su respuesta, solo para sacudir la cabeza—. ¿Has dormido bien?

La pregunta me puso en guardia. ¿Felicity también? Podría haberme reído, pero estaba tan angustiada que pensé que era mejor no hacerlo. Callum había dicho que nadie en la casa no nos celebraría. Felicity no estaba para nada jubilosa. Parecía perturbada.

—He dormido bien —respondí, comedida—. ¿Por qué?

—He estado oyendo ruidos por la noche —dijo apresuradamente. Mortificada y creyendo que había oído nuestro sexo, me preparé para explicárselo cuando ella continuó.

—Una mujer llorando. Supuse que debías ser tú y me preocupé.

El aire se enrareció. No había suficiente oxígeno. Me temblaban las rodillas y me senté con la excusa de preparar el té.

—No fui yo —dije, tratando de sonar curiosa y no asustada—. ¿La señora Dillard?

—La señora Dillard duerme en la habitación contigua a la mía. Estaba callada como un ratón. ¿Estás segura de que estás bien, Millie? ¿Me lo dirías si te pasara algo?

Aunque su sincera amistad me afectaba, no tenía forma de remediar sus ansiedades. Tal vez pudiera calmar sus temores, pero no los míos.

—Por supuesto. —Sorbí el té para disimular mi mentira. Aparte del intenso dulzor al que me había acostumbrado últimamente, era amargo, demasiado fuerte. Apenas pude evitar escupir el bocado en la taza. El sabor persistía en mi lengua incluso después de tragar, pegajoso y mordaz. Bajé

The Cruel

la taza y noté un residuo blanco como una película flotando en la parte superior, sin disolver. El té se había echado a perder.

— ¿Crees en los espíritus? — dijo, con voz frágil como las alas de una mariposa.

Casi se me cae la taza de té.

El ligero color de su rostro había desaparecido por completo, y parecía un fantasma, pálida y pequeña en el crepúsculo tardío que se filtraba por las ventanas.

— No — dije con firmeza.

— La señora Hughes lo hacía — susurró.

— Lo sé — respondí, y luego me decidí—. He sido yo. He estado llorando por la noche, Felicity. Lo siento mucho. Echo de menos Boston, y no estoy segura de lo que voy a hacer cuando termine este trabajo. Siento mucho que te haya asustado. Te prometo que estoy mejor ahora.

Sus pequeños hombros se hundieron con tal alivio que me levanté de mi asiento y la rodeé en mis brazos. Sorprendida, se puso rígida y yo la sostuve como una estatua, pero cuando me dispuse a soltarla, ella levantó los brazos para devolverme el abrazo. Olía a madreselva y lanolina, y deseé que estuviera en un lugar más feliz.

— Eres una buena amiga, Felicity. Gracias por cuidarme. Por favor, no te preocupes. Todo va bien — le aseguré, dándole otro apretón.

Cuando se marchó, después de preguntarme repetidamente si podía hacer algo por mí, volví a la mesa y me apoyé temblorosamente en ella. Intenté convencerme de que había oído mis actividades y las de Callum y las había malinterpretado, pero era poco probable.

Necesitaba ver a Callum, necesitaba oírle decirme lo absurda que era la gente que creía en espíritus y, sin embargo, me resistía a ir cuando me encontraba en semejante estado. Mi miedo me avergonzaba. Estaba siendo tonta, y Felicity también. Para demostrar que podía abordar las cosas con la mente nivelada, decidí darme un baño después de todo. Me metí una de las galletas en la boca, con la esperanza de disipar el horrible y rancio sabor del té, y me dirigí al baño.

Hice correr el agua de la bañera tan caliente como pude soportar y vertí las sales perfumadas. La fragancia llenó la habitación con el lujo de las violetas, y la aspiré, intentando desterrar la nueva infelicidad que la

Bea Northwick *Dark*

revelación de Felicity había despertado en mí. Cuando empecé a desvestirme, me vi en el espejo con unos moratones del tamaño de la punta de un dedo que me manchaban las caderas y los muslos por el vigoroso manoseo de Callum. Me los toqué con cautela, con el deseo floreciendo. De pie, desnuda, intenté ver lo que él hacía y apreciar cada parte que intentaba devorar en su amor.

Tal vez eso era lo que Rodney había querido decir con su críptica advertencia. Las exigencias de Callum sobre mi cuerpo eran muchas, pero ¿no eran las mías igual de absorbentes? Nunca había salido de sus brazos sintiéndome menos, como si me hubieran quitado algo. No sentía vergüenza ni ansiedad. Cuando él estaba cerca, yo era más.

Con el corazón palpitando de necesidad, deslicé los dedos entre mis piernas y sobre el apretado nudo de placer, cantando de deseo por él. Imaginé la cantidad de veces que Callum había hecho este trabajo, tan recientemente como aquella mañana en la biblioteca, mientras estudiábamos un texto mal anotado. Su mano había subido por mi muslo y me había ordenado que me quedara completamente quieta y siguiera leyendo en voz alta mientras él me acariciaba por detrás, corrigiendo mi pronunciación cuando el éxtasis me hacía tartamudear. Me frotaba con movimientos seguros, aun sabiendo mejor que nadie cómo satisfacer eficazmente mi deseo. A pesar del dominio de mi propio cuerpo, saber que esto no podía saciarme avivaba aún más mi pasión. Cerré los ojos, la estimulación me dejaba curiosamente mareada, la sensación de no estar atada a la gravedad se filtraba por mis miembros con cada roce de mis dedos. Llegué al orgasmo con una exhalación estremecedora.

Cuando la dicha disminuyó, permanecí inmovilizada, distante en una extraña neblina no tan halagüeña como debiera. No me sentía contenta, sino ligeramente enferma, con el aire pesado en los pulmones. Al abrir los ojos, el baño estaba tan lleno de vapor que mi imagen en el espejo parecía fantasmal, una mera mancha de color. El corazón me latía con fuerza y el estómago me daba un vuelco mientras corría hacia la bañera para cerrar el grifo. Al acercarme, mis pies chapotearon en el agua caliente. La bañera rebosaba por el suelo, y me reprendí por la descarada lujuria que me había llevado a olvidarme del baño y a montar semejante desaguisado. Algo inusual se hizo visible entre el espeso vapor, su peculiar forma me hizo

The Cruel

Bea Northwick
Dark

dudar incluso cuando los hirvientes riachuelos me bañaban los dedos de los pies. Agité una mano a través de la bruma para despejar mi campo de visión.

El cuerpo de una mujer flotaba en la cresta del agua, con largos cabellos blancos sobre el borde de la bañera, arrastrados por la corriente. Tenía las rodillas dobladas, como si se hubiera ahogado mientras rezaba de rodillas, y el grifo le caía sobre la nuca, haciéndola oscilar enfermizamente arriba y abajo. Instintivamente, me lancé a salvarla y enganché mis brazos bajo los suyos para sacarla de allí. Cuando mis manos tocaron su piel, ésta se despegó del músculo y el hueso formando zonas blandas e hinchadas. Abrí la boca para gritar, pero me atraganté y me sacudí las vísceras carnosas. Se me pegó a las uñas como si fuera arcilla. El movimiento me hizo resbalar y me agité hacia atrás. Mi esfuerzo por mantenerme erguida me desequilibró aún más y caí al suelo con la cabeza rozando la bañera de porcelana. El color blanco llenó mi visión y me tumbé en el suelo, agarrándome el punto palpitante que tenía sobre la oreja mientras el dolor y la repulsión me producían náuseas. Me concentré en darme la vuelta y arrastrarme hasta el tocador sin vomitar, atreviéndome a mirar hacia atrás mientras me levantaba, solo para encontrar la bañera vacía de cadáveres. No había ninguna mujer, ningún tejido corporal en descomposición, solo el tumulto del agua que seguía cayendo al suelo.

Desorientada y horrorizada, me agarré la bata cuando me llegó un ruido por debajo de la puerta del baño.

Llanto.

Tan rápido como pude, con cuidado de no perder el equilibrio, me eché la bata sobre los hombros temblorosos y entré a trompicones en el dormitorio, cayendo de nuevo sobre las manos y las rodillas mientras el mundo pataleaba y daba vueltas. El llanto era desgarrador, la fuerza de todas las penas que un cuerpo puede sentir me llenaba la cabeza. La mujer de blanco estaba a los pies de mi cama, llorando entre las manos, con el cuerpo encogido sobre sí mismo. Yo estaba dormida. Inconsciente. Tal vez mi cuerpo seguía en el suelo del baño, donde había resbalado, y mi alma vagaba. Tenía que ser así. Los fantasmas no eran reales. Mi estómago se rebeló y la bilis subió a mi garganta. Me puse en pie de un salto, sin apartar los ojos de la figura que estaba a un metro de mí.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

—¿Qué quieres? —exigí, ronca, abrumado por el momento y sin saber qué más hacer.

La criatura se agazapó al oír mi ira, esperando atacar o ser atacada ella misma. Vaciló, balanceándose sobre las manos, antes de salir de la habitación a cuatro patas, como había hecho la noche en que la perseguí hasta la habitación de Callum. Sabía que esperaba que la siguiera, que me llevara a algún lugar donde no debía estar, como la habitación de mi jefe o una cornisa abierta, pero no podía quedarme aquí. Si lo hacía, nunca podría estar en paz con Callum ni con Willowfield.

Agarrándome la bata, corrí tras el fantasma de la señora Hughes.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

CAPÍTULO 19

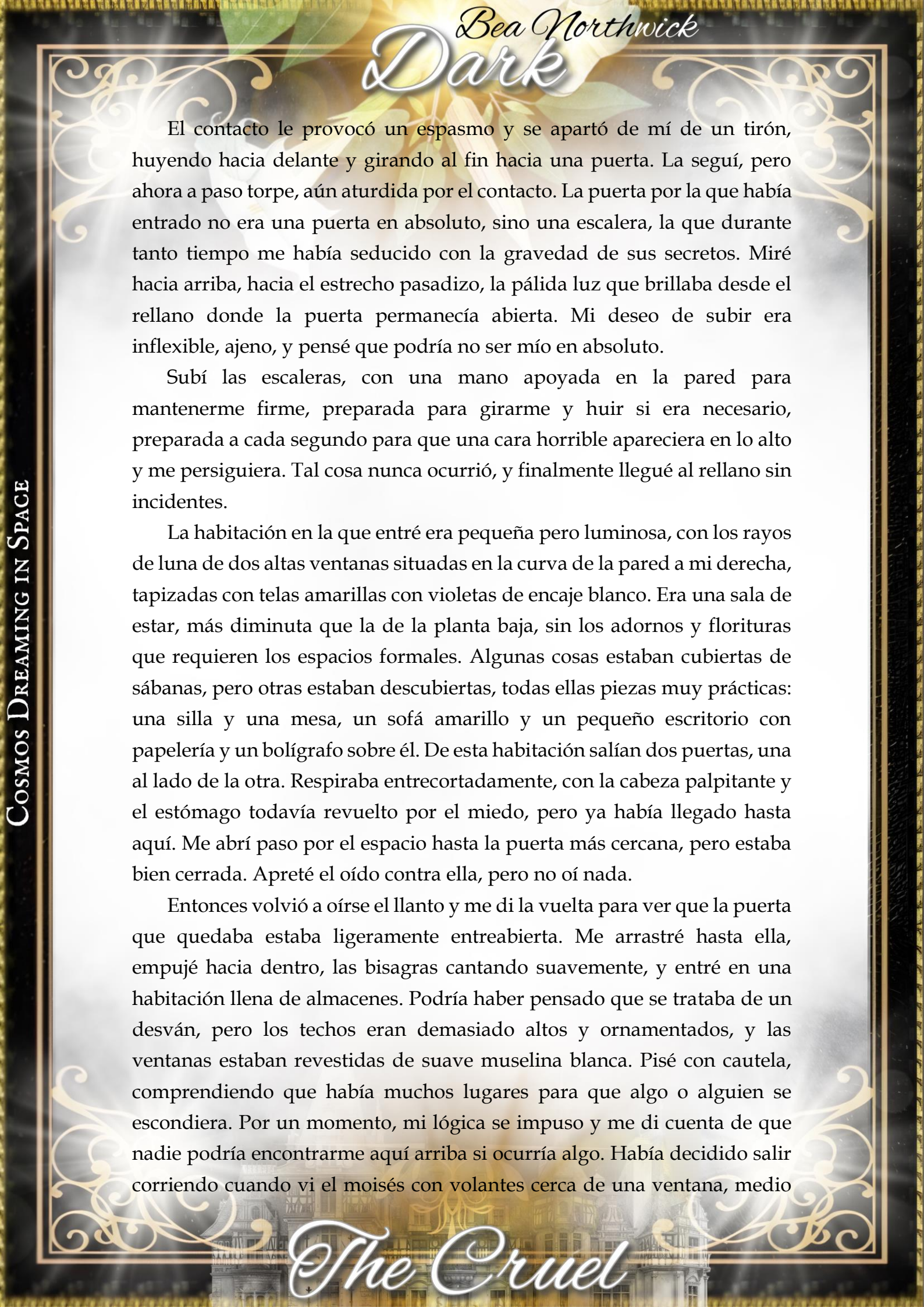
El espíritu pareció guiarme de nuevo a la habitación de Callum y, aunque tanteé, seguí el paso, pues ya conocía el camino. Floté en una niebla de dolor y desesperación, siguiéndolo, ebria por la necesidad de resolver este horrible misterio. Si realmente se trataba del fantasma de la señora Hughes, deseaba con todas mis fuerzas saber qué la había llevado a frecuentar esta casa. Tal vez me odiaba por estar donde ella debería haber estado, amando al hombre que una vez había sido suyo. El nuevo peligro de esta opción hizo vacilar mi resolución, pero mis especulaciones no me llevarían a ninguna parte excepto a acobardarme y agacharme ante las sombras para siempre. Fuera lo que fuera lo que este espectro quería, necesitaba saberlo.

Me preocupaba vagamente tropezar con las alfombras arrancadas o pisar los clavos de carpintería que habían quedado atrás, pero mis pies se las arreglaron para encontrar los lugares más seguros y mantuve a la señora Hughes a la vista mientras llegaba a la puerta de Callum. En lugar de deslizarse hacia el interior, giró bruscamente hacia el centro de la casa, donde una vez me había perdido, y hacia la oscuridad casi total de los pasillos interiores, donde ninguna ventana ofrecía el perdón de la luz de la luna. Cualquier idea que hubiera tenido alguna vez de que aquella cosa pudiera ser humana se desvaneció cuando contemplé el brillo sobrenatural que impedía que se desvaneciera en la penumbra que nos rodeaba.

Se detuvo y se enderezó desde la agazapada infernal en la que se había puesto, llevándose las manos a la cara en su eterna pose de dolor, pero sus aullidos no se reanudaron. En lugar de eso, permaneció en silencio, esperando como un ángel de piedra que llora sobre las frías tumbas de los perdidos. Con cautela, salvé el espacio que nos separaba y le tendí la mano.

— ¿Señora Hughes? — susurré, rozando con los dedos los rizos sueltos de su pelo, que flotaban ligeramente como si aún estuviera sumergida en el agua del barranco. Mi tacto no la atravesó como sospechaba, sino que se enredó en los mechones. Podía sentirla.

The Cruel



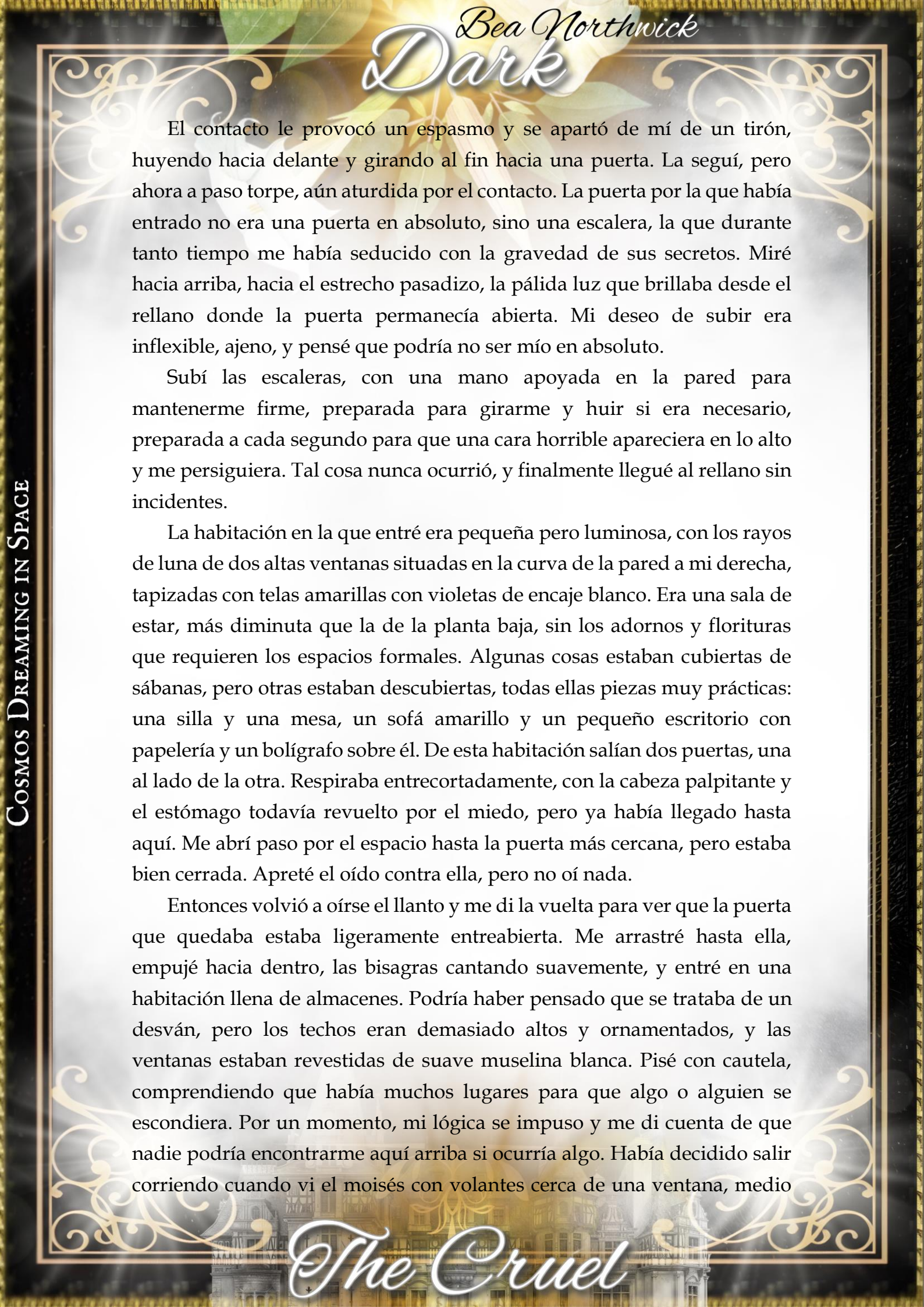
Bea Northwick *Dark*

El contacto le provocó un espasmo y se apartó de mí de un tirón, huyendo hacia delante y girando al fin hacia una puerta. La seguí, pero ahora a paso torpe, aún aturdida por el contacto. La puerta por la que había entrado no era una puerta en absoluto, sino una escalera, la que durante tanto tiempo me había seducido con la gravedad de sus secretos. Miré hacia arriba, hacia el estrecho pasadizo, la pálida luz que brillaba desde el rellano donde la puerta permanecía abierta. Mi deseo de subir era inflexible, ajeno, y pensé que podría no ser mío en absoluto.

Subí las escaleras, con una mano apoyada en la pared para mantenerme firme, preparada para girarme y huir si era necesario, preparada a cada segundo para que una cara horrible apareciera en lo alto y me persiguiera. Tal cosa nunca ocurrió, y finalmente llegué al rellano sin incidentes.

La habitación en la que entré era pequeña pero luminosa, con los rayos de luna de dos altas ventanas situadas en la curva de la pared a mi derecha, tapizadas con telas amarillas con violetas de encaje blanco. Era una sala de estar, más diminuta que la de la planta baja, sin los adornos y florituras que requieren los espacios formales. Algunas cosas estaban cubiertas de sábanas, pero otras estaban descubiertas, todas ellas piezas muy prácticas: una silla y una mesa, un sofá amarillo y un pequeño escritorio con papelería y un bolígrafo sobre él. De esta habitación salían dos puertas, una al lado de la otra. Respiraba entrecortadamente, con la cabeza palpitante y el estómago todavía revuelto por el miedo, pero ya había llegado hasta aquí. Me abrí paso por el espacio hasta la puerta más cercana, pero estaba bien cerrada. Apreté el oído contra ella, pero no oí nada.

Entonces volvió a oírse el llanto y me di la vuelta para ver que la puerta que quedaba estaba ligeramente entreabierta. Me arrastré hasta ella, empujé hacia dentro, las bisagras cantando suavemente, y entré en una habitación llena de almacenes. Podría haber pensado que se trataba de un desván, pero los techos eran demasiado altos y ornamentados, y las ventanas estaban revestidas de suave muselina blanca. Pisé con cautela, comprendiendo que había muchos lugares para que algo o alguien se escondiera. Por un momento, mi lógica se impuso y me di cuenta de que nadie podría encontrarme aquí arriba si ocurría algo. Había decidido salir corriendo cuando vi el moisés con volantes cerca de una ventana, medio



The Cruel

oculto por otros objetos que se amontonaban a su alrededor. Me acerqué y miré dentro.

La pequeña cuna estaba cuidadosamente confeccionada con algodón blanco ribeteado de encaje. Toqué el móvil que colgaba encima, con sus estrellas centelleantes girando alrededor de una luna creciente inmóvil, brillante y llena de lentejuelas. Al apartar la tela del bulto más cercano, vi un caballo balancín de roble, con las crines castañas cepilladas y trenzadas. Cosas de niños. Pero Callum no tenía hijos.

Las primeras palabras prohibidas que había leído sonaron en mis oídos como una campana aguda y estridente.

«No puedo darle la familia que tan desesperadamente quiere».

Esto había sido una guardería. Se me llenaron los ojos de lágrimas, un dolor fantasma se abrió en mi vientre y me sacudió con una convulsión de músculos que me hizo chocar contra un cambiador cercano, donde había un juego de pañales de tela doblados y listos para usar, amarillentos por el paso del tiempo. Las contracciones se intensificaron, nublándome la vista, y por fin cesaron, dejándome sin aliento y húmeda de sudor. ¿Era esto lo que la Sra. Hughes quería que viera? ¿Sus expectativas de un futuro brillante que nunca llegó?

Un nuevo sonido me distrajo de mis horribles pensamientos. Contra la pared del extremo opuesto de la pequeña habitación había un armario, de madera blanca a juego con los demás elementos de la habitación. No era grande, solo lo suficiente para guardar todo lo necesario para un bebé. Lo suficientemente grande como para que una persona se escondiera en él. Mi impulso de retroceder solo fue vencido por la visión de una mano que tiraba de la puerta para cerrarla desde dentro. No necesitaba apresurarme, y no podía hacerlo además, el dolor en mi cabeza y estómago era demasiado feroz. Si había alguien allí, no podía ir a ninguna parte. Llegué a las puertas, luchando contra los recuerdos que me suplicaban que dejara esto estar. Pero lo superaría, lo haría. Abrí la puerta de golpe y rápidamente metí las manos en las cosas que colgaban dentro, batas de enfermera, mantas tejidas y sábanas de cuna frescas. Toqué la parte trasera del armario, los laterales, sin encontrar nada con forma humana. Estaba a punto de echarme a llorar cuando un fuerte golpe me dio en el centro de la espalda, dejándome sin aliento y lanzándome hacia delante. Me agarré a

Bea Northwick *Dark*

una bata, pero se cayó de la percha y yo caí con ella. Otro gran empujón levantó mis caderas más alto que mi cabeza, mi cara se estrelló contra la esquina interior mientras mi cuerpo era doblado en el pequeño espacio. La puerta se cerró de golpe contra mí, aplastándome el pie, que aún colgaba ligeramente hacia fuera, contra el embellecedor. Grité de dolor y me di la vuelta, intentando girar sobre mi espalda para liberar el pie, pero permitiendo que el pestillo se cerrara.

Enloquecida por el pánico y el dolor, chillé tratando de arrojar mi peso sobre las puertas interiores, pero me enredé en las telas de las sábanas nunca usadas. Golpeé las manos una y otra vez contra la madera inflexible, la herida que cicatrizaba en mi palma se abrió, enviando ondas de choque por mi brazo. Supliqué ayuda y, en mi febril agitación, llamé a la señora Reeves, muerta hacía tiempo, y mi infancia me envolvió. Iba a asfixiarme aquí. Esta era mi tumba.

La voz de mi madre resonó en mis oídos.

«¡Muere ahí dentro por lo que a mí respecta, pequeña zorra! ¡No vuelvas a tocar mis cosas! Millie la loca, deberíamos enviarte a un sanatorio y te encerrarían en un cuartito como éste. Nadie te quiere. ¡Nadie te ha querido nunca!».

Con un último grito de esfuerzo, empujé la puerta con el hombro y apoyé los pies en la pared del fondo, empujando con todas mis fuerzas hasta que, por fin, se oyó un crujido de madera y el pestillo cedió con una lluvia de astillas, dejándome caer al suelo y con la cabeza golpeándome contra las tablas. Rodé sobre mi estómago y solo vomité una espumosa bilis amarilla. Débilmente, estiré la mano para encontrar algo que me ayudara a levantarme. Mis manos solo agarraron la gruesa lona de otro guardapolvo y lo sacaron de su sitio. Al caer, levanté la vista y vi la cara del fantasma a escasos centímetros de la mía.

Grité hasta que la oscuridad se cerró y dejé de ver y sentir nada más.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

CAPÍTULO 20

Me desperté en la cama de Callum, con la cabeza palpitante y fiebre en las sienes. Sentía la boca como el interior de un molino de algodón. Giré el cuello rígido en busca de algo que me conectara a tierra, que disipara la miserable desorientación. Recordé voces y la ingravidez de ser transportada, pero el resto estaba oscuro. Me tocaron suavemente la frente, apartándome un mechón de pelo mojado, y esperaba encontrar a Callum, pero en su lugar estaba Felicity, con los ojos enrojecidos. Cuando vio que había notado su presencia, me hizo callar.

—No estás a salvo —susurró.

—¿Por qué? —carraspeé, con la garganta en carne viva por los gritos y la acidez estomacal.

—Quiere demasiado. —Me dio un beso en la cabeza, sus lágrimas cayeron sobre mis mejillas como si fueran mías.

La puerta se abrió y ella se apartó de mí, ocupándose de recoger un montón de ropa de cama que estaba en la silla cercana. Callum había entrado, seguido de cerca por la señora Dillard, y detuvo a Felicity cuando intentaba salir a toda prisa, inclinándose para hablar a un volumen que yo no podía oír. La criada me miró y se marchó.

La Sra. Dillard se acercó a mi cama y me puso las manos en la frente. Me instó a incorporarme y me ayudó a beber un vaso de agua antes de volver a recostarme en las almohadas. Tenía el pelo húmedo y olía a jabón de pimienta negra; supuse que me habían bañado, aunque no lo recordaba. Se excusó para preparar algo que mi estómago podría tolerar y me dejó a solas con Callum, cuyo rostro estaba dibujado por la preocupación.

Su mirada desterró el oscuro mensaje de Felicity. Solo quería sentirlo cerca y levanté la mano hacia él. Vino rápidamente junto a la cama y se sentó a mi lado, sujetándome los dedos con tanta fuerza que pensé que podría magullarme los huesos. No me quejé.

—¿Llamaste a un médico? —conseguí decir, incapaz de abordar directamente el tema de lo que me había ocurrido.

The Cruel

Bea Northwick Dark

— El doctor Hannigan está aquí. Vino ayer por la mañana temprano. — Sus mejillas estaban hundidas, sus ojos cansados y miserables —. Ya te ha diagnosticado esa cosa terrible que tuvo Felicity no hace mucho. Una gripe estomacal. Probablemente exacerbó lo que sea que te ha estado llevando a ser sonámbula. Prometió quedarse un día o dos para asegurarse de que te recuperararas.

— ¿Ayer por la mañana? — chillé —. ¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

— Casi dos días.

— Lo siento mucho — le dije. «Perdón por preocuparte, perdón por ir donde no debía, perdón por tu mujer, cuyo dolor había sentido y cuyo fantasma me atormentaba».

— No te disculpes. — Volvió a apretarme la mano, se llevó los nudillos a los labios y los besó suavemente —. Millie, ¿por qué estabas arriba en la torre?

La torre. La cosa de cuento de hadas que tanto me había intrigado estaba llena de muertos y de todas sus esperanzas marchitas. No estaba preparada para confiarle a Callum las cosas que me habían llevado a subir aquellas escaleras, pero sí para obtener respuestas.

— Estaba siguiendo ruidos — ofrecí esto pero no más —. Callum, había alguien ahí arriba. La vi, la toqué. Estábamos a centímetros la una de la otra.

— Millie, querida, arrancaste el guardapolvo de un viejo espejo. Te encontramos tumbada delante de él.

Sacudí la cabeza incrédula, insegura de mis experiencias. Intenté recuperar el equilibrio formulando mi propia pregunta, aunque apenas me salió.

— ¿Tuviste un hijo?

La repentina pena le asestó un violento golpe, y se llevó una mano a los ojos como si pudiera ocultarse de ella, con la boca en una fina línea de tristeza.

Cuando recuperó el control de su voz, respondió:

— Nada más que una esperanza. Perdimos dos embarazos muy pronto.

— Callum... — Fue mi turno de apretar su mano —, tienes que hablarme de tu mujer.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

Se tomó un largo momento, parecía buscar una razón para evitar la conversación, para no decir nada y fingir que ella no nos perseguía a los dos de una forma u otra. Por fin suspiró, apoyando los codos en las rodillas, cansado, con mi mano entre las suyas, el pulgar frotando círculos sobre mi dedo anular mientras intentaba organizar sus pensamientos.

—Ella era... —Hizo una pausa, su voz se quebró—. Era brillante y hermosa y le encantaba Willowfield. La prima de la señora Dillard la trajo de visita durante unos meses una primavera. Había estado muy mal y esperaban que la belleza de los jardines y el buen tiempo le levantaran el ánimo. El plan funcionó. Cuando la conocí en la cena del Día de la Independencia, estaba radiante. Dicen que no existe el amor a primera vista, pero para mí lo fue de verdad.

Mi corazón se estrechó con unos celos de los que me avergonzaba.

—Era una fuente de preguntas y curiosidad sobre los jardines, la perfumería y mi trabajo. Yo acababa de empezar a dar clases en la universidad local. No había tema del que no quisiera hablar, pero, como a ti, lo que más le fascinaba eran las historias de fantasmas.

—Mencionaste que fue idea suya que escribieras sobre hadas malévolas.

Me miró.

—No del todo. Al año de casarnos, empezó a perder el sueño. Su insomnio la retenía en la biblioteca hasta altas horas de la noche, y se topó con algunas de mis notas sobre el Dullahan, un jinete sin cabeza, y me pidió más lecturas sobre él. La guie despreocupadamente a todos los libros que tenía sobre monstruos. Me pareció inofensivo, encantadoramente excéntrico, pero ella se enamoró del enigma de sus mitos. Se volvió retraída, exhausta. Para traerla de vuelta a mí, decidí emprender aquel maldito proyecto y la incluí en la investigación. Al principio, tuvo un efecto asombroso. Volvió a ser la de antes, y lo pasamos muy bien.

Se rio un poco, recordando algún momento de alegría del que yo no había formado parte.

—De repente, estábamos esperando nuestro primer hijo, y su interés por la investigación disminuyó, sustituido por todas las preocupaciones y alegrías que conlleva la paternidad inminente, pero durante el segundo mes enfermó violentamente y abortó. Pensé que nunca se recuperaría. Se

The Cruel

Bea Northwick
Dark

quedó en cama, no quería ver a nadie más que a mí. Me dolía, pero no era nada comparado con el dolor que ella sufría, y yo no podía hacer nada por ella. Nos sorprendió que unos meses después volviera a estar embarazada, y el doctor Hannigan creyó que no había nada que temer. De nuevo, se puso tan enferma que no podía salir de la cama, y el bebé se perdió.

Las lágrimas se agolparon en las comisuras de sus ojos y mi empatía respondió del mismo modo. Mis celos se habían desvanecido, sustituidos por una profunda tristeza por la agonía que la mujer debía de haber experimentado, por la lucha que ambos habían soportado.

—Fuimos a un especialista, un médico nuevo de Boston. Fue condescendiente, sarcástico y, sin siquiera hacer un examen a fondo, miró a mi mujer y le dijo que no tenía constitución para tener hijos. Estaba destrozada. Yo quería una segunda opinión, pero ella se negó a ver a más médicos. Después de aquello se puso nerviosa, tenía miedo de su propia sombra y se obsesionó de nuevo con los fantasmas. Empezó a pasar mucho tiempo con esa tal Margaret.

La mención de Margaret le hizo apretar la mandíbula, y pasó un momento luchando en silencio contra su rabia.

—Hice lo único que se me ocurrió —continuó finalmente—. Nos fuimos de vacaciones. Unos meses fuera. Poco a poco, pareció mejorar. Nunca debí traerla de vuelta.

Se presionó el puente de la nariz, ahuyentando los recuerdos. Parecía dispuesto a parar, pero yo sabía que la historia no había terminado y necesitaba hacerlo.

—Tienes que decirme qué le pasó, Callum —le dije.

Cuando me miró, había algo que nunca había visto antes oscureciendo sus ojos dorados. Vergüenza.

—Tan pronto como empezó a recuperarse, empeoró. Se negaba a comer y a beber y empezó a rechazarme incluso a mí. Vagaba por los jardines cuando no estaba dentro, arrancando flores, garabateando en sus diarios. Hablaba de espíritus, de una mujer que se lamentaba durante la noche, y a mí me atormentaba el recuerdo de mi hermosa madre consumiéndose por la enfermedad, diciéndome que los Feéricos había venido a por ella como pago por nuestra buena fortuna, como pago por mí. Sabía que mi mujer había interiorizado de algún modo las historias de mi

The Cruel

madre y su obsesión por ellas. Se habían colado en su mente y se habían enconado allí. Me precipité y me enfrenté a ella, alterándola aún más. Me gritó, me acusó de ser un mutante.

—¿Qué hiciste?

No podía imaginar cómo debía de sentirse, que dos de las personas a las que más querías te creyeran inhumano. Sacudió la cabeza, sin ganas de continuar.

—¿Qué hiciste? —repetí en voz baja.

Ahora sus ojos se llenaron de todas las lágrimas que había estado intentando contener.

—Maldita sea, la agarré, la zarandeeé e insistí en que no estaba siendo aterrorizada más que por sus propias pesadillas. Necesitaba dulzura y yo, egoístamente, cedí a mi propia desesperación. Por supuesto, huyó de mí. Cargaré con esa culpa para siempre. —Se aclaró la garganta, intentó recuperar la compostura—. Había una tormenta infernal y ella huyó hacia ella. La seguí con el médico y varios miembros del personal, incluida la señora Dillard. El barranco estaba lleno, y se precipita como loco cuando hace mal tiempo. Estábamos preocupados.

Ya sabía lo que ocurriría a continuación.

—Los gritos, Dios, eran indescriptibles. Todavía los oigo por la noche, pero ni siquiera era ella.

Se levantó de su asiento y me dejó, el recuerdo demasiado vil, llevando su pena a la chimenea para que yo no tuviera que presenciarla.

—Fue Felicity —dijo al final, con crudeza—. La encontramos de rodillas junto al terraplén del barranco, haciendo ese ruido impío con Rodney intentando apartarla. Mi mujer había saltado al agua. Era negra como las fosas del infierno y corría tan rápido que no podíamos verla. Intenté saltar yo mismo para salvarla, pero Hannigan me contuvo. Él sabía mejor que yo sus posibilidades de sobrevivir. Sus restos fueron descubiertos la semana siguiente por la policía en un terraplén a varias millas de distancia. Estaba en tan mal estado que ni siquiera me dejaron...

Se derrumbó entonces, con una mano cubriéndole la cara y los hombros temblorosos.

Me deshice de las mantas y salí de la cama arrastrándome y temblando, corriendo hacia él tan rápido como me permitían mis débiles piernas. Me



Bea Northwick *Dark*

oyó llegar y se volvió para tomarme en sus brazos. Nos abrazamos, él se arrodilló y yo con él. Apoyé su cabeza contra mi hombro mientras lloraba. Cuando la pena pareció remitir por fin, se movió y me recogió en su regazo, apretando los labios contra mi frente.

— Eres muy valiosa para mí — dijo — . Deseo que estés bien.

Se me agarrotó el corazón, lleno de amor, pena y miedo, porque había visto las cosas que se paseaban por los pasillos de Willowfield y no creía que su mujer se hubiera vuelto loca.



The Cruel

Bea Northwick
Dark

CAPÍTULO 21

La primavera había florecido y yo caminaba por los jardines bañados por el sol, descalza y ligera como el aire, con el aroma de las rosas y los jacintos llenándome de brillante expectación. El mundo era nuevo, y la oscuridad que me acechaba hacía tiempo que había desaparecido.

Podía oír la risa de Callum, profunda y hermosa como la campana de una iglesia, y corrí alegremente hacia el sonido, alrededor de altos setos verdes y a través de arcos de gardenia. Lo llamé, y su voz respondió a su vez, atrayéndome hacia el laberinto de rosas, rojo violento por las flores.

Navegué por sus misterios con pasos seguros y rápidos, emocionada por ver el rostro de mi amor, pero cuando llegué al centro, tropecé y me detuve. Callum yacía enredado en los brazos de una mujer sobre la hierba dentro del círculo de hadas, sus cuerpos desnudos retorciéndose juntos en una torsión antinatural que me desorientó. Me atraganté con mi dolor, y él levantó la vista, sin detener su embestida carnal, tomando a aquella desconocida mientras sus ojos se clavaban en los míos. Sonrió, lento y malvado, agarrando un puñado del pelo de la mujer como solía hacer conmigo, tirando de su cabeza hacia atrás para que pudiera verle la cara.

No tenía ninguna.

Solo había carne moribunda extendida sobre delicados huesos, meras impresiones en la piel donde deberían estar los rasgos. La mano de la criatura se alzó por encima de su cabeza, tratando de alcanzarme, gritando sin boca. Yo también grité.



Me desperté con la luz de la madrugada, mis propios sonidos de angustia me habían sacado del sueño. El sueño huyó rápidamente, pero me dejó un duro nudo de dolor en el pecho. Miré fijamente al techo, concentrándome en la sensación del colchón debajo de mí, las sábanas a mi alrededor y el calor de Callum a mi lado. Giré la cabeza y vi que estaba despierto.

The Cruel

Bea Northwick Dark

—¿Qué te atormenta, mi amor? —se preguntó, con el pulgar en mi barbilla, implorándome que le confesara. La preocupación en sus ojos era una pequeña prueba, pero yo necesitaba más. La extraña y furiosa excitación del sueño persistía, así que me senté y pasé una pierna por encima de sus caderas, sentándome a horcajadas sobre él. Su enloquecedora longitud se endureció de inmediato, pero me satisfizo más ver cómo su actitud pasaba de la preocupación al sombrío deseo. Tomé el dobladillo del camisón y me lo pase por encima de la cabeza.

—Millie, ¿estás lo suficientemente bien...

Lo tranquilicé poniéndome de rodillas y metiendo la mano entre los dos por debajo de la cintura de su pijama de seda para acariciarle la erección de la base a la punta antes de sacarla. El sonido gutural que emitió fue alentador y volví a recorrer su miembro con las yemas de los dedos. Ahora estaba dispuesto a comprometerse conmigo, metiendo los dedos en la pernera de seda de mi ropa interior para apartarla, adorándome con la mirada, antes de mover los dedos entre los labios enrojecidos para contribuir a mi placer.

—No —dije con firmeza y él detuvo su mano, levantando una ceja mientras le mostraba mis intenciones, guiando la sedosa cabeza sobre el palpitante nódulo de mi clítoris, burlándome de mí misma con ella. Lo estaba provocando, esperando provocar una necesidad tan feroz que doliera. La diversión que le producía la novedad de mis juegos había desaparecido de sus ojos, sustituida por el deseo inquebrantable que esperaba inspirarle. Era consciente de que no me quedaba mucho tiempo para provocar antes de perder mi ventaja, así que bajé sobre él.

Sus manos llegaron a mis caderas en un momento, pero le agarré los antebrazos, presionando mis uñas contra la piel, dejando claro mi punto de vista. quería solo un segundo de poder, un soplo de tiempo en el que estuviera segura de cuáles eran los siguientes pasos. Me balanceé hacia delante y sus ojos se cerraron, con un gemido grave vibrando en su garganta. Me incliné para que cada movimiento de su pelvis provocara fricción en mi placer, atrayéndome hacia la euforia. Él me dio rienda suelta, viéndome cabalgar sobre él con la intensidad concentrada de un hombre que intenta controlarse. Mi clímax se acercaba, pero me moví mientras

The Cruel

Bea Northwick Dark

llegaba a su cúspide, negándome solo por el puro placer de la desesperación. Gemí.

—Millie —advirtió Callum, con tanta fuerza que sabía que pronto se rompería.

Me rendí a él.

—Muéstreme —jadeé—. Muéstreme tu amor.

No necesitó más estímulo. Se incorporó para salir a mi encuentro, introduciéndose en mi entrada con tanta fuerza que grité su nombre. Manteniéndome a horcajadas sobre su regazo, balanceó las piernas sobre el borde de la cama y plantó los pies en el suelo, sujetándose en un ángulo que le permitía la mayor libertad. Con un fuerte brazo en mi espalda y otro alrededor de mi cintura, guio mi cuerpo, subiendo y bajando, llenándose repetidamente de su insaciable lujuria. Descubrí el ritmo, apretando las rodillas contra el colchón para seguirlo.

—Nunca tendré suficiente de ti —murmuró, y su confesión me irritó y me tranquilizó a la vez.

—Eso no puedes saberlo —respondí sin aliento, poniendo a prueba mi corazón con pesimismo para ver si aún quedaba algún agujero por el que pudiera arrastrarse la duda.

Ralentizó la medida de sus movimientos hasta convertirlos en caricias largas e intencionadas, sus ojos se elevaron hasta clavarse en los míos, hipnotizadores pero severos. Parecía casi enfadado, atormentado.

—Incluso cuando llegue a conocer cada centímetro de ti, cada sonido —dijo, con un tono tan intenso como su expresión, moviéndose dentro de mí de un modo que provocó uno de esos mismos sonidos en mis labios, su mano recorriendo mi pelo corto, retorciendo los mechones—. Incluso entonces, no será suficiente. ¿Lo entiendes?

—Sí —jadeé.

—Me iré a la tumba necesítandote, Millie —ronroneó, y yo le creí.

Acercó mi cara a la suya y me besó con toda la pasión de sus promesas dulces en los labios, y yo me lo bebí. Sus palabras alentaron mi amor, su ferocidad mi lujuria, y en ese deseo salvaje, le mordí el labio inferior. Inspiró bruscamente y el sabor férreo de la sangre tocó mi lengua.

—Chica perversa —gruñó, antes de reclamar mi boca de nuevo con poca delicadeza. Nuestro sexo se volvió primitivo, sus manos me

The Cruel

Bea Northwick Dark

magullaban. Cada pequeño dolor que provocaban sus dedos al clavarse en mi cintura o pellizcar mi piel sensible era una prueba de mi vida. Los mordiscos de sus dientes en mis labios y mi cuello, la fuerza estremecedora de su penetración, todo me hacía sentir humana, anclada en la realidad de las sensaciones. Me llevó violentamente al clímax, tirando de mí para sentirme estremecer y apretarme a su alrededor.

—Dios mío —gimió, embistiéndome dos veces más antes de encontrar su propio éxtasis.

Me abrazó, con la cabeza apoyada en el pliegue de su hombro y sus manos recorriendo mi espalda desnuda. Estaba agotada, con el cuerpo saciado, pero los pensamientos aún intranquilos. Había amado a su mujer de la misma manera, y no había sido suficiente.

—¿Planeas hacerme sangrar cada vez que hagamos el amor, gatita? —preguntó, jugueteando y lánguido en el resplandor de nuestro placer.

Intenté disfrutar del juego.

—Prometiste sangrar por mí. ¿Cambiaste de opinión?

—Al contrario —respondió, y pude oír la sonrisa anárquica en su voz—. Estoy deseando que llegue la próxima vez.

—Yo también.

Su estruendosa carcajada me recorrió el cuerpo y me dio un beso largo y tierno cerca de la sien.

—Serás mi muerte —murmuró.

Incliné la barbilla hacia arriba, apretando la nariz contra su cálido cuello, sintiendo el susurro de su pulso e intentando reavivar la paz que habían destruido las palabras de su mujer en sus labios.



Cuando el sol había salido del todo, el Dr. Hannigan llegó para examinarme. Estaba más serio que nunca, pero a pesar de su actitud, su diagnóstico fue alentador. Me había bajado la fiebre y había comido varias veces sin problemas. Como los días eran cada vez más amistosos, me dijo que debía pasar todo el tiempo posible al aire libre para evitar el polvo de las reformas reanudadas y mantener el aire fresco en mis pulmones. Tras

The Cruel

Bea Northwick Dark

animarme a tomar una pequeña aspirina, me dijo que creía que lo peor ya había pasado.

— Doctor Hannigan — dije antes de que pudiera marcharse, sintiendo que si había alguien con quien podía hablar sería con él. Se volvió hacia mí, con las cejas pobladas levantadas de una forma abierta que me animó a contarle lo que pensaba —. Me preocupa estar recayendo. Como ya sabrá, mi sonambulismo está empeorando, e incluso de día... oigo cosas. ¿Puedes decirme qué está pasando?

Se me empezó a cerrar la garganta, me ardían los ojos, y él soltó una carcajada y me dio unas palmaditas consoladoras.

— No te preocupes — dijo con dulzura —. Has pasado por muchas cosas, y creo que la agitación de tu vida recientemente ha causado tus problemas. Eso en combinación con el detestable estado de este lugar — añadió —. Callum ha dejado que los amargos recuerdos se pudran aquí. Veo que la felicidad vuelve a su rostro, y tiene esperanza en este lugar, pero me temo que puede ser a un alto coste. Es mejor, en mi opinión, que te lleve lejos de aquí y deje Willowfield para que se pudra y muera solo.

Su inclusión de Callum en la recomendación de mi recuperación me exasperó.

— ¿Lo sabe todo el mundo, entonces? — pregunté con cierta petulancia.

De hecho, el hombre se echó a reír, y el sonido de su humor sincero rompió el peso de mis hombros.

— Millie, querida, han pasado las dos últimas noches juntos en esta habitación.

Un rubor me subió por el cuello hasta la cara. Me ardían los oídos.

— Ah — dijo el Dr. Hannigan —. Ahora tienes un aspecto saludable. No te preocupes, mi niña, no hay juicio. Esta es una era de nuevas ideas. Deja que el pasado se ahogue en su propia santurronería.

Cuando se marchó, oí su voz al otro lado de la puerta, demasiado apagada para comprender la mayor parte de lo que decía. Me levanté y me acerqué de puntillas. Capté el final de algo que decía el Dr. Hannigan.

— ... demasiado para ella. Esto fue un terrible error. Tienes que sacarla de aquí inmediatamente.

Contestó la voz de Callum.

— ¿Y si...?

The Cruel

Bea Northwick Dark

Su conversación bajó y no pude oír el resto.

—Estaré aquí, por si acaso —dijo el doctor Hannigan, entonces la conversación terminó y la puerta se abrió, casi golpeándome en la cara. No podía fingir que no había estado escuchando.

Callum me sonrió.

—¿Escuchando a través de las puertas? Chica traviesa.

—¿De qué iba todo eso, Callum? Tienes que decírmelo ahora mismo.

Parecía no haberle molestado que lo oyera, lo que me tranquilizó.

—Te lo diré, pero no aquí. Demos un paseo juntos, los jardines están reverdeciendo.

Me bañé y me vestí. El agua disipó parte de mi miedo viciado y volví a ser yo misma, la que había llegado a Willowfield ignorando aún qué pesadillas y raptos me aguardaban.

Me encontré con Callum en el vestíbulo y me ofreció su brazo. Me sentí extraña y hermosa, comportándome como una pareja honesta que sale a pasear. Me apoyé en él y contemplé el brumoso mundo verde que parecía haber surgido de la noche a la mañana. Señaló parcelas y enrejados y me habló de las cosas que crecerían allí y para qué podrían servir.

El aire fresco me purgó aún más de mis pensamientos más oscuros, pero ya estaba pensando en tener que volver al interior, para ser engullida en la casa donde vivían o fantasmas o mi propia locura. Intenté disfrutar del momento, pues me preocupaba que no durara.

—Me temo que tengo que volver a viajar, esta vez por bastante tiempo —dijo Callum—. Ya he entregado la apertura de la casa a Rodney. Él se encargará de los preparativos mientras yo no esté. Quiero que vengas, ya lo he organizado todo.

Me reí un poco. Pasar las noches juntos en una casa casi vacía distaba mucho de viajar juntos como un matrimonio.

—¿No crees que sería inapropiado?

—¿Inapropiado? —Detuvo nuestra marcha y se volvió hacia mí pareciendo haberse tomado la palabra con gran ofensa. Cuando le miré a la cara, interrogante, vi la picardía que había allí.

—¿Te enseño lo que es impropio? —preguntó y se acercó a mí. Me alejé bailando, en parte divertida y en parte preocupada de que realmente me tomara aquí, en medio del jardín, con todos los hombres deambulando. Me

The Cruel

Bea Northwick Dark

persiguió, pellizcándome el trasero cuando se acercaba lo suficiente, y al final me atrapó y me besó profundamente.

— Soy mi mejor yo contigo, Millie — dijo cuando terminó el beso —. No quiero incomodarte con comportamientos impropios como viajar juntos como simples amantes.

Con un encantador juego de manos, sacó un anillo y lo sostuvo entre el pulgar y el índice. Su centro brillaba en verde, con esmeraldas resplandecientes en un engarce de vides de orfebrería, entrelazadas para formar un nudo irrompible.

Fruncí el ceño, el mundo de repente insustancial, como una nube dorada.

— Cástate conmigo, Millicent Foxboro — dijo Callum, con los ojos brillantes.

— Cástate — repetí tontamente.

— ¿Lo harás?

Le eché los brazos por los hombros, casi haciéndole perder el equilibrio, y él me devolvió el abrazo, haciéndome girar, con lo que mis pies abandonaron la tierra. Volaba en una neblina de alegría que florecía tan maravillosamente como el mundo que nos rodeaba. Un espejo perfecto de la vida que la primavera traía a Willowfield, Callum me había traído vida a mí.

— ¡Sí! — grité —. Sí, lo haré.

Cuando volvió a depositarme en el suelo, otro beso fue mío.

— Nos vamos esta noche — dijo, los dos sin aliento.

— ¿Esta noche? — Me resistí —. Eso es muy pronto.

— No lo suficientemente pronto, mi amor. Solicitaremos la licencia de matrimonio mañana por la mañana en Boston. Allí se puede conseguir todo en muy poco tiempo. Solo nos necesitamos a nosotros y a un juez. Después, partiremos hacia Europa. Tengo algunos asuntos que atender en Londres y París, pero podemos prolongar la estancia y convertirla en una bonita luna de miel. Cuando regresemos, tendremos una boda apropiada. Una que haga justicia a una novia tan hermosa.

Fue todo tan rápido, un torbellino de acontecimientos que cambiaron mi vida. Me alegré, pero parecía irreal, inmerecido.

— ¿Estás contenta? — me preguntó, inseguro de mi reacción.

The Cruel

Bea Northwick Dark

—Terriblemente —respondí, y luego incliné la cabeza para que me besara de nuevo.

Callum estaba a punto de obedecer cuando un chasquido de maleza nos alertó de la llegada de alguien. Rodney salió al jardín de rosas y nos miró con lo que yo solo podía describir como una desaprobación brutal. Rodney y Callum se miraron a los ojos, con una comunicación intensa y silenciosa que electrizaba el aire con una nueva animosidad que no había visto entre ellos.

—Enhorabuena —dijo Rodney, dejando claro que lo había oído.

Callum me rodeó con un brazo, ofreciéndome una sonrisa tensa y deshonesta.

—Lo es, te agradecemos. Willowfield tendrá una nueva señora mañana.

—Bendiciones para los dos —dijo Rodney, aunque sonó más como una maldición. Me miró con sus brillantes ojos azules y sentí que intentaba transmitirme un mensaje, uno que no podía comprender y que no creía querer.

—Gracias. —Esta vez fui yo quien respondió, rodeando con mi brazo a Callum en una muestra de solidaridad ante la única cara de desaprobación que habíamos encontrado.

—Que Willowfield te traiga más alegrías de las que te ha dado. —Éstas fueron las palabras de despedida de Rodney, dichas directamente a Callum, y éste se alisó las mangas arremangadas con agresividad, volviendo por donde había venido y dejando la ira a su paso.

—¿Por qué actúa así? —le pregunté.

—Puede ser que te haya echado el ojo —dijo Callum sombríamente.

—¡Eso es ridículo! —Pero me sonrojé recordando nuestros flirteos y rememorando la época anterior en la que pensé que podría ser agradable estar con alguien tan despreocupado como el jardinero de cabeza dorada —. Sabía lo nuestro antes que yo. Seguro que no interferiría.

Callum me lanzó una mirada que me hizo sentir de nuevo como una colegiala, ignorante e ingenua.

—Margaret no estaría de acuerdo.

—¿Margaret? —Hice una pausa, luego procesé—. ¿Margaret y Rodney? ¿Juntos?

The Cruel

Bea Northwick Dark

— Varias veces, que yo sepa. A Rodney nunca le ha importado mucho si una mujer estaba casada. De ahí mi comentario anterior sobre sus planes contigo.

Mi opinión sobre el jardinero se transformó. Pensaba que una cosa era tener citas y otra muy distinta hacerlo cuando una de las personas que tenía citas estaba casada.

— ¿Lo sabe el señor Horace? — Esperaba que lo supiera y que fuera un acuerdo pactado.

— Lo sabe, pero Margaret no tiene ni idea de que es consciente — respondió Callum.

— ¿Pero confías en él?

— ¿Rodney? ¿Para dirigir los terrenos de Willowfield? Por supuesto. El bastardo sabe más de los jardines que nadie excepto yo, y no tengo tiempo para ocuparme de ellos. Sus inclinaciones siempre han sido tuyas y nunca me han afectado a mí ni a esta casa, hasta ahora. — Su tono sugería que Rodney se había convertido en un problema que tendría que resolver.

Me incliné hacia él.

— No pensemos en esas cosas ahora — dije, tratando de recuperar el estado de ánimo anterior que habíamos estado disfrutando.

— ¿Qué hacemos en su lugar? — Callum preguntó en voz baja. El encuentro con Rodney había puesto una nueva mirada en sus ojos, una mirada celosa. Ahora me tomaba como si quisiera tenerme sobre una mesa en medio de un banquete abarrotado solo para demostrar al mundo que era suya. Por segunda vez aquella mañana corría el riesgo de ser tomada en medio de un jardín. Mi propio deseo respondió, así que le tomé de las manos y empecé a guiarlo hacia el invernadero.

— Ya se nos ocurrirá algo — dije.

The Cruel

CAPÍTULO 22

Salimos a trompicones del invernadero una hora más tarde, mientras las nubes de tormenta empezaban a adentrarse, oscureciendo el paisaje, pero no nuestros eufóricos ánimos. Todavía vestido, Callum me apresuró a tomar mis cosas, pero incluso mientras insistía en que me diera prisa, me retrasó en sus brazos para depositar besos en mis mejillas.

—Eres mi bendición —dijo—. Quién sabe, quizás haya algo de magia en este lugar después de todo.

—Si no lo hay ahora, lo habrá —le dije, mirándolo a los ojos y prometiéndoselo de todo corazón.

Corrimos juntos por los jardines, y yo me emocioné al conocer mi camino.

«Mío», mi alma cantaba.

Esquivé varias veces el juguetón agarre de Callum mientras corríamos hacia la casa, besándonos una vez más en los pasillos antes de tomar caminos separados para prepararnos. Estaba rebosante de bienestar y volé hasta mi habitación, con los pies apenas tocando el suelo. Una maleta de viaje era suficiente para lo poco que llevaba, y la vieja maleta que había traído conmigo a Willowfield serviría. La saqué del armario con graciosa reverencia, recordando mis primeros pasos a través de la puerta.

En ese momento no fui consciente a lo que me enfrentaría aquí, las pesadillas, la enfermedad y el resurgimiento de mis viejas ansiedades y hábitos. Si solo pensara en esto, diría con razón que Willowfield fue la peor decisión de mi vida. Pero había habido mucho más. Aquí, mi mente estaba comprometida, mi resistencia templada, mi cuerpo saciado y mi corazón hecho nuevo. Fue como Callum había dicho, como si una magia dormida durante mucho tiempo volviera a la vida.

Cuando cerré la maleta, se abrió la puerta y apareció Felicity con una bandeja en las manos y los ojos muy abiertos. Miró hacia mi maleta.

—Te vas —dijo.

—Bueno, sí, yo... —No sabía cuánto debía decir.

—El profesor Hughes te lo propuso. Rodney me lo dijo.

Bea Northwick
Dark

Se acercó a la mesa para dejar la bandeja, como de costumbre, aunque yo tenía la maleta y el sombrero en las manos, lista para irme. Se demoró, luchando con algo, y una oleada de inquietud me hizo dar un salto mortal.

—¿Por qué pareces tan infeliz? —pregunté, exasperada por la repentina nube sombría que se cernía sobre mi brillante estado de ánimo.

Se volvió hacia mí, parecía mucho más pequeña de lo que nunca la había visto, encogiéndose sobre sí misma a cada momento que pasaba. Conocía esa mirada, el encorvamiento de los hombros, la inquietud. La conocía muy bien.

Mi anterior dureza se derritió, dejé la maleta y me acerqué a ella, tomando sus manos entre las mías.

—Felicity, por favor, pareces muy asustada.

—Necesito enseñarte algo. —Su voz era apenas audible, y buscó en mi rostro seguridad, creencia, todas las cosas que yo misma había estado buscando—. Puede que me mate por ello, pero necesito enseñártelo.

Se me erizó el vello de los brazos y un ardiente destello de furia estalló tras mis ojos.

—¿Quién? —exigí, feroz con una protección que nunca había sentido por otra persona. Felicity era tan pequeña, gentil y tranquila. La idea de que alguien la amenazara, la asustara, me volvía asesina.

—Por favor, ven conmigo.

La seguí, preguntándome si debía alertar primero a Callum de la situación, pero ella tomó el desvío que se alejaba de las habitaciones de Callum y me condujo por los pasillos con seguridad hasta que llegamos a las escaleras de servicio que llevaban al tercer piso, donde había perseguido al fantasma, donde me había atrapado en el armario y me había provocado su dolor.

Al principio, me negué a ir, pero Felicity me tomó de los brazos, desesperada.

—Por favor, Millie. Te lo suplico. —Estaba tan seria que al final cedí y me condujo a la horrible antesala. En lugar de ir a la habitación de los niños, sacó una llave de su bolsillo y abrió la única puerta que quedaba.

Obligada, la seguí al interior.

Entramos en un dormitorio, cuya decoración distaba mucho del resto de la casa con sus caprichosos toques rústicos, perteneciente más a la

The Cruel



Bea Northwick Dark

cabaña de un leñador en un cuento de hadas que a una vieja mansión de Nueva Inglaterra. No había lámparas de araña, ni ricos paneles o papel pintado brocado, ni lujosas sedas o filigranas doradas. El suelo era de un cedro liso, un tropel de alfombras de lana dispuestas para calentar los pies. Todos los muebles eran de madera oscura tallada, sin adornos ni florituras y lijados hasta dejarlos relucientes; entre ellos había dos cómodas, un juego de mesillas y una cama grande con dosel, con cortinas blancas cuidadosamente anudadas. Cerca de la ventana central había un tocador que parecía un elemento natural que hubiera crecido por sí solo en el suelo, con cada una de sus facetas curvadas de madera retorcida y hojas talladas. La repisa de la chimenea estaba sin labrar, áspera, y en la rejilla quedaban los restos de fuegos recientes, con el aroma a leña aún persistente.

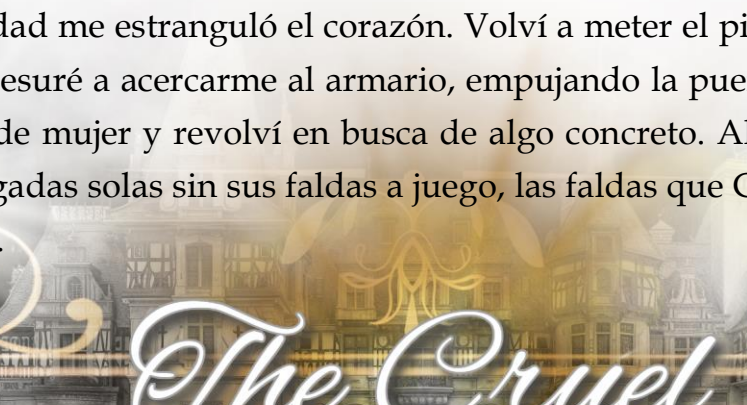
—El profesor Hughes pasa mucho tiempo aquí —dijo Felicity con un manso giro de manos.

—Pero su habitación está abajo.

—Es así ahora, pero no lo era antes.

Llegó la comprensión. Ésta había sido su habitación, la de Callum y su mujer. La guardaría cercana para sus hijos, una sala de estar privada para descansar del bullicio de la casa. Los muebles estaban descubiertos porque estaban siendo utilizados. Por él.

Me esforcé por excusarlo. Este había sido un lugar feliz para Callum, y luego un lugar de intensa tristeza. Lo visitaba en busca de consuelo, para llorar. ¿Acaso ningún hombre haría algo así? Me adentré en la habitación, recorriendo con la mirada los trozos y las páginas de la vida que había prosperado aquí antes que yo. Al pasar junto a la cómoda más cercana, me di cuenta de que un cajón estaba ligeramente entreabierto. Podría habérmelo perdido si no hubiera mirado hacia abajo en el momento exacto. Un patrón familiar. Abrí el cajón y dentro había un pijama de seda con flores veraniegas de tonos reales bordadas en las mangas y en el cuello, igual que mi bata. Lo saqué, implorando a mis ojos que vieran algo más. La ansiedad me estranguló el corazón. Volví a meter el pijama en el cajón y me apresuré a acercarme al armario, empujando la puerta. Estaba lleno de ropa de mujer y revolví en busca de algo concreto. Allí, chaquetas de lana, colgadas solas sin sus faldas a juego, las faldas que Callum me había regalado.



The Cruel

Bea Northwick Dark

— Mi ropa, los regalos del profesor, ¿vinieron de aquí?

Había dos manchas rojas en las pálidas mejillas de Felicity. Vergüenza.

— Sí. Los perfumes y lociones también, el cepillo y el espejo, los trajimos de las cosas de la señora Hughes, todo excepto el vestido de la cena. Eso fue lo único realmente hecho para ti.

Me temblaron las manos contra la lana de la chaqueta y me aparté. Intenté mantener la voz uniforme, pero se quebró, rota por el dolor.

— ¿Por qué me mentiste? ¿Por qué has hecho algo así?

— No tuve elección. — Había una terrible súplica en el tono de Felicity. No quiso acercarse a mí, temerosa tal vez de que la golpeará, pero me tendió las manos, como si pudiera tomarlas para consolarme —. Por favor, necesito que lo entiendas.

— ¿Qué más? ¿Qué más era de ella?

Felicity se retiró, agarró la falda de su delantal con ambos puños y miró por encima de mi hombro hacia la cama. Me volví, sin saber lo que iba a encontrar, viendo al principio solo el edredón de encaje blanco con nomeolvides azules bordadas en el centro, y las lámparas de borlas azules, con sus bases de latón brillando con esmero. Por fin, mis ojos descubrieron el joyero abierto sobre la mesilla de noche.

Caminé hacia ella como si caminara hacia mi muerte.

La caja era de plata ornamentada, repujada con hilos de vid, y en su frente, dos manos sostenían un corazón adornado con una corona. Un claddagh. Un símbolo de lealtad y amor eternos. Miré dentro de la caja, llena de brillantes pendientes y pulseras, delicados collares colgados de pequeños ganchos en la tapa, sus colgantes metidos en una banda de terciopelo. En la parte superior había una hilera de almohadillas para exponer anillos, y aquí solo había uno, una alianza cuya banda ostentaba brillantes esmeraldas. Junto a ella, una hendidura en el suave relleno donde hacía tiempo se había guardado otro anillo. Un anillo que ahora rodeaba un dedo de mi mano izquierda.

Las lágrimas se derramaron por fin, cayendo sobre el terciopelo y ennegreciéndolo. Todo lo que me habían dado, todos los papeles que había interpretado como ayudante de investigación, invitada a sus cenas, planificadora de sus cuentas, compañera en su cama, todo había sido para imitar a la señora Hughes. Cuando Callum me miraba, yo no era la mujer

The Cruel

que él quería ver. El fantasma de la señora Hughes no intentaba hacerme daño, me había estado advirtiéndome de las intenciones de Callum.

Llamada por mis pensamientos, la forma espectral de la mujer se materializó en el espejo del tocador, con la cabeza apoyada en los brazos mientras lloraba. Tras la aparición de este fantasma, otro se movió a través de la puerta, cruzando la habitación tan rápidamente hasta la cama que me asustó. Se tumbó, cubriéndose la cara con el brazo. Aún aparecieron más, siguiendo las rutinas a las que se habían acostumbrado en vida. Un escalofrío en el hombro me hizo volverme y descubrir que estaba a escasos centímetros de otro espectro, de espaldas a mí, buscando en el joyero un anillo que ya no estaba allí. La cabeza me daba vueltas, llena de la señora Hughes, y me llevé las manos a la cara, apretando las palmas contra los ojos para alejar las visiones.

—Millie —susurró Felicity—, tienes que irte ahora antes de que sea demasiado tarde.

—¿Qué haces aquí? —La furiosa voz de Callum estalló como un trueno en mis oídos, sacándome del hechizo. Bajé las manos. Los espíritus habían huido, y en su lugar había una enorme sensación de traición. Se asomó a la puerta, con el ceño fruncido por una rabia que nunca había visto. Felicity, que estaba de pie junto a la cómoda donde había descubierto el pijama de seda, se alejó de él dando un paso tembloroso.

—Esta habitación estaba cerrada —vociferó, y miraba a la criada—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Yo... —empezó ella, pero yo marché a su lado, interponiéndome en el camino de la furia de Callum, protegiéndola con mi cuerpo. Empezó a hablar, pero tomé un frasco de perfume de encima de la cómoda y se lo lancé con furia. Lo atrapó mientras se dirigía hacia él y lo arrojó al suelo, donde se hizo añicos, saturando la alfombra y llenando el espacio de un opresivo aroma a cítricos.

—Por esto era la ropa, los regalos —siseé, queriendo tirar más, arrancar las cortinas, volcar la cómoda, fracturar el espejo del tocador—. Todas las cosas que solían ser tuyas para mí.

—Millie. —La voz de Callum había bajado, se había suavizado en un tono engatusador, bajo y fácil, la forma en que alguien hablaría a una yegua asustada. Dio un paso hacia mí, extendiendo las manos como había hecho



Bea Northwick Dark

Felicity, pero en lugar de ofrecirme un abrazo, era una orden de calma, y supe que me agarraría si lo dejaba acercarse lo suficiente.

—No —gruñí—. No seré el cascarón vacío que llena el fantasma de tu mujer.

Esta vez, agarré con ambas manos una lámpara de gas decorativa de latón y la lancé. Incapaz de atraparla sin herirse, se vio obligado a esquivarla. Aproveché la oportunidad para correr a toda velocidad, corriendo a su alrededor hacia la puerta, pero me agarró la muñeca. Aprovechando el impulso que ya había creado, giré con todo el peso de mi cuerpo y le golpeé en la cara. El golpe le aflojó el agarre y me zafé corriendo con todas mis fuerzas, tirando cuadros y muebles a mi paso. Llegué a las escaleras, y esta vez mis pies apenas tocaron los escalones por una razón totalmente distinta a la de hacía una hora. Esta vez, corría por mi vida.

Podía oír sus pasos detrás de mí, incapaz de determinar lo cerca que estaba. Puse todo mi empeño en correr más deprisa. Me llamaba, gritando mi nombre una y otra vez. Presa del pánico, solo pensé en correr hacia donde pudiera estar a salvo por el momento. Seguramente me alcanzaría si intentaba salir. Corrí a toda velocidad por los pasillos y llegué por fin a mi habitación con el tiempo justo para lanzarme dentro, cerrar la puerta y echar el cerrojo mientras él impactaba contra la madera, sacudiendo el pomo y golpeando.

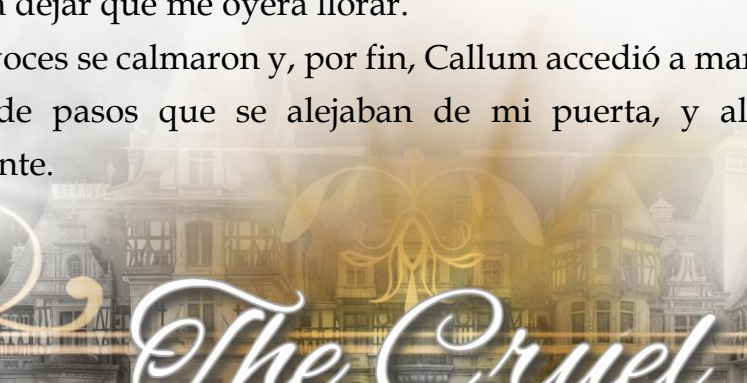
—¡Millie! —gritó repetidamente, haciendo sonar la puerta mientras yo me quedaba temblando, esperando que no tuviera una llave.

Ahora había más voces en el pasillo. La Sra. Dillard y el Dr. Hannigan.

—¡Cálmate, hijo! —bramó el médico al mismo tiempo que la señora Dillard suplicaba—: Esto debe parar. Debe parar.

Hubo un forcejeo corporal y luego los gritos frenéticos de Callum se disolvieron en llanto. El sonido podría haberme matado, agarrotándome el corazón con tanta angustia que apenas podía mantenerme en pie. Aunque me estremecí con la fuerza de mis propias lágrimas, no hice ningún ruido. No podía dejar que me oyera llorar.

Las voces se calmaron y, por fin, Callum accedió a marcharse. Escuché un par de pasos que se alejaban de mi puerta, y al final llamaron suavemente.



The Cruel

Bea Northwick Dark

—¿Millie? —llamó la Sra. Dillard con toda la ternura de una madre consolando a un niño aterrorizado. Era la primera vez que usaba mi nombre desde que llegué—. Millie, ¿me dejas entrar? Sé que debes tener miedo, pero si pudiéramos hablar...

—¡Vete ahora mismo! —La última palabra fue un grito agudo que desgarró mis cuerdas vocales, dejándome la garganta en carne viva.

—Está bien —respondió ella, apenada—. Está bien.

Cuando ya no pude oír sus pasos, me desplomé en un montón junto a la puerta, llorando mis penas contra las tablas y las vigas de Willowfield.

Cuando estaba demasiado agotada para continuar, me levanté y volví a la bolsa que había preparado. Hacía apenas una esperanza, había representado una nueva vida, y ahora era todo lo que me quedaba a mi nombre, lista para partir conmigo de nuevo tal y como habíamos venido.

Me quité la ropa que no era mía y la arrojé a la chimenea inactiva. Aunque no había fuego encendido, me dio placer saber que estaba donde todo pertenecía. Agradecida por no haber tirado mis cosas viejas, las recogí, dirigiéndome al cajón para recoger mi ropa interior y mis medias, asqueada por la visión de las costosas sedas, sin saber si alguna vez las había llevado la señora Hughes. Saqué mi viejo camisón del cajón y con él cayó al suelo el pequeño diario de botánica.

Me agaché para recogerlo, con tanto odio que pensé que podría ser suficiente para provocar el incendio que había imaginado. Lancé el objeto ofensivo hacia la rejilla, pero fallé. Impactó contra la repisa de la chimenea, con el lomo por delante, y estalló en una lluvia de papeles, con las páginas desperdigadas. Lo habría dejado allí, pero la encuadernación de seda de la contraportada se había desprendido y una carta bien doblada asomaba parcialmente.

Me agaché para recogerlo, cediendo a una última curiosidad morbosa y a un rencoroso sentido del derecho. ¿Por qué no tenía derecho a saber todo lo que esta mujer había escrito sobre sus vidas? Su propio marido había intentado convertirme en su duplicado. Desdoblé los papeles para encontrar la palabra:

Gancanagh

The Cruel



Bea Northwick Dark

Había rabiosas rayas de tinta que apenas podía distinguir, pero el nombre de Callum estaba escrito con una repetición salvaje, seguido del dibujo de una peculiar flor en forma de campana, una que había visto antes en las cenizas del invernadero, y que adornaba la cabeza del fantasma de la señora Hughes como una corona. Las palabras de abajo estaban manchadas con demasiadas lágrimas como para leerlas, pero la página siguiente era legible, el autor firme.

Debería haberlo adivinado antes. Su madre había sabido al mirarlo a los ojos que no sería un hombre normal. Ella sabía que los Feéricos toman y toman, y amar a uno es caminar hacia la muerte. Ella murió por su hijo, y parece que ahora yo también lo haré. Mi amado Callum, ¿cómo pudo? ¿Cómo ha podido? Lo he amado con todo lo que soy, le he dado todo de mí. Encontré la datura. La trompeta del diablo. La encontré en un paquetito blanco, metida en el bolsillo de una chaqueta que había dejado en el respaldo de su silla en la biblioteca.

Esto es lo que el espíritu me advertía, por qué ella lloraba cada noche para que solo yo pudiera oírla. Lloraba por mis hijos, y llora por mí.

Me arrodillé y los papeles se me cayeron de las manos.
Callum había envenenado a su mujer.



The Cruel

Bea Northwick
Dark

CAPÍTULO 23

Cuando pude ponerme en pie, tomé los papeles y me los metí en el bolsillo. Abandonando la maleta, me deslicé hasta la puerta, abriéndola lo suficiente para asegurarme de que no había nadie esperándome en el pasillo. El pasillo estaba vacío. Tan rápida y silenciosamente como me fue humanamente posible, me dirigí hacia la cocina. El sol se ocultaba bajo el horizonte, dejando solo una luz mortecina para ver, pero yo conocía el camino. Recé fervientemente a ningún dios que pudiera nombrar para que no me atraparan. Para mi alivio, nadie interrumpió mi huida. Atravesé la cocina vacía hasta la despensa y bajé las escaleras hasta el sótano, donde estaba segura de encontrar la puerta que había visto desde el exterior de la casa. Las paredes de la escalera eran de piedra, frías al tacto, y el propio almacén aún más frío, con la helada de principios de primavera persistiendo en la caverna sin ventanas donde languidecían los cofres de vino y otros licores. Para mi gran alivio, la salida se abrió fácilmente y salí corriendo en la penumbra, directa hacia la casa del jardinero, con las lágrimas formando un rastro tras de mí.

Callum había vuelto loca a su mujer, posiblemente la había perseguido hasta la noche, donde se había quitado la vida para escapar de él. Según todas las historias, la Sra. Hughes había alucinado tanto en sus últimos días, que había gritado sobre demonios, espíritus y una mujer vestida de blanco. Pero yo misma había visto a la misma mujer. Mi mente aturdida no podía determinar si el espíritu era real o producto de mi imaginación, alentada por las toxinas y las historias de fantasmas. Mi mundo se desmoronaba y lo único que sabía hacer era huir.

Caí sobre la puerta de la cabaña, golpeando con los puños el liso roble lijado, haciéndome daño con la fuerza. Grité tan fuerte como me atreví con la esperanza de que hubiera alguien.

La puerta se abrió y apareció la cara de sorpresa de Rodney. Estaba a medio vestir, solo llevaba sus pantalones de trabajo y una camiseta blanca sin mangas. A pesar de ello, me desplomé en sus brazos, y él me tomó como

The Cruel

Bea Northwick Dark

si llevara una eternidad esperando, luego tiró de mí hacia el interior y cerró la puerta de una patada.

—No pasa nada, Millie — me tranquilizó—. Me alegro de que hayas venido. Mira, aquí está Felicity, me lo ha contado todo.

Levanté la cabeza de su hombro y me encontré con su hermana de pie cerca de la pequeña mesa de la cocina, con aspecto de muerte calentada. Había estado llorando copiosamente y tenía la nariz en carne viva, el pelo, habitualmente pulcro, suelto de sus horquillas, pegado con sudor al cuello y las mejillas.

—Millie — dijo, dolorida, y abandoné los brazos de Rodney para correr hacia los suyos, ansiosa por el consuelo de una amiga que tanto había hecho por ayudarme cuando yo no quería ayudarme a mí misma. Nos aferramos la una a la otra, y los sollozos de Felicity comenzaron de nuevo, alentando los míos. Rodney nos concedió nuestro momento para llorar y, por fin, me aparté.

—Tenemos que llamar a la policía — dije.

—No creo que la policía se ocupe de este tipo de cosas — dijo Rodney con pesar, frotándose la nuca.

—Callum me ha estado envenenando.

Se calló.

—¿Qué?

—El té que hizo que Felicity me trajera por la noche, creo que lo ha estado envenenando. También envenenó a su esposa. Aquí, tengo la prueba. —Saqué los papeles de mi bolsillo y se los puse en las manos. Me miró incrédulo mientras los desdoblaba y luego leyó la última anotación del diario de la señora Hughes.

—¿De dónde has sacado esto?

—Lo encontré en el invernadero. Debió de esconderlo allí cuando intentaba escapar, antes del barranco. Puede que esperara que alguien acabara encontrándolo.

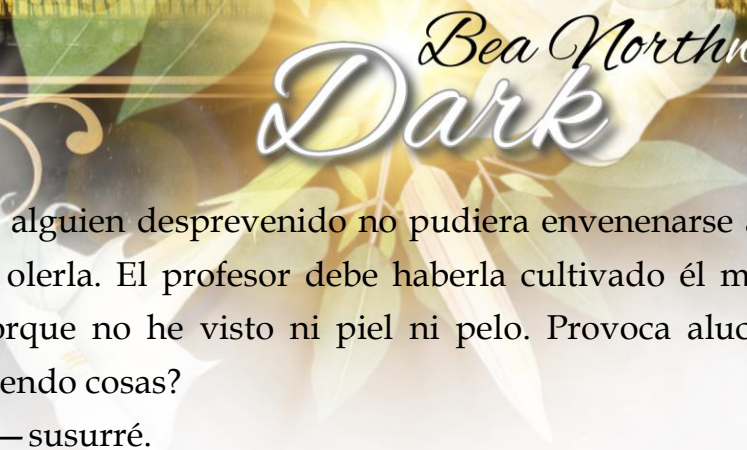
El rojo de la rabia teñía la piel morena de Rodney.

—Sabía que el hombre estaba loco — murmuró —, pero nunca esperé...

—¿Qué es la datura? ¿Trompeta del diablo? Eso es lo que está usando.

—Es una flor. Crece mucho por aquí en primavera. Parte del trabajo de mi padre, y ahora mío, siempre ha sido mantenerla fuera de los jardines

The Cruel



Bea Northwick Dark

para que alguien desprevenido no pudiera envenenarse accidentalmente solo con olerla. El profesor debe haberla cultivado él mismo en alguna parte, porque no he visto ni piel ni pelo. Provoca alucinaciones. ¿Has estado viendo cosas?

—Sí —susurré.

—El hijo de puta ha estado tratando de volverte loca. Y ahora sabemos que le hizo lo mismo a la pobre señora Hughes.

—¿Pero por qué? —dije, destrozada por dentro, dispuesta a disolverme de nuevo, pero Rodney me puso una mano reconfortante en el hombro, apretando y bajando la cabeza para captar mi mirada.

—Millie, sean cuales sean sus razones, no es culpa tuya, y vamos a arreglarlo. Vamos.

Me soltó y se apresuró a tomar su camisa de un gancho de la pared, poniéndosela. Hasta ahora, Felicity había permanecido con los ojos muy abiertos y en silencio, pero ante esta proclamación, dio un visible respingo, viendo cómo su hermano se preparaba para marcharse.

—¿Adónde vas? —preguntó ella, con una ansiedad palpable.

—El único teléfono está en la casa, así que tendremos que ir a la policía en persona. Tengo las llaves del camión, pero tenemos que darnos prisa antes de que alguien se dé cuenta de que Millie está aquí.

—Pero...

—Felicity, no discutas conmigo —espetó, autoritario, inflexible.

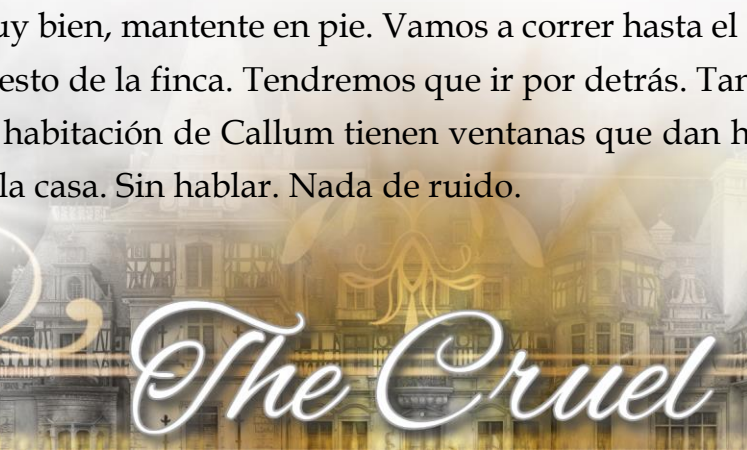
Se calló inmediatamente. No me gustó el intercambio, pero era fácil ver que Rodney estaba nervioso, molesto por la situación y dispuesto a pasar a la acción. Le tendí la mano y me la agarró.

—¿Cómo te sientes ahora? —preguntó Rodney, con la mano en el pomo de la puerta.

Emocionalmente, estaba destrozada, pero sabía que no era eso lo que me pedía.

—Estoy bien. Hace unos días que no tomo té.

—Muy bien, mantente en pie. Vamos a correr hasta el garaje, está en el lado opuesto de la finca. Tendremos que ir por detrás. Tanto la torre como la nueva habitación de Callum tienen ventanas que dan hacia allí, así que pégate a la casa. Sin hablar. Nada de ruido.



The Cruel

Bea Northwick Dark

Con estas instrucciones sin lugar a dudas, abrió la puerta y salimos corriendo.

Había empezado a llover, grandes gotas caían sobre nuestras cabezas y nos empapaban. Solo podía agradecer que el torrente impidiera cualquier visión a través de las ventanas, facilitándonos llegar al garaje sin ser detectados. Felicity se aferró a mí mientras cruzábamos con éxito la parte trasera de la finca y veíamos el viejo edificio. En su día fue una casa de carruajes, con espacio de sobra para varios vehículos, aunque nunca había visto entrar ni salir a ninguno. Me asaltó un pensamiento enfermizo. Todas las veces que se suponía que Callum estaba fuera por negocios, ¿había salido alguna vez?

Cuando llegamos, Rodney nos hizo pasar a la puerta lateral y al espacio seco y cavernoso. Había dos vehículos, uno cubierto con una lona para protegerlo de la intemperie y un viejo camión de obras con los bajos cubiertos de suciedad. Rodney encendió una única luz eléctrica, que apenas iluminaba, y se dedicó a levantar la pesada puerta. El viento soplaba con fuerza y traía a su paso una lluvia helada y punzante. Felicity y yo nos acercamos al camión, fuera del alcance del vendaval.

Rodney maldijo.

— Las llaves — dijo —, las dejé en el viejo cuarto de tachuelas. Quédate aquí, volveré.

Dejándonos solas a plena luz del día, tiritando por la humedad, echó a correr hacia la parte trasera del garaje, desapareciendo entre las densas sombras. En cuanto se perdió de vista, Felicity se echó a llorar. Creyendo que tenía miedo y necesitando consuelo, la abracé de nuevo, pero mi afecto solo alentó aún más su llanto.

— Lo siento — gritó en mi hombro.

— No pasa nada — le aseguré suavemente —, no podías saber lo del té.

Sus sollozos se calmaron y me sentí aliviada de que se hubiera calmado.

— Intenté con todas mis fuerzas que te marcharas — murmuró, con la voz aún espesa por la miseria, y mis brazos se pusieron rígidos a su alrededor —. Intentaba salvarte la vida.

Me aparté, agarré sus diminutos hombros y busqué su rostro.

— Pensé que te dejaría ir, pero no lo haré. Nunca lo haré.

The Cruel

Bea Northwick Dark

—¿De qué estás hablando?

—No fue Callum —susurró, el blanco de sus ojos brillando en la oscuridad, implorándome que lo entendiera.

—¿De qué están hablando, chicas?

Rodney había regresado, balanceando una cadena de llaves alrededor de su dedo, despreocupado como si nos preparáramos para dar un paseo por el campo. Toda su urgencia anterior se había desvanecido, y sonrió, acercándose a nosotras de la forma lenta y relajada que yo le conocía.

Felicity se puso delante de mí como yo había hecho con ella, protegiéndome de la aproximación de su hermano.

—Nada —mintió, pero era demasiado obvio y demasiado tarde.

Rodney llegó hasta nosotras, con una expresión teatral de decepción.

—Felicity. —Sacudió la cabeza—. Pequeña idiota.

Se dio la vuelta con urgencia y me empujó hacia la puerta abierta del garaje con la fuerza que pudo encontrar en su pequeño cuerpo.

—¡Corre! —gritó y Rodney se movió como una cobra, agarrándola del pelo y utilizando toda la fuerza de sus brazos endurecidos por el trabajo para aplastarle la cara contra la ventanilla del camión. La chica no tuvo oportunidad de defenderse, ni siquiera de levantar las manos para frenar el impulso de su cráneo al golpear la superficie inflexible. Se oyó un crujido nauseabundo. El miedo me impulsó hacia atrás, pero mis pies se enredaron y caí al suelo mientras el jardinero golpeaba la cabeza de su hermana contra el cristal, hasta que la sangre empezó a extenderse por la red de grietas que había creado el impacto. Cuando por fin Felicity se aflojó, él la soltó y ella se desplomó en un montón.

—Mira lo que ha pasado —dijo Rodney, una extraña nota de arrepentimiento mezclada con el odio en su voz—. Mira lo que tuve que hacer porque no querías morir.

Un chute de adrenalina me reanimó, me di la vuelta y me puse en pie para salir corriendo bajo la lluvia. Solo había dado dos pasos cuando un fuerte apretón me rodeó el brazo y me hizo perder el equilibrio. Aterricé contra el pecho de Rodney, que me envolvió en la jaula de sus brazos y me agarró por la garganta. Apretó lo suficiente como para cortarme momentáneamente la respiración, y yo le arañé la mano.

The Cruel

Bea Northwick Dark

— Callum te llama gatita, ¿verdad? —susurró, sin inmutarse—. Bueno, gatita, aflojaré mi agarre si dejas de intentar usar tus garras.

No tenía elección, la cabeza ya me daba vueltas. En contra de todos mis instintos, me quedé quieta y, como había prometido, aflojé la presión y me permitió aspirar varias bocanadas de aire ardiente.

— Ay chica — me dijo al oído—. El ruido que hicieron Callum y tú hoy en ese invernadero es como para sonrojar a una puta. Sabes, deberías haberme elegido a mí. Habría tenido que matarte de un modo u otro, pero habrías vivido más y podríamos haberlo pasado muy bien.

— Eres repugnante — gruñí.

— Me han llamado así una o dos veces mujeres más peleonas que tú. Escucha, ya que nunca hemos tenido el placer, dime... —El brazo alrededor de mi cintura se movió mientras él deslizaba su mano hacia mi entrepierna, apretando su cuerpo contra el mío. Para mi eterno horror, estaba excitado—. ¿Callum cuidó bien de esa dulce y pequeña...

Empujé mi trasero hacia él, rechinando contra su erección, y él aspiró con fuerza, sorprendido con la guardia baja. Me soltó el cuello, su mente enferma creía que yo correspondía a su lujuria. Aprovechando mi nueva capacidad de movimiento, le golpeé la cara con la nuca. El cartílago de su nariz crujió y una salpicadura caliente de algo, sangre o saliva, golpeó mi cuello, bajando hasta el cuello de mi blusa. Maldijo y, aunque no me soltó, apartó su mano ofensiva de mis muslos, solo para darme una bofetada en toda la parte delantera de la cara con la palma. Mi labio se enganchó contra mis dientes inferiores, abriéndose la piel. El sabor metálico me dio náuseas.

— ¿Qué te parece, puta loca? —gruñó, luego respiró hondo por sus vías respiratorias heridas, con su sonrisa brillante como si no acabara de romperle la nariz, como si no acabara de matar a su hermana—. No pasa nada. Sé lo que necesitas.

Me dio un tirón, inmovilizándome con las caderas y un brazo contra el capó del camión mientras rebuscaba algo en el bolsillo.

— Tómate tu medicina, Millie — me persuadió. Cuatro de sus dedos estaban en mi boca, abriendo aún más la herida de su asalto. Estaban recubiertos de algo polvoriento y dulce que se disolvió en mi lengua antes de que pudiera tragar. Intenté morderlo, pero me ahogué y él aprovechó para apartar las manos del peligro de mis dientes.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

—Un poco de datura para tu último viaje —se burló, untándome la cara con el resto del polvo y mi propia saliva. Por fin me soltó, metió la punta de su bota contra mi tobillo y me empujó hacia un lado. Tropecé y me tambaleé salvajemente y, por algún milagro, me mantuve en pie, acelerando para salir del garaje y caer bajo la lluvia torrencial.

—Así es, conejito —llamó Rodney detrás de mí, aullando de risa—. ¡Corre, corre mientras puedas!

The Cruel

CAPÍTULO 24

Mientras corría por la casa, grité pidiendo ayuda y me detuve apenas un instante para tirar de la puerta del sótano. El pestillo del interior se había cerrado, dejándome fuera. Miré por encima del hombro y vi que Rodney venía detrás de mí, a paso lento. Sin otro sitio a donde ir, me volví hacia los jardines. La lluvia hacía que el terreno fuera traicionero y desconocido, y me costó moverme. Rodney gritó mi nombre, alto y frenético. Si alguien le oyera, parecería que estaba buscando a alguien perdido, pero en realidad solo me hacía saber que no estaba demasiado lejos. Lo que hacía aún más penoso mi avance era el veneno que se abría paso en mí, mezclado con el azúcar en polvo. Pensé en los dulces que Felicity me traía de vez en cuando, espolvoreados con blanco. Nunca había sido el té. Nunca había sido Callum.

Tropecé, cayendo sobre mi hombro frente a la entrada del laberinto de rosas. La cabeza me daba vueltas, el suelo bajo mí ondulaba, respiraba. Rodé sobre mi espalda, enferma, aterrorizada y muy cansada. Cada paso que había dado para mejorar mi vida solo parecía arruinarla aún más. La lluvia se acumulaba en los párpados de mis ojos cerrados.

«Millie».

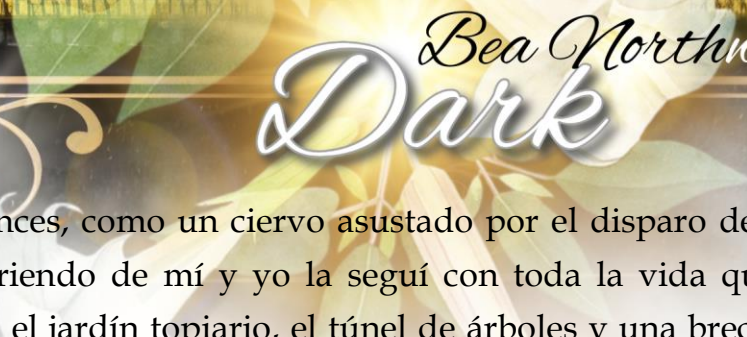
Giré la cabeza hacia el sonido de mi nombre, esperando ver a Rodney alzándose sobre mí, pero era la mujer de blanco, agazapada en la boca del laberinto, observándome a través de mechones de pelo mojado.

Una alucinación. Era producto de mi imaginación. Pero nada explicaba por qué la compartía con la Sra. Hughes.

La ya familiar sensación de sentirme atraída hacia ella por una fuerza física invisible me hizo incorporarme y ponerme en pie con cautela. La aparición, fuera lo que fuese, alucinación o fantasma, se puso a mi lado y nos miramos a los ojos por primera vez.

Su cara era la mía.

«Millie», dijo, aunque sus labios azules permanecían cerrados, el agua corriendo por los lados de su boca, bajando por su barbilla.



Bea Northwick Dark

Entonces, como un ciervo asustado por el disparo de un cazador, se alejó corriendo de mí y yo la seguí con toda la vida que me quedaba. Atravesó el jardín topiario, el túnel de árboles y una brecha en el seto de gardenias. La seguí a trompicones, sin apenas perderla de vista, atravesando una zona desconocida del jardín, con sus terrazas de terracota cubiertas de maleza y sin cuidar, sus cipreses indómitos y sus caminos de grava estropeados por los cadáveres marrones de las malas hierbas. Esto era el jardín italiano.

Sabía a dónde iba.

Salí de debajo de un arco de mármol para adentrarme en un sendero salvaje, transitado solo por los pies de unos pocos que se atrevían a adentrarse en la espesura de los bosques que rodeaban la finca por todos lados. Serpenteamos entre pinos y robles desnudos, con el suelo cubierto de musgo invernal y hojas viejas, húmedas y podridas, y oí el agua. Hacía mucho ruido. La fantasma se acercó al borde del barranco, casi invisible por la maleza, y luego se volvió hacia mí, de espaldas al agua oscura que corría feroz por el aguacero.

Estaba vacía de energía, apoyando mi peso contra el tronco espigado de un joven abeto.

—No lo hagas —dije, palabras ahogadas en el sonido de la lluvia y el río.

El cuerpo de la aparición se precipitó hacia atrás, agitando los brazos, y cayó en los rápidos. Hice un pequeño ruido inútil.

Se oyó un crujido de hojas detrás de mí y giré sobre mis talones a tiempo de recibir una bofetada salvaje en la cara que me hizo deslizarme por el tronco del árbol, mareada.

Rodney se frotó el dolor en la palma de la mano, con una disculpa burlona en el entrecejo.

—Lo siento, Millie. No quería llegar a esto, pero la gente no sabe seguir instrucciones. —Se quitó la gorra plana empapada, doblándola y metiéndosela en el bolsillo antes de pasarse una mano por el pelo mojado, oscuro como la tierra por la lluvia—. Mi hermana de corazón sangrante te daba muy poco y con poca frecuencia. Por desgracia, a estas alturas ya eres medio inmune, así que esa buena dosis que te di probablemente no te mate.

Me limpié la sangre de la boca, intentando concentrarme.



The Cruel

Bea Northwick Dark

—¿Mataste a la mujer de Callum? —Las palabras eran grava en mi garganta.

—Su... —Se interrumpió con otra carcajada—. Pobre estúpida. No. Yo no la maté. Aunque sí la envenené.

—Eras amigo de Callum. —Sabía que no era cierto, pero necesitaba mantenerlo hablando el tiempo suficiente para averiguar cómo defenderme. Extendí los dedos en la tierra, buscando una piedra, una rama, un palo afilado, cualquier cosa.

—Nunca —respondió, con el asco como ácido en los bordes de la palabra, y escupió al suelo—. Nuestros padres trabajaron para la familia de Callum durante años. Dedicados. Entonces papá se emborrachó un poco en el trabajo, quién no lo haría trabajando para la estirada familia Hughes, se cayó de una buhardilla y se rompió una pierna, pero también volcó la maldita escalera sobre el precioso coche de los Hughes. Despidieron a papá y tuvimos que abandonar el único hogar que habíamos conocido. El bastardo fue malo después de aquello, golpeó a mamá de lo lindo hasta que murió con una maldición en los labios por intoxicación etílica. La zorra de mi madre le siguió justo detrás con un ataque al corazón, demasiado débil para quedarse a cuidar de sus hijos. Felicity y yo tuvimos que valernos por nosotros mismos durante años mientras la rosada familia Hughes se enseñoreaba de la colina.

«Este es mi hogar», había dicho Felicity.

—Cuando el mayor de los Hughes finalmente estiró la pata y dejó todo en manos de su hijo soltero, tuve algunas ideas. Felicity no estaba nada mal, y supuse que Callum y ella se llevarían bien siendo amigos desde niños. Volvimos a tener trabajo en la casa, y él y Felicity se llevaban bien.

Sonaba maniático, pero el tono seguro de Rodney dejaba claro que creía que su idea de vender a su hermana con el heredero de Willowfield era coherente. Posible.

Pateó un montón de hojas mojadas en mi dirección solo para hacerme estremecer.

—Pero unos meses después llegó esa perra ridícula, toda delicada y nerviosa. Nos quitó la oportunidad de recuperar nuestras vidas. Nuestro Willowfield. —Se golpeó el pecho en señal de énfasis—. Pero entonces, verás, me topé por casualidad con un bonito parche de flores de campanilla

The Cruel

Bea Northwick Dark

que crecía junto al invernadero. Papá me enseñó un par de cosas, supe lo que eran, y se me ocurrió mi mejor idea: ¡envenenar a la señora Hughes hasta la muerte e inculpar a Callum! No es un trabajo fácil, pero no rehúyo al trabajo duro. Un poco de datura en sus comidas aquí y allá, un paquete de pétalos secos metidos en la chaqueta de Callum. Y ahora esto.

Sacó el papel que la Sra. Hughes había escrito con todos sus temores.

—La imbecil estaba tan dispuesta a creer que era Callum. Bueno, tuvo un poco de ayuda. Una sugerencia aquí, una advertencia allá. Ya sabes cómo va.

—Eres un lunático. —Mis dedos finalmente se cerraron alrededor de una piedra del tamaño de la palma de mi mano, no pesada pero lo suficientemente grande como para ser un último recurso.

—Oh no, yo no. Solo soy un simple hombre maquiavélico. Consigo lo que quiero a cualquier precio, y quiero Willowfield. —Eché un vistazo a su alrededor y se rio entre dientes—. Ahora, yo realmente no creo en la suerte, pero yo diría que esto es bastante maldita suerte, porque tengo otra oportunidad en esto, en el lugar exacto que debería haber muerto hace dos años cuando te empujé a ese barranco.

Mis pulmones dejaron de funcionar, punzadas recorrieron mi columna vertebral.

—Así que, ya ves, eres tú la que está loca, me temo. La loca Millie Foxboro. —Se acercó hasta estar lo suficientemente cerca como para mirarme con todo su regocijo psicótico presente en su rostro—. La loca Millie Hughes.

Mi conciencia se tambaleó, dos mundos chocando con toda la violencia de un choque de trenes, enviando fragmentos de recuerdos gritando a través de mi cabeza como metralla, desgarrando mis sentidos.

—¿Te acuerdas ahora, cariño? —Se arrodilló—. El doctor Hannigan nos dejó claro que debíamos tener mucho cuidado al soltártelo así, por si fracturaba tu pobre mente. Parece que tenía razón. No tienes buen aspecto.

—Encontraron un cadáver. —Me recompuse lo suficiente como para apretar los dedos alrededor de la roca.

—Obviamente no eras tú, ¿verdad? Debió de ser otra zorra adormilada que se ahogó y apareció en la orilla una semana después. Nunca dejaron que Callum ni nadie viera el cadáver, estaba muy descompuesto. Así que

The Cruel

Bea Northwick Dark

le dimos las gracias a la policía por ser unos putos idiotas y haberlo atado todo tan bien. Estaban felices de asumir que te habías suicidado. Estábamos a salvo y tú estabas muerta.

Me tomó la barbilla con la mano como Callum había hecho a menudo, provocándome arcadas.

—Qué inconveniente que aparezcas de nuevo —dijo—. Bueno, de todos modos, vamos a darle otra oportunidad.

Balanceé la roca hacia su sien, pero fui demasiado lenta y él me agarró de la muñeca, chasqueó, sujetándome del brazo. Pretendía ponerme en pie, pero me desplomé en peso muerto, casi sacándome el hombro de su sitio, pero impidiéndole moverme.

—No seas así —dijo, agachándose para agarrarme del pelo. Me arrastró por el mantillo del suelo del bosque en esa dirección, por el brazo y el cuero cabelludo, hacia el agua embravecida del barranco. Intenté agarrarme a los árboles o a las rocas para frenarle, pero fue en vano.

Un rugido se abrió paso entre el ruido blanco de la tormenta y el río, y con él llegó un impacto que arrancó las manos de Rodney de mí, derribándolo al suelo.

Callum nos había encontrado, quizá había seguido nuestras voces a través del bosque salvaje de su casa, y había oído suficiente. A pesar de la corpulencia de Rodney, Callum lo había sorprendido desprevenido, y su considerable ventaja en altura hizo que el jardinero forcejeara inútilmente de espaldas para hacerse con la ventaja. Solo asestó un golpe impotente en la barbilla de Callum antes de quedar inmovilizado bajo toda la rabia de un hombre que casi había perdido dos veces todo lo que amaba. El puño de Callum encontraba apoyo una y otra vez, incluso cuando Rodney torcía el cuerpo para golpearle el costado de la cabeza con el codo. Al igual que el otro, el golpe apenas se registró, y la embestida continuó, convirtiendo el rostro de mi aspirante a asesino en basura pulposa.

Me puse en pie inestablemente, con las piernas tratando de doblarse, olvidando cómo soportar mi peso. Tropecé dos veces en mi camino hacia los cuerpos enzarzados. No tenía ni idea de lo que iba a hacer cuando llegara allí. Un disparo destrozó mi oído, y Callum se echó hacia atrás, agarrándose el hombro, gritando de dolor. En unas cuantas embestidas inestables me encontré a su lado, cayendo junto a su cuerpo, rígido por la

The Cruel

agonía. Respiraba entrecortadamente y la sangre se le escurría entre los dedos antes de desaparecer en finos chorros rojos. La bala le había alcanzado justo debajo de la clavícula izquierda, pero no podía determinar la distancia al corazón. Le toqué la mejilla, demasiado asustada para seguir haciéndolo y no hacerle más daño. Algunos de sus viejos recuerdos se mezclaron con otros nuevos, confundiéndome.

—Millie —resopló—. Sal de aquí.

Otro disparo, lo bastante cerca como para que la tierra se levantara como si hubiera detonado una bomba, pero ninguna bala nos alcanzó. Levanté la vista y me encontré con Rodney, con la cara morada, deformada por la hinchazón y la nariz torcida sobre el rostro. Parecía el demonio que era, y sostenía un revólver en la mano izquierda. Cuando hablaba, el sonido era sordo, arrastrado.

—No puede irse, ¿verdad? Está demasiado drogada. —Escupió sangre—. Pero esto es perfecto porque ahora puedes verla morir y luego desangrarte aquí en el suelo que dices que te pertenece. Dos pájaros de un tiro. Le diré a todo el mundo que enloqueció y te mató y luego se pegó un tiro. ¿No es una historia perfecta, Millie? Especialmente después de lo que tu padre le hizo a tu pobre madre. Es demasiado creíble.

Antes de que pudiera levantar el arma, utilicé la energía acumulada por el último estallido de rabia que el dolor de Callum había inspirado en mí, y me abalancé sobre su brazo, atrapando su muñeca entre mis manos y mordiendo hasta que sentí el hueso aplastarse, su sangre llenándome la boca en un horrible chorro de hierro. Bramó, soltando el arma, pero ahora yo estaba a su alcance y no iba a rendirse. Me agarró y, aunque forcejeé, no era rival para él en mi estado actual. Luchó contra mí en varios balanceos y espantosos bandazos hasta el borde del barranco, sujetándome cerca del borde para enfrentarme a la muerte. Me quedé mirando el agua que caía sobre las rocas un piso más abajo. Sabía a qué sabía el agua, qué sentía en la nariz y los pulmones, cómo me picaba en los ojos y me hundía, y tenía miedo.

—Adiós, señora Hughes —dijo Rodney.

Un tercer disparo resonó en el aire, y el jardinero jadeó, como si alguien le hubiera pellizcado, aflojando su agarre. Miró hacia abajo y mis ojos siguieron la herida de su costado. Me soltó para presionar con las manos

Bea Northwick Dark

sobre el agujero, como si eso fuera a cambiar las cosas. Volví la cabeza y me encontré con Felicity, de pie, con los pies bien plantados, los dos brazos todavía estirados ante ella y el revólver temblando en sus manos. Su rostro no era mejor que el de su hermano, ensangrentado y magullado, y lleno de dolor.

— ¿Felicity? — preguntó Rodney, confundido y traicionado.

Me puse de rodillas y con un grito gutural, lleno de toda mi aversión, hundí las palmas de las manos en las costillas de Rodney, de la misma forma que él había hundido las suyas en las mías dos años atrás en este mismo horrible barranco. El tiempo se ralentizó mientras él agitaba los brazos, intentando mantener el equilibrio y los pies en el resbaladizo y fangoso saliente. Por fin, el impulso de la parte superior de su cuerpo arrastró sus pies y resbaló de cabeza hacia abajo, chocando contra las rocas antes de deslizarse hacia el agua, que lo sumergió como si reclamara algo que había perdido.

Caí sobre mis manos, arrastrándome, haciendo mi lento camino de vuelta hacia Callum. Mientras avanzaba, pensé que quizá Rodney se había equivocado con la cantidad de datura que me había dado. El mundo se me encogía, la vista se me nublaba, el entumecimiento me invadía las extremidades. Felicity se había hundido en el suelo y permanecía en silencio, acunando la pistola en la mano como un pájaro muerto. Podía oír gritos no muy lejos, tantas voces elevándose por encima de la lluvia, que había amainado hasta convertirse en llovizna. Me desplomé sobre el cuerpo de Callum y apoyé la cabeza bajo su barbilla. Ahora respiraba más despacio, con jadeos superficiales y agitados. Tenía la piel helada y quise que mi destino fuera igual al suyo. Si él no podía salir de este bosque con vida, yo tampoco.

— Soy Millicent Hughes — susurré —. Soy tu esposa.

Aunque su voz era débil, apagándose, respondió.

— Sí, mi amor — dijo —. Lo eres.

The Cruel

Bea Northwick
Dark
EPILOGO

Willowfield se convirtió en un paraíso verde y de todos los colores imaginables. Las rosas crecían altas, sin podar ni atender, las retamas florecían amarillas y los cerezos rosados, alfombrando los caminos con sus pétalos. El estanque de kelpie se convirtió en el hogar de una familia de patos, los patitos esponjosos y traviesos, poco impresionados por el monstruo de piedra que había entre ellos. Nadaban a su alrededor, mordiéndose la cola unos a otros y persiguiendo insectos acuáticos desprevenidos.

Me senté en un banco en el centro del laberinto, observando cómo una oruga se abría camino hacia una seta en el anillo de las hadas, donde había florecido una neblina de pamplina. Aspiré todos los olores, todos los maravillosos aromas de la primavera, y cerré los ojos.

Callum había empezado a buscarme en cuanto oyeron mi grito de auxilio en la puerta del sótano, al mismo tiempo que el doctor Hannigan llamaba a la policía desde un teléfono que sí existía en el salón en el que yo nunca había entrado. Para cuando Callum había recibido el disparo y Rodney había caído al vacío, la policía ya nos estaba buscando, dirigiéndose en la dirección de los disparos. Por segunda vez, me desperté en la cama de un hospital tras haber estado a punto de ser asesinada por el mismo hombre. No perdí de vista las probabilidades de sobrevivir. La herida de Callum había sido importante, pero afortunadamente más cerca del hombro que del corazón.

Conmovidas por nuestra historia, las enfermeras me habían dado permiso para pasar los primeros días de mi recuperación tumbada en su cama mientras dormía. Cuando despertó, hablamos muy poco, y nos limitamos a disfrutar de la tercera oportunidad que se nos había dado. Cuando intentó hablarme de lo ocurrido, le dije que necesitaba tiempo y accedió.

Volví a Willowfield adelantándome a él varias semanas, a la habitación que había habitado mientras era Millicent Foxboro, sin estar preparada para enfrentarme a las que habíamos compartido. Al principio, la Sra.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

Dillard era la única persona a la que veía, una mujer a la que había echado tanto de menos sin saberlo. Ella había sido la única razón por la que había venido a Willowfield aquel fatídico verano, cuando la Sra. Reeves me abordó en la estación de tren y me exigió que me quedara con ella y empezara una nueva vida. Para entonces, su prima, Hellen Dillard, ya la había invitado a visitar la finca y me había traído con ella. En las semanas, meses y años que siguieron, la Sra. Dillard se convirtió en una amiga muy querida y en una gran confidente con la que pasé muchas noches jugando a las cartas y riendo a carcajadas hasta altas horas de la madrugada. Me consoló cuando la señora Reeves falleció a los setenta y siete años, dos semanas después de la boda, y fue la primera en advertirme que me alejara de Willowfield cuando las cosas se pusieron especialmente feas.

—Eres una luz demasiado brillante para pertenecer a una casa como ésta, Millicent. Callum debería vender la finca a la universidad, y los dos deberían encontrar una bonita casa en el pueblo con menos rincones oscuros y recuerdos antiguos.

Entonces la había tomado por tonta.

Cuando le pregunté por su frígida manera de tratarme a mi regreso, me confesó que no había confiado en sí misma para no disolverse o abrazarme de un modo que pudiera agitar mi mente sanadora. Era mejor, dijo, mantenerse alejada. Callum había intentado un método similar, manteniéndose alejado de mí lo mejor que pudo durante todo el tiempo que pudo, sabiendo que no podría mantener una distancia profesional para siempre. Y no lo había hecho, en contra de los deseos del doctor Hannigan, que me había encontrado en Boston por casualidad. Tras reconocermelo de inmediato y comprobar en que yo no lo conocía, había organizado toda la artimaña, diciéndole a Callum que me trajera de vuelta a casa y me rodeara de gente y cosas que me resultaran familiares con la esperanza de que me convenciera. Dio instrucciones explícitas a todos para que me dejaran moverme a mi ritmo.

Luché con mi rabia por estos secretos, a pesar de sus buenas intenciones, y le confesé al Dr. Hannigan cuando vino a verme que no sabía si alguna vez lo superaría.

—Quizá no lo consigas, mi niña —dijo el doctor Hannigan, tan tierno como siempre había sido conmigo desde el primer día que nos habíamos

The Cruel

Bea Northwick *Dark*

conocido en la famosa fiesta de verano de Willowfield —. Creo que todos los que hemos sufrido heridas profundas en nuestra vida nunca escapamos de la ira que inspiran. Simplemente se funde con las personas en que nos convertimos, y a veces toma la forma de algo nuevo e inesperado, como el coraje.

Predijo que el veneno tardaría un mes en salir por completo de mi organismo. Llevaba tanto tiempo acumulándose en mí que los efectos eran persistentes. Durante los primeros días, mientras Callum permanecía en el hospital, seguí viendo a mi propio fantasma corriendo por los pasillos, pero ya no arañaba ni se arrastraba. Era tan libre como yo y no me molestaba. Las alucinaciones de la voz de mi madre tardaban más en desvanecerse, pero me suscribí a la esperanza de que, con el tiempo, incluso aquellos ecos serían demasiado silenciosos.

Los Terrance habían venido a visitarme un rato, llamando primero por teléfono para preguntar si me encontraba bien. Con lágrimas en los ojos me abrazaron, Lottie le recordó a Burt que me tratara con delicadeza ya que aún me estaba recuperando, pero en verdad, el abrazo de Lottie había sido el más fuerte. Mientras Sr. Terrance se dedicaba a vigilar los jardines, tomando notas para Callum ya que estaba indispuesto, Sra. Terrance se había ocupado de mí durante varias horas, ayudándome a encargar ropa nueva para la primavera, así como nuevos perfumes y maquillaje con el descuento de la empresa.

La policía había ido y venido, habiendo descubierto lo esencial de la rocambolesca historia que se desarrollaba en Willowfield, cada vez más aturdida y sorprendida por los giros. A instancias violentas de su hermano, Felicity me había envenenado lentamente con hojas de datura mezcladas con el azúcar en polvo que había espolvoreado sobre los dulces de la señora Dillard. El té había sido solo eso. Té. Una mezcla especial que el Dr. Hannigan había hecho para que Callum me diera para ayudarme a dormir. Era manzanilla, jazmín y hojas de fresa. Eso era todo. Felicity había mantenido categóricamente que nunca había querido hacerme daño, que había hecho todo lo posible por asustarme hablando de fantasmas, de que Callum era peligroso, cualquier cosa para que me fuera por mi cuenta y Rodney no pudiera hacerme más daño.

The Cruel

Bea Northwick *Dark*

Estaba siendo juzgada por intento de asesinato, pero, a petición mía, Callum le consiguió un buen abogado, y el doctor Hannigan prestó testimonio profesional de que había sido víctima de malos tratos. Se esperaba que la condenaran a una pena leve en un centro para mujeres de Pensilvania, y que probablemente saliera libre en unos años con un oficio que la ayudara a salir adelante. Aunque esperaba no volver a verla nunca más, le deseé la curación que yo había encontrado y una vida libre de su propia oscuridad.

Margaret por fin se había sincerado sobre su aventura con Rodney y las amenazas de éste de revelarlas si no participaba en mi perdición exacerbando mis temores con charlas sobre demonios. Afirmó que nunca supo que intentaba matarme, solo que quería que abandonara Willowfield. El desprecio de Callum y su aparentemente honesta preocupación por mí habían provocado un regreso rencoroso en la cena, donde volvió a intentar ahuyentarme con mentiras, pero descubrió suficiente empatía en sí misma en el último momento como para preocuparse de revelar demasiado y hacerme daño. Nunca la arrestaron, pero Jack pidió el divorcio y eso fue lo mejor que conseguimos.

En cuanto a Rodney, Felicity declaró que había adquirido la datura de una parcela que cultivaba en su casa de campo, secando y triturando las hojas hasta obtener un polvo fino que mezclaba con el azúcar. Había dejado que su hermana llevara a cabo su trabajo sucio, excepto la noche en que yo había descubierto el vivero. Cansado de esperar a que expirara, vertió él mismo un puñado del veneno en mi taza de té y siguió a Felicity hasta mi habitación. Cuando más tarde salí, enferma y alucinada, me siguieron a través de las sombras, rastreando mis delirantes andanzas para asegurarse de que la droga hacía su trabajo. Como acto de crueldad adicional, Rodney había aprovechado la inesperada oportunidad para encerrarme en el armario del cuarto de los niños, con la esperanza de que el shock me matara. Pero era él quien estaba muerto. Muerto como un clavo y sin ninguna duda. Su cuerpo había aparecido no mucho más abajo del desfiladero, con una herida de bala en las tripas, el cráneo fracturado y varios huesos rotos en la cara.

Aunque mis recuerdos de Willowfield habían regresado, lo habían hecho tan borrosos como un sueño. Cuando llegué, los padres de Callum

The Cruel



Bea Northwick Dark

acababan de fallecer, y él estaba de duelo a su manera, inmerso en el trabajo y tratando de mantener la finca y la perfumería a la vez que daba clases en el pequeño colegio privado del pueblo. Cuando ya no pudo hacer las tres cosas, se concedió un año sabático para escribir su libro y pensar en sus próximos pasos. Descubrí unas notas tuyas olvidadas en un banco del jardín y se las devolví con preguntas. En seis meses nos casaríamos. Tras mi muerte, Callum se retiró de la universidad y cerró sus libros, abriéndolos solo para el plan que me traería de vuelta.

Abrí los ojos para que volviera a entrar la luz de la mañana, retirándome del pasado.

Ahora, Callum estaba de vuelta en Willowfield con instrucciones estrictas de descansar, pero no lo habíamos hecho. Hacer el amor con el brazo en cabestrillo había resultado una tarea interesante, pero nos las arreglamos, y poco a poco empecé a encontrar mi camino de vuelta a él. A pesar de nuestra reconexión física, no habíamos hablado más que un puñado de palabras, a petición mía. Por mucho que anhelara estar cerca de él, ya no era la misma mujer que él había llegado a amar, y temía lo que significaría decirle esa verdad.

Unos pasos sobre la hierba musgosa atrajeron mi atención y Callum apareció en el arco, vestido con pantalones azul marino y una camisa blanca de algodón abotonada. No se molestaba en llevar corbata ni chaqueta y le costaba afeitarse, ya que la barba de un día era una constante en su rostro. Llevaba el brazo izquierdo pegado a las costillas, sujeto con un cabestrillo que probablemente llevaría hasta el otoño. Al verlo, se me encogió el corazón.

— Recibí tu invitación — dijo agitando el pequeño trozo de papel entre sus dedos.

Le había escrito una nota pidiéndole que se reuniera conmigo aquí, en el centro del laberinto, como dos estudiantes enamorados.

Di una palmada en el banco.

Se acercó a mí y se sentó lo bastante cerca como para que nuestros brazos se tocaran, y yo me estremecí ante su calor como siempre lo había hecho. Sabía que esa única cosa sería la misma, independientemente de cómo me moldeara el futuro.



The Cruel

Bea Northwick Dark

Permanecimos sentados en silencio durante un momento antes de que yo hablara.

— Apenas recuerdo la mujer que era la primera vez que estuve aquí.

Entrelazó sus dedos con los míos, tranquilizándome.

— ¿Qué puedes recordar?

— Bueno — dije —, recuerdo nuestro primer beso.

Parecía el lugar más dulce para empezar.

Sonrió.

— Aquí, en este mismo banco.

Sonreí a su vez, feliz de coquetear y retrasar la conversación.

— ¿Por qué crees que elegí este como nuestro lugar de encuentro clandestino?

— ¿Eso es todo lo que recuerdas? — Me guió suavemente de vuelta al tema, sabiendo de algún modo que me estaba entreteniéndome.

— Recuerdo Willowfield, como solía ser. Te recuerdo a ti, por supuesto, a la señora Dillard, al doctor Hannigan y a la dulce Florence. — La sobrina del Dr. Hannigan había sido la dama de honor en nuestra boda —. Recuerdo los embarazos.

Me detuve aquí, una inesperada oleada de dolor me arrastró. Con los ojos llorosos, Callum me dio un beso en el dorso de la mano, un suave recordatorio de que estaba a mi lado.

— Pero aparte de eso — continué sorteando el nudo en la garganta —, todo parecen pensamientos de otra persona. Una cosa que sé con certeza es que no soy la misma persona, Callum. No soy la mujer de la que te enamoraste por primera vez.

— No lo eres — aceptó en voz baja.

Por fin formulé la pregunta que había agobiado mi alma durante semanas.

— ¿Cambia eso lo que sientes por mí?

Su reacción fue alentadora. Se le dibujó una sonrisa en la comisura de los labios y apartó la mirada de mí con un movimiento incrédulo de la cabeza.

— Adoraba a esa tímida mujer que trajo aquí la señora Reeves. Era brillante y fantasiosa, temerosa de su propia sombra. Inspiró al caballero

The Cruel



Bea Northwick Dark

que hay en mí. Con ella, creí que había alcanzado el pináculo del amor, que mi corazón no podía contener más.

Oírlo hablar de mi pasado fue difícil.

—Entonces —dijo—, te encontré de nuevo, y descubrí que estaba equivocado.

—Callum —dije, dispuesta a berrear de nuevo. Había llegado a la certeza de que nunca se podía llorar por una persona. Tantas veces había pensado que la última lágrima que derramaría había caído, solo para descubrir que siempre había más. Buenas y malas, siempre había más.

Me rodeó la cintura con su brazo bueno y me animó a subirme a su regazo. Nos abrazamos tranquilamente, hasta que volvió a hablar.

—Amo cada pedazo y parte de ti, antes y ahora, y sé que he cometido muchos errores, pero si me perdonas a mí y a mi estupidez, te juro que amaré cada parte por venir.

Levanté la cabeza para mirarlo a los ojos, dorados bajo el sol moteado.

—Puede que sea la mujer más afortunada del mundo —dije.

—¿Y eso por qué?

—Porque me enamoré de ti dos veces.

Su expresión se suavizó con adoración, mis palabras le conmovieron, llenaron de nuevo sus ojos por razones muy alejadas de la pena, y me besó. Fue un beso de comienzos, y tenía su propia clase de magia.

—Cuénteme sus secretos, señora Hughes —dijo Callum, acercándose más.

—Dime los tuyos.

—Nunca he sido más feliz en toda mi vida que ahora.

—¿Es un secreto?

—No —se rio—. No lo es. Por fin, no tengo ninguno.

Apoyé la cabeza en su hombro y volví a cerrar los ojos, dejando que la primavera y el hombre al que amaba me dieran calor.

—Yo tampoco —respondí.

The Cruel

Bea Northwick
Dark

BEA NORTHWICK



Bea Northwick es una amante de las cosas mágicas, espeluznantes y románticas. Tiene demasiados perfumes, no puede elegir una estética y le encantan las películas de los 80. Vive con su marido, sus hijos, sus perros y un gato negro en el soleado sur de Estados Unidos, donde sueña a diario con cabañas irlandesas y castillos escoceses azotados por la lluvia.

The Dark Cruel es su primera novela.

The Cruel

Bea Northwick
Dark



Si te gusto esta lectura síguenos en redes
sociales y cuida de sitios como estos.

The Cruel